
VOLUMEN DOS
CRÓNICAS DE KHINEIA
THARKIA
AISLIN LEINFILL

CRÓNICAS DE KHINEIA

THARKIA

Todos los derechos están reservados, incluidos los de reproducción total o parcial, sin el permiso de autor. Todos los personajes y situaciones de este libro son ficticias, cualquier parecido con personas vivas o muertas, lugares o acontecimientos es pura coincidencia.

Título original: Tharkia (Crónicas de Khineia)

Aislin Leinfill, marzo 2025

Diseño de la portada: Lidia Ramilo y Oliver Vidal

Maquetación: Lidia Ramilo

ASIN: B0DZQF72R8

Este libro es para ti, que has esperado conocer la historia de Khirstan y Kellet durante algún tiempo. Los dejo con el corazón encogido por lo mucho que los voy a extrañar y el alma feliz por haberles dado el final que se merecían. Muchas gracias por conocerlos y seguir su aventura hasta el final.

Con amor,
Aislin


NIMERIK
Charkia
Ascande
Puerto Bashel
BRISELIS
Puerto Gressilis
Puerto Celsior
DEASEI
SUCAI
Brione
Puerto Eos
Puerto Dione
LISEA
THALIS
OCÉANO XIENKRA
Puerto Alsior
AURIS
N
W
E
S
KHINEIA



CANCIÓN DEL OLVIDO

KELLET

La capa de nieve era tan blanca que su resplandor resultaba cegador, incluso mientras corría a toda velocidad.

Su cuerpo, mojado por abrirse paso entre la maleza helada, se quejó al atravesar el pequeño río de un salto. Sus botas, arruinadas por el agua, resbalaron en el fango, haciéndolo trastabillar. Empujó todo el peso de su cuerpo hacia delante y siguió corriendo, sintiendo cómo el frío le mordía la piel.

No podía parar. Tenía que encontrarlo.

Corrió sin mirar sobre el camino borrado por los días de mal tiempo, apenas reconociendo el paisaje con el que ya se había familiarizado durante el otoño. Usó los árboles como referencia, incapaz de ahogar el sonido aliviado que escapó de sus labios cuando vio la ladera de la montaña.

Escaló entre la espesa capa de nieve, adelantando dos pasos y retrocediendo uno. Se golpeó las rodillas al resbalar y se quemó las manos al entrar en contacto con la superficie helada, pero por fin alcanzó la cima, y todo el esfuerzo para llegar hasta allí desapareció por arte de magia.

Bajó a la playa resbalando hasta tocar la arena. Había nieve sobre las piedras más lejanas al agua. A pesar de ello, el frío convivía con el verdadero dueño del lugar: el mar, que rugía con la fuerza de una bestia indomable.

Fue corriendo hasta los portones de entrada de Tharkia. La pesada tranca estaba por fuera; probablemente Khirstan estuviera en Ascande. No tenía importancia, solo quería verlo y asegurarse de que estuviera bien.

Retiró la madera y entró al pueblo. Ya había estado allí antes y, sin embargo, tampoco parecía el mismo lugar. Asustado, subió corriendo hasta la casa de Khirstan, casi en pánico, aunque no sabía el motivo. Empujó la puerta y entró sin llamar, como si alguien lo estuviera persiguiendo.

Miró alrededor, incapaz de reconocer la casa. Era la misma, pero no quedaba nada que pudiera reconocer. Ni muebles, ni enseres, ni conchas. Nada, salvo un vacío imposible que pareció calarle hasta el alma, llenándolo de pesar.

Se tocó el pecho, incapaz de respirar con facilidad. Su piel estaba húmeda y fría como el océano que lo rodeaba, como Khirstan. ¿Dónde estaban sus cosas? ¿A dónde había ido?

Salió de nuevo al exterior y, otra vez, no reconoció nada de lo que veía. Hacía apenas unos segundos lo rodeaba la arena y el bosque, que ahora había desaparecido casi por completo.

Los árboles verdes y frondosos mudaron a ramas huecas, sin hojas ni vida. La cálida arena mermó a un polvo gris oscuro, como si hubiera ardido. Y Tharkia… Giró sobre sí mismo con el terror destrozándole las entrañas. La Tharkia que tanto amaba Khirstan…

Las casas ya no tenían tejado ni paredes. Apenas quedaban unas piedras en el suelo, señalando dónde estuvieron en su día las construcciones. La parte baja del pueblo estaba sepultada por la tierra y apenas un desfiladero unía las dos partes del ruinoso poblado. El portón de la entrada había desaparecido y las escaleras estaban enterradas en polvo y arena.

Solo quedaba el mar, que chocaba sobre las piedras como si estuviera decidido a borrar por completo la existencia de lo que había existido allí antes, de Tharkia, de Khirstan.

Volvió en sí cuando una ola de gran tamaño golpeó sobre el centro de la península, salpicándolo con agua helada.

Se movió por instinto, tratando de entender lo que había pasado. No quedaba nadie allí más que el viento para escuchar sus preguntas, que fueron directamente a la nada. Nadie a quien buscar para que le dijera qué estaba pasando, nadie que lo acompañara en aquella infructuosa búsqueda sin sentido. Nadie, salvo el mar, que lo rodeó como una soga, apretándole el alma con su indiferencia.

Juraría que fueron segundos los que tardó en llegar al centro del pueblo, pero, para entonces, Tharkia se había convertido en una isla.

El agua golpeaba sin piedad contra las piedras y el suelo empezó a temblar.

—¡Khirstan! —gritó, acercándose al acantilado para mirar a la playa donde se habían besado.

Un rayo pareció romper el cielo en dos y, de la nada, empezó a llover.

—¡KHIRSTAN! —volvió a llamar, tratando de hacerse oír a través de los apabulladores sonidos que lo rodeaban.

Ríos de lluvia discurrieron desde lo alto de Tharkia, llenando lo poco que quedaba de ella de agua en apenas un parpadeo. El agua caía con tanta fuerza que apenas podía ver y escuchar; era casi una tela sólida que lo golpeaba sin clemencia.

—¡Khirstan! ¡Khirstan!

Cuanto más lo llamaba, más parecía enfurecerse el agua, porque eso era lo que estaba pasando: el océano y el cielo parecían decididos a llevarse lo que quedaba de Tharkia al agua.

No sabía si la isla se hundía o el agua subía, pero todo estaba condenado a desaparecer.

Si Tharkia desaparecía, no quedaría nada, ningún recuerdo de que existió, ninguna prueba de que no fue su imaginación. Nada quedaría en el mundo que recordara la presencia de Khirstan.

Corrió hasta la entrada, en un intento de detener el agua, como si su presencia fuera suficiente para doblegar el poder del mar. Por mucho que quisiera, él era una pieza insignificante. Nunca fue otra cosa, por más que pretendiera lo contrario. El mar ni siquiera sabía

que estaba allí; no le importaba su presencia, ni siquiera era consciente de ella.

Cayó al suelo de rodillas y el agua lo cubrió con rapidez, un manto helado y frío que parecía ansioso por tragarlo.

No quedaba nada. Khirstan había desaparecido; eso tenía que ser bueno. Ya no había tentación, ni dudas, ni dolor.

Más mentiras. Incluso ahora, en el momento del final, seguía mintiendo. Se merecía terminar así: solo y sin nadie alrededor. Ahora entendía lo que Khirstan decía. No había vivido; sobrevivió hasta que lo conoció, y ahora que no estaba…

Cerró los ojos y se dejó caer hacia atrás, hundiéndose en el mar, que se volvió oscuro y gigante a su alrededor. Se quedó solo bajo el agua, sostenido en la nada, en medio de la oscuridad absoluta, mientras sus pulmones perdían cada ápice de aire.

No luchó, no intentó huir. Solo esperó a la nada mientras su corazón aún latía con esperanza. Vendría a salvarlo, volvería a él, siempre lo había hecho.

Su cuerpo se estremeció por el dolor al verse privado de oxígeno, pero se obligó a esperar.

Como si lo hubiera conjurado, Khirstan apareció delante de él. Bebió de su imagen, alimentándose de él: su cuerpo, su cara y esos ojos tan únicos y distintos a los de cualquier persona.

Su pecho se partió por la mitad de dolor. Extendió la mano hacia él, pidiéndole ayuda, pero Khirstan no se movió. Siguió flotando en la oscuridad, rodeado del mar al que pertenecía, mirándole sin ver, esperando…

Un latigazo de dolor atravesó su cabeza y su vista se desenfocó. Luchó desesperadamente por moverse, tratando de acercarse a él. Rodeó su cuerpo helado con los brazos y cerró los ojos, apoyando la cara en su hombro. La paz que sintió por dentro fue tan intensa que el dolor desapareció.

Sus cuerpos fueron hundiéndose en el océano mientras su cabeza iba y volvía de la consciencia, pero sus brazos nunca dejaron de apretarle.

Estaban juntos, bajo el agua, a salvo. Para siempre.



II

PÉRDIDA IRREPARABLE

KELLET

Abrió los ojos y se preparó para morir otro día más. Cada día, desde hacía meses, volvía a morir ahogado en esa pequeña cala.

El día se volvía noche bajo la sombra de una ola tan alta como los muros de la muralla que protegían Puerto Bashel. El sonido del agua retirándose del mar sonaba tan atronador como la sangre zumbando en sus oídos mientras se preparaba para enfrentar una batalla que sabía no podía ganar.

No llegó a usar su espada, solo se quedó petrificado en el suelo, viendo cómo el mundo que conocía desaparecía bajo el agua. Tuvo apenas unos segundos para comprender lo que estaba pasando y reaccionar.

Ailysh estaba a pocos pasos de él, con su arma en la mano. Todavía ajena a lo que sucedería, pero él sí lo sabía, y aun así no pudo hacer nada. Se quedó petrificado como un necio, sin saber qué hacer, demasiado impresionado por la imagen que tenía delante.

Khirstan estaba debajo de la ola, no había miedo en su cara, y sus ojos, que normalmente eran pozos de hielo, cobraron vida. Vio

en ellos el mar, la fuerza y la potencia del agua concentradas en una sola persona.

Tenía segundos para reaccionar. Escuchó a Ailysh gritando, a la gente que estaba más cerca del lugar entrando en pánico. En medio de todo ese caos estaba él, tranquilo e inamovible, como si estuviera fijado al mismo suelo, como si el centro del mundo empezara y terminara en él. Khirstan era la calma absoluta, la tranquilidad en su forma más inquietante. Sus ojos se cruzaron un segundo mientras la mano de Ailysh lo agarraba del brazo, tratando de alejarlo del peligro.

—Adiós.

No hizo falta que lo escuchara, una mirada fue suficiente para entenderse.

No recordaba bien lo que había pasado, pero juraría que gritó luchando por llegar a él. Casi lo logra… consiguió estar frente a Khirstan, pero el cielo, que se había convertido en agua, cayó sobre ellos.

El peso del mar lo golpeó como si hubiera caído desde lo alto de la muralla. Su cuerpo fue golpeado con violencia contra el suelo, la arena arañó su armadura, que fue cediendo contra las piedras y restos de las pequeñas embarcaciones que había en la playa. Trató de luchar contra el agua, pero era una causa perdida.

No se podía luchar contra el poder del mar, no dejó de intentarlo de todas formas, hasta que se quedó sin oxígeno y perdió la conciencia.

—¡Kellet! —escuchó llamar a Ailysh a través de la puerta—. ¿Salimos a correr antes de entrenar?

Fingió que no la escuchaba y se dio la vuelta en la cama, esperando a que se rindiera. Escuchó cómo trataba de abrir la puerta, lo intentaba cada mañana, pero como siempre, estaba cerrada.

No empezó a vestirse hasta después de que Ailysh se fuera. Cumplió con sus tareas con la minuciosidad que exigía su cargo, se entrenó hasta que se puso el sol con más intensidad que los demás, sumiendo su cuerpo en un trance autómata donde no tenía que pensar, solo dejar que su memoria muscular lo llevara.

Agradecía que años de rutina le estuvieran facilitando la vida en ese momento, su cuerpo y su mente estaban aletargados, lentos y pesados. Disfrutaba de que fuera así, si sus sentidos estuvieran en plenas facultades, tendría que hacerle frente a todo lo que guardaba dentro y no estaba listo, si era honesto, no creía estarlo nunca.

A última hora de la tarde dio por concluido el entrenamiento. Mientras los demás empezaban a retirarse dentro de las murallas, caminó por las calles, viendo cómo el movimiento del puerto iba apagándose.

Algunos soldados lo saludaron al pasar, inclinó la cabeza mientras continuaba, sin molestarse en quitarse el casco. Fue hasta la parte de la muralla donde el agua había causado más destrozos. Los soldados se apresuraban todo lo que podían para reparar los daños, pero la brecha todavía no estaba del todo cerrada.

Para no dejar el puerto desprotegido, habían dejado grandes cantidades de madera que amontonaban antes de caer la noche. Dentro de la muralla, decenas de soldados aguardaban por si algo lograba entrar.

Nadie se atrevió a protestar cuando salió de la protección de Puerto Bashel. No era la primera noche que salía y no volvía hasta que las puertas del puerto se abrían de nuevo.

Caminó hasta la playa y, una vez estuvo lejos de la vista de los demás, se quitó la armadura sin pensar y caminó hasta la orilla.

Dejó que sus pies desnudos se mojaran con el agua del mar, ese mar que ya nunca volvería a ser lo mismo. Ya no sentía miedo de él, sabía que era poderoso, y había comprobado en sus propias carnes su fuerza destructora.

Anhelaba sentir ese terror al ver la oscuridad bajo la superficie, en su lugar solo veía a Khirstan. En el hielo que le lamía los pies, sentía el toque de su piel fría; en el aire salado del mar, el sabor de su boca.

¿Tuvo miedo cuando el agua lo cubrió por completo? ¿Trató de escapar? ¿Sufrió al final?

Las preguntas se le acumulaban en la cabeza, lo atormentaban, lo espoleaban sin clemencia. No volvería a verle, ni a escuchar su voz. Desapareció de su vida como llegó, sin avisar y sin hacer ruido.

¿Hubiera hecho las cosas de una manera diferente de saber que no tenían más tiempo? Quería decirse a sí mismo que no, pero ahora sabía la verdad.

Su mundo ya no era el mismo sin Khirstan. No debería significar nada, apenas tuvieron tiempo juntos, y a pesar de ello, su ausencia dolía de una manera casi física. Con él pudo ser sincero, más de lo que incluso podía ser consigo mismo. El dolor de la pérdida lo ahogaba, lo asfixiaba…

Volvió sobre sus pasos y se puso las botas. Cogió su capa de piel y se rodeó con ella, sentándose en el mismo lugar donde lo había visto por última vez.

Se estaba torturando, lo sabía. Ese tipo de comportamiento iba en contra de todo lo que le habían enseñado. No se lloraba ni se lamentaba a los soldados caídos, se ponía un sustituto y continuaba la lucha. Las normas eran fáciles, pero ni Khirstan era un soldado, ni había un reemplazo posible para él.

¿Era posible anhelar algo que nunca le perteneció? Hacía solo unos meses estaba seguro de que lo mejor que podía hacer era casarse y seguir con exactitud el camino que estaba tallado en cada piedra de esa tierra helada. Ahora que había tenido una muestra de lo que sería su vida, era incapaz de hacer lo necesario para seguir adelante.

Se sentía como un náufrago, flotando en medio del mar. Podía ver el puerto, un lugar en el que sabía con certeza que estaría a salvo… A pesar de ello, seguía empeñado en quedarse flotando a la deriva en el agua.

Se retiró con rabia la lágrima que bajaba por su mejilla. Un comandante no podía permitirse ser débil, era el espejo en el que todos los soldados debían aspirar. Siempre se había enorgullecido de ello. Ahora no era capaz de reconocer su propio reflejo.

Observó el mar, apenas había oleaje. Desde aquel día, el agua había permanecido en inquietante calma, como si se estuviera sanando de lo que había pasado.

Observó cómo las pequeñas y suaves olas llegaban a la orilla. Apoyó la espalda en el muro de piedra y dejó que las horas pasaran. En algún momento, por fin, el sueño lo venció y volvió con Khirstan.

—¿Comandante?

Giró la cabeza hacia el sonido, intentando despejar su mente entumecida por el sueño.

Había una mujer mirándole a unos pocos pasos de donde estaba, y una niña pequeña sujetándose a su mano. Ya era de día, había vuelto a pasar la noche en el exterior, sin importarle lo que pudiera pasar con su seguridad.

—Esto es para usted, comandante —dijo la mujer, tendiéndole una pequeña hogaza de pan—. No es gran cosa —murmuró, avergonzada.

La niña cogió el pan y se lo acercó con cierto temor, como si no supieran qué reacción tendría.

—Gracias por cuidar de nosotros, comandante.

Miró los ojos castaños de la pequeña, llenos de inocencia y miedo.

Recogió el pan y les brindó un asentimiento brusco, sin saber qué decir. Creían que se había quedado fuera para vigilar que nada atacara el puerto.

Ellas siguieron su camino. Observó cómo llegaban a una pequeña barca que parecía frágil y quebradiza. La niña se subió mientras su madre retiraba la soga que la mantenía sujeta a la playa. Se metió en el agua hasta las rodillas y se aupó para unirse a su hija. Después de asegurarse de que la niña estuviera bien, se hizo cargo de los remos y se adentró en el mar.

El estómago se le encogió al entender lo que estaba viendo. Era una mujer sola, arriesgando su vida y la de su hija para tratar de mantenerse a salvo en el puerto. La dureza de esa realidad le alcanzó como un golpe seco. La vergüenza era tan corrosiva como el ácido.

Desentumeció sus músculos y se colocó la capa húmeda antes de emprender la vuelta a la muralla.

Los soldados se cuadraron cuando entró por el hueco y empezaron a murmurar en cuanto se fue; los ignoró para ir a buscar a su hermana.

El sol apenas acababa de salir, sabía que estaría preparándose para empezar su entrenamiento. El aire frío de la mañana le calaba

los huesos, pero no le importaba.

Llamó a la puerta y esperó un instante antes de abrirla.

—Kellet. —La sorpresa en la cara de Ailysh hizo que la sensación culpa le invadiera.

Ailysh también había perdido a su mejor amigo, la había visto desmoronarse cuando se dio cuenta de que Khirstan no iba a volver, pero de alguna manera consiguió sobreponerse.

La vio mejorar cada día, alzarse por encima de su dolor y pelear para ponerse en pie. Lo consiguió, su dolor le dio la fuerza para hacerse aún más dura y, por mucho que le costase admitirlo, la odió un poco por ello. Dijo que Khirstan era como de su familia. ¿Cómo pudo olvidarle tan pronto?

—Hay una mujer en el puerto, con una niña de unos seis años. Sale a pescar en una pequeña barca blanca y verde. Creo que está sola con su hija. ¿Sabes quién es?

—¿Qué? —le preguntó desconcertada—. Creo que es Maggie Robson. Su marido murió en el mar, hace unos dos meses. Se encontraron con una tormenta cuando estaban pescando, fallecieron él y otros dos hombres.

Se fijó en el pan que todavía sostenía en la mano, sintiendo el peso de la culpa sobre él.

—Podríamos contratarla como criada personal —sugirió.

Ailysh parpadeó como si no comprendiera sus palabras.

—Tú odias tener criados cerca, no te fías de ellos —le recordó despacio.

Miró a la pared de enfrente, negándose a explicarle qué lo motivaba a hacer esa petición. Era como si aquella decisión no le perteneciera, como si su cuerpo se hubiera adelantado antes de que su mente pudiera reaccionar.

—Yo…

—Puedo ponerla a mi servicio, no me importa —le dijo con suavidad Ailysh, acercándose a él. Puso la mano sobre su brazo, buscando encontrarse con su mirada.

—No. Es cosa mía, déjala que se encargue de mi habitación y de mis cosas.

Ailysh le sujetó la cara, obligándole a mirarla.

—¿Es por la boda? ¿Quieres tener sirvientes propios para no usar los de nuestros padres?

Dio un paso atrás, sorprendido por la respuesta violenta de su cuerpo cuando las arcadas subieron por su garganta. Ailysh pensaba que seguiría con la boda. Solo pensarlo lo hizo estallar en sudor frío.

—Mi lugar está aquí, el puerto me necesita ahora que la muralla está dañada. Todo lo demás tendrá que esperar —contestó con más dureza de la que ella se merecía.

Salió de la habitación sin decirle ni una sola palabra, convencido de que cumpliría con su petición.

Las palabras de Khirstan volvieron a él, mientras se marchaba de manera apresurada a su habitación. Cerró la puerta con fuerza, apoyando la cabeza en la madera.

"Para mí, tú eres un salvaje. Todos los que vivís aquí lo sois. Obligáis a la gente a hacer lo que quieren unos pocos y echáis a cualquiera que se salga de la norma o no tenga dinero. Eso demuestra lo cruel y mezquinos que sois."

Se aferró a la pared, llevándose la mano al pecho, que se congeló haciéndose minúsculo. Abrió la boca, tratando de respirar y calmarse. No lo logró. Tiró de los enganches de su armadura, deshaciéndose de ella mientras resollaba con esfuerzo.

Le dolió recordar ese tono rápido y despectivo con el que le hablaba al principio, su mente rápida como un látigo, molestamente incisiva y desesperante desde el primer día que se conocieron.

"Felicidades entonces, ojalá tengas una vida larga y feliz, aunque los dos sabemos que eso no pasará."

Apoyó la espalda contra la pared y deslizó hasta el suelo, poniendo la cabeza entre las piernas, desesperado por poder respirar con normalidad. El dolor en su pecho no cesaba, como una opresión constante que se negaba a disiparse.

Recordar su voz ese día le hizo mucho más daño, el abatimiento y el dolor en cada una de sus palabras. La resignación

desprendiéndose en su voz, la impotencia por tener que aceptar el destino que cruelmente eligió por los dos.

Khirstan tenía razón, nunca sería feliz. Era un soldado de Nimerik, un comandante… Su felicidad o sus sentimientos no importaban. A nadie le interesaba su estado, debía ser funcional, hacer lo que se esperaba de él al coste que fuera.

El fantasma de la voz de Khirstan volvió a él, como el más dulce de los venenos.

"Debes sentirte muy solo". Por un segundo, volvió a sentir sus brazos a su alrededor, sosteniéndolo y protegiéndolo como si lo mereciera y le importara mantenerlo a salvo. Nadie, hasta que llegó él, vio lo roto que estaba por dentro.

La tormenta de dolor en la que llevaba semanas perdido estalló en su pecho, deshaciéndose en lágrimas de rabia e injusticia. La sensación de vacío lo invadió por completo, como si el aire se hubiera evaporado. Alejó a patadas la armadura, su espada y sus cuchillos, mientras el aire se negaba a entrar en él y sentía cómo la vida se le escapaba entre los dedos.

Su último pensamiento fue para él. Le hubiera gustado darle las gracias por todo lo que le dio, aunque nunca le exigiera nada. Pedirle perdón por todo lo que les negó a ambos, por no ser lo suficientemente fuerte como para desafiar a todo lo que conocía, en honor a ese sentimiento al que ni siquiera se atrevía a ponerle nombre.



III

VALOR

KELLET

El sonido del agua rompiendo contra la orilla se mezclaba con el ritmo de los cascos. Su batallón, sus hombres, sus hermanos de armas y su bote salvavidas, aunque ellos no lo supieran.

Llevaba semanas entrenándolos de manera diferente, con más dureza y fiereza que a cualquiera de los otros que componían el ejército de Nimerik.

Los inspeccionó uno a uno, sus ojos examinando con atención los gestos y las posturas, buscando algún signo de debilidad o distracción. Hizo que repitieran una y otra vez que estaban allí para servir y proteger. Dividió el puerto en secciones y las puso a su cargo, les obligó a interactuar con la gente, a inmiscuirse en la vida real.

No eran muñecos, importaban y quería que cada uno de sus hombres sintiera esa responsabilidad, que comprendieran que el bienestar y las vidas de esas personas estaban en sus manos.

No le decepcionaron, cada vez que algún soldado de otro batallón se pasaba de la raya, uno de los suyos estaba allí, intercediendo o acudiendo a él para informarle.

“El mundo es como tú quieres que sea. Puedes hacer lo mismo que todos, pensar igual que los demás e imitarlos hasta el día de tu muerte o decir que no. Es tu elección, nadie puede obligarte a hacer nada que tú no quieras. Solo tú puedes tomar la decisión.”

Khirstan tenía razón. Su sistema estaba corrupto, en el fondo siempre lo supo, pero no tuvo valor para enfrentarlo. Necesitaban un método nuevo, si Nimerik no estaba dispuesta a cambiar, las personas que lo componían podían hacerlo en su nombre. No sería perfecto, pero era algo.

Fue curioso cómo otros soldados empezaron a salir a entrenar con su batallón. Al principio creyó que lo hacían para ganarse su favor, pero pronto descubrió que eran soldados como él, que realmente creían en lo que hacían y, ahora que tenían una dirección en la que ir, estaban deseosos de sumarse.

Un pequeño cambio, que para él fue como si alguien le arrojara una cuerda. No tendría a Khirstan, pero lo que le enseñó seguiría con él y podría honrarlo… Era una forma de sentirlo más cerca, de no cortar la conexión entre ellos. El pensamiento lo reconfortaba, pero también lo llenaba de tristeza, como una llama titilando en medio de la tormenta.

—Comandante.

Kellet se limpió las lágrimas al escuchar la voz de Maggie al otro lado de la puerta. Odiaba despertarse; recuperar la conciencia era abandonar a Khirstan. A pesar del tiempo que había pasado, todavía dolía como el primer día, un dolor que se volvía más agudo con cada amanecer.

—Pasa —dijo con dureza, sentándose en la cama, intentando despejar su mente, pero sabiendo que la sombra de Khirstan seguía allí, invisible, pero omnipresente.

La mujer entró en la habitación, retorciéndose las manos con nerviosismo.

—¿Qué ocurre? —quiso saber al verla alterada, el nudo en su estómago apretándose más ante el nerviosismo evidente en ella.

—Viene una comitiva de la isla —le advirtió ella, hablando con rapidez, como si las palabras le salieran atropelladas.

—¿Quién es? —preguntó, tratando de comprender lo que estaba pasando.

—Su familia, comandante. Y no vienen solos.

Lo entendió todo enseguida. Sus padres enviaban una carta diaria pidiendo que acudiera a la isla, dejaron de hacerlo una semana atrás. Creyó que era porque lo habían entendido, pero puede que solo estuviera relacionado con las tormentas de nieve que los habían azotado los últimos días.

—¿Ya están en el puerto? —la interrogó.

—Todavía no han salido de Nimerik —le contestó Maggie.

La miró desconcertado.

—Entonces, ¿cómo sabes que vienen?

—Hombres del comandante Verin los vieron y llegaron en barca para dar el mensaje.

Parpadeó con sorpresa, incrédulo de que hubieran hecho algo así por él.

—Ocúpate de que tengan comida caliente y cerveza antes de volver a Nimerik —le pidió, todavía procesando todo, pero sin perder tiempo.

—Ya está hecho —le contestó ella, haciendo una pequeña reverencia y saliendo de la habitación con la misma rapidez con la que había llegado.

Se vistió y subió a lo alto del cuartel. El aire helado de la mañana le golpeó el rostro, pero no le importó. No había tiempo para sentir frío.

Había hombres en las puertas doradas de Nimerik, aún se estaban poniendo en movimiento. Sabía a qué venían y por qué había un carruaje en lugar de caballos.

No le sorprendió cuando su madre y Eliza lo saludaron con una gran sonrisa al llegar.

Se obligó a mantener el rostro impasible mientras se fijaba en su padre y su tío. La mirada fría de Joar se clavó en él, pero se negó a apartar la mirada. Su padre alzó una ceja, frunciendo el ceño, no muy contento por su actitud. Esperaba que tuviera excusas que darle, sin embargo, esta vez no tenía ninguna.

—Sobrino. —Su tío interrumpió el intercambio, poniéndose delante de su padre—. Nos llegan buenas noticias desde el puerto, dicen que los muros se han vuelto a alzar, más fuertes incluso que los que ya había. Quiero verlo por mí mismo. ¡Que todos los habitantes del puerto sepan que Nimerik sigue velando por ellos! —dijo, alzando la voz para que los soldados que había cerca lo escucharan.

Asintió con rigidez, haciendo un gesto con la cabeza señalando el camino. Era una burla que ahora se empeñara en ir andando entre la nieve, cuando nadie de la isla se molestó en venir mientras el muro estaba derruido y el agua lo cubría todo.

«¿Siempre fue todo así de falso?», pensó al ver cómo su tío hacía preguntas a Ailysh y Verin sobre las labores de reconstrucción.

Se cruzaron con mucha gente que les dedicó reverencias, pero estuvo más atento esta vez y supo distinguir sus gestos preocupados y desconfiados mientras se alejaban. No confiaban en Nimerik; los necesitaban para estar a salvo, como el entrenador de un perro rabioso. Sabían que podían confiar en su fiereza, pero también que era capaz de arrancarte la mano.

Se detuvieron en la muralla, por supuesto, no quisieron verla por fuera. Nunca asumirían ese riesgo, nunca había visto a ninguno de los dos fuera de las murallas. Koran se conformó con ensalzar la valentía de los soldados y la rapidez con que solucionaron los destrozos.

Subieron las escaleras hasta lo alto de las murallas, el viento gélido azotaba sus rostros mientras la nieve caía con suavidad, casi como si el paisaje mismo respirara en silencio. Miraban la playa donde se había originado el desastre.

—¿Llegasteis a ver qué tipo de monstruo era? —preguntó su tío pensativo, observando con atención el mar, como si intentara encontrar respuestas entre las olas.

—No, solo el agua cubriéndolo todo —contestó Ailysh, la mentira le salió fluida y natural, como una verdad cómoda. La habían repetido una y otra vez desde aquel día.

—Un monstruo marino sin duda, un kraken posiblemente. ¿Por qué estabais vosotros allí? —preguntó su tío con preocupación, pero

sus ojos no dejaban de recorrer la figura de Kellet, buscando algo más.

Se enderezó, había algo en el tono de Koran que lo hizo ponerse en guardia. Era una trampa.

—Yo quería entrenar cerca del agua y Ailysh me estaba acompañando —contestó antes de que su hermana respondiera.

Koran y Joar centraron su atención en él, nunca le parecieron más similares que en ese momento. Miradas desconfiadas y el hedor de algo que flotaba en el aire, una tensión palpable.

—Eres demasiado osado, hijo mío —interrumpió su madre, sujetándose a su brazo, con falsa calidez—. Ya has demostrado tu valentía muchas veces, no es necesario que te sigas exponiendo.

Kellet se obligó a no retirarse de su agarre y la acompañó mientras bajaban las escaleras de nuevo, la nieve crujía bajo sus pies.

—No puedes esperar nada bueno del océano, podrías haber muerto —lo amonestó ella—. ¿Qué sería de mí si pierdo a mi hijo? ¿Quién quedaría para honrar a nuestra familia?

No se perdió la mirada de rencor y frustración de su hermana; él se sentía del mismo modo, como si el peso de su familia lo aplastara. Era absurdo que tuviera más valor que ella, una madre no debería decir eso delante de sus hijos, menos aún delante de él, como si la dignidad de Ailysh no fuera nada.

Eliza no había subido a la muralla, se había quedado con su escolta abajo, pero le dedicó una sonrisa mientras se acercaba, una sonrisa que parecía más una máscara que un gesto genuino. Se deshizo del agarre de su madre, poniéndose rápidamente entre Verin y Ailysh.

Los llevó por todo el puerto, cumpliendo los caprichos de su tío hasta que él y su padre desaparecieron dentro del cuartel. No necesitó preguntar adónde se dirigían; sabía que iba a ser un día duro, un día que solo servía para reforzar lo que ya sabía.

Sus nervios se tensaron cada vez que su madre iba a buscarlo con Eliza. Era ridículo estar jugando al escondite con ellas, pero trataba de evitar entrar en conflicto, aunque sus entrañas se retorcieran de frustración por la obviedad de su treta.

Consiguió evitarlos a todos la mayor parte del día, pero no hubo forma de saltarse la cena, un evento inevitable como el destino mismo cuando ellos estaban allí.

—¿No tienes hambre, Kellet? —le preguntó Eliza con amabilidad, señalando su comida sin tocar.

—Comí algo antes —mintió, bebiendo un sorbo de vino, buscando en el líquido algo que lo tranquilizara, aunque sabía que era en vano.

—Creo que está un poco suave para él. A Kellet siempre le han gustado los sabores fuertes —le contestó su madre, llenando el silencio pesado que se había adueñado de la habitación desde que se sentaron, como si ese comentario tuviera que arreglar todo.

—¿Cuál es tu comida favorita? —preguntó Eliza, satisfecha por haber encontrado un tema de conversación en común, pero su tono sonaba tan vacuo que casi podía ver el esfuerzo en sus ojos.

Se tensó al escucharla. Si creían que estaban siendo sutiles, estaban muy equivocados.

—Le gusta el ciervo y el jabalí —contestó Ailysh en su nombre.

Eliza pareció animarse al escucharla, como si, finalmente, hubiera encontrado algo en lo que sentirse cómoda.

—Mi madre tiene la mejor receta de ciervo que he probado nunca. Te encantará —le aseguró convencida, sonriéndole con una expresión que bordeaba la suficiencia.

Mantuvo el gesto impasible, clavando sus ojos en ella, que se removió bajo la intensidad de su mirada. Una leve incomodidad cruzó sus ojos, pero ella intentó disimularlo. Tuvo que recordarse que no debía desquitarse con ella, aunque su paciencia se agotara como la arena en un reloj.

—No te preocupes, yo te diré todo lo que necesites saber de él —la tranquilizó su madre, como si él fuera un niño al que había que dar instrucciones—. Kellet no es muy hablador.

—¿Para qué va a querer esa información? —preguntó con frialdad, incapaz de contenerse.

Eliza le lanzó una mirada confusa por su actitud, que hizo que su sangre hirviera de rabia. Ella no lo sabía; la habían traído al puerto sin decirle el motivo real de su presencia.

—Bueno… creo que todas las esposas deben saber esas cosas de sus maridos, así podré cuidar bien de ti —contestó, confundida, sin percatarse de lo que sus palabras realmente significaban para él.

Soltó la copa y miró a su madre, que se refugió en su plato lleno de comida para evitar su escrutinio, como si fuera más fácil ignorar la tormenta que estaba a punto de estallar. Su atención se desvió hacia su padre, quien lo enfrentó sin impresionarse por su mirada, como si nada de lo que dijera pudiera perturbar su mundo.

—Creo que aquí hay un error —dijo deliberadamente despacio—. Te ofrezco mis disculpas, Eliza.

—¿Por qué? —preguntó ella con una tímida sonrisa, aliviada por su cambio de actitud mucho más educado, pero su mirada no conseguía ocultar la incomodidad que había nacido entre ellos.

—No te atrevas —le ordenó Joar, su tono como una amenaza contenida.

—Te han traído aquí haciéndote creer que la boda sigue en pie. —Ignoró la advertencia de su padre, fijándose en Eliza, cuya expresión pasó de la sorpresa a una duda que la hizo parecer vulnerable.

—¿Y no es así? —Ella miró a su madre con un gesto tan desconcertado que sintió una punzada de lástima, pero no la suficiente como para arrepentirse de lo que estaba a punto de hacer.

—Verás, querida, Kellet ha estado bajo mucha presión y… —trató de intervenir su madre, como si sus palabras pudieran borrar la verdad que se estaba abriendo paso.

—No me casaré contigo —interrumpió con dureza, sin dejarla hablar, no iba a continuar con ese teatro.

La copa de Joar golpeó la mesa con violencia cuando la dejó sobre la madera. Su madre se encogió, dedicándole una mirada de advertencia, como si fuera culpa suya que su padre no pudiera controlar su temperamento.

—Lo harás. —No había discusión posible en el tono de su padre; ya había tomado una decisión, y la imposición era clara, como un muro inquebrantable.

—Kellet —le llamó su madre, intentando calmar los ánimos—. Esto no es propio de ti. Es de muy mala educación decir algo así

delante de tu futura esposa. Si hay algo que no te guste de ella, estoy segura de que podemos arreglarlo.

—Eliza es perfecta, madre. No necesita cambiar nada —respondió, esforzándose por mantenerse sereno mientras la miraba.

Su madre miró satisfecha a Eliza, que le dedicó una sonrisa forzada y confusa.

—Eso no significa que vaya a casarme con ella —terminó, para no permitir que siguieran alimentando ese engaño.

El silencio se volvió violento, tenso, tan opresivo que podía sentirlo sobre él como un manto pesado. Su padre nunca había consentido que se volvieran contra sus deseos, y sabía que en ese tema en concreto llevaba todas las de perder. Aun así, no podía detenerse.

—Querido sobrino —intervino Koran, hablando en tono conciliador —. Creo que has bebido demasiado. Esta es una conversación para tener después de descansar lo suficiente. Has estado tan ocupado con la reconstrucción de la muralla que sin duda te has agotado. Deberías retirarte y dormir un poco, mañana verás las cosas más claras.

Se puso recto, cerró un segundo los ojos mientras dejaba entrar el aire en su cuerpo y se concentraba en la sensación. Su tío no le daba una salida; le estaba sugiriendo que se tranquilizara porque era algo que pasaría con su beneplácito o sin él. Sabía reconocer una orden implícita cuando la escuchaba, pero no iba a ceder.

—Gracias por tu preocupación, tío —le respondió, girando la cabeza en su dirección—. Pero dormir no cambiará nada. Es una decisión meditada, no me casaré.

Los ojos de Koran se estrecharon mientras lo observaba; lo ignoró a favor de volver su atención hacia su casi esposa.

—Mis disculpas contigo, Eliza. Te daré el triple de lo que tu familia haya gastado en tu dote y hablaré personalmente con tus padres para explicarles la situación.

—¿Tus disculpas? —repitió Eliza con incredulidad—. No quiero tus disculpas. No puedes romper nuestro compromiso. La gente pensará que no soy una candidata digna, ningún hombre querrá tomarme como esposa después de repudiarme.

Sabía que ella tenía razón, así que no supo qué más decirle. Era injusto, lo fue desde el momento en que la eligió sabiendo que su matrimonio estaba destinado al fracaso.

—No vas a hacer ninguna de esas cosas —protestó su madre, con la voz temblando de indignación—. Todo el mundo habla de ti desde hace años, no soportaré que la gente siga hablando de nosotros por tu causa. —Su voz se alzó en un pitido molesto, el tono casi insoportable.

—Nuestra palabra no se rompe —le recordó su padre, dejando escapar un sonido de profunda desaprobación—. Prometiste casarte con ella y vas a cumplir. Os casaréis antes de un mes, en una boda apropiada delante de todo Nimerik, y engendraréis a vuestro primer hijo esa misma noche.

Sintió cómo todo su cuerpo se tensaba y se volvía rígido al mismo tiempo, sus músculos se contrajeron, como si cada fibra de su ser estuviera a punto de estallar.

—No —repitió, mirando fijamente al frente. Era la primera vez en su vida que se negaba a obedecer una orden. Las paredes del comedor siguieron en su sitio, enteras y sólidas. El mundo no se destruyó solo porque por una vez se antepusiera a todo lo demás.

—No te estoy preguntando tu opinión, Kellet. Es lo que sucederá, es mi decisión. —El desprecio en el tono de su padre era más que obvio, pero eso no hizo que le afectara de forma diferente. No iba a ceder, no podía. Se había dejado pisar durante años, deshaciéndose en pedazos para sobrevivir, creyendo que, si su voz sonaba más baja que la de ellos podría pasar desapercibido, sin entender que cada vez que se mantuvo en silencio, perdía algo más de sí mismo.

—No lo haré.

Escuchó cómo toda la cubertería caía al suelo al otro lado de la mesa, pero no giró la cabeza en su dirección. La mano de Ailysh cubrió la suya, apretándole los dedos con fuerza, rogándole con el gesto que se detuviera.

—¡Márchate!

Sabía que la orden era para Eliza. Ella tardó tanto en moverse que uno de los criados se acercó para cogerla del brazo y sacarla con prisa del cuarto.

—¿Qué es esto? —preguntó su padre con esa falsa suavidad que le helaba la sangre—. ¿Cuándo te convertiste en el cabeza de familia? ¿En qué momento crees que puedes tomar las decisiones que afectan a mi casa y apellido?

Se quedó quieto, sin moverse salvo para retirar su mano de la de Ailysh y ponerla sobre la mesa con firmeza, como si intentara plantar una última bandera de resistencia.

—Harás lo que se te ordene y lo que sea mejor para la familia —pronunció con desprecio su padre, perdiendo la paciencia, sus palabras hirientes como puñales envenenados—. Ya hemos consentido bastante de tu egoísmo durante estos años.

Casi pudo escuchar las grietas a su alrededor, resquebrajándose en su interior, como si todo el castillo de cartas que había sido su vida estuviera a punto de derrumbarse. Apretó los dientes y se enfrentó a su padre, su madre estaba medio encogida en la silla, mirando al suelo, incapaz de mirarlo a los ojos. Su tío lo observaba con una expresión calculadora y concentrada, expectante, como si estuviera presenciando un espectáculo y no una pelea familiar.

—No creo que llenar de honor nuestro apellido con mis acciones sea deshonroso, padre. He dedicado mi vida a conseguir las mayores distinciones de nuestra gente solo para engrandecernos.

Su padre dio un golpe seco sobre la mesa con el puño, el sonido resonó en el aire como un trueno.

—¡No me respondas! ¿Cómo te atreves a retarme así? Todo lo que eres es gracias a mí, porque yo te hice así —pronunció con asco, escupiendo al hablar por la rabia, los ojos inyectados en furia.

Ya se había familiarizado con Joar en ese estado, sabía que estaba a punto de sufrir las consecuencias de ello, pero se obligó a mantenerse en su lugar. No había hecho nada reprochable, dedicó toda la vida a ensalzar su apellido, y no se merecía este ataque, ni ninguno de los anteriores.

—No voy a casarme —repitió con voz tranquila, cada palabra firme como un juramento.

Lo siguiente que salió volando fue una copa que le lanzó. No se movió y dejó que le golpeara el pecho sin reaccionar.

—No lo haré —volvió a decir sin alterarse—. Es mi decisión y es definitiva. Me disculpo si con ello causo algún tipo de problema para vosotros, me encargaré de la cancelación y compensaré a su familia.

El silencio se enredó a su alrededor como una serpiente, un silencio pesado que amenazaba con ahogarlo. Su padre lo estaba midiendo para adivinar qué punto era más débil, sabía que lo haría, siempre lo manipulaba de esa manera.

—Muy bien —cedió Joar, tranquilizándose de forma abrupta.

Chasqueó los dedos y una criada se apresuró a poner una copa llena de vino en su mano. Lo bebió todo de un solo trago, con un gesto calculado, observándolo con una sonrisa falsa antes de fijarse en Ailysh.

—Eliza tiene dos hermanos pequeños, elige uno de ellos para tu hermana. Ella cumplirá con tu deber, por tu egoísmo.

Contuvo a duras penas la rabia, sabiendo que intentaría hacerle daño a Ailysh para castigarlo, y eso le dolía más que cualquier otra cosa.

—Sus hermanos apenas pueden sostener una espada —protestó Ailysh.

—Tienen más de catorce inviernos, suficiente para dejarte en cinta —le rebatió su padre con una sonrisa de suficiencia, sin inmutarse.

Se negó a alejar la mirada de su padre. Sus instintos le pedían que evitara cualquier tipo de daño a su hermana, pero el dolor de la pérdida todavía estaba demasiado fresco, como una herida abierta que no dejaba de sangrar.

—Está bien, lo haré —accedió Ailysh, su voz sonó baja pero decidida.

Su padre la observó, no se esperaba que ella aceptara sin más, y la rabia por no conseguir lo que pretendía se marcó en cada uno de sus gestos.

—Esto es lo que recibo por dejaros actuar a vuestro libre albedrío —murmuró, alternando su atención entre ellos dos, el tono cargado de odio—. ¡Insubordinación! Comportándoos como si no tuvierais responsabilidades. ¿Os creéis que podéis socavar mi autoridad de esa manera?

—Pero, padre... —protestó Ailysh, desconcertada por sus palabras, ya que había aceptado. La confusión era evidente en su voz, pero su padre solo pareció enfurecerse más.

Cerró los ojos un segundo. ¿Cuándo aprendería Ailysh a callarse? El agotamiento le pesaba en el pecho, quería acabar con todo eso ya.

—Acepto el matrimonio, no voy a discutir —le aseguró ella, intentando calmarlo.

Otro golpe en la mesa resonó por todo el salón, haciendo que su madre soltase un respingo.

Su hermana no acababa de comprender la trampa, la forma maquiavélica de usarla en su contra. Su padre sabía que era lo único con lo que podían hacerle daño, estaba esperando una rendición después de condenar a Ailysh. Se mantuvo callado, no lo haría, no iba a rendirse de nuevo.

—¡Te casarás con Eliza esta misma noche! —bramó Joar, su voz retumbando en las paredes del salón—. ¿Me oyes? Y me sentaré en esa maldita habitación para asegurarme de que cumples con tu deber y pones un niño en su vientre —lo amenazó, el veneno en sus palabras palpable.

Su estómago se contrajo por el asco, y sus barreras empezaron a flaquear. Podría estar casado esa misma noche, encadenado a una vida que odiaba en un instante. Todo lo que necesitaba era que Eliza y él estuvieran en la misma habitación para oficiar la unión incluso contra su voluntad.

Se irguió despacio de la silla, estirándose en toda su imponente altura. Era más alto que su padre y su tío, siempre había tenido cuidado de encorvarse en su presencia para no sobresaltar, pero esta vez usó cada milímetro de más a su favor. Fingió que sus manos no temblaban mientras miraba a su padre a la cara.

—No estoy pidiendo permiso. No lo haré y no puedes obligarme, soy el comandante de Nimerik, y mi estatus me permite hacer mi propia elección de esposa.

Su padre se levantó con rapidez de la silla, moviéndose en su dirección mientras algunas cosas más terminaban en el suelo.

Ailysh se levantó en lo que sin duda sería un intento de protegerle, pero Kellet la sujetó del brazo, lanzándola hacia atrás con tal rapidez que ni siquiera pudo reaccionar. Su madre empezó a llorar y los criados huyeron al otro lado de la habitación. Su tío seguía mirándolo sin hacer ningún intento por detener a su hermano, casi parecía interesado en saber qué pasaría.

Los dedos de su padre se clavaron en su piel mientras tiraba de él con fuerza, agarrándolo del cuello, quitándole el aire, la rabia burbujeando de él como un veneno.

—Eres el comandante de Nimerik hasta que yo decida que ya no lo eres —le dijo, echándole su aliento, que rezumaba a vino y amargura.

Se zafó de su agarre con un gesto brusco, el aire volvió a los pulmones con alivio, pero la tensión permaneció en el resto de su cuerpo, listo para una lucha.

—Si eso es cierto, significa que no estoy en el lugar correcto y no me merezco el puesto. Si eso es verdad, no lo quiero.

Joar se quedó petrificado antes de empujarlo con fuerza, haciendo que retrocediera un par de pasos.

—¿Qué estás diciendo? ¿Qué dices? ¿Es que has perdido la maldita cabeza? —tronó, agarrándolo de nuevo con crueldad del cuello, tratando de zarandearlo como cuando era un niño.

—Respondo a lo que acabas de decir —le contestó sin acobardarse, con furia apoderándose de sus palabras—. El comandante de Nimerik tiene que ocupar su puesto por méritos propios, si no me lo merezco, entonces no es mi puesto. No quiero nada de lo que no sea legítimo dueño.

Vio su brazo alzarse y supo lo que pasaría; no era la primera vez que pasaba.

Envolvió su puño alrededor del de su padre y apretó, con los ojos clavados en los suyos, antes de empujarlo con tal fuerza que Joar tuvo que aferrarse a la mesa, resbalando hacia atrás como si el propio suelo le fallara.

—No volverás a hacer eso. Ya no soy un niño, la próxima vez que lo hagas, me defenderé y no te gustará el resultado. —Su voz sonó

dura, inflexible y altiva, una claridad fría que incluso a él le sorprendió. Se sintió orgulloso de ello.

Su padre se abalanzó sobre él de nuevo, lanzándose como un toro para golpearlo. Se movió un paso, dejando que terminara en el suelo con un estrepitoso estruendo.

Se giró y lo miró sin mostrar ninguna expresión. Su padre llevaba años pasándose con el vino y los licores, y parecía que esa noche no iba a ser una excepción. Sobrio, su padre había sido un buen guerrero, de los mejores en su tiempo, pero no podía compararse con él. Siempre lo había sabido y había tenido mucho cuidado en contenerse cuando su padre o su tío estaban cerca.

—¿Cómo te atreves? —masculló, levantándose con esfuerzo. Varios criados trataron de ayudarlo, pero los empujó para hacerlo solo, como si aún tuviera algo que demostrar.

—¡Kellet! ¡Joar! —La voz de Koran resonó como un latigazo antes de que su padre pudiera volver a por él—. Esto es impropio de nuestro estatus. Os comportáis como vulgares campesinos en una taberna. Recomponeos —les ordenó con dureza.

—Mis disculpas —ofreció a su tío, dedicándole una pequeña reverencia, pero sin dejar de observar a su padre, aún con la ira burbujeando en su interior.

Los ojos de Koran fueron a su hermano, hasta que consiguió que bajase la cabeza, admitiendo su intervención, reconociendo de alguna manera el liderazgo de su hermano.

—Kellet, tu puesto es tuyo, eras el más apto y el único cualificado. Tienes razón, tu posición te permite elegir esposa, pero te recuerdo que ya lo hiciste. Fuiste tú mismo quien eligió a Eliza —le recordó, observándolo con una mirada más suave, pero todavía firme.

—Lo hice y me equivoqué —admitió, negándose a sentirse avergonzado, no tenía otra opción. Creyó que hacía lo correcto.

—No estás buscando una nueva espada, solo una mujer de buena familia que te permita tener descendencia. En este momento, elijo ser generoso, y si lo deseas, podrás unirte a una plebeya —el gemido escandalizado de su madre no hizo que su tío dejara de hablar—. ¿Quieres una mujer exótica? Pronuncia el nombre de una

isla y traeremos un harén de mujeres para ti, no me importa. Elige a cualquier mujer, la que sea, y pon un hijo en ella.

Miró a su tío sin dejarse presionar, tenían que estar desesperados para sugerir algo así. Era impensable que alguien de su rango terminara con una mujer sin título.

—No voy a casarme con nadie —puntualizó de manera sosegada, sin apartar la mirada.

Koran lo atravesó con una mirada aguda, evaluándolo como si quisiera encontrar un resquicio de duda en su alma, antes de volver a hablar.

—Tienes un deber con tu familia —le recordó con dureza.

—Y lo cumpliré, llevando nuestro apellido a los más alto en el mundo militar —contestó, ignorando el lloriqueo desesperado de su madre.

El silencio volvió a la habitación, la atmósfera densa y cargada de tensión, la respiración alterada por la rabia de su padre sonando a su lado, una vibración amarga que apenas podía ignorar.

—Ailysh, ¿tendrás descendencia? —le preguntó Koran a su hermana.

—Sí, tío. Yo continuaré con nuestra línea familiar, estoy dispuesta —contestó Ailysh con calma.

Su corazón se encogió al escucharla, sintiendo la injusticia que se cernía sobre ella, como si el peso de la familia fuera una carga que no debía llevar sola, como si él también estuviera involucrado en esa decisión que no le correspondía.

—Sea, pues. Busca un hombre de tu elección. Tienes hasta el verano para darme un nombre. Anunciaremos el compromiso y te enlazarás durante la siguiente primavera. Un compromiso de un año será más que suficiente para acallar rumores.

—Así lo haré, tío. Gracias —dijo ella de una forma inquietantemente tranquila.

Enfrentó de nuevo la mirada de su tío, que lo observaba con expresión pensativa, como si nunca lo hubiera visto antes. Parecía estar examinando cada pequeña parte de él.

—Tu bloqueo tiene que detenerse. Los soldados y sus capitanes volverán a la isla según su criterio.

No mudó su gesto, pero se maldijo en silencio por ser tan estúpido. Habían tratado de encontrar excusas para desafiar sus órdenes y acababa de darles una, una brecha pequeña, pero significativa en su autoridad. Era una forma de castigarlo, desautorizándolo con una sutileza que lo humillaba más que una reprimenda directa, para aplacar la ira de su padre y al mismo tiempo recordarle su lugar en la jerarquía de Nimerik.

—Daré el orden esta misma noche, mañana empezarán los cambios. ¿Algo que decir al respecto, soldado?

Apretó la mandíbula hasta que amenazó con romperse.

"Soldado". Esa palabra, tan fría y cargada de desprecio, lo atravesó como una lanza, despojándolo de toda la dignidad que había luchado por conseguir. Habían pasado muchos años desde la última vez que Koran lo llamó así, pero el impacto seguía siendo el mismo.

Alzó la cabeza con orgullo, el sudor frío recorriendo su espalda mientras sus músculos se tensaban con la decisión de no ceder, de no mostrar ni el más mínimo signo de debilidad. Hizo el saludo militar formal, esforzándose en mantener la compostura.

—Ninguno, mi coronel. ¿Permiso para salir? —preguntó, con la voz apenas contenida, tratando de controlar la rabia que ardía bajo su piel.

Nunca conseguiría su aprobación. Daba igual cuánto se hubiera esforzado por estar a la altura, siempre sería el mismo espejismo, la misma falsa esperanza. Todo lo que había hecho hasta ahora parecía desvanecerse con cada palabra de su tío.

Su tío pareció a punto de protestar, pero acabó por asentir sin añadir nada.

Salió de la habitación, ignorándolos a todos mientras se alejaba lo más rápido que podía. Necesitaba escapar de la pesada carga que lo atenazaba, huir de esa sala llena de expectativas que ya no podía soportar. Había excedido en una sola noche los límites que se había prometido no traspasar.



IV

OPOSICIÓN

KELLET

—¡Kellet! Escúchame, por favor. ¿Puedes parar? —gritó Ailysh cuando lo encontró mucho tiempo después esa misma noche, su voz algo quebrada, como si ya estuviera cansada de buscarlo.

—¿Qué quieres? —preguntó enfadado, girándose para esperar a que lo alcanzase.

—Explícame lo que pasó ahí arriba —demandó, su mirada fija en él, expectante.

—No tengo nada que decir.

—¿Estás loco? Desafiar a papá de esa manera. ¿En qué estabas pensando? Si el tío Koran no hubiera intervenido…

La miró furioso, su capacidad para contenerse casi se había esfumado del todo.

—¿Yo soy el loco? ¿Yo?

Ailysh parecía desconcertada por su reacción, su rostro mostraba una mezcla de incredulidad y enfado.

—Bueno, es lo que pareces. Siempre has sido una persona racional, pero el Kellet de ahí arriba no lo fue en absoluto. Te dieron opciones, estaban tan desesperados que te ofrecieron literalmente a

la mujer que tú quisieras. Sin importar el título, la posición o su procedencia. Eso no pasa nunca. Fueron generosos y seguiste negándote a ello —le reclamó enfadada, su voz subiendo de tono por la impotencia.

Ailysh tenía razón, le ofrecieron a cualquiera… excepto porque la persona que quería era la única que no podía ser.

—No puedo entender nada de lo que haces, ni apoyarte. Llevas meses comportándote de una forma errática, no te comprendo. Pasas noches fuera de la muralla arriesgando tu vida del otro lado, ya no hablas conmigo y ahora esto. Creo que te está pasando algo, pero no sé qué es. Y no puedo ayudarte —le dijo ella, preocupada.

Tragó el nudo de su garganta, sintiendo que se ahogaba alrededor de él.

—Tienes que casarte, hermano. Es lo que tienes que hacer —su tono fue suave, pero ella no comprendía la gravedad de la situación.

La rabia lo quemó como si fuera hierba seca. Todo el mundo parecía empeñado en decirle qué debía hacer, estaba harto de que decidieran en su nombre.

—No lo haré.

—¿Por qué no? —preguntó Ailysh—. No importa lo que sea, te ayudaré, pero necesito saber qué está pasando. Explícamelo.

—No es asunto tuyo, es mi elección —respondió respirando con dificultad.

—Eso no tiene sentido. Es lo que se espera de ti —insistió Ailysh con dureza—. Es lo que hace cualquiera en nuestra posición.

—¡No lo haré! —levantó la voz sin que le importase llamar la atención, rebelándose.

—No lo entiendo —contestó ella exasperada—. ¡Es tu destino, maldita sea! Tienes que hacerlo.

—¡No lo quiero! —explotó, dando un paso para alejarse de Ailysh —. No lo pedí. ¿Quién decide la suerte de cada persona? ¿Por qué solo puedo tener una opción? ¡No es justo! —Su voz se quebró.

Los ojos de Ailysh se llenaron de lágrimas a pesar de la sorpresa.

—Pero… pero… tú querías esto. Querías ser el mejor guerrero, querías ser el comandante, el hijo perfecto… Esto es lo que tú

querías —murmuró, con una expresión que parecía más sorprendida que acusatoria.

Sintió cómo las fuerzas lo abandonaban. Se había esforzado tanto en que no vieran sus fallos que ella tampoco conocía su interior, no sabía lo desgraciado que era y lo asustado que estaba.

—Nunca tuve elección. No sabía qué más hacer para encajar —reconoció en voz baja, el arrepentimiento reflejado en sus palabras —. No quiero esto, hermana. Yo no podría vivir como ellos quieren, prefiero estar muerto.

Escuchó cómo ella tomaba aire con dificultad, como si fuera demasiado que él también fuera débil.

—Huye. Sé que no quieres casarte y no tienes que hacerlo —la aconsejó, aunque se le partiera el corazón al pensar en tenerla lejos —. Vete lejos, papá y tío Koran te obligarán a casarte en mi nombre. No es un farol, tienes que marcharte o tendrás que cumplir tu promesa.

Ailysh lo miró tan aturdida que la sujetó del brazo, intentando hacerla comprender lo que significaba.

—Te pido perdón, Ailysh. Te juro que estaba dispuesto a sacrificarme por ti, a casarme, a perderlo todo si así te mantenía a salvo. —La miró a los ojos, intentando hacerle entender lo que sentía, aunque las palabras no parecieran suficientes—. Pero no puedo. Lo siento mucho, lo intenté con todas mis fuerzas. No puedo —reconoció con esfuerzo en un hilo de voz.

Ailysh cubrió su mano con la suya.

—Ni yo te lo pediría, Kellet. Veía que no eras feliz, pero… supongo que no quise ver más allá —murmuró—. Huyamos juntos, los dos.

—¿Qué? —preguntó desconcertado.

—Vámonos, podemos coger cualquier barco y marcharnos lejos de aquí —insistió Ailysh, con una leve sonrisa, aunque sus ojos seguían cargados de miedo.

—No podemos hacer eso. Dejaríamos Puerto Bashel desprotegido —respondió con esfuerzo, tratando de ser lógico. Era la salida a todos sus problemas, desaparecer y huir a donde nadie conociera su apellido. Empezar de cero sonaba tan tentador que acarició la idea durante unos segundos, hundiéndose en ella.

—Habrá otros soldados en nuestro lugar, podemos irnos. Puerto Bashel estaba a salvo antes de que nosotros existiéramos, estará bien cuando no estemos —le aseguró Ailysh.

Negó despacio, reuniendo cada ápice de la poca fuerza que le quedaba. Recordando todos los muertos que había encontrado, toda la gente a la que el ejército estaba robando, los sacos que salían de contrabando, la Ostántiga y sobre todo a él. Khirstan no huyó cuando llegó el momento, se mantuvo fuerte para ellos a pesar de que sabía que no iba a sobrevivir.

—No puedo irme, no ahora. Hay mucho que no sabemos, que nadie más conoce, si nos vamos quedarán impunes y la gente desprotegida. Debo quedarme, pero tú puedes irte —le respondió, cogiendo sus manos entre las suyas—. Márchate de aquí y sé feliz. Puedes hacerlo, mientras yo esté aquí, papá no irá por ti.

—Si tú te quedas, me quedo contigo —decidió Ailysh, con determinación—. Hermano, confía en mí. Aunque no lo creas, sé cuidarme sola, me enseñaste bien. Hazte a un lado y deja que por una vez sea yo quien me defienda.

La miró a los ojos. Ya no era una niña, hacía mucho que lo sabía, pero en el fondo siempre sería su hermana pequeña. La que corría con él hasta que le temblaban las piernas y le pegaba cuando se metía con ella. Quería hablar con ella, necesitaba sacar todo lo que llevaba dentro para dejar de ahogarse. Guardó silencio, aún con más empeño, como si las palabras pudieran romper lo que quedaba de él. No podía contarle nada a nadie.



Las noticias se expandían rápido. Mientras andaba sin rumbo por el puerto, el crujir de sus botas sobre las piedras mojadas resonaba en el aire frío y vacío. Vio cómo los soldados de Anker y Monker se apilaban sin disimulo cerca de los cuarteles, haciendo planes para irse. Vio sus risas burlonas y miradas desafiantes; creían que habían ganado.

La rabia que llevaba ardiendo bajo su piel todo el día estalló y se derramó por cada una de las heridas que tenía, haciéndolas todavía

más profundas cuando vio a su padre y su tío hablando con Monker. Lo que fuera que él estuviera haciendo no podía ser ajeno a su padre.

Sus ojos se encontraron con los de Joar. Era la viva imagen de la satisfacción. Estaba orgulloso de cómo habían salido las cosas. Asintió con la cabeza sin retirar la mirada, giró sobre sus pies y se alejó todo lo que pudo de ellos.

Se detuvo en el puerto, sentándose al borde mientras observaba las olas chocando en los cascos de los barcos, las olas rompían con fuerza contra la madera, como si quisieran arrastrar todo a su paso. El aire estaba impregnado con el olor salado del mar, y las gaviotas graznaban sobre sus cabezas, dibujando círculos sobre el cielo gris. Ni siquiera se movió cuando el agua le salpicó en las botas. No tenía ni idea de qué hacer a continuación; estaba en medio de una encrucijada, oprimido por el peso de lo que sabía que debía hacer, y una pena que lo helaba como si estuviera sumergido bajo metros de nieve.

Tomó una respiración profunda; ojalá pudiera preguntarle a Khirstan. Él le daría una opinión sincera, quisiera escucharla o no.

Si tan solo pudiera verlo… aunque fuera una última vez.

La imagen de Khirstan llenó su cabeza, no fue un pensamiento ni un recuerdo. Ahogó un grito con esfuerzo al ver la cabeza de una sirena asomándose en la superficie del agua.

Dejó salir el aire con rapidez, demasiado sorprendido para reaccionar. Ni siquiera había vuelto a pensar en ellas. ¿Sabrían dónde había ido a parar su cuerpo?

Miró cómo su pelo azul flotaba sobre la superficie del agua y sus extraños ojos lo observaban de una forma que era todo menos humana. El reflejo de su mirada parecía fundirse con las profundidades, como si el océano mismo lo estuviera observando. Se apresuró en quitarse la espada, dejándola sobre el suelo junto a sus cuchillos.

Trató de concentrar su mente frenética en pensamientos coherentes para que ella pudiera entenderle. Intentó recordar la última vez que vio a Khirstan, esforzándose por no enfocarse en el dolor para poder mostrarle los detalles. Ella se alzó sobre la

superficie hasta que tuvo medio cuerpo fuera del agua, le tendió la mano y señaló el agua.

La miró antes de volver sus ojos al mar. Era pleno invierno, el viento cortaba como cuchillas y las olas rompían con fuerza sobre los barcos. Era un suicidio lanzarse a ese pozo de hielo. Podía evitarla; había suficiente espacio como para tratar de huir, pero las sirenas nunca le habían hecho daño antes. Preguntó por Khirstan y su respuesta fue que bajara al agua. ¿Podría llevarle hasta su cuerpo? Necesitaba una despedida, de la forma que fuera, tenía que hacer algo para cerrar esa herida que no dejaba de sangrar.

No lo pensó más, se lanzó al agua y no se resistió cuando el agua helada le quitó el aliento y se hundió bajo el peso de su armadura.

El frío lo envolvió de inmediato, cortándole la respiración, como si el mar mismo quisiera tragarse su alma. La sirena apareció flotando delante de él, no se le acercó, solo lo observó mientras se hundía. Era todavía más aterradora bajo el agua, tan grande y fiera que lo hacía sentir pequeño e insignificante. Ella lo miró, atravesándolo con su mirada como si su cuerpo fuera un espejo y pudiera ver todos sus secretos.

Por un instante sintió miedo, pánico; nadie podía saber lo que escondía, nadie. El frío calaba su piel y el peso del agua sobre su pecho lo asfixiaba, mientras la mirada penetrante de la sirena lo mantenía inmóvil. El rostro de la sirena no cambió, impertérrita como una estatua. Una criatura tan antigua y feroz no se preocuparía por algo tan nimio como sus gustos o preferencias.

Tiró con dificultad de los cierres de su armadura, liberándose de ella, dejando que cayera al fondo del mar. Algo brilló en sus extraños ojos como si fuera la señal que estaba esperando. Se acercó a él con movimientos sinuosos de su larga cola y le tendió la mano.

La aceptó sin dudar, aferrándose a ella con fuerza. Su piel era dura y suave, mucho más fría que el mar que lo rodeaba.

El aire dejó de ser un problema; sus pulmones se llenaron con facilidad y desapareció la sensación de angustia mientras ella lo arrastraba mar adentro. A cada tirón de su cola, el agua casi congelada lo envolvía más, como si lo absorbiera todo. Observó fascinado las gruesas cadenas de acero que atravesaban el agua

hasta la arena, donde estaban clavadas las anclas de los grandes barcos.

El agua, ahora más oscura, parecía un mar de sombras, un lugar donde el tiempo se desvanecía y la quietud era abrumadora. Sus ojos recorrían sin parar el mundo que existía bajo la superficie, perdiendo por completo la noción del tiempo. El silencio era absoluto, como si el océano guardara todos sus secretos bajo capas de agua y sombras. Corales de vivos colores, medusas que brillaban como pedazos de estrellas y minerales que tintineaban como si estuvieran vivos.

Su interior se aflojó un tanto al percibir esa peculiar belleza; estaba aliviado de que Khirstan reposara en un lugar tan hermoso.

Dejaron de avanzar de manera abrupta para sumergirse todavía más en el océano hasta que el frío era tan intenso que le temblaban los dientes y escuchaba un pitido en sus oídos incluso a través de la protección que le brindaba la sirena.

En medio de la negrura, vio cómo una luz azul latía con suavidad. Trató de enfocar su mente lenta por el frío, tratando de averiguar qué era.

La burbuja que lo rodeaba se hundió, acercándole a la fuente de luz, la cual parecía crecer y expandirse como una especie de faro en la oscuridad. Parpadeó, parecía una cuerda gruesa. No, no era eso. Abrió los ojos con sorpresa al entender que eran estalactitas de hielo ascendiendo hacia la superficie. Alzó la cabeza sin comprender cómo era posible y se dio cuenta de que tenía que estar mucho más profundo de lo que imaginaba, porque veía placas de hielo rodeándolo, como si el mar se hubiera vuelto sólido por el frío más intenso.

Buscó a la sirena con la vista; estaba cerca de él y no parecía preocupada por el entorno que la rodeaba. Se fijó mejor en lo que tenía delante, el hielo se había unido creando formas caprichosas que no supo interpretar.

Se detuvieron delante de un pasadizo estrecho entre el reluciente hielo azulado. Ella se adelantó abriendo camino, arrastrándole a la oscuridad más absoluta.

Un escalofrío recorrió su cuerpo, no solo por el frío, sino por la extraña sensación de estar entrando en algo completamente desconocido, donde las reglas del mundo exterior ya no aplicaban. Su piel se estremeció, consciente por primera vez de la imprudencia que había cometido. Estaba a kilómetros de profundidad en el mar, rodeado de criaturas sobrenaturales sin ningún tipo de arma. Si la sirena decidía matarlo, solo necesitaba quitarle su protección.

En cuanto el pensamiento se formó en su mente, escuchó un extraño sonido. Suave y reconfortante, creado para tranquilizar. ¿La sirena trataba de calmarle con su canto?

La imagen de Khirstan apareció en su mente, ocupando cada uno de sus pensamientos y se sintió mejor al instante. Se esforzó por memorizar sus rasgos, tratando de conservar para la posteridad cada pequeño detalle. Y sus ojos… podía vivir mil años y aun así no le haría justicia a lo hermosos que eran. Ese azul del cielo y el océano fusionados en los ojos de una sola persona.

Su mente se adormeció, dejándose llevar por su quimera. Sus brazos y piernas se adormecieron por el frío, pesaban demasiado, lo hacían hundirse con más rapidez… No importaba mientras pudiera ver su cara.



LA NADA

KELLET

Parpadeó con los dientes castañeando con tanta fuerza que un latigazo de dolor recorrió su mandíbula. Abrió la boca intentando conseguir oxígeno, no estaba herido, pero el frío era tan intenso que no podía respirar bien, ni siquiera pensar de manera coherente.

Intentó entender lo que estaba pasando mientras tiritaba. Ya estaba fuera del agua, el aire parecía estar congelado, y el suelo bajo él era un cristal implacable, de color blanco, con reflejos que cegaban a la vista. Se encontraba sobre una placa de hielo.

Giró la cabeza con dificultad, observando el entorno que lo rodeaba. Era una gruta formada por hielo, las paredes parecían respirar, una niebla gélida se deslizaba por sus rendijas, como si la misma montaña estuviera viva, como si la gruta lo observara. Un pequeño lago donde dos sirenas observándole desde el borde, con sus largos brazos apoyados sobre el hielo. Casi parecían curiosas a pesar de lo implacables que eran sus rostros. La sirena que se había aparecido en el puerto se unió a las otras dos en su vigilia.

Trató de incorporarse sin mucho éxito, su cuerpo pesado parecía estar adherido al suelo, cada movimiento era una lucha contra un

enemigo invisible. ¿Qué estaban esperando que hiciera?

Apenas consiguió ponerse de rodillas con las palmas de sus manos desnudas que se quemaban contra el hielo, como si el frío se filtrara bajo su piel, mordiendo sus nervios con cada segundo que pasaba. Un destello en el suelo llamó su atención, no era blanco, sino plateado.

Olvidó su incomodidad poniendo de nuevo la mano sobre el hielo para que la superficie se transparentara con el calor de su piel.

Se paralizó por completo, convirtiéndose en una estatua. Era un brazalete, fino, delicado, hecho en plata y con unos extraños símbolos que ya había visto antes. Alzó la cabeza hacia las sirenas y volvió a bajar con rapidez la cabeza. La pieza de joyería reposaba bajo el hielo, adornando la muñeca de alguien.

Gateó por dificultad por el resbaladizo suelo mojado de sus propias ropas. Frenético y con el corazón latiendo desbocado, avanzó hasta encontrar su cara.

Su preciosa cara congelada para siempre en el tiempo, bajo el mar.

El rostro de Khirstan tenía una expresión tranquila y pacífica, no había indicios de dolor o señales de heridas. Solo estaba ahí, suspendido en la nada y sin vida.

Estaba muerto. Acarició su cara incluso con varios centímetros de hielo entre los dos, incapaz de resistirse. Estaba igual que la última vez que lo vio.

Sus lágrimas cálidas ardieron por su piel cuando cayeron al hielo glacial.

Estaba muerto.

Los sollozos lo atravesaron y el dolor se volvió tan intenso que quiso cerrar los ojos para tratar de aplacarlo. No sirvió de nada.

Siempre había sido un iluso y en esta ocasión no pudo ser de otra manera. Cuanto más lo observaba, mayor era la intensidad de sus sentimientos. Lo supo cuando no apareció de nuevo, pero en el fondo siempre tuvo la ilusión de que estuviera vivo en alguna parte.

El lamento que abandonó sus labios sonó más animal que humano, no iba a volver. No porque le hubiera dejado, sino porque no podía. Khirstan hubiera vuelto con él. Ya no podía hacer nada. No

más comentarios irreverentes, ni charlas, ni enfados, ni besos, ni abrazos. Nada.

Khirstan nunca lo encontraría en la oscuridad, porque ahora él formaba parte de ella y él seguía en la luz. Solo.

Golpeó con fuerza la placa de hielo, desesperado por llegar hasta él. El sonido de sus puños contra el hielo parecía más un susurro que un golpe, como si el hielo lo absorbiera todo, aniquilándolo con su frialdad infinita. Era su turno, había llegado su momento de encontrarlo.

Sus nudillos se rompieron contra la superficie y no sintió nada.

La sangre se mezcló con el hielo y no sintió nada.

Su piel se destrozó bajo la mordedura del hielo indemne y no sintió nada.

Porque Khirstan estaba muerto y volvería a su antigua vida sin sentir nada, sin desear nada.

Sus gritos desesperados resonaron contra las paredes de hielo, llenando el aire con una cacofonía de sonidos que aumentaban su desesperación.

La extraña canción de antes empezó a sonar y su mente se quedó paralizada. Su cuerpo cayó al hielo, rojizo por su propia sangre. Incapaz de mantenerse en pie, giró la cabeza para mirar a las sirenas, deseando con toda su alma poder maldecirlas, no quería estar tranquilo. No podían evitar su dolor, no podían callar el grito que le brotaba del pecho, esa agonía que ahora era lo único que lo conectaba con la vida. No tenían derecho a robarle su agonía, no podían privarle de su sufrimiento en su último refugio. Las lágrimas caían, pero el hielo las devoraba, borrando su dolor en un susurro gélido. No podía llorarlo en la superficie, al menos deberían dejarlo sufrir libremente en el agua.

Parpadeó atónito mientras la sirena del muelle clavaba sus largas y duras uñas en el hielo, usándolo de apoyo para sacar su gran cuerpo del agua. Kellet miró cómo, a pesar de su tamaño, ella se deslizaba por el hielo igual que una serpiente, avanzando con facilidad.

Se inclinó sobre él, con una suavidad casi aterradora, su cola de pez moviéndose de forma tan armónica que el hielo parecía no

poder resistirse a su presencia, tocando el suelo con un sonido húmedo, como el eco de una pesadilla bajo el sol de la mañana.

Sus uñas sujetaron la cadena de oro que todavía llevaba al cuello, examinando con atención la concha cubierta de oro que había robado en Tharkia muchos meses atrás. Trató de alejarse de ella, intentando poner a salvo lo único que le quedaba para recordarle.

Sus ojos azules e inhumanos buscaron su mirada. Ella movió la cabeza siguiendo la melodía que las otras entonaban. Sus ojos pesaban, le costaba pensar y aun así sabía que Khirstan estaba a pocos metros. Estiró la mano tratando de acercarse a él. Todo se volvió negro y apenas fue consciente de que dos fuertes manos lo sujetaban y le devolvían al agua. Ya no le importaba.

Puede que su corazón siguiera latiendo, pero él ya estaba muerto.



—¡Comandante! —gritó una voz alarmada entre la multitud.

Intentó responder, pero en cuanto abrió la boca, un torrente de agua fría comenzó a salir, como si no tuviera fin.

—¡Kellet! —gritó Verin, empujándole el hombro para darle la vuelta y evitar que se ahogara—. Respira, muchacho —le ordenó, sosteniéndolo entre toses que amenazaron con partirle el pecho en dos—. No te vayas, maldita sea.

—Lo atacaron —escuchó decir a alguien entre los murmullos alarmados de la gente.

—Estás helado. ¡Rápido! ¡Necesitamos llevarlo dentro! ¡Que enciendan el fuego y preparen una bañera! —gritó con autoridad Verin, su voz quebrándose con la urgencia, reflejando el pánico que no lograba disimular.

Notó cómo trataban de levantar su cuerpo, pero él intentó resistirse, queriendo evitar que lo movieran. Khirstan estaba allí, bajo el agua. No podía dejarlo. No quería alejarse de él. Necesitaba volver, tenía que hacerlo.

Su resistencia no sirvió de nada; lo alzaron y se lo llevaron. Fue consciente de que Verin seguía a su lado, y la voz de Ailysh le llegó mientras lo metían en el agua caliente, un susurro que atravesaba la niebla de su mente, como si ella también luchara por mantenerlo

anclado a la vida. En algún momento, creyó escuchar a su padre, pero la confusión lo engulló de nuevo.

El dolor de cabeza le martilló el cráneo, un golpe sordo que parecía arrastrarlo hacia el abismo. Intentó concentrarse y, con terquedad, giró la cara hacia la luz, buscando algo familiar en medio de la oscuridad, intentando que el sol pudiera devolverle la claridad mental.

—¿Hermano? —Notó cómo el agua caliente le mojaba la cara y se esforzó por abrir los ojos, el contacto cálido de Ailysh en su piel.

La cara de Ailysh estaba sobre él. La bañera en la que estaba sumergido se había puesto delante de la chimenea, que ardía cargada de leña, su luz titilante bañando la estancia con un resplandor suave y acogedor. Verin y Maggie también estaban allí, con caras pálidas y preocupadas, observándole junto al médico militar, pero había algo más en sus ojos, una mirada que hablaba de desesperanza, de un temor que aún no se atrevía a pronunciarse.

Ella le sonrió a pesar de tener la cara bañada en lágrimas, su mano le acarició la cara, pasándole un paño mojado por el pecho, un gesto tan simple, tan lleno de amor, que casi lo hizo romperse por completo. La cadena de oro y su concha brillaban bajo el agua, destellos de recuerdos lo atravesaron como espadas, como si su alma fuera una herida abierta.

Abrió la boca y trató de hablar.

«Khirstan está muerto, no va a volver». Quiso decírselo, porque le parecía importante y porque era lo único en lo que podía pensar. En su lugar, un sonido ahogado salió de su garganta antes de que sus ojos se quedaran en blanco. Las palabras se ahogaban antes de llegar a sus labios, su cuerpo se negaba a aceptar la verdad.

La consciencia volvió a ratos. Su cuerpo ardía, se consumía, el calor lo devoraba, pero dentro de él algo se desmoronaba, dejando un vacío que no podía llenar. Entraba y salía de sueños en los que Khirstan lo llamaba bajo el agua, en recuerdos de su primer beso en el mar, de las olas golpeando sus cuerpos en la playa de Tharkia. Su voz, su risa, su amor, todo aquello que ya no era más que un eco lejano, un fantasma que lo perseguiría para siempre.

El sonido de un violento estruendo lo trajo de vuelta al mundo real, el impacto reverberó en su pecho igual que un golpe directo, como si el cielo se hubiera roto.

—Mi señor —Maggie estaba sentada en una silla a su lado, pero se arrodilló al lado de la cama en cuanto abrió los ojos.

Otro violento sonido pareció estremecer hasta los cimientos del cuartel, el ruido de la tormenta resonaba como si el mundo entero estuviera a punto de derrumbarse.

—¿Qué está pasando? —preguntó, empujando su voz con esfuerzo por su garganta, cada palabra era un esfuerzo por salir de la pesadilla, su cuerpo aún estaba luchando contra el abismo.

Maggie corrió hacia la chimenea encendida, cogiendo una jarra que estaba junto al fuego para mantenerla caliente. La sirvió en una copa y se apresuró a volver con él para ayudarlo a beber.

El rugido del viento y la lluvia consiguieron abrirse paso en su mente después de beber todo el cálido líquido, arrastrando consigo el eco de la tormenta que azotaba sin piedad, un recordatorio de que el mundo seguía girando, aún con el caos de su pérdida.

—Es la tormenta, comandante. Ha habido tormentas día y noche durante días.

—¿Días? —preguntó, sentándose en la cama con esfuerzo. Su cuerpo protestó, por el esfuerzo, más pesado y lento que nunca—. ¿Cuánto tiempo ha pasado?

—¿Desde que lo encontraron en la playa? —preguntó ella, encogiéndose cuando, de nuevo, un rayo pareció atravesar las paredes del lugar, iluminando la estancia en un brillo fugaz, el cielo amenazaba con engullir todo lo que quedaba.

Asintió para no tener que responder, haciendo una evaluación rápida de su estado. Estaba extenuado y dolorido, pero no había grandes males. Incluso las heridas de sus manos habían empezado a cerrarse, aunque aún le dolían y cada movimiento representaba una prueba.

—Una semana, comandante —respondió ella—. Pensamos que no sobreviviría a las fiebres —le dijo con preocupación, y el miedo aún presente en su voz.

—¿Dónde está mi hermana? —preguntó, sacando los pies de la cama para tratar de levantarse.

—En las torres norte. Creen que el mar pasará por encima de la muralla.

—¿Cómo? —la interrogó, alarmado. El mar nunca había conseguido alcanzar esa altura, ni siquiera cuando Khirstan lanzó aquella gigantesca ola para salvarlo.

—No lo sé, mi señor. Es lo que decían los soldados hace un momento.

Se levantó de la cama ignorando las náuseas y corrió al pasillo con solo un pantalón puesto, sintiendo el peso de la desesperación en cada paso. Era imposible; si Maggie tenía razón, iba a morir mucha gente.

Subió las escaleras cada vez más rápido, jadeando cuando abrió la puerta exterior y se encontró casi de frente con el océano, un monstruo salvaje que se desbordaba ante él. La lluvia torrencial y el viento salvaje hacían difícil ver lo que había a pocos metros de distancia, pero era imposible no ver ese manto azul oscuro en el horizonte, como si el mar hubiera decidido reclamar lo que le pertenecía.

—¡Kellet!, ¿qué haces aquí? ¡Vuelve a la cama! —gritó Ailysh con su armadura puesta, apareciendo al otro lado del tejado, su voz rasgada por el viento y la lluvia que azotaba la zona.

Su tío, su padre y Verin, junto a todos los sargentos que había en el puerto, estaban allí arriba.

Ignoró la advertencia de Ailysh y al agua fría que caía con intensidad. Parecía volverse día cada vez que un rayo rompía el cielo, iluminando fugazmente la oscuridad. Nunca había visto una tormenta tan violenta; el mar parecía un monstruo negro que amenazaba con devorarlos en segundos.

Las olas chocaban con la parte de la muralla que daba al mar con tanta fuerza que las salpicaduras ya conseguían pasar el muro, empapando todo lo que tocaban. Si seguían así, pronto el agua entraría dentro; no había tiempo que perder.

Corrió al lado del tejado donde estaban los demás y se asomó al muro, donde había una red que usaban para practicar escalada y

que daba al patio central entre los dos cuarteles, con el suelo empapado bajo sus pies.

—Verin, baja a la armería y haz que los maestros de armas sellen con cera veinte barriles colmados de pólvora y súbelos a las murallas. ¡Rápido!

Verin no se quedó a preguntar, salió con rapidez a cumplir con sus peticiones.

—Ailysh, haz sonar la llamada a armas, todos formando delante de los cuarteles. ¡Ya! —gritó antes de encaramarse a la red y bajar por ella, con los rayos iluminando su figura. Se dejó caer al suelo cuando aún quedaban unos metros, ignorando el dolor.

Abajo, el caos estaba causando estragos; la gente gritaba y corría de un lado a otro, algunos tropezando por la lluvia, otros buscando refugio. Había aldeanos poniendo sacos de arena en las puertas de sus casas, taponando las ventanas azotadas por el viento. No servirían de nada si las olas pasaban por encima de la muralla.

Los muros que los protegían se convertirían en una trampa mortal y los matarían a todos. Corrió por las calles esquivando gente, saltando sobre charcos formados por la tormenta. Por encima de él sonaron los cuernos de batalla, llamando a los hombres a las armas, su eco resonando por toda la ciudad.

—¡Comandante! —escuchó que gritaban algunos de sus hombres al pasar delante de ellos, sus rostros tensos.

—¡Ixiones! —gritó, llamando a sus hermanos de armas, su voz firme a pesar del caos.

Entre el bramido de la población descontrolada, escuchó cómo volvían a gritar, llamando a más soldados de su escuadrón. No se molestó en mirar a su espalda, confiando en que irían detrás de él.

Llegó a la puerta norte de la muralla, donde no quedaba ni uno solo de los soldados. Miró a la muralla, tampoco quedaba nadie allí. «Cobardes».

Gran parte de su escuadrón lo rodeaba cuando volvió a mirar la puerta, los soldados respiraban con dificultad bajo sus armaduras mojadas.

—Coged muebles, carros y todo lo que encontréis de gran tamaño, tenemos que reforzar las puertas antes de que el mar nos

inunde —ordenó, con una desesperación apenas contenida—. Cuando terminéis con esta puerta, id a la otra y haced lo mismo. ¡No tenemos tiempo!

Todos obedecieron de inmediato, sus rostros llenos de valor y determinación, pero también de miedo, que se reflejaba en sus ojos.

—Edina, llévate a dos arqueros —le dijo sujetándola del brazo, asegurarse de que no se alejara—. Luego sube a la muralla y espérame.

Los dejó atrás sin esperar, seguro de que sus palabras se cumplirían. La lluvia caía con tanta fuerza que apenas permitía mirar lo que había a su alrededor, el viento golpeaba con furia.

Corrió entre el gentío, gritando órdenes a los soldados para que lo siguieran, escuchando sus pies desnudos chapotear sobre el barro.

Ailysh y Verin estaban en las puertas de los cuarteles, formando con gran parte de los soldados, aunque no todos.

—Evacuad a la gente que está más cerca de la zona de descarga del puerto. Que parte de los soldados bloqueen con lo que puedan la puerta sur, y los demás suban a la muralla con un barril de aceite lo más rápido que pueda.

Una vez más, confió en que harían su parte y continuó su carrera hasta la otra puerta, donde varios de sus hombres ya estaban amontonando sacos de cereales y carros contra las gigantescas puertas, el estruendo de la tormenta cubriendo sus voces.

—¡Todo lo que encontréis, necesitamos que resistan! —gritó señalando los barriles y cajas de pescado que había cerca, el sonido de su voz luchando por ser oído entre el rugir de las olas.

Subió las escaleras de tres en tres para llegar a la parte más alta de la muralla; necesitaba saber cómo de rápido avanzaba el mar, que ahora parecía un monstruo rugiendo contra las murallas.

Contuvo el aliento al ver la vela mayor de los barcos cerca del primer nivel de la muralla. Si el agua seguía subiendo, los barcos podrían romper los muros o incluso acabar pasando por encima de las casas más cercanas al agua.

Avanzó por las murallas que estaban siendo tomadas por sus soldados, cada uno con los ojos fijos en el horizonte, y miró al

océano.

A la mierda, si tenía que pelear con el mar, lo haría. No iba a rendirse cuando la vida de tantas personas estaba en juego.

—¡Comandante! —gritaron a su espalda varias voces, urgentes.

Corrió hacia ellos. Verin y Ailysh se habían reunido con sus propios guerreros. De su padre y su tío no había ni rastro.

—¿Qué vas a hacer? —preguntó ella agarrándole del brazo, con el rostro sombrío.

—El agua va a pasarnos por encima, necesitamos aliviar la presión sobre el puerto o los barcos podrían destrozar la muralla.

—¿Podemos hacer eso? —le interrogó Verin, su voz temblando por la tensión.

No contestó porque los dos sabían que la respuesta era negativa. En su lugar, fue hacia los soldados que se amontonaban a lo largo de la muralla.

—¡Usad las catapultas para lanzar los barriles a la arena de la playa!

El orgullo lo atravesó cuando nadie cuestionó su orden y tomaron sus puestos, trabajando en sincronía.

—Edina, llévate a los arqueros al otro lado de la muralla. Cuando la arena esté llena de aceite, lanzad los barriles de pólvora. —Puso la mano en el hombro de la guerrera que lo miró sin titubear, el peso de la responsabilidad pesando en sus ojos—. Dispara tantas flechas como puedas.

Ella asintió e hizo un gesto a sus compañeros para que los siguieran, sin dudar, como siempre.

—¿Vas a volar la playa? —preguntó Ailysh, impactada, la incredulidad reflejada en sus ojos.

—Es la playa o el puerto. Si creamos un agujero lo suficientemente profundo, el agua se desviará para llenarlo y rodeará la muralla y a nosotros. Habrá inundaciones, pero salvaremos vidas.

Verin asintió, quitándose rápidamente el casco y lanzándolo a un lado mientras cogía el arco de uno de sus hombres.

Kellet y Ailysh lo imitaron, mientras caían los últimos barriles creando una extraña masa deforme en la playa.

—¡A mi orden! —gritó mientras encendían sus flechas, mojándolas en aceite para que no se apagaran, el sonido del aceite burbujeó sobre la llama.

La muralla se iluminó con los arcos de los hombres y mujeres que todavía estaban luchando por proteger a su gente, sus rostros iluminados por el fuego reflejando la determinación en sus ojos.

—¡Fuego! —Una oleada de flechas cayó sobre la playa, y la explosión hizo que el suelo temblara bajo sus pies. Escucharon a gente gritar, pero no podía apartar la mirada. El agua del mar se precipitó como un depredador sobre su presa, el rugido de las olas mezclado con el sonido de la explosión. La playa cayó en una mezcla de arena volando, fuego y agua arrasándolo todo.

—¡Funciona! —gritó Ailysh con alivio, señalando al frente.

Observó cómo la puerta más cercana empezaba a filtrar agua por debajo, era mucha cantidad y pronto habría agua en cada casa del puerto, pero era un precio pequeño a cambio de miles de vidas.

Corrió al frente de la muralla, el suelo temblando bajo sus pies por la presión del oleaje.

Los rayos eran tan violentos que explotaban contra la superficie del mar, que brillaba en el color de la plata fundida durante unos segundos, iluminándolo todo con destellos cegadores. Tragó saliva, absorbiendo la aterradora visión que tenía delante. La naturaleza parecía decidida a borrar el puerto del mapa.

—¡Esto es cosa de brujería! —gritó Verin por encima del viento que se hacía más fuerte a cada segundo, sus palabras casi ahogadas por el rugido del mar.

La voz de Khirstan resonó en su cabeza mientras el sonido de un rayo que estallaba sobre la muralla lo estremecía hasta los huesos. Los pedazos de muro volaron por todas partes, el bramido de las olas y el aullido del mar desaparecieron, envolviéndolo todo en un oscuro manto de caos.

“La energía engloba muchas cosas. Hay cinco elementos o fuerzas primigenias. Agua, aire, fuego, tierra y energía. La energía no se destruye, se transforma. Por lo que podríamos decir que la muerte es quizá uno de los elementos más poderosos que existen.”

Un torrente de imágenes y recuerdos inundó su mente, nítidos y desgarradores. En todos sus sueños, Khirstan estaba bajo el agua y el hielo. No enterrado, quizá… ¿Esperando?

Algo se agitó en su interior. El mar, el viento, los rayos… agua, aire, fuego… Si él fuera la tierra…

¿El sacrificio de Khirstan fue la energía? Su corazón empezó a latir desbocado, su misma sangre estaba llamando a algo. Las imágenes comenzaron a cobrar sentido, un rompecabezas que se unía a cada segundo que pasaba, como si el destino estuviera jugando con él.

¿Y si todos esos sueños le marcaban el camino hacia él? Pero Khirstan estaba muerto. ¿No?

¿Y si solo necesitaba encontrar la forma de traerle a la vida?

Recordó cómo el mar tomó la playa para llegar hasta Khirstan, para darle fuerza y protegerles de la Ostántiga. Estaba pasando lo mismo. El agua estaba buscando algo… O a alguien.

En sus sueños siempre elegía a Khirstan, quedarse bajo el agua para siempre si a cambio podía irse con él.

El rugido del viento le llenó los oídos y, antes de que se diera cuenta, estaba corriendo hacia la muralla.



VI

ADIÓS

KELLET

Lo último que escuchó fue a su hermana diciendo su nombre y sus dedos tratando de aferrar su muñeca mojada.

Ojalá pudiera calmarla y decirle que todo terminaría pronto. Pero las palabras se ahogaron en su garganta, atrapadas por el océano que lo rodeaba.

Su cuerpo se contorsionó bajo el agua helada, pero enseguida dejó de sentir dolor. Una docena de sirenas lo rodeaban, y pudo volver a respirar, el frío siendo sustituido por una extraña calidez que no era del todo natural.

«Devolvédmelo. No es vuestro», pensó con toda la fuerza que fue capaz, su mente proyectando el grito como un eco en el vacío del océano.

Reconoció enseguida a la sirena que lo apartó de Khirstan. La miró a los ojos mientras se hundían, su mirada fija en esas pupilas insondables que parecían hechas de estrellas y abismos a la vez.

«Es mío, es mío, es mío». Sabía que podían entender lo que pensaba bajo el agua, su desesperación perforando la quietud de

ese mundo sumergido. Rezó para que pudieran ver dentro de él y entender que decía la verdad.

«Necesito una oportunidad. Lucharé por él, lo protegeré, lo juro». Prometió sin alejar la mirada de la sirena.

Ella nadó hasta él, poniendo su cara cerca de la suya. El espacio entre ambos era apenas un susurro, y la tensión parecía cargar el agua de electricidad. Sostuvo su mirada inhumana, que parecía contener los secretos del mundo y, a la vez, rebosante de la absoluta nada.

De nuevo examinó la cadena que llevaba al cuello, sosteniendo entre sus largos dedos su concha de oro. Esta brilló apenas unos segundos en un tono azulado.

Ella parecía satisfecha con el resultado. Se apartó, y la imagen más maravillosa del mundo quedó al descubierto.

Allí, como si el tiempo hubiera detenido su curso, estaba Khirstan. Suspendido en el agua, inmóvil, vulnerable.

Como en el mejor de sus sueños, Khirstan se sostenía en el agua, desnudo, sin ningún adorno. Solo él. La perfección de su figura contrastaba con la crueldad del mundo que los rodeaba, su fragilidad amplificada por su inmovilidad. Como una estatua, paralizado en el tiempo, precioso, único como la más valiosa de las joyas.

Su corazón se estremeció por la pena. Quizá se había confundido, y estaba allí para despedirse de él.

La canción estaba de vuelta, aunque el ritmo era suave, como un lamento envolvente que se mezclaba con la pulsación del agua a su alrededor. Sintió que lo acompañaban en su pena, la emoción rezumando de ese extraño sonido.

La sirena lo guio hasta Khirstan. Ella levantó su mano, pidiéndole que no se moviera, y tocó con ella el pecho desnudo de Khirstan. Una luz azul pareció brillar sobre su pecho antes de que ella moviera su mano y abriera una herida sobre él.

Intentó detenerla, pero otra lo sujetó de los brazos, impidiéndole hacerlo.

La pelea abandonó su espíritu al ver cómo la sangre ascendía en un extraño color azul, formando espirales hipnóticas que se desvanecían en la inmensidad del agua.

La sirena se giró en su dirección y le sostuvo la mano derecha, con la que cogía su espada. Lo miró a los ojos, y entendió la pregunta, aunque nunca fue pronunciada.

«¿Qué estás dispuesto a dar?», la escuchó en su cabeza, la voz resonando como un eco lejano y antiguo.

«Todo», pensó sin dudarlo. Su grito fue ahogado por el agua cuando ella le hizo un corte en la palma de la mano con una de sus uñas.

El color rojo de su sangre se mezcló con el color azul que todavía brotaba en un fino hilo del pecho de Khirstan.

Ella lo hizo moverse y posó su herida abierta sobre la de Khirstan, cubriéndola del todo.

Kellet jadeó al notar cómo el frío más extremo le sacudía las entrañas y se expandía con la rapidez del fuego por su piel. Era como si los elementos se batieran en duelo dentro de él, hielo y fuego devorándose mutuamente en busca de supremacía.

Su cuerpo se dividió en dos. La parte izquierda se calentó, mientras que la derecha, en contacto con la piel de Khirstan, enviaba oleadas de hielo que amenazaban con ganar la lucha.

«Lo que sea», pensó desesperado, apretando más su mano contra su corazón.

Sintió movimiento bajo su palma, otro, otro y otro más. Lo rodeó con el otro brazo sin atreverse a soltar esa conexión, temblando por el esfuerzo y la esperanza. Su cuerpo entró en llamas, y su fuego venció al hielo de Khirstan.

Cerró los ojos y se concentró en ese irregular latido que se hacía más firme, en cómo su piel se iba calentando contra la suya. No había tiempo, ni espacio; ningún precio era demasiado alto. Todo se reducía a este instante, a esta batalla que libraba contra el destino.

«Vuelve conmigo». Suplicó al mar que los rodeaba, con una intensidad que dejó su alma desnuda. Ya no le quedaba a nadie más a quien rezar.



—¡Kellet! —notó cómo le golpeaban en la cara y abrió los ojos con dificultad.

—¿Ailysh? —preguntó con voz ronca.

—Maldita sea si no tienes de tu parte a la mismísima muerte —escuchó decir a Verin—. Cuánto me alegro de verte, muchacho.

Parpadeó, sentándose en la arena entre toses. Había una pequeña multitud de soldados rodeándolo. Estaba tirado en la orilla del mar, en una de las antiguas playas que ahora parecía un campo de batalla.

—¡No te muevas! —le advirtió Ailysh—. ¡Traed un médico! —ordenó a sus hombres.

—No me hace falta, estoy bien —respondió, y no era mentira. No se sentía enfermo, solo aturdido—. ¿Y la gente? ¿Hay muchos heridos?

—Eso no importa ahora —le dijo Ailysh, molesta.

Miró a Verin en busca de una respuesta.

—Lo conseguiste, no hay muertos. Todos están bien —le aseguró el comandante, con orgullo y todavía la sorpresa reflejándose en su cara.

Miró al cielo azul y despejado sobre su cabeza. No quedaba ni una sombra del infierno que acababan de vivir.

—Todos —murmuró—. Eso está bien. Eso está muy bien.

Verin le ofreció la mano, ayudándolo a levantarse. El cansancio pesaba sobre sus extremidades, pero no hizo ningún gesto. Se puso en pie con esfuerzo y recibió la capa de Verin para cubrirse.

—¡Está vivo! —escuchó gritar a lo lejos, seguido de vítores de júbilo. Dejó que sus soldados formaran a su alrededor mientras se dirigían a las puertas. Apenas cruzó el umbral, se encontró con una gran multitud que clamaba su nombre.

Miró a Verin y Ailysh, que se limitaron a sonreír mientras lo escoltaban al cuartel.

—¿Por qué gritan mi nombre? —preguntó desconcertado cuando llegaron a su cuarto.

Verin se inclinó hacia él para quitarle la capa, mientras Maggie corría a preparar la bañera.

—Porque cuidaste de ellos cuando nadie más lo hizo. Esta gente no tiene a nadie, y ahora te tienen a ti —le dijo, mirándolo con solemnidad.

Asintió confundido, demasiado desconcertado todavía para lograr entender lo que había pasado. Caminó hacia el baño y se miró en el espejo. A pesar de que su pantalón estaba hecho jirones, su cuerpo no mostraba daño alguno. Era como si lo que había vivido no hubiera dejado rastro tangible, salvo uno.

Levantó su mano derecha: un largo y fino corte cubría su piel. Casi estaba curado, pero todavía era visible. La repasó con el dedo mientras recordaba cómo sintió latir su corazón.

¿Fue todo un sueño? ¿Una despedida?



Su padre y su tío se fueron antes de que Ailysh y Verin lo encontraran. Tres días después enviaron una carta deseándole una pronta recuperación. Aunque en realidad no tenía que recuperarse de nada. No se molestó ni en responder a la carta.

Ailysh no se había separado de él ni un solo instante desde su regreso, como si temiera que fuera a desaparecer en cualquier momento o fuera a quitarse la vida. No se lo dijo en voz alta, pero lo seguía de una manera casi compulsiva.

La tristeza que llevaba siguiéndole semanas se había ido. En su lugar dejó paso a una especie de expectación sorda.

—¿Cómo van los trabajos de recuperación? —le preguntó Verin, separándose de los guardias del día.

—Todos están ayudando, acabaremos antes de lo previsto —le contestó, haciendo girar su caballo.

Sentía orgullo al ver a sus soldados trabajando mano a mano con civiles que se habían ofrecido a ayudar para restaurar las partes más maltratadas por el agua.

Ailysh se situó a su lado, moviendo a su corcel.

—¿Morken y Anker siguen escondidos como las ratas que son? —preguntó ella.

Verin frunció el ceño antes de responder.

—Siguen en Nimerik, supuestamente por órdenes de un superior.

Ailysh lanzó una mirada de desprecio al cielo, mordiéndose la lengua para no hablar de su tío y su padre.

—Traidores —se conformó con murmurar.

Se guardó su opinión para sí mismo.

Maggie estaba comprando en un puesto cercano. Le sonrió inclinando la cabeza, mientras hablaba con la mujer. Se disculpó con ella y se acercó al grupo, haciendo una respetuosa inclinación antes de tenderle un pequeño paquete de tela.

—¿Qué es eso?

—Vuestro desayuno, mi comandante.

—No es necesario, Maggie. Estoy bien —le despachó.

—Mi señor... —se disculpó ella, sin dejar de levantar el pequeño hatillo—. Debéis alimentaros para manteneros fuerte.

Sonrió de medio lado. Era una buena mujer; por supuesto, había notado su falta de apetito durante meses. Siempre encontraba la forma de preparar sus platos favoritos para tentarle, aunque hasta ahora sin demasiado éxito.

—Gracias, Maggie. Lo había olvidado. —Tomó el paquete y ella sonrió antes de volver a inclinarse y continuar con sus tareas.

Notó cómo varias personas lo miraban, pero se mantuvo sin expresión. Sabía que no era propio de su clase dar las gracias, pero tampoco le importaba demasiado en ese momento. Maggie era muy trabajadora y se esforzaba por cuidar de él.

—Iré a comprobar las obras de la otra playa; me reuniré con vosotros para entrenar —se despidió antes de que Ailysh pudiera protestar.

Trotó fuera de la muralla, hasta la playa. Saludó a la gente al pasar y le entregó su desayuno a uno de los niños que jugaba fuera de los muros. Siguió de largo hacia la playa donde sabía que llevaban a cabo los intercambios los hombres de Morken; lo había hecho varias veces. Quería que lo vieran ir por allí, que supieran que estaba sobre ellos.

Los dos traidores habían dejado unos cuantos hombres en el puerto y, cada vez que se encontraba con ellos, los miraba fijamente hasta que se veían obligados a retirar la mirada. Sus hombres habían entendido pronto que algo pasaba con ellos y ahora siempre había alguien de su escuadrón vigilando sus pasos, a pesar de que él no

había dado ninguna orden directa. La tensión en el puerto era palpable.

Iba a asfixiarlos hasta que alguno de ellos se derrumbara.

Se sentó en la arena, cerca del agua, a pesar de la humedad. Metió la mano y trató de convocar a las sirenas. Lo había intentado toda la semana, sin conseguir nada. Era como si hubieran desaparecido o ya no tuviera el poder de llamarlas.

Observó las olas durante largos minutos, cada una avanzando y retrocediendo con la misma indiferencia. Se quedó allí un buen rato antes de volver al cuartel. Entrenó con Ailysh y Verin, reuniéndose a cenar con los soldados en el comedor común. Llevaba un tiempo haciéndolo cuando podía, sentándose en la mesa con su batallón en vez de hacerlo en su comedor privado. Quería que todos lo vieran, que su presencia fuera constante para ellos. Verin y Ailysh habían seguido su ejemplo, también algunos de los capitanes y sargentos.

Lo que había pasado durante las tormentas había fragmentado el ejército. Todos los soldados que habían abandonado la muralla fueron despedidos y estaban a la espera del juicio que celebrarían en unos días. Muchos pertenecían a los batallones de Anker y Morken, pero no fueron los únicos.

El pensamiento de enfrentarse a ellos le producía una mezcla de impaciencia y determinación. Estaba deseando que llegase ese día. En el pasado, cuando un soldado incumplía las normas era disciplinado durante un tiempo, relegado a tareas de novatos antes de recibir el perdón. Eso no volvería a pasar.

Esperó a que terminaran la cena para acercarse a la mesa de Verin. El comandante se levantó y, juntos, subieron a las murallas.

—¿Qué te preocupa, muchacho?

—Pronto habrá que tomar una decisión sobre los desertores.

Verin asintió mientras andaban.

—¿Ya has pensado en un castigo para ellos?

—De eso quería hablarte. No habrá castigos.

Verin se detuvo, mirándolo sin expresión, esperando una explicación.

—Voy a expulsarlos a todos —contestó con seguridad.

Se observaron el uno al otro en silencio antes de que Verin reanudara su paseo.

—Eso no parece muy inteligente —le advirtió.

—Es lo que hay que hacer, no son de fiar. Ya eran soldados a los que vigilaba.

—No me interpretes mal, sé que merecen la expulsión, pero no creo que puedas hacer eso —opinó Verin.

—Soy el comandante —le recordó, como si él no lo supiera.

Verin se detuvo para contemplar el océano en calma, iluminado por la luz de la luna.

—Yo también, pero los dos sabemos que, incluso con el título, hay partes de nuestro puesto que son solo palabras sin poder. Son otros los que toman las decisiones, nosotros solo podemos decidir cómo llevarlas a cabo. Somos como cualquier otro soldado del ejército.

Lo miró sorprendido. Nadie podía decir algo así. Se preguntó de cuántas cosas de las que pasaban en la isla era consciente Verin.

No supo qué responder, así que miró al océano.

—Kellet, ¿eres consciente del riesgo que corres con las decisiones que has tomado?

—Sí.

—Entiendes que, al señalar a los posibles culpables, te conviertes en un enemigo. Hay muchos soldados que comprenden lo que está pasando. Has conseguido que muchos te vean como una figura de autoridad, es cierto. Pero otros tantos te miran con desconfianza, sospechan de un comandante que parece estarse volviendo en contra de los suyos. Hay quienes no entienden nada, pero están en medio de una lucha que los tiene tensos e irascibles.

Asintió. Comprendía lo que trata de decirle entre líneas.

—Los soldados somos perros amaestrados. Nos entrenan para responder a determinadas órdenes; funcionamos mientras tengamos comida y un lugar para dormir. Aun así, somos animales. Una vez conocemos los trucos, no podemos aprender nada nuevo. Usamos lo que ya sabemos para responder. Si tensas demasiado sus cuerdas, acabarás por llevarte un mordisco o, peor, conseguirás que los perros se maten entre sí antes de atacarte a ti.

Enderezó la espalda. Sus palabras podían parecer una advertencia o amenaza, pero podía escuchar la auténtica preocupación en su tono.

—Estoy dispuesto a asumir el riesgo. Alguien me dijo que las palabras son algo poderoso, que las palabras de un hombre pueden tener más peso que una ley.

—No conozco a ningún hombre con esa capacidad, salvo al rey de Auris y al coronel.

Kellet miró de nuevo al mar.

—Yo sí conocí a uno —reconoció, con la garganta apretada—. Su palabra era la ley e hizo del mundo que lo rodeaba su reino.

—¿Tu tío? —preguntó Verin.

—No.

Los dos guardaron silencio, cada uno sumido en sus pensamientos.

—Te apoyaré. Probablemente acabemos muertos, pero lo haré.

—No iré a la guerra —le prometió—. Solo necesitamos hacer cambios.

Verin le palmeó la espalda con fuerza.

—Espero que estés en lo cierto, pero si no lo estás… mis soldados y yo te seguiremos.

Se quedó en lo alto de la muralla mientras él desaparecía. Tenían que hacer las cosas bien, quería hacerlo, no por él. Si no por todos los que no tenían elección.



VII

EL PRINCIPIO DEL FIN

KELLET

—¿Estás seguro de que esto es lo que quieres hacer? —le preguntó Ailysh en voz baja.

Toda la calle estaba llena de soldados. En lo alto de las murallas estaban los cargos más altos, observando. Delante de las puertas, cincuenta y tres soldados estaban esperando su juicio. Había murmullos que resonaban aún más alto por los callejones.

Nunca se había celebrado un juicio público con tantos infractores, jamás se había expuesto a los soldados cuando cometían un crimen. Los habitantes del pueblo se habían encerrado en sus casas, tratando de alejarse de cualquier problema. No había luces en el interior, pero sabía que estaban allí, esperando a saber qué iba a pasar con los acusados.

Las antorchas de la muralla se encendieron, anticipándose a la noche que estaba a punto de llegar. Se acercó al muro, mirando a todos los soldados que estaban abajo.

—Se os acusa de alta traición —anunció en voz alta.

El silencio que siguió a esa declaración dejó clara la sorpresa de todos los de abajo. ¿De verdad habían llegado al punto en el que no

se esperaban represalias?

—La noche de la gran tormenta, debíais estar en vuestros puestos. Manteniendo el orden y ayudando en las labores de rescate. En su lugar huisteis e incluso, tras sonar la llamada a las armas, continuasteis escondidos, desoyendo vuestro deber. ¿Alguien quiere defenderse de las acusaciones?

Nadie habló, no esperaba que lo hiciesen. Sabían que el arrepentimiento formaba parte de conseguir un indulto. Aunque eso solo aplicaba en un delito menor.

Todos los ojos estaban fijos en él. Había llegado el momento de dictar la sentencia. Los militares no podían ser juzgados por jueces, era el comandante quien debía impartir justicia.

—Cuando Nimerik creó Puerto Bashel y se comprometió a mantenerlo a salvo, lo hizo bajo unas normas que ya existían en la isla. Parte del trato consistía en hacer del puerto un lugar seguro, donde hombres y mujeres pudieran vivir en paz, siempre y cuando obedeciesen las normas.

»Hoy las promesas parecen tener menos importancia para algunos de vosotros, pero muchos aún recordamos y queremos hacer honor a nuestra palabra. Prometimos proteger a los habitantes del puerto. Si desaparecemos cuando hay problemas, nuestro puesto no tiene sentido y el equilibrio se rompe.

Sintió las miradas de todos, la expectación en los que los rodeaban y el aburrimiento de los que esperaban su reprimenda. Creían que eran palabras vacías, porque otros muchos habían dicho frases parecidas sin repercusiones reales, hasta ahora.

—Esta tarde no estamos aquí para juzgar un crimen de faltas, estamos aquí por un delito de deserción.

Los murmullos llegaron hasta él, pero continuó hablando.

—El delito de deserción se castiga con el destierro —les recordó.

Los gritos de los acusados resonaron entre las demás protestas de algunos soldados.

—Dado el tamaño de la falta y el peligro al que fue expuesta la población, queda denegado el permiso a una multa o castigo.

El silencio se hizo de nuevo, nadie parecía dar crédito a sus palabras.

—Los condenados abandonarán el puerto esta misma noche, sin armas, sin posesiones. Quedáis expulsados del ejército, del puerto y de Nimerik.

Nadie se movió, todos parecían demasiado sorprendidos y, aunque conocían lo que debían hacer, nadie parecía capaz de continuar adelante. No importaba, se había anticipado a eso también.

—¡Ixiones! —Al instante, sus soldados usaron las lanzas para obligar a los desertores a salir.

Observó con expresión impasible, viendo cómo trataban de resistirse. No disfrutaba de condenar a muerte a nadie, pero sabía que mirar a otro lado no ayudaba a los que tenía que proteger. Solo conseguía generar desconfianza entre la población y mayor corrupción entre los que conseguían engañar al sistema.

Casi todos los condenados estaban en la lista de sospechosos, y si estaba en lo correcto, pronto tendría más información sobre el tamaño de la traición.

Las puertas se cerraron y el silencio volvió a las calles, mientras fuera podían escuchar los gritos de los expulsados.

Todos lo observaban en silencio, ninguno se atrevió a moverse. No podían creer que las puertas no se abrirían de nuevo.

—Volved a vuestros puestos. Hemos terminado.

Intercambió una mirada con Verin, que asintió desapareciendo de la muralla, sus soldados custodiarían las puertas para asegurarse de que estuviesen seguros. Solo Verin y Ailysh sabían que iba a expulsarlos a todos, por lo que no estaban sorprendidos por los acontecimientos.

Edina se acercó a él mientras bajaba las escaleras.

—Mi comandante, estamos listos.

—Ailysh se quedará con vosotros durante la primera guardia. Avisadme si hay algún cambio —le ordenó.

—Sí, mi comandante.

Se alejó, pero ella continuó andando a su lado.

—¿Qué ocurre?

—¿Permiso para hablar con libertad, mi señor? —le preguntó Edina con el ceño fruncido.

—Concedido.

—¿No deberíamos hacer guardia en su puerta? Podría haber represalias, apenas hay casos de soldados expulsados. Podrían atacarle mientras duerme.

—Tú encárgate de la misión, es lo más importante. Estaré bien.

—Sí, mi comandante —contestó ella, aunque no parecía convencida.

Por supuesto, ya había contemplado esa posibilidad, pero los soldados de Ailysh vigilarían el cuartel y los alrededores, mientras ella estaba con sus hombres de confianza en otra parte. Si tenía razón, esa noche averiguarían muchas cosas.

Fue al comedor como cualquier otra noche, dejando que los soldados lo vieran. No iba a esconderse, había hecho lo correcto.

Cuando por fin subió a su habitación y pudo tumbarse al fin en la cama, se obligó a dormirse. Iba a hacer la segunda guardia, por lo que tomaría todo el descanso que pudiese.

Además, le encantaba dormir, nunca le había gustado más. Cada noche, podía volver a estar unas pocas horas con Khirstan, y cada segundo que podía mirarle en esos sueños le daba fuerzas para seguir adelante cuando se despertase.

Tenía sueños recurrentes, menos desde que saltó a la tormenta, pero nunca dejaba de verle. Algunos sueños eran increíblemente vívidos. Podía sentir su olor y su tacto, su cuerpo contra el suyo, la calidez de su aliento sobre su piel, la reacción de su cuerpo al tenerle cerca y su voz… dioses.

—Kellet… —Ese tono llamándolo de esa manera tan dulce, era tan íntimo que se le erizó la piel y los ojos se le llenaron de lágrimas. El anhelo, la ternura en su voz… era casi insoportable, un susurro arrancado directamente de sus recuerdos más preciados.

—Abre los ojos, soldado…

Lo hizo, abrió los ojos como un necio a pesar de saber que eso terminaría el sueño, pero no podía negarse.

Parpadeó para alejar las lágrimas, que se deslizaron por sus mejillas hasta perderse en su pelo. Cerró los ojos y los volvió a abrir. La imagen de Khirstan seguía allí, inalterable, bañada en un tenue resplandor lunar, como si la noche misma se lo regalara.

—¿Estoy soñando? —musitó para no desvanecer la magia que lo había conjurado.

—No, estoy aquí. —Sus manos le acariciaron la mandíbula, y las lágrimas volvieron a salir—. Estoy aquí contigo.

No podía ser verdad, no lo era. Khirstan estaba muerto, pero estaba dispuesto a seguirle la corriente.

Le tocó la cara, recorrió con las puntas de los dedos cada parte de ese rostro que permanecía memorizado en su mente. Khirstan cerró los ojos, apoyándose en su toque con confianza, y ya no pudo más. Lo besó, aunque supiera que no era real y que dolería aún más cuando se despertase.

Respiraron juntos, apenas dejando espacio entre ambos. El aroma del océano vivía en él, era parte de su esencia, igual que el aroma del bosque que llevaba impregnado en la piel. Ese contraste era desconcertante, dos mundos opuestos convivían en un solo cuerpo.

Khirstan lo besó con actitud apremiante, como si no pudiera esperar más a probarle. Su lengua buscó a la suya y recorrió cada parte de su cálido interior.

La lengua de Khirstan presionó contra sus labios, llevando el control del beso. Sus manos fuertes se apoyaron sobre su pecho mientras se sentaba sobre sus caderas.

Gimió en su boca, poniendo las manos sobre sus muslos. Se incorporó ligeramente en la cama, pegándolo más a él, como si con ello pudiera anclarlo a la realidad. Necesitaba tenerle y sentirle más cerca. No importaba que no fuera real; siempre preferiría un instante con él a una eternidad en soledad.

—Kellet… —susurró Khirstan, mordiendo su labio inferior y acariciándole el pecho antes de bajar por su torso.

Jadeó, devolviéndole el beso con desesperación. Le tocó los brazos, subiendo por ellos hasta sus hombros, para tocar su pecho bajo la camisa. Necesitaba sentirle vivo, saber que estaba a salvo entre sus brazos, aunque supiera que solo era un sueño. Se quedó congelado al notar un relieve sobre la piel de su pecho.

Rompió el beso y miró la zona, apartando la mano. Una cicatriz alargada y pálida sobresalía en el lugar donde se alojaba su corazón.

La misma que la sirena había abierto en su pecho.

—Eres real —dijo, mirándolo a los ojos, temiendo que las palabras pudieran romper el hechizo.

Khirstan lo miró, la confusión adornando sus rasgos.

—¿Qué…?

—¡Comandante! ¡Mi señor! —Cley llamó a la puerta sin entrar.

Empujó a Khirstan para levantarse de la cama, aunque sin dejar de mirarlo. Estaba allí, de verdad. No era un sueño. ¡Era real!

—¡Mi comandante!

Abrió la boca sin conseguir que saliera una sola palabra. Khirstan se levantó y se cubrió con su capucha, escondiendo su rostro.

—No, no hagas eso —pidió alarmado. Necesitaba ver su cara para asegurarse de que seguía allí. El simple pensamiento de perderlo otra vez le helaba el alma.

Khirstan se giró en su dirección, inclinó la cabeza en ese gesto tan suyo, como si estuviera escuchando algo en el viento. Era una imagen familiar y dolorosamente conmovedora. Antes de que pudiera detenerle, se movió con agilidad para ponerse detrás de la puerta y esperó a que abriera.

Necesitó dos intentos para abrirla. Agarró el brazo de Khirstan de forma disimulada mientras veía a Cley.

—¿Qué ocurre? —preguntó de forma brusca, con su atención centrada en la piel de Khirstan bajo sus dedos. No quería ver a nadie, necesitaba cerrar esa puerta al mundo y asegurarse de que de verdad no estaba soñando.

Cley esperaba en el pasillo con semblante preocupado.

—Hemos recogido la pesca, mi señor. Y parece que podría haber más de lo esperado.

Enderezó la espalda, sabía que caerían en la trampa, pero no había forma de que dejase a Khirstan fuera de su vista.

—Espérame con los demás, voy enseguida. —Cerró la puerta y se apoyó en la madera, mirando a Khirstan, todavía agarrándolo.

Soltó uno a uno sus dedos, con reticencia, negándose a romper el contacto.

Los ojos azules de Khirstan brillaban en la oscuridad, con una intensidad abrumadora, como si contuvieran secretos que solo él

podía comprender.

—Estabas muerto —dijo en voz baja—. Te vi muerto bajo el hielo.

Khirstan no dijo nada, se limitó a mirarlo.

—Las sirenas… ellas me alejaron de ti y, cuando volví a verte, flotabas bajo el mar, pero estabas muerto. Puse la mano sobre tu corazón, no latía, no tenías pulso. Estoy seguro.

Khirstan frunció el ceño.

—El mar reclamó mi cuerpo y mi alma. Había llegado la hora de regresar —se limitó a responder con esa voz que lo había seguido durante meses en sueños—. Pero no pudieron llevarme. Tú me habías reclamado primero.

—¿Qué? No. Yo no hice nada —dijo confundido.

Khirstan lo miró desconcertado.

—Tú me reclamaste. Tú me hiciste volver —lo acusó.

—No. Yo…

Khirstan retrocedió un par de pasos, alejándose.

—¿Por qué me trajiste de vuelta? —exigió saber.

Se le quedó mirando sin saber qué responder, y cuanto más se prolongaba el silencio, más enfadado parecía Khirstan.

Antes de que pudiera decidir qué hacer, Khirstan se dirigió a la ventana y saltó, como si no estuviera a cientos de metros del suelo. Corrió tras él, pero no quedaba ni rastro. Como si nada de eso hubiera sucedido. Miró alrededor con la respiración acelerada, asustado. No podía ser un sueño. No estaba soñando; no era posible que volviera a perderlo.

—Comandante —volvieron a llamarlo en la puerta.

Apretó la mandíbula con tanta fuerza que parecía que iba a romperse. Sintió el sabor metálico de la ira en la boca. Se armó y salió al encuentro de los demás.

Sabía que los soldados expulsados no se rendirían con facilidad y por eso se había preparado a conciencia para lo que pudieran hacer.

Durante semanas habían abierto uno de los túneles tapiados que había bajo tierra. Esperaba que los más involucrados en la trama de corrupción acudieran a las cuevas para volver al interior del puerto cuando los echasen.

Cley y él se movieron con rapidez por el puerto, evitando cualquier mirada curiosa. También se habían asegurado de tener un acceso diferente para entrar en los túneles, el que había en el bar clandestino estaba tapiado para evitar que huyeran por ahí.

Bajó con rapidez la escalera, cayendo en medio de los soldados que estaban perfectamente quietos, vigilando a través de las pequeñas rendijas que habían disimulado en la tierra. El aire fresco de la madrugada les acarició el rostro, impregnado del olor salino del mar.

—Tenías razón —le dijo Verin en poco menos que un susurro—. Casi todos están viniendo aquí, conocen el lugar.

—Hay quince de ellos que no lo consiguieron. Algo acabó con ellos, ahí fuera —añadió Ailysh—. Algunos tienen restos de sangre y todos mantienen las espadas con ellos. Incluso encendieron las antorchas.

—Se fiarían de que nunca les pasó nada en esta playa, pero todavía hay un camino hasta aquí, el margen para que los ataquen es amplio. Además, nadie hizo un sacrificio, no están protegidos —respondió con desprecio sin molestarse en disimular.

Se acercó a la pared y, en medio del silencio, pudo escuchar cómo los hombres discutían, tratando de organizar lo que harían a continuación. Solo había dos opciones y eran igual de malas. Si trataban de entrar de forma ilegal, serían ajusticiados ese mismo día delante de las murallas. Por otra parte, si uno de sus superiores iba a reunirse con ellos, sería una prueba irrefutable de alta traición y podrían juzgarlos también.

No importaba lo que hicieran ya, el hecho de que hubieran ido directos a la cueva ya era una señal de que estaban implicados.

—¿Entramos a por ellos? —preguntó Verin.

—No, tendremos paciencia. Cuando salga el sol, tienen que seguir aquí, no podrán pescar por las guardias que hacemos ahora en la playa, ni conseguir agua. Si tienen cómplices, sabrán dónde están y vendrán a ayudarles. Esperaremos, quizá consigamos más nombres. Yo me quedaré aquí con mis hombres. Cuanto menos seamos, mejor. Volved al cuartel —les ordenó.

Ninguno de los dos contestó y pronto el único sonido que se oyó fue el de las olas del mar chocando con la piedra a su espalda. Había finos riachuelos de agua filtrándose entre las grietas. Se quedó unos instantes, escuchando el vaivén constante, como si el sonido del océano pudiera devolverle algo de calma. Metió la mano en uno de ellos y cerró los ojos, pensando en las sirenas. Inmediatamente recibió una imagen de sí mismo bajo el agua. El frío de la imagen le recorrió la piel. Retiró la mano, sintiéndose más tranquilo. Fuera lo que fuera a lo que se enfrentaban, no estaban solos.



CONSECUENCIAS INEVITABLES

KELLET

Sintió cómo alguien se acercaba y abrió los ojos, encontrando oscuridad absoluta.

—Mi señor —se anunció Edina, sonando cerca de él—. Se mueven.

Se levantó con rapidez, sin hacer ruido, y se asomó a la rendija para observar. Llevaban casi tres días vigilándolos; apenas habían hablado, no hubo protestas por la falta de comida y bebida. Se habían centrado en pasar desapercibidos durante el día y pescar durante la noche.

«¿Qué los hacía moverse ahora?».

—Los van a rescatar —murmuró para sí mismo. ¿Cómo no lo pensó antes? Por eso no trataban de volver al puerto por la taberna, ni nadie había ido a ayudarlos. Estaban esperando las embarcaciones de la recaudación, un escape planeado con precisión.

—Ve con Antos. Que traiga a nuestros soldados de confianza y esperar todos en el piso de arriba —ordenó.

Edina se fue, llevándose consigo a los pocos hombres que también estaban allí abajo.

Siguió mirando, buscando entre ellos al líder. Siempre había uno, y sin duda ese era Farcio, uno de los hombres de confianza de Morken. Su silueta era inconfundible, recortada contra la entrada de la cueva mientras oteaba el horizonte con la calma calculada de un depredador. Pese a estar juntos en su traición al puerto, no eran un equipo. Cada uno de los traidores se había ocupado de sus asuntos, intercambiando apenas las palabras necesarias.

Unas suaves pisadas le advirtieron de la llegada de uno de sus hombres.

—Continúa vigilando.

Recorrió la cueva con rapidez y subió la escalera de mano.

—Están esperando las embarcaciones ilegales.

De entre sus hermanos de armas, había elegido a un grupo selecto para ponerlos al tanto de lo que ocurría. Todos asintieron con semblante serio, atentos a cada palabra.

—Bajaréis y esperaréis hasta que salgan de la cueva para reunirse con los desconocidos. Capturaremos con vida a Farcio y al capitán del barco para conseguir respuestas. No salgáis de la cueva, no pongáis un pie fuera —advirtió con seriedad—. Esperad a que ellos salgan y ocupad la cueva.

—Sí, mi comandante —dijeron todos al unísono.

Los soldados empezaron a bajar, pero Edina y Antos se quedaron atrás.

—¿Dónde estaréis, mi señor? —quiso saber Antos.

—Fuera. Dejaré que lleguen a la playa.

Ambos le dedicaron miradas de profunda preocupación.

—Os acompañaremos —se ofrecieron.

—No, os necesito dentro. Sé lo que hago, estaré bien.

—Mi señor... —insistió Edina.

—Es una orden, soldados —dijo, imponiéndose.

Los dos asintieron de mala gana y se dirigieron a la escalera. Comprobó que no hubiera nadie fuera y salió a la calle, corriendo oculto entre las sombras hasta una de las puertas secretas que Khirstan les había enseñado.

Se lanzó al agua sin dudar, conteniendo el aliento mientras el hielo del mar le cortaba la respiración. Su sirena apareció delante de

él, con sus ojos centelleantes fijándose en su espada. Intentó ordenar sus pensamientos y explicarle que sus armas no representaban una amenaza para ellos.

Ella giró la cabeza, acercándose. Extendió su gigantesca mano y le tocó el pecho. Una burbuja translúcida lo envolvió, devolviéndole el aire. Tuvo una idea mientras le agradecía y proyectó en su mente la imagen del hombre de tez oscura que había visto la última vez.

Ella le devolvió una visión: el mismo hombre sobre un gran barco con la bandera de Lisea. Él asintió con fervor y trató de mostrarle a los hombres en las cuevas y lo sucedido en el puerto. La conexión entre ellos se sentía viva, como si las emociones fluyeran a través de un puente invisible.

Ella empezó a moverse, empujándolo por el oscuro y profundo mar hasta que emergieron entre las olas. Desde allí, pudo ver las barcas acercándose a la playa. Ella volvió a sumergirlos, flotando bajo ellas. Los desplazó hacia unas rocas, rompiendo su protección para que él pudiera subirse.

Se giró para agradecerle, pero ella clavó sus largas uñas en la piedra, arrastrando su cuerpo resbaladizo hasta quedar tumbada, observando lo que sucedía en la playa.

Parpadeó, desconcertado por su tamaño y su presencia imponente. Su larga cola se movía sobre la roca, golpeando suavemente las piedras.

Con un poco de miedo, se tumbó cerca de ella para mantenerse oculto. En la playa, los soldados expulsados se reunían con el capitán del barco y los marineros.

Se estremeció al sentir su mano sobre su brazo. Miró sus largos dedos azules y sus uñas de un tono tan oscuro que parecían negras. En su mente apareció una imagen: el capitán del barco ahogándose entre las olas.

Negó con rapidez y recordó las órdenes que acababa de dar a sus hombres. Ella hizo un sonido raro, grave, amenazante. La miró desconcertado mientras ella metía su otra mano bajo el agua. Una larga cola de serpiente se enredó en su brazo. Intentó retroceder sin éxito. Ella clavó un poco sus uñas para mantenerlo quieto. La cola desapareció, y por fin ella retiró su agarre.

Giró la cabeza hacia él y le mostró los dientes, afilados como los de un tiburón. Era algo que debería haberle asustado, pero lo dejó más desconcertado que otra cosa.

—¿Te estás riendo de mí? —preguntó en voz baja.

Como respuesta, ella repitió el gesto. Él sonrió con incredulidad mientras ella volvía a tocarlo, proyectándole su cara de susto al ver la cola de serpiente.

—Tienes un sentido del humor muy retorcido —murmuró, volviendo la mirada hacia la playa—. Y no estaba asustado, soy un soldado. El más valiente de Nimerik…

No pudo seguir. Ella puso los ojos en blanco. Se mordió los labios para no dejar escapar una carcajada. No era momento para reírse. En la playa, seguían discutiendo mientras los hombres recibían comida y bebida. Finalmente, fijaron un precio para llevarlos y todos volvieron a subir a las barcas.

Cuando iba a salir de su escondite, ella volvió a sujetarlo. No le mostró nada, pero la sensación de calma fue absoluta. La observó desconcertado, sin saber qué hacer, pero su férreo agarre no le dio otra opción.

En cuanto las barcas se alejaron lo suficiente, ella dejó salir el sonido de antes. Contempló, conmocionado, cómo la niebla iba volviéndose espesa y casi sólida sobre la superficie del agua.

Un destello verde apareció entre las olas, y un sonido chirriante hizo callar a los búhos y a la fauna que moraba la noche. Contuvo la respiración al ver una gran superficie de escamas acercándose a toda velocidad hacia las barcas. La niebla engulló lo que quedaba de las embarcaciones, pero no fue lo suficientemente rápida como para ocultar a la pavorosa criatura que acababa de emerger.

Una gigantesca serpiente con una cabeza triangular y una enorme boca llena de varias filas de dientes salió a la superficie. Su cuerpo entraba y salía de la niebla, pero era tan grande que no parecía tener fin. El rugido del monstruo retumbaba como un trueno, mezclándose con los gritos y el crujir de la madera al quebrarse. Las olas golpeaban con fuerza, fundiendo los ecos del desastre en un caos ensordecedor.

Ella soltó su brazo y le hizo un gesto con la cabeza para que se fuera. Obedeció, todavía demasiado asombrado de haber visto un Leviatán y seguir con vida. Anduvo a tumbos por la arena hasta que los gritos de sus hombres, desde dentro de la cueva, lo devolvieron a la realidad.

Antes de que pudiera hacerles un gesto, vio algo flotando en el mar. No algo, sino alguien. Corrió a la orilla y tiró de él. Era Farcio. Comprobó su pulso: seguía vivo. Lo arrastró a la orilla y corrió al ver otro cuerpo. El capitán del barco también respiraba.

No dejó que sus hombres se acercaran mientras comprobaba el agua. Llegaron trozos de madera a la orilla, pero ningún cuerpo más fue devuelto. El mar parecía negarse a soltar a los demás.

Mantuvo los pies dentro del agua y le dio las gracias a la sirena. Recibió como respuesta una imagen: él mismo asustándose de nuevo.

Arrastró los cuerpos de vuelta a la cueva, ignorando la preocupación de sus hombres al verlo empapado tras presenciar cómo todos los de las barcas desaparecían.

—Atadlos. Van a contarnos qué demonios pasa aquí.



Después de esconderse bajo tierra para vigilar a los desertores, dejó el interrogatorio en manos de Verin y se encargó de salir a patrullar para que los demás soldados lo vieran.

Recorrió el puerto para recoger un pedido muy especial que le había hecho a un artesano y se encargó de pagar por él personalmente. Al atardecer, dejó la muralla atrás y fue hasta la playa más lejana. Amarró su caballo y, sin dudar, se dirigió a la orilla, dejando sus armas, su armadura y sus botas en la arena. Cerró los ojos y pensó en la última vez que había visto a su sirena.

Su cabeza emergió del agua, acudiendo a la llamada.

—Hola —dijo, aliviado de que hubiera funcionado—. No sé si puedes entenderme... pero quería agradecerte por tu ayuda. Siempre me ayudas —murmuró, incómodo.

Ella se movió hacia la orilla, acercándose a él. Se quedó cerca, con el agua llegándole hasta la mitad del pecho, mientras él cogía el paquete envuelto en tela. La cercanía hizo que el aire entre ambos pareciera vibrar. Ella se acercó tanto que pudo sentir el movimiento de su pecho al respirar.

—Creía que tenías agallas, como los peces —murmuró.

Ella levantó un brazo, mostrándole cuatro finas líneas que se abrieron y cerraron.

—Pero también respiráis fuera del agua —señaló, al ver su pecho hincharse.

La imagen de una orca llenó su mente.

—Cierto, ellas también pueden hacer eso.

Cogió la tela y se la mostró, pero ella no hizo nada por tocarla. La abrió y sacó un brazalete hecho con cuarzo y corales de mar.

—Supuse que no te importarían las joyas y el oro, pero creí que esto podría gustarte.

Metió el coral bajo el agua, y este se llenó de pequeños destellos gracias a los cuarzos. Ella movió su mano con rapidez, sujetando el brazalete para acercarlo a su cara.

—Se pone en el brazo. ¿Ves? —levantó su brazo para que viera su grueso brazalete de oro.

Ella parpadeó y empujó la joya hacia él, tendiéndole el brazo.

Sonrió mientras se lo ponía, con cuidado de no hacer movimientos bruscos. La observó mover su muñeca y su brazo varias veces. Hizo un pequeño sonido agudo, casi musical, y otras dos sirenas aparecieron detrás de ella. Las observó mientras se reunían y todas veían su nueva adquisición.

—Te dije que eran curiosas —escuchó la voz de Khirstan.

Cerró los ojos, todavía sin estar seguro de si se trataba de una aparición.

—¿Por qué le regalas una joya? —preguntó Khirstan, a su espalda.

—No sabía cómo agradecerle su ayuda —confesó—. Ella viene a verme a veces —se limitó a decir.

—¿Le estás dando las gracias por los dos hombres que te devolvió el mar ayer?

—¿Cómo sabes eso? —preguntó, sorprendido.

—Ellas me muestran todo lo que ven. Radne tiene debilidad por ti, le gustas.

—¿Radne? ¿La sirena tiene nombre?

—Sí y no. Sus nombres son ruidos que ningún humano puede hacer. Así que les puse nombre cuando era un niño.

—Radne —repitió.

La sirena apareció de nuevo delante de él, levantó su brazo y mostró su regalo.

Asintió con la cabeza, esforzándose por mirarla a los ojos. En parte, todavía resultaba aterradora, pero algo dentro de él ya no les tenía miedo.

—Gracias por todo, Radne —dijo en voz baja. Recordó todas las veces en que se habían visto y cuando acudió para llevarlo a ver a Khirstan—. Gracias —murmuró.

Khirstan se sentó a su lado, dejando que el agua lo cubriese. Levantó la cabeza al cielo, y su capucha resbaló mostrando su rostro. El primer rayo del atardecer iluminó su figura, y la visión le dejó sin aliento.

Los ojos se le humedecieron. No podía ser verdad, no podía ser real. Estaba soñando. Khirstan era una visión de lo que no podía tener, de lo que jamás alcanzaría, de lo que había perdido por cobardía.

—Pareces triste —le dijo Khirstan, al girarse.

—Estoy de luto —admitió.

—¿Alguien importante en tu vida? —le preguntó él, doblando las piernas para rodearse los brazos con ellas.

Un nudo le apretó la garganta.

—Te perdí.

Khirstan giró la cabeza, con resignación.

—No soy una alucinación. Estoy aquí, de vuelta contigo.

Miró al horizonte para no tener que mirarle a él.

—Me dices eso cada noche, pero desapareces cada mañana. Mi mente es cruel —musitó—. Creo que me estoy volviendo loco.

—Kellet…

Cerró los ojos, sobrecogido al escuchar su nombre de nuevo en sus labios.

Sintió un golpe lateral y cayó al agua.

—¡Estás loco! —gritó, volviendo a sentarse con dificultad. Se apartó el pelo mojado de la cara para fulminarlo con la mirada.

Khirstan se sentó sobre él, a horcajadas, quedando cara a cara. Sus manos mojadas le acariciaron las mejillas y el cuello.

—No soy un sueño —le prometió, mirándole con esos ojos azules que se habían vuelto el centro de su alegría y tormento.

Khirstan cogió su mano y se la llevó al pecho. Su latido era fuerte, el corazón latía firme bajo su mano.

—Estoy aquí porque tú me reclamaste y el mar te escuchó.

—Yo no… —protestó.

Le sujetó de la mano con fuerza, mostrando su palma. Una fina cicatriz marcaba el lugar donde la sirena le había cortado.

—Pagaste un precio por reclamarme y lo sellaste con sangre. Surtieron efecto porque el mar no podía quedarse algo que ya tenía dueño.

—No te entiendo —murmuró, tragando saliva.

Khirstan lo sujetó de la barbilla, forzándole a mirarlo.

—Sí lo haces. Sé que sí.

Su aliento le acarició los labios, y los escalofríos le recorrieron la piel, haciendo que cerrara los ojos.

—Mírame.

Obedeció, no tenía opción de negarse si se trataba de él.

Era una visión perfecta, con su piel llena de relucientes gotas de agua, el pelo mojado y esos ojos que eclipsaban al mismo sol.

—No puedo volver a despertarme y descubrir que te perdí de nuevo —recordó, con la voz rota—. Te juro que no puedo. —Apoyó su frente en la suya, agotado—. Estoy cansado de tratar de seguir adelante, intento mantenerme fuerte para todos... Ya no me quedan fuerzas. No puedo más.

Admitir la derrota iba en contra de todo lo que representaba Nimerik, pero nunca había dicho una verdad más grande que esa. Aunque fuera un sueño más, sabía que a Khirstan sí podía

reconocérselo. Sus secretos siempre estarían a salvo con él, bajo el agua.

Los ojos de Khirstan se llenaron de lágrimas, y sus dedos recorrieron con veneración su rostro. Su expresión era tan triste que sintió cómo los muros que había levantado para protegerse temblaban.

—No tuve otra opción, ibas a morir y ni siquiera lo pensé. Si tenía que elegir entre los dos, solo había una posibilidad —admitió Khirstan con voz inestable, como si se le escapara un peso que llevaba demasiado tiempo soportando.

Dos lágrimas traicioneras escaparon de sus ojos, deslizándose lentamente por sus mejillas.

—Tenía que haberte escogido a ti. Quería hacerlo, nunca sabrás todas las partes de mí mismo a las que tuve que renunciar para decirte que no.

—¿Mereció la pena? —quiso saber Khirstan, su voz sonó tan quebrada como él se sentía. Parecía dolido, y saber que de nuevo era el causante de tanto sufrimiento hizo que su propia angustia aumentara.

—No, pero llevaba tanto tiempo renunciando a todo que pensé que ya no podía sentir nada. Que no importaba dejar que me quitaran un poco más. El dolor de perderte es abrumador. No puedo hacer que pare, me devora, me absorbe… No quiero vivir sin ti. —Levantó la vista sin molestarse en ocultar sus lágrimas, dejando que se desbordaran sin intentar frenarlas—. Llévame contigo. Por favor, por favor. No me dejes aquí solo.

Enterró la cabeza en su cuello, llorando como un niño, aferrándose a él con fuerza, como si su vida dependiera de ello.

Escuchó el llanto de Khirstan mientras sus brazos se cerraban con fuerza a su alrededor, inclinándose hacia él, sintió sus besos sobre su pelo y su frente, tratando de tranquilizarlo o posiblemente tratando de calmarlos a ambos, como si esas caricias pudieran deshacer el dolor que les envolvía.

Fue liberador, no se sintió humillado ni débil, sino aliviado y acompañado, como si, por fin, hubiera encontrado algo que sí tenía sentido. No sabía cuánto tiempo más duraría el sueño, pero quería

quedarse allí para siempre, envuelto en esa sensación de paz que solo Khirstan le podía dar.



IX

VULNERABLE

KELLET

El mar se había retirado lentamente, como si no tuviera cabida en ese momento entre ellos. El sonido de las olas los acompañaba, marcando el ritmo de su respiración, y la luna jugaba a esconderse por momentos tras las nubes.

Khirstan tomó su rostro entre las manos y se miraron a los ojos.

—Estás temblando —murmuró, dejando un beso sobre sus labios. Se levantó de su regazo y tiró de él para levantarlo. Entrelazó los dedos con los suyos y lo guio suavemente hacia la arena.

Recogió su capa del suelo y lo condujo hasta una de las casas abandonadas, la que estaba más alejada de las demás. En cuanto entró, se dio cuenta de que él ya había estado allí. Todo el techo estaba lleno de conchas, como a Khirstan le gustaba. Había leña seca amontonada al lado de la chimenea, que Khirstan encendió con rapidez para darle calor. Por lo demás, la pequeña casa estaba vacía.

—Quítate la ropa, necesitas entrar en calor —le ordenó en voz baja.

Se quedó parado, mirando cómo Khirstan dejaba su capa en el suelo creando una improvisada cama.

Al ver que seguía en el mismo sitio donde lo dejó, Khirstan fue hacia él.

—¿Estás bien? —le preguntó en voz baja, apenas un susurro.

Asintió, incapaz de decir ni una sola palabra.

Los ojos de Khirstan brillaron en un azul imposible, como si en su mirada existiera todo un océano de emociones. Sin dejar de mirarlo, tiró de los cordones de su pantalón.

Tragó saliva. Una parte de él quería decirle que podía ocuparse de sí mismo, la otra estaba tranquila sabiendo que estaba en buenas manos. Khirstan se arrodilló a sus pies, sin un ápice de vergüenza en su cara. Tiró de la tela, retirando el pantalón mojado. La fina camisa que llevaba bajo la armadura lo cubrió hasta los muslos.

Khirstan suspiró con suavidad, mirando sus piernas desnudas, acariciándolas con sus manos. Contuvo el aliento cuando vio cómo besaba las cicatrices que encontraba a su paso, como si cada una fuera un secreto que solo él podía comprender.

—No tienes que hacer eso —murmuró, intentando calmar el latido de su corazón, que parecía desbocado.

Khirstan se levantó, dedicándole una sonrisa. Se movió detrás de él, rodeándole e impidiendo con su mano que lo siguiera.

—¿El qué? No estoy haciendo nada especial —le dijo al oído mientras retiraba su camisa y lo dejaba completamente desnudo.

El calor de la chimenea se sintió como una fantasmal caricia sobre su cuerpo expuesto y aterecido de frío.

Su piel se erizó al escuchar cómo Khirstan se quitaba la ropa a su espalda. Siseó cuando sus manos le recorrieron la espalda.

—Estás lleno de marcas —le dijo al oído.

—La única importante es la que no se ve —murmuró cerrando los ojos, intentando centrarse en su tacto y no en el pánico que le subía por la garganta.

Los cálidos labios de Khirstan se posaron en su hombro, sin dejar de acariciarle con suavidad la espalda. Sus labios trazaron un húmedo camino hasta su nuca, erizándole la piel.

—¿Tienes miedo? —le susurró al oído.

—Sí —admitió sin culpa, con la voz quebrada por la emoción.

Sus manos bajaron por sus fuertes muslos, hasta los tobillos, y volvieron a subir. Su cuerpo se puso tenso cuando recorrió sus glúteos, pero Khirstan no parecía especialmente interesado en nada que no fuera acariciarlo.

—¿Y tú? ¿Tienes miedo? —quiso saber.

Su risa resonó en su oído, consiguiendo que sus piernas se sintieran menos firmes.

—No lo sé —reconoció Khirstan. Dejó que su cabeza cayera sobre su hombro cuando sus manos encontraron sus pezones, que se endurecieron bajo sus caricias—. ¿Debería? Creo que no, creo que este momento estaba escrito en las estrellas. Tú y yo, somos como las olas del mar, Kellet. Da igual cuántas veces volvamos a este mundo, estamos condenados a chocar contra la misma arena.

Se giró y lo encerró en sus brazos, besándole con todo el anhelo y el sufrimiento que llevaba dentro. Haría lo que fuera por él, cualquier cosa, se enfrentaría a lo que fuera si pudiera tenerlo a su lado, aunque fuera un segundo. Se aferró con desesperación a su piel, en un ciego intento de evitar que se desvaneciera.

Khirstan gimió desde el fondo de su garganta, aferrándose a él con fuerza, acariciando su pecho y sus hombros. Se dejó llevar por el deseo, por uno nuevo y completamente desconocido.

Su cuerpo temblaba, no de miedo, sino de algo más profundo, algo que apenas comprendía pero que lo consumía desde dentro. Khirstan lo arrastró al suelo, tumbándose sobre él sin dejar su boca, como si su supervivencia dependiera de cada beso.

Cerró los ojos, abrumado por la intensidad del momento y sus propios sentimientos. Las manos de Khirstan estaban por todo su cuerpo, encendiendo en llamas su piel sensible.

Gimió, perdido, cuando su boca rodeó su goteante erección, una sensación eléctrica recorrió cada fibra de su ser, arrancándole un jadeo que ni siquiera trató de contener. Era la primera vez que dejaba a alguien tocarle de esa manera. Khirstan lo torturó con su lengua curiosa mientras sentía cómo uno de sus dedos se deslizaba en su interior.

No se opuso, separó las piernas y lo dejó hacer, entregándose sin resistencia, como si aquella rendición fuera la única respuesta

posible. Era un sueño. Sabía que terminaría, pero mientras pudiera tenerlo, tomaría todo lo que pudiera de él, aunque no fuera real. Sabía que un soldado no debía permitir que un hombre le hiciera algo así. Sin embargo, no podía importarle menos, ya tendría tiempo para el remordimiento cuando llegara de nuevo la mañana. Cuando la luz irrumpiera y lo despojara de aquello. A esas alturas ya no le importaba si estaba loco o no, disfrutaría de su locura mientras pudiera.

Khirstan recorrió cada recoveco de su cuerpo con su lengua cuando se acercaba demasiado al precipicio, y volvía a él para seguir preparándolo cuando estaba más tranquilo. Era cruel y paciente, una combinación que lo hacía enloquecer. Su cuerpo parecía florecer bajo sus manos inexpertas, volviendo a nacer después de años muerto en vida.

Khirstan se puso sobre él, buscando sus ojos.

—No soy un sueño —le prometió, besándolo en los labios. Su aliento caliente le rozó la piel, dejándole un eco imborrable en la carne—. La próxima vez que no estés seguro de si estoy vivo, recuerda esto.

Asintió con la cabeza, tragándose las lágrimas que amenazaban con dominarlo de nuevo. Estaba demasiado abrumado para poder controlarse.

Khirstan acarició sus muslos mientras su miembro se deslizaba en su interior. No le dolió, solo sintió la presión, una plenitud inesperada que lo estremeció por completo. La intrusión fue bien recibida por su mente, una mente que, al fin, encontraba el consuelo que había estado buscando. Cerró los ojos y lo sintió por todas partes, su piel, su aliento, su esencia misma fusionándose con la suya. Era embriagador que pudieran estar así de unidos. No había ninguna forma en el mundo en que dos personas pudieran estar más cerca de lo que estaban ellos en ese momento.

Khirstan se detuvo del todo cuando ya no tuvo más que darle. Respiraron juntos mientras saboreaban la sensación, sorprendidos y sobrecogidos a partes iguales, como si el universo entero hubiera desaparecido, dejando solo ese instante.

Acarició su espalda, incapaz de decirle ni una sola palabra, seguro de que se rompería en pedazos si se perdía ese momento. Si abría la boca, las palabras serían inútiles. No había manera de describir lo que sentía. Khirstan lo entendió y se retiró con cuidado antes de volver a empujarse en su interior.

—¿Te duele? —le preguntó él sin aliento. El sudor cubría su cuerpo, en su esfuerzo por contenerse.

Negó con la cabeza, aferrándose a sus caderas para pedirle un ritmo más rápido, como si su cuerpo tuviera su propio lenguaje, uno que Khirstan comprendía a la perfección. Un estremecimiento recorrió su espalda, enviando oleadas de placer por todo su cuerpo.

Khirstan sonrió, sin dejar de moverse. Se inclinó sobre él para robarle un nuevo beso y olvidó su propia pregunta, saboreando la sensación de estar finalmente tan cerca.

—Kellet —lo llamó Khirstan, rozándole con su cálido aliento.

Su tono tierno lo desequilibró por completo y, de nuevo, no podía creerse que algo de todo eso fuera real. No había un mundo en el que ellos pudieran estar juntos de esa manera y Khirstan le dedicara esas palabras con una devoción tan desmedida, como si de alguna manera esas palabras fueran la única verdad que necesitaban compartir.

Cerró los ojos y se aferró a él con todas sus fuerzas. No quería que terminara, no podía ni soportar pensar en no estar unido a él. Su pecho dolía con solo imaginarlo. ¿Podía detenerse el tiempo justo en ese momento? ¿Permitiría el mundo, aunque fuera por una vez, que se sintiera así de amado? ¿O el destino sería tan cruel como siempre lo había sido? ¿Era posible que el simple roce de la piel pudiera significar tanto?

—Kellet… —jadeó Khirstan.

Su cuerpo reaccionó a la advertencia, perdiéndose en el placer por completo. Llegó al orgasmo apenas un instante antes de sentir cómo Khirstan terminaba en su interior.

Sintió frío a pesar del calor cuando él se retiró; por suerte, duró poco. Khirstan se dio la vuelta para pegarse a su costado, acariciando su pecho en relajantes movimientos.

—¿Estás bien? —le preguntó él, besándolo con suavidad.

Asintió con la cabeza, incapaz de pronunciar ni una sola palabra. Su garganta estaba cerrada, temiendo que al hablar rompiera el hechizo que los envolvía. Se preguntó cuánto más duraría esa fantasía.

—¿Estarás cuando me despierte? —preguntó asustado cuando el sueño amenazó con ganarle la partida.

—No me iré a ningún lado, soldado. No vas a deshacerte de mí —le prometió Khirstan, medio dormido.

Memorizó cada gesto y respiración mientras él cedía al sueño. Real o no, era un retazo más de Khirstan que podía tener, un trozo de realidad que se adhería a su piel, una verdad grabada en su carne. Un lazo indestructible que trascendía cualquier duda sobre lo que podría ser o no.



—¡Kellet! —escuchó la voz de Ailysh. —¡Kellet!

Se sentó bruscamente en el suelo, odiando al mundo por volver a jugarle esa mala pasada, hasta que se dio cuenta de que estaba en la cabaña con la que supuestamente había soñado. Todavía había restos de la hoguera de anoche en la chimenea, su ropa estaba secándose junto a ella y la prueba más inequívoca de que no era otra de sus fantasías era el dolor sordo por lo que habían hecho resonando por su cuerpo.

Se puso la ropa lo más rápido que pudo antes de salir.

Ailysh estaba en la arena con sus armas en la mano y su caballo todavía atado donde lo había dejado el día anterior.

Ni los gritos de Ailysh, ni sus preguntas le afectaron realmente; todavía no habían tenido suerte con los interrogatorios, pero Verin le aseguró que se estaban desmoronando. Patrulló durante el día y entrenó con sus hombres, sin poder evitar la creciente tensión. ¿Dónde estaba Khirstan?

—Mi comandante —le llamó Edina.

Se giró hacia ella, limpiando su espada después de la práctica. Se aseguró de que no había nadie alrededor antes de hacerle un gesto para que continuara.

—Hay rumores en los cuarteles. Los hombres están inquietos, se dice que el capitán Morken podría volver pronto al puerto.

—Bien, aquí le esperamos —contestó sin inmutarse. La vuelta de Morken sería un tema complicado, ya que la mayor parte de los hombres expulsados pertenecían a su batallón.

Edina miró alrededor, buscando a algún posible intruso.

—Hay voces que aseguran que no vendrá solo.

Alzó la cabeza mirando a su hermana de armas. Ella le devolvió la mirada sin añadir más, pero no era necesario; entendió el mensaje sin palabras adicionales.

—Mi respuesta no cambia. Estaré aquí esperando a quien llegue.

Ella le dedicó una reverencia y se alejó con pasos rápidos, dejándolo solo. Terminó de afilar la espada y salió al puerto.

Los puestos empezaban a recogerse porque se acercaba la noche. Saludó con la cabeza a todos los lugareños que lo saludaban al pasar, hasta detenerse frente a dos niños que atendían un pequeño tenderete.

—Comandante —dijo la niña mayor, bajando la cabeza y obligando a su hermano a hacerlo.

Observó a los dos, ella no podía tener más de siete años, él era poco menos que un bebé. Sus ropas raídas y remendadas hicieron que se sintiera incómodo, sus zapatos rotos tampoco ayudaron a calmarle, como si el peso de la pobreza pesara directamente sobre él.

—¿Vendéis joyas? —preguntó mirando los pocos artículos que estaban estirados delante de ellos en el suelo.

La niña asintió con la cabeza rápidamente.

—Ayudo a mi hermana mayor a recoger las conchas y hacer los collares —le dijo sin alzar la mirada de su pecho, como si temiera estar cometiendo una falta al verle a la cara.

Asintió, aunque ella no pudiera verlo, viendo al niño que lo observaba escondido detrás de su hermana.

—¿Cómo os llamáis? —preguntó.

—Lemona y Antel, comandante —contestó ella, nerviosa.

—Mi señor —escuchó a su espalda, una chica joven de unos catorce años llegó corriendo, tapando la visión de los niños al

ponerse delante—. ¿Puedo ayudaros en algo? ¿Hemos hecho algo malo? Pagué ayer nuestra deuda, ya está todo en orden.

La bilis inundó su garganta al fijarse en ella, su cuerpo era pequeño y su figura excesivamente delgada. Sus pómulos hundidos y demacrados indicaban una clara falta de alimento. Su pronunciado escote y los colores vistosos de su ropa le indicaron cómo había conseguido pagar. Cerró los ojos un segundo, como si quisiera olvidar lo que acababa de ver. ¿En qué se había convertido el puerto? ¿Qué estaba tratando de defender?

—¿Dónde están vuestros padres?

Ella miró asustada alrededor.

—No tenemos padre, mi señor. Nuestra madre murió de fiebre en medio de este invierno —contestó con la voz tomada.

Le hizo un gesto brusco con la cabeza para que se alejaran de los niños. Se metió en un callejón cercano y tiró de ella, apoyándola en la pared.

—¿Mi señor? ¿Queréis que os atienda? —preguntó ella con voz inestable.

—No —dijo con más dureza de la que pretendía.

Ella le miró con los ojos colmados de terror.

—¿Así es como te ganas la vida?

Ella miró al suelo, antes de asentir.

—Busqué un marido primero, pero el hombre con el que me iba a casar me abandonó cuando murió mi madre. Dijo que no quería alimentar tres bocas más y yo no podía dejar a mis hermanos —confesó ella con vergüenza.

La rabia lo consumió por dentro, las diferencias entre clases habían existido siempre, pero ver cómo había personas que no tenían opciones era como quemarse con fuego.

—¿Quieres seguir haciéndolo?

Ella alzó la cabeza, con los ojos velados de lágrimas mientras negaba.

—No tengo otra opción o nos echarán de Puerto Bashel. Si solo estuviera yo, no me importaría morir, al menos esto se habría acabado —murmuró abatida—. Pero, ¿qué pasaría con mis hermanos?

Quiso decirle que sí la había, que Ascande estaba ahí fuera, que había otro lugar seguro. Pero no era justo, el puerto tenía que garantizar la seguridad de todos sus habitantes. Todos debían tener los mismos derechos y oportunidades, y aun así, todo era una gigantesca mentira.

—¿Dónde vives, niña? —preguntó lleno de enfado. No contra ella, eso nunca. Era una víctima de una sociedad que él había ayudado a proteger sin pensar en todos los que no tenían a nadie.

—Dormimos en un almacén, cerca de la herrería.

—Recoge vuestras cosas, a partir de hoy trabajarás para mí.

El aliento se atascó en la garganta de la desdichada criatura.

—¿Cómo?

—Deberás ser fiel a mí y a los míos. No hablarás con otros criados y, por supuesto, no ejercerás la prostitución ni dentro, ni fuera del cuartel. ¿Lo entiendes?

Ella asintió con rapidez.

—¿Cómo te llamas?

—Penny, mi señor. Mi nombre es Penny —dijo en un hilo de voz.

—Ve a recoger, esperaré aquí con tus hermanos. Ellos pueden vivir contigo, tendréis una cama caliente y comida a diario.

—Pero, no lo entiendo —musitó ella con las lágrimas bajando por sus hundidas mejillas—. ¿Por qué me ayudáis?

Tragó saliva con esfuerzo, enderezando la espalda.

—Porque puedo. Ahora ve, antes de que me arrepienta.

Lo dijo con brusquedad, asustándola a propósito. No podía soportar seguir allí un segundo más. ¿Cuánta gente habría en el puerto en la misma situación que ellos?



VERDADES DIFÍCILES

KELLET

—Ya estamos listos, mi comandante —anunció Penny con resuello. Llevaba a Antel en la mano y un pequeño hatillo de tela sucia en la otra, que parecía más un amasijo de trapos que una pertenencia útil.

Le hizo un gesto con la cabeza y salió delante de los tres niños, moviéndose con rapidez entre las calles hasta llegar a su cuartel. Los soldados lo miraban al pasar, pero no se detuvo a saludar. Fue directo a las habitaciones de los criados, hasta la de Maggie. Golpeó con fuerza la madera y esperó.

—Mi señor —lo saludó la pequeña Estella al abrir, con un brillo de curiosidad en los ojos.

Sonrió a la niña, que ya estaba acostumbrada a su presencia, y buscó a la madre.

—Mi señor, ¿ocurre algo? —preguntó Maggie, preocupada, dejando a un lado lo que estaba haciendo.

—Esta es Penny —dijo, moviéndose para que viera a los tres—, Lemona y Antel, a partir de hoy trabajarán para mi hermana y para

mí. Retira a las criadas de Nimerik. ¿Podréis encargaros de nuestras habitaciones sin ayuda?

—Por supuesto, mi señor —afirmó Maggie sin dudar, alzando ligeramente la barbilla con orgullo. Era tan trabajadora que no dudó de que haría lo que le pedía, aunque tuviera que trabajar día y noche.

—Explícale las mismas normas que te di a ti, que se queden en una habitación cerca de la tuya para que sea más fácil.

—Sí, mi señor —respondió ella enseguida sin dejar de mirarlo.

Dio dos pasos hacia Maggie, que no se movió, y se inclinó sobre ella para hablar en voz baja.

—Era prostituta. Dale toda la ropa nueva y cámbiale el aspecto por si alguno de los hombres la reconoce. Si alguno os da problemas…

—No lo harán, mi señor. Yo me encargaré —le prometió ella, apenas alzando la voz, con una firmeza que no admitía dudas.

Volvió a enderezarse, dedicándole un tosco saludo.

—Esta noche cenaré en mi cuarto —anunció, con un tono que no dejaba lugar a réplicas.

—Tendré el baño preparado enseguida, mi señor —le aseguró Maggie con una pequeña inclinación de cabeza.

—No tengas prisa, primero ocúpate de esto. Iré a ver al comandante Verin —informó. Se dio media vuelta y se alejó sin mirar atrás, sus botas resonando contra las piedras del suelo mientras los criados se cruzaban apresurados en su camino en un intento de alejarse de él.

Verin estaba en lo alto de la muralla, mirando al horizonte con el semblante tranquilo, como si el peso del día no le hubiera tocado en absoluto. Estaban a las puertas de algo horrible, pero él siempre permanecía en calma.

—¿Cuántas personas componen tu servicio doméstico? —le preguntó sin saludar, con la mirada fija en el movimiento de las olas.

—¿Mi servicio privado? —respondió Verin, sorprendido, girando apenas el rostro hacia él.

Asintió mientras se sentaba en lo alto del muro, dándole la espalda al mar.

—Cinco —contestó, tras una pausa breve.

—¿Militares o civiles? —insistió, intentando sacar sus propios cálculos de lo que era admisible.

Verin le dedicó una larga mirada antes de responder.

—Civiles. ¿Algún motivo en particular para preguntar?

—No. Solo era curiosidad —mintió, con un gesto distraído mientras sus pensamientos parecían ir más lejos de lo que decía. Cinco, si sumaba a Ailysh, podrían dar trabajo a otras ocho personas, pero ¿cuántas quedarían abandonadas?

—¿Un día duro? —quiso saber Verin, cruzándose de brazos.

—Una vida —respondió, haciéndole reír, aunque su tono no tenía nada de jocoso—. Hoy he visto a una niña de catorce años prostituyéndose para mantener a sus hermanos.

Verin asintió en calma.

—Con catorce años ya sangran y se las consideran mujeres —repuso Verin con razón—. Muchas ya están pariendo futuros soldados.

—No lo son y menos para hacer algo así. Este sistema es… —No continuó porque si lo hiciera sería ir en contra de sus costumbres.

—Lo sé —le concedió Verin, con una seriedad que denotaba que tampoco era ajeno a esos pensamientos.

—La traje al cuartel y le di trabajo —confesó, sin adornos.

—¿La quieres para ti? —preguntó Verin, con una curiosidad carente de malicia.

—No toco niñas —respondió indignado.

—Ni mujeres —añadió Verin sin mudar el gesto, con una calma que resultaba casi desconcertante.

Lo miró con el corazón en la garganta, alarmado. ¿Acaso estaba insinuando…?

Los dos se miraron sin decir palabra. Su primer impulso, en medio del pánico atroz que lo asaltó, fue negarlo, pegarle, hacer lo que fuera para negar la mayor de las vergüenzas, pero, en su lugar, guardó silencio. Sabía que actuar sin pensar sería peor. Verin no era como los demás, era un hombre justo, no lo juzgaría por sus deseos. Apretó los puños con fuerza y esperó.

—No puedes salvar a todo el mundo —le aseguró Verin, dejando el tema con la misma facilidad con la que lo había abierto.

—No, pero puedo intentarlo —respondió, aceptando su ofrecimiento para ignorar el asunto.

Verin rompió en carcajadas.

—Tengo curiosidad. ¿Qué te pasó? —le preguntó mirándolo con atención, como si tratara de descifrar algo en su expresión.

—¿Cuándo? —inquirió desconcertado, frunciendo el ceño.

—¿Qué fue lo que te hizo despertar? ¿Cuándo te diste cuenta de cómo era el mundo en realidad?

Alzó la cabeza hacia el cielo. Las estrellas, tan serenas y lejanas, parecían burlarse de la complejidad de su vida. Era una buena pregunta, pero tenía una respuesta difícil.

—Era más fácil no ver, y de tanto tener los ojos cerrados… acabé por quedarme ciego del todo.

Verin asintió, apoyando los codos en la muralla, observando el océano. La brisa nocturna agitaba su cabello gris, pero su semblante permanecía inmutable.

—Tienes mucho potencial. Tienes la fuerza, el nombre y el valor. Pero puede que esta batalla ya esté perdida antes de la llamada a las armas.

—Es posible, pero el riesgo podría merecer la pena —admitió, consciente de que solo esa conversación, si alguien los escuchase, ya sería alta traición.

—Te lo dije una vez y lo mantengo. Estaré a tu lado, tomes la decisión que tomes —le prometió Verin, con una firmeza que parecía inquebrantable.

—¿Por qué te arriesgas tú? —inquirió con curiosidad, inclinándose ligeramente hacia él.

Verin suspiró antes de contestar.

—He tenido tres hijos. Los tres murieron en batalla. Dos esposas. Las dos fallecieron hace mucho tiempo… no tengo nada más por lo que luchar, no me queda nada que perder —su tono era frío, como si hablara de algo ajeno, pero el peso del dolor se filtraba en cada palabra—. Y como nadie sentirá realmente mi pérdida, decidí que el tiempo que me quede podría invertirlo en dejar el mundo un poco

mejor que cuando llegué a él. Si no lo consigo, no importa. Ya estoy muerto de todas formas, y mi final será como mi vida: silenciosa e intrascendente.

Lo observó sin terminar de creerse sus palabras. Había algo en el aire, un matiz de resignación que resultaba difícil de aceptar.

—No es así. Me has enseñado muchas cosas, y no soy el único. Muchos soldados te deben la vida gracias a tus enseñanzas —le aseguró con firmeza.

Verin sonrió y le dirigió una mirada afectuosa.

—Ojalá eso sea verdad. De serlo, puede que no haya perdido el tiempo y todo esto merezca la pena —aceptó.

—Lo es —le aseguró en voz baja, sintiendo que esas palabras eran lo menos que podía ofrecerle.

—Eres un buen hombre, Kellet. Conmigo o sin mí, estás destinado a hacer grandes cosas.

Se tragó su respuesta. No quería hacer grandes cosas, quería huir lejos, a un lugar donde pudiera ser él mismo, donde su nombre no significara nada y el pasado no tuviera peso.

—Voy a dormir, ha sido un día largo —se disculpó, inclinando ligeramente la cabeza.

—Ve, muchacho. Yo y los míos vigilaremos esta noche —le prometió Verin, con un leve movimiento de la mano.

Volvió a su habitación. Ya era noche cerrada, y el cuartel estaba en silencio, roto solo por el crujir ocasional de las antorchas. Maggie estaba añadiendo troncos a la chimenea.

—Mi señor —murmuró, haciéndole una profunda reverencia, sin alzar la mirada.

—Maggie —la saludó con un leve asentimiento—. Tráeme algo de comer y después puedes retirarte, no te necesitaré esta noche.

Ella se fue y volvió cuando ya estaba en la bañera. El agua caliente ofrecía un consuelo que pocas cosas podían igualar, relajando sus músculos tensos y despejando su mente. La escuchó marcharse y se relajó, dejando que el agua se llevara la suciedad y el cansancio del día.

Cuando volvió a su cuarto, cerró la puerta y no se molestó en vestirse. Comió un poco de pan y se tomó el tazón de caldo en la

cama. Apenas terminó, cerró los ojos y se dejó llevar por el sueño.

Unos labios húmedos y suaves se posaron en su nuca, despertándolo de forma abrupta. Lo agarró de la muñeca y giró en apenas un segundo, lanzándose sobre el recién llegado.

—Estás aquí —dijo, mirando la cara de Khirstan.

—Llevo siguiéndote toda la tarde —confesó él.

—¿Por qué no te acercaste? —quiso saber.

—No era seguro, no era el único que te seguía.

Parpadeó con incredulidad. Sabía que Khirstan podía seguirlo sin ser notado, pero le costaba creer que alguien más tuviera esa capacidad.

—Soy…

—¿El mejor rastreador de Nimerik? —adivinó Khirstan con una sonrisa burlona—. No era una sola persona. Algunos soldados les hacían señales a otros a tu paso. Te siguieron hasta que volviste al cuartel.

—Hombres de Morken o Anker —musitó, frunciendo el ceño.

—Supongo que forman parte de los mismos que estáis interrogando en la cueva.

—¿Cómo sabes eso? —preguntó alarmado.

—¿Era un secreto? Es bastante obvio. Solo tus hombres, los de Verin o Ailysh van a la playa. Deberíais mezclarlos con otros hombres, para que por lo menos se encargasen del perímetro —le aconsejó Khirstan con naturalidad.

—¿Conseguiste colarte en la cueva?

—Sí, pero no lo necesitaba. Con lo que me mostraron las sirenas y lo que vi aquí contigo ya tenía suficiente. Expulsaste militares del puerto para ver hasta dónde llegaba su traición —adivinó Khirstan.

—No lo hice solo por eso. No fue una decisión fácil. Esos soldados dejaron el puerto en un momento de máxima necesidad. Pudo haber muerto mucha gente, su trabajo era protegerlos, no me arrepiento de lo que hice —afirmó.

—Militares pagando el precio de sus malos actos… —murmuró Khirstan—. Imposible de creer.

—Era lo justo —contestó, mirando sus ojos azules.

—Los dos sabemos que la justicia no va de la mano con las leyes de Nimerik —le recordó Khirstan con dureza.

—Puede que no, pero era lo justo.

—¿Qué vas a hacer cuando la isla te pida explicaciones? Porque con tantos soldados expulsados, tus enemigos estarán afilando sus cuchillos, listos para degollarte en cuanto muestres el cuello —opinó Khirstan con razón.

—Bien, si quieren mi sangre, que vengan. No tengo miedo a morir.

Se miraron a los ojos y se perdieron en la inmensidad de los del otro.

—¿Por qué lo haces? —preguntó Khirstan con seriedad.

—No tengo otra opción. Nadie más puede hacerlo.

—Siempre hay formas de encontrar salidas —argumentó Khirstan con calma.

—Puede ser. Esta será mi forma de dejar un legado, una huella imborrable en el tiempo. Algo que haga que la historia me recuerde. Quiero la justicia que esta gente se merece.

—Egoísmo, entonces —murmuró Khirstan frunciendo el ceño—. Es un motivo tan bueno como otro cualquiera mientras no te equivoques y pierdas perspectiva.

—No es egoísmo, tenías razón. Todo este tiempo estuve equivocado. Estaba tan ocupado protegiendo las consignas de lo que me enseñaron que nunca me preocupé por el significado. Todo va de mal en peor, no sé si voy a poder con esto —le confesó—. ¿Cómo sabré si hago lo correcto? Si me equivoco, mucha gente podría acabar muerta o herida.

Khirstan se le quedó mirando sin decir nada, observándolo con atención durante unos instantes en que el crepitar de la leña era el único sonido.

—No lo sabes. Nadie puede saberlo más que tú. Haz lo que tengas que hacer, lo que sientas que es correcto e intenta causar el menor daño posible. Que en tu mente no haya espacio para el egoísmo o el orgullo personal, que siempre esté presente el bien de los que están a tu cargo. Tienes que encontrar en tu corazón la

calma en medio de la tempestad y la bondad cuando no quede nada.

—¿Y si no puedo hacer eso?

—Creo que ya lo hiciste. La manera en que protegiste el puerto cuando los demás huyeron, la niña a la que sacaste de la calle hoy… Te lo dije en la playa, hay algo en ti… Lo percibí con esfuerzo entonces; ahora es como un halo que te rodea. Encontraste tu fuerza, tu propósito. Ahora puedes ver de verdad y tomar partido. No dejes que te apaguen, Kellet. Estás destinado a brillar.

—No lo estoy. No quiero brillar, no quiero que nadie me mire. Solo quiero… —Lo miró, incapaz de seguir hablando. Tuvo que hacer acopio de todas sus fuerzas para continuar.

—¿Qué quieres? —preguntó Khirstan con suavidad.

—Te perdí y lo perdí todo. Quería morir, renuncié a ti de forma voluntaria, y cuando supe que no podría volver a verte… Se acabó. La lucha, las ganas de seguir… Todo se quedó a oscuras, pero recordé todo lo que me dijiste, empecé a verlo con tus ojos y descubrí la verdad.

Khirstan asintió con un delicado movimiento de cabeza que hizo brillar aún más sus ojos azules, iluminados por las llamas de la chimenea.

—Lo sé, soldado. Pero ahora estoy aquí, contigo, y tienes que tomar una decisión. O sigues como hasta ahora e ignoras la realidad o te levantas y luchas.

—¿Y qué pasa contigo? ¿Volverás a Tharkia? ¿No te esperan en Ascande? No vas a volver al mar, ¿verdad? —preguntó con tanta rapidez que casi no se entendió a sí mismo.

—No. Mi lugar está aquí contigo, si me quieres —le respondió con seriedad.

—Quiero que te quedes, pero nada ha cambiado. No tengo nada que ofrecerte, no puedo tener una relación contigo. Soy el comandante de Nimerik; perdería mi puesto si alguien supiera que yo… —Negó con la cabeza, derrotado—. No puedo abandonar a la gente del puerto; no tienen a nadie más.

Agarró la mano de Khirstan, temiendo que se fuera después de lo que acababa de decir.

—Puedo asignarte una cantidad de dinero, conseguirte una casa aquí, darte una buena vida para que no tengas que preocuparte por nada, pero no puedo…

Khirstan le cubrió la boca, sentándose sobre sus muslos.

—No necesito tu dinero. No quiero casas, ni un puesto, ni tu apellido… Todo lo que quiero es a ti. Nada más. Solo te quiero a ti. Siempre has sido tú, Kellet —le aseguró sujetándose a sus hombros.

Estampó su boca contra la suya. No podía seguir escuchándole y no hacer nada al respecto. Khirstan ahogó sus palabras entre sus labios, besándolo con la misma necesidad que él sentía.

Se tumbó sobre él, presionándolo contra el colchón, enterrándolo bajo su cuerpo. Quería encerrarlo en ese instante, protegerlo de un mundo que siempre parecía estar al acecho. Mordió su hombro mientras tiraba de su ropa para deshacerse de ella, con una mezcla de urgencia y deseo contenida durante demasiado tiempo.

Se sentía igual que cuando le regalaron su primera espada: no podía dejar de mirarlo, necesitaba sentirlo entre sus manos, volverlo real entre sus dedos. Khirstan gimió cuando sus dientes se ensañaron con su cuello. El sonido lo atravesó como un rayo, encendiendo cada fibra de su ser. Las manos de Khirstan se aferraron con fuerza a su pelo, acercándolo en vez de alejarlo.

Sus manos frías le recorrieron la espalda, arrancándole un estremecimiento que parecía reverberar en lo más profundo de su pecho. Las piernas de Khirstan le rodearon la cintura, aferrándose a él con firmeza mientras sus cuerpos se rozaban, encajando como si fueran dos piezas destinadas a encontrarse.

Jadeó sin aliento. Tocarle de esa forma, sentir la manera entregada en que Khirstan se rendía a sus caricias, como si estuviera confiándole algo sagrado, lo dejaba sin palabras. No había reticencia o duda en el modo dócil en que lo dejaba hacer. Era un gesto de pura fe, de entrega absoluta, y eso lo abrumaba más que cualquier otra cosa.

Se retiró un poco, intentando recuperar el aliento y despejar su mente, que parecía estar atrapada en un torbellino de emociones, incapaz de centrarse en ninguna.

Khirstan lo dejó ir, acariciándole el brazo y el cuello, ayudándolo a calmarse, como si comprendiera lo abrumado que estaba.

—Tranquilo, soldado —murmuró, hundiendo los dedos en el pelo sobre su nuca y dándole un suave tirón para captar su atención—. Podemos dormir, pareces cansado.

Se dejó caer a su lado en la cama, poniéndose los dos de costado para mirarse a la cara. No podía dejar de observarlo, necesitaba memorizar cada pequeño detalle, como si temiera que el amanecer pudiera llevárselo de nuevo.

Khirstan le acarició la cara con suavidad, usando solo las puntas de los dedos para recorrer cada centímetro de su rostro. Era un gesto delicado, casi reverencial, como si su piel fuera un mapa lleno de historias que quería aprender de memoria.

—No sé si voy a poder hacer esto —admitió en voz baja, con un temblor que apenas pudo ocultar.

—¿El qué? ¿Quererme? ¿Entregarte a mí? —preguntó Khirstan con suavidad, su voz fue un bálsamo que acariciaba sus heridas invisibles.

—No puedo darte nada, pertenezco a Nimerik. No puedo ser de nadie —admitió con dificultad.

Contempló su rostro: su pelo oscuro enmarcando sus luminosos ojos, su piel tostada que brillaba bajo la luz de las llamas, su sexo todavía ligeramente erecto, sus fuertes muslos... Era perfecto, tanto que le dolía hasta el alma por el anhelo que sentía solo con mirarlo. Nunca había sentido algo tan visceral, tan inmenso, ni había permitido que nadie lo viera tan vulnerable. Pero Khirstan no era cualquier persona. Khirstan era único.

—No tuve opción —musitó—. Aunque tratara de negarlo y no tuviera el valor de admitirlo, hubiera dado cualquier cosa por olvidarte. Y cuando desapareciste, habría dado la vida por verte una última vez.

Khirstan le sonrió, inclinándose sobre él. Cuando sus ojos se cruzaron, el tiempo se detuvo. En ese momento fugaz, el bullicio del mundo se desvaneció, dejándolos a ellos solos en un silencio compartido. En esa calma se encontraron de una manera que iba más allá de las palabras. Casi podía sentirlo de forma física, como si

las hebras más elementales que formaban su ser se entrelazaran con las de Khirstan, tejiendo un vínculo indestructible.

Sin saber qué decir, ni qué contestar, hizo lo único con lo que podía expresar lo que sentía. Lo único que tenía sentido en ese momento.

Lo tomó con suavidad de la barbilla, inclinó su rostro y lo besó. No fue un beso apasionado, no estaba destinado a excitar, quería darle algo de él que no podía darle a nadie más, su corazón. Ese que estuvo helado desde niño y murió con él, el mismo que había vuelto a latir cuando se encontraron de nuevo, el mismo que le pertenecía a Khirstan.

Besarlo era frío y calor al mismo tiempo, cálido como volver al hogar una noche de tormenta, extraño, como hundirse en agua helada. Era perder el sentido en cada roce y encontrar la chispa de la vida al mismo tiempo. No era capaz de entender cómo en algún momento creyó que podía vivir sin eso, ahora que había probado lo que era ese sentimiento, estaba seguro de que haría cualquier locura para mantenerlo con él.

Rompieron el beso y apoyaron sus frentes juntas con los ojos cerrados, mientras compartían el mismo aliento. Quería llorar y gritar, todo al mismo tiempo. Todavía no era capaz de separar las capas de ese sentimiento, todavía había un miedo atroz a lo que debería enfrentar en caso de que alguien lo supiera.

—Mi señor —sonó un susurro en la puerta.

Se separó de Khirstan de un salto al reconocer la voz de la pequeña Estella. Cogió la bata de los pies de la cama y abrió con rapidez.

Ella entró corriendo en la habitación, Kellet se giró en pánico hacia la cama, esperando ver a Khirstan, pero no había ni rastro de él.

—Estella —dijo, volviendo su atención a la niña—. ¿Qué haces aquí?

—Mamá me envía, tengo un mensaje, pero no puede escucharme nadie —dijo la pequeña mirando a todas partes.

—Habla, nadie puede oírte —le aseguró. No necesitaba que se pusiera a buscar y acabara encontrando a Khirstan.

Ella corrió hasta él y le hizo un gesto para que se agachara. Obedeció sorprendido por la actitud de la niña.

—El sargento Morken llegará mañana al alba, pero es un secreto, nadie puede saberlo.

Kellet se incorporó mirándola con sorpresa.

—¿Tu madre te dijo eso? —quiso saber.

Ella asintió vigorosamente.

—Mamá dice que nadie puede saberlo más que nuestro señor —le aseguró.

—Bien, buen trabajo —la felicitó mientras su cabeza iba a toda velocidad—. No debes compartir esto con nadie más. ¿Entendido?

Estella asintió con una solemnidad impropia de su edad.

—Vuelve con tu madre y dile que te dé un trozo de pastel.

Ella sonrió antes de salir corriendo de nuevo. Cerró la puerta con llave y se giró. Khirstan estaba al lado de la chimenea, salido de ninguna parte que él pudiera ver ya vestido de nuevo.

—No son buenas noticias —adivinó Khirstan.

—No, viene a saber qué pasó con sus hombres. A estas alturas ya le habrán informado de que el capitán del barco no volvió con los soldados.

—¿Qué saben del incidente? ¿Estás seguro de que tus hombres no hablaron?

—Ninguno de mis soldados lo haría, solo llevé a mis hermanos de armas, preferirían morir a traicionarme. El incidente no salió de nuestro círculo de confianza, en lo que respecta al puerto, los soldados murieron la misma noche que los expulsé.

Khirstan asintió despacio.

—No me gusta esto. Morken sabe que hay una posibilidad de que estén muertos. O tiene a alguien en el puerto espiando por él y ya sabe que aún tienes a dos de los suyos, o tendrá que ir a la cueva a comprobarlo por sí mismo.

Su cabeza empezó a unir las piezas mientras se ponía la ropa.

—No, él nunca se expondría después de todo lo que hice en el puerto. Traerá a alguien de confianza, alguien a quien pueda sacrificar si lo descubren, pero tan leal que esté dispuesto a asumir el riesgo —elucubró.

Khirstan frunció el ceño.

—Es una trampa.

Asintió dándole la razón, desde que decidió sentenciar a los soldados, supo que eso podría pasar. Morken no se quedaría de brazos cruzados, perdiendo el puerto donde tenía mucho poder.

—Sé lo que voy a hacer. Contaba con que esto pasara —admitió —. Pero necesito que te escondas, saber que estás a salvo. Podrían tener gente en el puerto, crear un disturbio… Tengo que saber que estarás bien.

Khirstan alzó la cabeza con orgullo.

—No soy alguien que dé la espalda a los problemas. No voy a esconderme, puedo ayudar.

—¡No! —protestó—. Esto puede acabar muy mal, estoy dispuesto a apostar mi vida, pero no la tuya.

—Esa no es tu decisión, puedo cuidar de mí mismo —insistió Khirstan.

Atravesó la habitación, acercándose a él para sujetarle la mano.

—Sé que puedes, pero no estoy dispuesto a perderte de nuevo —confesó mirándolo a los ojos.

Khirstan lo miró fijamente, de ese modo tan penetrante suyo.

—Tendré cuidado —le prometió él después de un inquietante silencio—. Pero yo no me quedaré al margen —aseguró apartando la mano.

—Eso no es lo que… —No tuvo tiempo de terminar, el sonido de la puerta al abrirse hizo que olvidara por completo sus palabras.

—¡¡Khir!!



VIGILIA

KELLET

Miró a su hermana mientras comía con los soldados. Su rostro permanecía tranquilo, pero era obvio que estaba de buen humor. Había pasado horas abrazada a Khirstan en su habitación. Se conformó con la vaga excusa que él le dio sobre por qué no había vuelto al puerto. Nada parecía importarle ahora que su mejor amigo había regresado. Estaba tan feliz que ni siquiera cuestionó que hubiera acudido a su habitación en vez de la suya.

Fue inquietante ver a su hermana llorar y reír, pero lo que resultó todavía más inquietante fueron los celos que lo devoraron al verlos demostrar su afecto. Nunca podría tocarlo en presencia de nadie más; sus sentimientos por Khirstan estaban destinados a la oscuridad y el silencio. Amaba a su hermana, pero la odió un poco porque, de nuevo, tenía algo que él nunca podría tener. Era una herida que ardía en silencio, difícil de ignorar incluso mientras intentaba centrar su atención en otra cosa.

Morken soltó una gran risotada al otro lado del comedor. Volvió su mirada hacia él, que estaba rodeado de los hombres que había traído de Nimerik. La verdadera sorpresa fue verlos con uno de los

hombres de su tío. No era nadie en la jerarquía de Nimerik, pero todos en la isla sabían que Fork era el hombre para todo del general. Había sido de los mejores mientras estuvo en el ejército y había participado en varias guerras importantes, aunque hacía años que vivía en la isla al servicio de Koran.
Sus miradas se encontraron. Fork no se amedrentó; le dedicó una mirada calculadora y fría, buscando cualquier grieta en su armadura para golpear. Era una mirada afilada, como una hoja que había probado el campo de batalla demasiadas veces. Alzó la barbilla, sin dudar. Llevaba fingiendo desde que tenía uso de razón; no iba a encontrar nada.
Fork inclinó la cabeza en un gesto que, desde fuera, podía considerarse respeto, pero que perdía el sentido con la mueca de desprecio de su boca.
Se levantó de la mesa y todos en el comedor se levantaron con él como muestra de respeto. Solo los recién llegados se quedaron sentados. Ignoró por completo a los demás y salió directo a buscar a Verin en cuanto recuperó su caballo.
Ante la abrupta llegada de Morken, habían decidido trasladar a los traidores por seguridad. Los habían llevado lejos, tratando de evitar que pudiera llegar a ellos.
—¿Novedades? —preguntó Verin cuando se incorporó a su patrulla.
—Todavía no. Morken ni siquiera se acercó a mí, esos dos están muy seguros de sí mismos —lo informó sin molestarse en ocultar su enfado.
—Vendrán con órdenes —le indicó con cautela Verin.
—Me da igual las órdenes que tengan. Si pretenden patrullar en el puerto, tienen que presentarse a servicio.
Verin suspiró, negando con la cabeza.
—Es un movimiento arriesgado —decidió Verin—. Del tipo que haces si sabes que no vas a perder y nosotros tenemos muchas posibilidades de perder —lo advirtió.
—Soy consciente. Estoy esperando a ver qué cartas llevan, para entender a qué juego jugamos.
Verin lo miró a los ojos con el semblante serio.

—Escúchame bien. Eres joven, tienes buena cabeza y nervios calmados, pero no puedes cometer errores. No ahora que hemos llegado tan lejos. Van a probarte, a tratar de entender hasta dónde llega el control que tienes sobre el puerto y tú debes…
—Yo no tengo control sobre el puerto —protestó.
Verin alzó la mano, pidiéndole silencio.
—Lo tienes, seas consciente o no. La gente te ve, no como a un militar más; ven tu figura como un representante de la autoridad. Los soldados, en su mayoría, también, y eso es peligroso. No para el pueblo, pero sí para los que tienen ese poder. —Sus palabras eran cautelosas, elegidas con cuidado, y él las percibió como lo que eran: una advertencia de quién podía estar detrás de todo eso.
—Solo quiero hacer las cosas bien.
Verin negó con la cabeza, con un gesto de incredulidad cubriendo su rostro. Era como si dudara que esa fuera una posibilidad real, como si el mundo no estuviera hecho para quienes querían simplemente hacer lo correcto.
—Muchacho, a veces no sé si eres brillante o demasiado ingenuo. Si Fork está aquí, es para conocer de primera mano el estado del puerto.
—Quieres decir que va a comprobar con qué apoyos cuentan ahora —le corrigió, observándolo con atención.
Verin asintió.
—Has eliminado algunos; otros siguen en la isla, algunos acaban de volver. Pero cortar la cabeza a un monstruo no garantiza ganar la batalla; podría salirle otra cabeza y comerte mientras celebras la victoria —lo advirtió Verin de forma lúgubre.
—Estaré atento —le prometió al notar su preocupación. Verin no era de los que se angustiaban sin motivo, y eso hacía que sus palabras fueran aún más graves.
—Harías bien en no dejarte ver solo, en mantener siempre alguno de tus soldados contigo. Tú también eres un monstruo para ellos; puede que sea tu cabeza la que vienen a buscar.
Chasqueó la lengua, sin darle importancia a sus palabras.
—Que vengan. Si consiguen mi cabeza, es que son dignos de ella. Vosotros les arrancaréis la suya —afirmó sin dudar.

Verin lo miró con incredulidad.
—Tus hombres tendrán que seguir haciendo guardia de noche. Los míos estarán fuertemente vigilados.
—Ya está arreglado con Ailysh. Déjalo en nuestras manos —aceptó Verin.
—Tengo que irme —le hizo un gesto y se fue por todo el puerto, fijándose en si había nuevos soldados por las calles. No encontró demasiados; parecían estar ocupándose de asuntos personales.
Su conversación con Verin le dio una idea, así que dejó su caballo en la posada, algo que nunca había hecho. La posadera, visiblemente nerviosa, le prometió al menos veinte veces que su caballo tendría el mejor heno.
Se alejó del edificio usando solo callejuelas, fijándose si alguien lo seguía. Solo cuando estuvo seguro de que no había nadie se atrevió a tomar su verdadero camino.
Se metió dentro de un almacén y subió al piso de arriba, acercándose a la ventana. Desde allí, la vista era perfecta. Tenía una buena visión de la puerta del cuartel. Necesitaba fijarse en cuántos de los nuevos soldados salían.
Por más vueltas que le daba, todavía no comprendía cómo se relacionaba todo lo que había pasado. El capitán del barco de Lisea recibía sacos de oro de Anker y Morken. Después de verlos sacrificar a aquel pobre desdichado, era obvio que estaban al tanto de lo que podía haber en el mar y habían llegado a algún acuerdo. Quizá su sirena sabría decirle el motivo, pero todavía había mucha luz para acercarse al agua sin ser visto.
Luego estaba lo que pasó en Nimerik. Khirstan dijo que usaban la energía sexual para algo y también le quedó claro que todos sabían lo que pasaba entre esas paredes, pero todavía no entendía por qué intercambiaron esa magia.
—Piensas tan alto que podría escucharte desde Tharkia —escuchó a su espalda.
No se molestó en darse la vuelta, esperó a que Khirstan se pusiera a su lado.
—Trato de encontrar algo que relacione el dinero que le daban al capitán con el puerto. Creo que es un chantaje, porque no le

encuentro ningún sentido.
Khirstan giró la cabeza, su rostro oculto bajo su eterna capucha.
—Es posible —le concedió.
—No crees que sea eso —adivinó.
—No. Si fuera un chantaje, convendría que fueran discretos. Hay soldados implicados; es mucha gente para algo así. Tiene que ser algo mucho más importante.
Lo miró, sintiéndose aún más perdido que antes.
—Tú viste esa entrega. Era dinero.
Khirstan asintió, sentándose en el suelo y apoyando la espalda contra la madera.
—Vimos un pago. No sabemos qué estaban cobrando.
—No imagino qué podría costar tanto dinero si no es en grandes cantidades. Y cualquier carga de ese tamaño tiene que declararse en los libros del puerto —le contestó.
—¿Quién los lleva? ¿Qué sargento se encarga de eso?
—Es un trabajo aburrido. No le corresponde a nadie en concreto, y hacemos turnos rotativos para que no se quejen —respondió.
—Deberías ver los registros, comprobar si todo está en orden —le sugirió Khirstan.
—Lo haré, pero sería casi imposible que un cargamento de gran tamaño pudiera esconderse a plena luz del día. Los últimos barcos en atracar llegan después del mediodía y, aunque los marineros se queden a dormir en ellos, siempre hay soldados vigilando. Alguien tendría que haberlos visto.
—Eso es mucho suponer —opinó Khirstan—. Puede que la semana que Morken se ocupaba de las cargas, Anker vigilase por la noche.
—Es posible. Lo comprobaré personalmente. Sin embargo, no me parece muy probable que pudieran salirse con la suya durante mucho tiempo sin que nadie viera nada.
—Que tú no lo sepas no significa que nadie más lo haga. Los únicos que podrían saberlo son los que vivan más cerca del puerto, y esos son precisamente los que menos quieren hablar.
Miró a Khirstan, confundido.
—¿Crees que los civiles puedan saber algo?

—Seguro que sí. Lo que pasa es que nadie va a decirte nada y, solo con el hecho de preguntar, dispararás todas las alarmas. Suponiendo que alguien quisiera ayudarte, tendrías que tener a la persona correcta. Estoy seguro de que algunos militares tienen tratos con la gente del pueblo y les cuentan todo lo que necesitan saber —opinó Khirstan encogiéndose de hombros.
—Ya me di cuenta de eso. ¿Crees que podrían saber algo del barco de Lisea?
Khirstan lo miró, chasqueando la lengua.
—Soldado, despierta. Si alguien en este puerto supiera que hay barcos que vienen de noche, tendrían que dar explicaciones. La primera de todas sería compartir cómo consiguen estar fuera de la muralla por la noche.
Se apoyó más en la ventana, entrecerrando los ojos para seguir con atención a Fork, que recorría la calle en solitario.
—Están demasiado asustados para preguntar por eso. Llevo meses durmiendo fuera de la muralla y nadie me pregunta nada —contestó, distraído, mientras seguía el movimiento de la figura con desdén.
—No lo necesitan, ellos ya saben por qué lo haces.
—No saben nada —protestó, fijándose en dónde se detenía Fork.
—Creen que protegías el puerto —le explicó Khirstan, levantándose para observar también lo que llamaba su atención.
—No lo hacía. Si soy sincero, no sé muy bien cómo he conseguido sobrevivir todo este tiempo —admitió, sin rastro de vergüenza ni de falso orgullo.
La mano de Khirstan se apoyó con suavidad en su espalda.
—Kellet… —murmuró, con un tono que buscaba romper las barreras que él mismo había levantado. Aquellas palabras, más que una advertencia, eran un anhelo disfrazado de paciencia.
—No tengo tiempo para eso, ahora. Mira —le pidió, señalando con la cabeza al frente.
Khirstan suspiró, derrotado ante la insistencia, pero obedeció.
—Ese es el puesto del curtidor —le dijo, aunque ya imaginaba que lo sabía—. ¿No lleva ahí demasiado tiempo?
—Depende de lo que vaya a comprar; su negocio no es solo con pieles —comentó Khirstan, adoptando una actitud indolente que no

ocultaba del todo su desconfianza.
Giró la cabeza para mirarlo, tratando de entender a qué se refería.
—¿Te refieres al mercado negro?
Khirstan levantó la cabeza. Estaban tan cerca que, a pesar de la capucha, pudo vislumbrar sus preciosos rasgos, afilados por la luz que se colaba entre las sombras.
—No, al de las verduras —respondió Khirstan con una seriedad tan seca que casi resultaba humorística—. Soldado, has recibido demasiados golpes. Por supuesto que me refiero al mercado negro.
Frunció el ceño, pero no devolvió la impertinencia.
—¿Sabes lo que vende?
Khirstan pareció meditar su respuesta. Había algo en su mirada, como si calculara cuánto revelar y cuánto ocultar.
—Ingredientes que se extraen de los animales y que no son fáciles de mantener en buen estado —dijo despacio, como si las palabras pesaran en su lengua.
—¿Te refieres a cuando sacrifican al animal para usar su piel?
Khirstan lo observó, claramente irritado, aunque sus labios permanecieron tensos, como si se esforzara en mantener la compostura.
—No, me refiero a que algunas partes del animal sirven para ciertas actividades.
—¿Magia? —adivinó.
—No necesariamente —le contradijo Khirstan—. Es como un boticario, pero sus artículos no están aceptados.
—¿Por qué no lo estarían si son normales? ¿Qué me estás ocultando?
Khirstan puso los ojos en blanco, el gesto cargado de una paciencia al borde del agotamiento.
—Muchas de las cosas que vende son venenos —acabó por admitir.
—Eso tiene más sentido —murmuró, encajando las piezas de ese puzzle incompleto.
—Deberías empezar a vigilar lo que comes —le aconsejó Khirstan.
—¿Crees que trate de envenenarme? No se atrevería a tanto… soy el comandante de…

—Lo que tú digas… —lo cortó Khirstan, sin siquiera mirarlo—. No necesitan matarte; ese hombre tiene bebedizos que podrían dejarte días durmiendo, incluso algunos que harían creer a todos que estás muerto.
—Mandaré una patrulla que revise todo el local —le informó con determinación.
—Que miren en cada grieta; tiene muchos productos. Y, de paso, ve a la casa de la lavandera. No solo tiene tinturas a la venta.
—¿Algún negocio ilegal más?
—Muchos, pero ninguno que debas saber. Solo te hablo de estos porque creo que podrían ponerte en riesgo. No me inmiscuyo en la vida de nadie si no es de vida o muerte. Además, venden venenos, pero no son para matar a nadie. Los usan contra plagas.
Asintió, dándole la razón a regañadientes. Sabía lo reservado que era Khirstan y suponía que estaba traspasando alguna de las líneas de su código de conducta.
—¿Vas a echar al curtidor y a la lavandera? —lo interrogó Khirstan, aunque había un deje de resignación en sus palabras.
—Ya que se dedican a actividades ilícitas, deduzco que tendrán dinero para pagar la multa —respondió con dureza.
Khirstan no dijo una palabra. No hizo falta; ver sus ojos perder un ápice de su brillo fue suficiente para que su estómago se enfriara.
—Bajaré el importe de la multa, pero haré registros aleatorios para asegurarme de que no vuelvan a delinquir.
Khirstan levantó la cabeza con rapidez, la sorpresa iluminando sus rasgos con una intensidad que no pudo ocultar.
—Eso es… justo —dijo en voz baja, como si no quisiera interrumpir el momento con demasiadas palabras.
—Estoy tratando de cambiar las cosas —admitió, imitando su tono, aunque no pudo evitar la inseguridad que se coló en su voz—. Sé que no parece mucho, pero…
Khirstan puso un dedo sobre sus labios, dejándolo paralizado bajo la fuerza de sus ojos azules.
—Poco a poco. No puedes aprender a nadar en un día; limítate a predecir el oleaje y a aprender a flotar. Todo lo demás llegará con el tiempo.

No fue capaz de responder. Nunca podría si él lo miraba de esa manera tan intensa, haciéndolo sentirse desnudo y vulnerable. Khirstan acarició su mandíbula con las puntas de los dedos, atrayéndolo hacia él. Cerró los ojos y dejó que pasara lo inevitable. Nunca podría volver a decirle que no. No después de saber lo que era desear un segundo más cuando ya se acabó el tiempo; no tras recibir el regalo de volver a tenerlo.

Khirstan unió sus labios con los suyos, en una caricia suave e íntima que le puso la piel de gallina y lo hizo estremecerse.



MIGAS DE PAN

KELLET

—¡Kellet! ¿Me estás escuchando? —preguntó Ailysh, perdiendo los nervios.
—No, lo siento, estaba pensando en asuntos oficiales —mintió, sabiendo que no podía decir en voz alta que estaba martirizándose por ser tan débil con Khirstan, besándolo donde podían verlos. La culpa le quemaba en el pecho, pero era un peso que no podía compartir con nadie.
—Hermano, me preocupas. Debes comer y mantenerte fuerte, ahora te necesitamos más que nunca. —Ailysh puso la mano sobre su antebrazo, buscando con ese simple gesto reconectar con él. Aquella pequeña muestra de afecto le arrancó una sonrisa que rara vez se permitía en público.
Verin asintió con la cabeza, dándole la razón.
—Estoy bien, solo fue un instante. ¿Qué estabas diciendo?
—Te comentaba que Morken solicitó permiso para patrullar y le dije que no estaba autorizada a concedérselo. Que debía aprobarlo un comandante —le repitió Ailysh con paciencia.

—Aprobaremos la petición para patrullar siempre de mañana, solo en lo alto de la muralla, así nuestros soldados pueden vigilarlos y no podrán acceder con facilidad a los civiles —les informó, con un tono decidido que intentaba recuperar el control que sentía desvanecerse entre sus manos.
—Buena idea —concedió Verin—. Así podremos estar atentos a quienes se mueven y a dónde van.
—Mis soldados pueden encargarse de eso, llaman menos la atención que los vuestros —se ofreció Ailysh, aunque el brillo en sus ojos denotaba cierta inquietud ante la situación.
—Me preocupa lo que pasará con Facio y el capitán del barco. Tenemos que tomar una decisión con ellos. Son un riesgo ahora que Morken está aquí —expuso Verin con razón.
Sabía que Verin estaba en lo correcto, pero todavía necesitaban recopilar la información.
—¿No dan señales de debilidad? —le preguntó.
—Parecía que sí, pero no consigo una confesión. No sé qué ocultan, pero les tienen más miedo a ellos que a nosotros —contestó Verin con gesto frustrado, apretando los puños en un intento de liberar tensión.
—Eso se puede arreglar. Si creen que lo peor que les puede pasar es que traicionen a sus señores, van a descubrir lo equivocados que están —murmuró más para sí mismo que para ellos, sintiendo cómo la ira se mezclaba con una impaciencia creciente—. Bajaré a verlos personalmente.
—Iré contigo —se ofreció Verin, ya preparando su postura rígida y alerta.
Dejaron atrás a Ailysh para ir al lugar donde tenían retenidos a los dos traidores. Había dos soldados custodiando la puerta día y noche. Solo soldados en los que confiaban y sabían que serían fieles. Estaban tan seguros de que era un buen lugar que, cuando abrieron la puerta, necesitó unos segundos para asimilar lo que estaba viendo. El aire, cargado con un olor metálico, fue el primer aviso. Verin fue más rápido, se acercó a los cuerpos de los dos hombres y les tomó el pulso.
—Muertos —dijo con la misma incredulidad que él sentía.

Salió de vuelta al pasillo, enfrentando a los dos soldados.
—¿Quién entró hoy a la celda? —preguntó, su voz era baja, pero cortante como una cuchilla.
—Nadie, mi señor —le aseguró uno de ellos.
—Están muertos, no pudieron morirse solos.
—Mi señor —dijo el otro guardia, alarmado—. No vino nadie hoy, solo se les dio la comida hace una hora.
No se quedó a escuchar más excusas. Entró de nuevo a la habitación, y allí, bajo la tenue luz de una lámpara, la comida apenas había sido probada, pero los dos vasos estaban vacíos. Cogió el vaso y olfateó el interior.
—¿Veneno? —adivinó Verin, aunque en su rostro no había sorpresa, solo una confirmación de lo inevitable.
—Fue Fork. Es imposible que no fuese él. Creíamos que venían a salvarles, pero en realidad estaban eliminando pruebas.
—Calma, Fork no es tan estúpido. Y no es el único que quería muertos a estos dos. Morken o cualquiera de sus hombres podrían haber envenenado su comida, es fácil y discreto. Además, trajeron sirvientes de la isla, ni siquiera tendría que ser uno de los nuestros.
—Fácil puede ser, discreto no. ¿Cómo supieron que seguían vivos? ¿Crees que tengamos a un traidor entre nuestras filas?
—Todo es posible, pero creo que es más factible que algún criado se diera cuenta. Ahora que tienes servicio privado, deberías asegurarte de que preparen tu comida por su cuenta. Yo haré lo mismo con el mío —sugirió Verin, alejándose de los cuerpos—. ¿Qué hacemos con ellos?
—Nada. Déjales en la playa donde está la cueva. El mar se hará cargo de ellos, no merecen nada mejor —decidió, mientras la rabia latía con fuerza en sus sienes, saliendo furioso hacia sus habitaciones.
Esperaba recibir información de ellos, alguna pista que les indicase del hilo del que deberían seguir tirando. Esto hacía las cosas mucho más difíciles, sobre todo porque, si Fork, o quien fuera, había llegado al punto de matarlos delante de sus narices, era porque estaban desesperados.

Entró directamente a su despacho dispuesto a leer los libros de las guardias que había pedido ver antes.
Se quedó parado en el marco de la puerta al ver a Khirstan sentado en su silla, con Ailysh al lado.
—Hermano, entra —le pidió ella haciéndole un gesto, con un destello de urgencia en su mirada.
Khirstan no levantó la cabeza de las páginas, aunque el leve movimiento de sus dedos sobre el papel revelaba que estaba a punto de hablar.
—Teníamos razón, Anker y Monker hacen que sus hombres siempre patrullen juntos. Las guardias nocturnas coinciden durante tres estaciones —le dijo Khirstan.
—Eso ya no nos sirve de nada —rumió, quitándose los guantes y sentándose en la silla de enfrente.
—¿Por qué no? —preguntó Ailysh, mirándolo con el ceño fruncido.
—Los rehenes están muertos.
—¿Cómo? —lo interrogó Khirstan, inclinándose hacia él.
—Envenenados. Creemos que lo hizo algún criado porque estaban fuertemente protegidos.
Khirstan se echó hacia atrás en la silla, negando con la cabeza.
—Fork —adivinó, su voz cargada de sospecha.
—Eso creo. Puede que él no pusiera el veneno personalmente, pero estoy seguro de que tiene algo que ver —concedió, cruzando los brazos con tensión.
—Si eso es verdad, significaría que estás en peligro. Tú podrías ser el siguiente —le advirtió Khirstan, con una expresión sombría.
—Eso no va a pasar. Fork responde directamente a nuestro tío. Tío Koran no nos haría daño —le contradijo Ailysh con firmeza.
Miró a Khirstan, quien sostuvo su mirada sin apartarse.
—¿Qué? —preguntó Ailysh, alternando la mirada entre los dos—. No estarás insinuando que…
Observó a su hermana, sabiendo que ella había sido más consciente de los problemas en el puerto, pero también de que la realidad en la que vivían hace dos años no era la misma que la actual.
—Creo que papá y el tío Koran podrían estar detrás de todo esto —dijo, sorprendiéndose de lo calmada y fría que sonó su propia voz.

Sin un ápice de emoción, como si no fuera con él.
—Kellet… —siseó Ailysh, horrorizada—. Eso es traición.
—Me doy cuenta de ello —respondió, apretando las manos sobre la mesa—. Pero es imposible que no sepan nada y hayan mandado a Fork. No estoy seguro de hasta qué punto están implicados, pero algo tienen que saber.
—¿Crees que ellos envían los sacos a Lisea? —lo interrogó, con la incredulidad pintada en su rostro—. ¿Por qué harían eso? Nuestra familia es la más rica de Nimerik, no necesita más oro.
—No lo sé, pero desde luego es una posibilidad.
Ailysh se quedó en silencio, meditando sus palabras, su mirada fija en un punto distante.
—Si son culpables, ¿qué vas a hacer?
Miró a su hermana a los ojos, a su compañera de vida, a su mitad.
—Si reúno todas las pruebas y se demuestra que son ellos, estoy obligado a impartir justicia.
—¿Los llevarás a Auris para un juicio? —le presionó ella, sin apartar la mirada.
—Sí —contestó, desviando los ojos hacia la pared detrás de ella.
Volvió su atención a Khirstan, cuyo gesto era cerrado, pero cuyos ojos brillaban intensamente. Ese brillo le recordó la pregunta que había querido hacerle antes, pero no podía abordarla con Ailysh allí.
—Descansemos por hoy. Veamos qué nos depara la mañana.
—Sí, será lo mejor. Tengo mucho en qué pensar. Vamos a mi cuarto, Khir, puedes dormir allí —dijo Ailysh, agarrando a Khirstan del brazo para que se levantara.
—¡No! —se negó, alzando la voz y haciendo que Ailysh lo observara desconcertada—. No es adecuado. Se quedará aquí. Puede dormir en mi despacho.
—Eso no hace falta, prefiere quedarse conmigo —protestó ella, frunciendo el ceño.
—Estaré bien aquí —le aseguró Khirstan, cortando la discusión con un tono calmo.
—¿Estás seguro? Mi hermano es muy conservador, pero podemos ignorarlo e ir a mi habitación —insistió ella con una sonrisa maliciosa.

—No, estaré bien. Es el comandante, acataré sus normas —contestó con voz burlona, arqueando una ceja.
Ailysh se rio al escucharlo, pero se fue sin oponer resistencia, dejándolos solos.
Los dos se quedaron frente a frente en silencio. La atmósfera se enturbió mientras se estudiaban mutuamente. Khirstan se reclinó en su sillón, el que solo podía usar el comandante del puerto.
—¿Se puede hacer un pacto con el mar? —preguntó, rompiendo el silencio.
—No —respondió Khirstan con calma, su tono firme pero lleno de intriga.
—Si no es posible, ¿cómo es que mataron a alguien para poder pasar de noche por el mar?
—Eso no es un pacto, es un sacrificio. A veces funciona, a veces no —le contestó él, cruzando los brazos detrás de la cabeza.
—¿A quién hacen el sacrificio? —inquirió, apoyando los codos en la mesa—. ¿Al leviatán?
Khirstan se rio a carcajadas, un sonido vivo y musical que parecía reverberar en cada rincón del despacho.
—A quien esté alrededor del puerto en ese momento. Puede que te extrañe lo que te voy a contar, pero hay muchas cosas bajo el agua, y el mar es inmenso. Las criaturas vagan por donde les apetece.
Esa información lo dejó genuinamente desconcertado.
—¿Entonces no hay un leviatán en el puerto?
Otra vez su risa profunda y contagiosa le quitó la respiración, y contra su voluntad acabó sonriendo.
—No, soldado. Puedes dormir tranquilo. No está en el puerto o no quedaría nada de tus amadas murallas. Fue tu sirena la que llamó al leviatán, pero esas criaturas no suelen moverse cerca de las playas. Siempre están mar adentro, capturando barcos o en las profundidades del océano cazando criaturas de gran envergadura —lo tranquilizó.
—¿Estás seguro de eso? —necesitaba asegurarse.
—Por supuesto. Me crie en el mar, puedo saber con facilidad si hay alguna criatura cerca. No te preocupes por el leviatán, no volverá.

Los leviatanes son violentos, necesitan la emoción de la caza para mantenerse vivos.
—Está bien saberlo —musitó, cansado, dejando caer la cabeza hacia atrás.
—Come algo y acuéstate, parece que vas a caerte de puro agotamiento —le sugirió Khirstan.
—Estoy tan cansado que podría dormir aquí mismo —prometió.
Khirstan retiró su capucha del todo, dejándole ver su rostro.
—No eran buenas personas; quien esté detrás de todo esto no iba a dejarlos vivir de todas formas —le aseguró él.
—Lo sé —admitió.
Se quedaron mirándose. Había muchas cosas que podría decir, pero, en su lugar, solo disfrutó observándolo.
Khirstan se levantó y rodeó la mesa para acercarse. Rodeó su antebrazo con sus largos dedos y tiró de él para levantarlo.
—Vamos, soldado. —Tiró de él y le guio hasta la puerta que conectaba con su habitación. La chimenea ya estaba encendida; como de costumbre, Maggie tenía todo listo para él.
Khirstan no se detuvo allí, continuó hasta el baño, donde la bañera también estaba preparada. Se detuvo al llegar al borde, girándose para quedar cara a cara.
Por instinto, dio un paso atrás cuando Khirstan trató de alcanzar su espada.
—¿Piensas usarla bajo el agua? —le preguntó, divertido—. Deja tus preocupaciones junto a ella —le ordenó, quitándole el cinturón y el arma.
—Ojalá fuera tan sencillo.
Khirstan puso la mano en su mandíbula, tirando de él para que le mirase a los ojos.
—Deja de hablar, olvídate de todo. Quiero que te concentres solo en ti; todo lo demás puede esperar a mañana. Ahora solo importas tú.
Buscó en sus ojos, en esa marca del océano que permanecía en él como un signo palpable de su verdadera naturaleza. Como soldado, él no era prioridad, era uno más. No se les daba más cuidados que los que necesitaban para volver al campo de batalla o para mantenerse en forma.

—Basta —le reprendió Khirstan con dureza—. Deja de pensar y de hablar, es una orden.
Asintió con la cabeza, sin añadir nada más.
Khirstan fue quitando su armadura y su ropa hasta dejarlo desnudo, llevándolo a la bañera. Intentó protestar cuando tomó una jarra y vertió agua caliente sobre su pelo, pero su mirada lo hizo desistir.
—Cierra los ojos, no pienses en nada —le susurró al oído.
Quería obedecer, pero no fue capaz. Su cabeza se llenó de pensamientos, de lo bien que le hacían sentir sus manos sobre su piel mientras lo bañaba y masajeaba sus hombros tensos, de lo agradable que resultaba el sonido del mar rompiendo contra las paredes del puerto. Se relajó tanto que ni siquiera protestó cuando Khirstan se hizo cargo de él por completo y sus labios fueron salpicando besos por su mandíbula y sus hombros. No los llevó más allá, los percibió como gestos de cariño, como una forma más de hacer que se alejara de todos sus problemas.
Permitió que lo sacara del agua y lo secara, antes de llevarlo a la cama. Fue la mejor sensación del mundo; sentirse así de cuidado y valorado, lo hacía sentirse más desnudo de lo que significaba la ropa. Volvía a ser débil con él, pero si la debilidad lo hacía sentirse así de bien, entonces querría ser débil siempre.
Khirstan lo cubrió con las mantas y se metió en la cama con él después de deshacerse de sus vestiduras. Sus brazos lo rodearon por completo mientras pegaba su cuerpo al suyo.
—Duerme, soldado. —Su voz lo arrulló mientras le pasaba los dedos por el pelo—. Todo puede esperar hasta mañana.
Se aferró a sus brazos y presionó su cuerpo hacia atrás para estar lo más cerca posible de él. Confió en su palabra, en que el mundo podía esperar un poco más y en que tenía derecho a robar un poco de dicha para sí mismo.



PEQUEÑOS PASOS

KELLET

Esperaba disturbios, más muertes o algún tipo de agitación. En su lugar, solo llegó una calma extraña y tensa. No aparecieron más soldados de la isla, pero tampoco se fue nadie, y Fork seguía moviéndose a sus anchas por el puerto. Lo único que había cambiado era que su propia vida se había vuelto más confusa que nunca.

Aunque las investigaciones seguían estancadas hasta tener nuevas pistas, ninguno bajó la guardia; si acaso, se volvieron más cautelosos. Lo peor era que los otros también lo hicieron y, por más que los presionaron, no mostraron señales de doblegarse.

—Buenas noches, mi señor —se despidió Maggie al cruzarse con ella por el pasillo, esbozando una leve sonrisa, aunque sus ojos mantenían la seriedad propia de los últimos días.

Había decidido seguir el consejo de Verin y todas sus comidas se hacían en su comedor privado, servidas por sus propios sirvientes. Algo muy conveniente ahora que Khirstan se quedaba en el puerto. Si Maggie notó algo raro por pedirle añadir más raciones a su comida.

—Buenas noches, ¿qué voy a cenar hoy? —le preguntó.
—Sopa de venado y vino caliente. Cena ligera, servida en su habitación como es su costumbre —le contestó ella, inclinando la cabeza con respeto.
—Gracias, Maggie —dijo, esperando a que ella se perdiera en el pasillo para abrir la puerta de su despacho. Khirstan no estaba a la vista; era posible que estuviera en alguna parte con Ailysh, pero volverían en algún momento.
Cenó solo mientras repasaba las guardias de los próximos días y, al terminar, fue a la habitación. Se sorprendió al ver a Khirstan en la cama, profundamente dormido. Había apagado todas las luces, pero el resplandor de la chimenea bastaba para iluminar su rostro. Su corazón aún daba un vuelco cada vez que lo veía allí, algo que le ocurría a diario desde que había vuelto.
No acababa de acostumbrarse a verle compartiendo almohada con él, al roce de su cuerpo desnudo contra el suyo. Era un sueño extraño del que no quería despertar; por primera vez en su vida, tenía alguien en quien apoyarse y que se preocupaba por él, y aunque le encantaba la sensación, a veces también era abrumadora. Entró al baño sin hacer ruido para prepararse para dormir y se metió en la cama. Era un hombre precioso; nunca se había fijado en ninguno antes de él, aunque estaba seguro de que, de haberlo hecho, no habría nadie igual. Recorrió con los dedos su rostro, cada rasgo y recoveco, como si quisiera grabarlos en su memoria. Cada noche, su piel se volvía un lienzo que trazaba con caricias. Lo hacía cada día y, aun así, nunca lograba retener todos los detalles, porque siempre encontraba algo nuevo con lo que seguir fascinándose.
Apoyó la cabeza en su hombro y lo rodeó con el brazo. Nada lo tranquilizaba más que el sonido de su corazón resonando en su oído. Incluso dormido, Khirstan lo envolvía con sus brazos, cuidándolo de todo. Cerró los ojos y se hundió en la sensación de protección que solo él podía ofrecerle.
A veces se preguntaba si su vida podía ser de verdad así, siendo comandante de Nimerik y teniendo a Khirstan a su lado, aunque fuera a escondidas, aunque solo ellos dos supieran lo que eran en realidad el uno para el otro. No se hacía ilusiones; cuando la nieve

desapareciera y los caminos volvieran a estar libres, Khirstan se iría con los suyos y él se quedaría allí, con sus recuerdos, contando los días para volverlo a ver en su próxima visita al puerto.
Eran las posibilidades que tenían, la única opción a la que podían aspirar. Eso, o renunciar a toda su vida, y lo haría. Renunciaría sin pensar ni un segundo en las consecuencias, sin mirar atrás, pero seguía sin saber qué haría con el puerto, cómo podía darle la espalda a toda la gente que contaba con él. Además, no era posible que su familia lo dejara vivir en paz en Tharkia. Si alguien descubriese cuánta gente había fuera de la muralla, solo traería problemas para ellos. No podía ser tan egoísta como para arriesgar la vida de los demás por sus propios sueños.
¿Soñar? No era una palabra a la que estuviera acostumbrado, los años de entrenamiento le quitaron a golpes las ganas de las fantasías, los que vinieron después en las batallas solo le trajeron pesadillas. Ahora tenía sueños propios, egoístas e infantiles, pero en ocasiones eran tan reales que casi podía tocarlos, como ahora. Acarició el pecho de Khirstan con su mano, ya se había acostumbrado a la frialdad de su piel, que solo entraba en calor cuando estaba en contacto con la suya.
Trató de dormir, pero no pudo conciliar el sueño. Si había una cuenta atrás en marcha, quería vivir cada instante hasta el final y, cuando Khirstan decidiese su destino, no podría negarle su libertad, no cuando no tenía nada que ofrecerle. Las lágrimas le ardían en los ojos.
Era cruel que teniéndolo todo, cuando se trataba de él, sus manos estaban vacías, aunque supuso que tenía sentido. Los logros, el dinero, su apellido, sus éxitos de guerra, nada de eso era importante de verdad, podía vivir sin cada una de esas cosas, las cedería todas con gusto por tenerle para siempre.

Sería duro perderlo, pero mientras supiera que él estaba sano y salvo, aprendería a convivir con ese dolor.



Las mañanas en el puerto estaban llenas de movimiento y ruido, pero el amanecer trajo una violenta ventisca que ahogó cada sonido hasta que solo quedó el bramido enfurecido del viento.
—¿Dónde está Khirstan? —interrogó a Ailysh cuando volvió al cuartel para comer.
—Paseando —contestó ella sin mirarlo.
—Casi no se ve a dos pies de distancia —protestó, frunciendo el ceño y acercándose a la ventana, como si eso fuera a conseguir que él apareciera de repente.
—Nadie puede decirle qué hacer —le recordó Ailysh, esbozando una sonrisa leve.
—Lo sé —murmuró, entrecerrando los ojos, tratando de encontrar alguna señal suya entre la tormenta.
—Hablando de él —lo interrumpió Ailysh—. Quería darte las gracias.
—De nada —respondió sin mirarla.
—Por Khirstan —insistió ella con paciencia.
Solo el sonido de su nombre hizo que se girase a verla.
—Por dejarlo dormir en tu despacho y aceptar que se quede. Gracias, hermano, significa mucho para mí —le dijo ella con sinceridad.
La culpa lo atravesó como una daga. No solo no era ningún sacrificio tenerle con él, sino que no tenía ni idea de cómo viviría cuando no lo tuviera. Le gustaría hablarle a Ailysh sobre Khirstan, pero, siendo honesto consigo mismo, no creía que nunca pudiera hacerlo ni con ella ni con nadie.
—Es un buen hombre —dijo en su lugar.
Los rasgos de su hermana cambiaron a una mueca de genuina alegría.
—Lo es, sé que es duro para ti, pero su forma de ver el mundo es…
—Es buena para nosotros, dice las cosas como las ve y su visión es más amplia que la nuestra. Soy consciente de ello y trato de escuchar con la mente abierta —dijo, a pesar de sentir que su garganta se apretaba. Podría contarle muchas más cosas que había descubierto al lado de Khirstan, pero ninguna era para que otros la escucharan. Estaban destinadas a la oscuridad y los secretos.

Ailysh lo miró pensativa antes de dedicarle una pequeña sonrisa y volver a sus papeles.
Hizo sonar la campanilla que había junto a la puerta para llamar al servicio.
Maggie se apresuró a entrar en la habitación.
—¿Mi señor? —preguntó solícita.
—Prepárame un baño muy caliente —le ordenó.
Maggie miró su ropa un segundo, antes de inclinar la cabeza y dirigirse a su habitación.
Volvió a la ventana. ¿Dónde estaba? El temporal no amainaría durante días, era una locura andar paseando bajo la aguanieve. Iba a volver helado, más de lo que ya estaba.
—Siéntate y come algo —le pidió Ailysh.
Frunció el ceño, pero obedeció y fue picando alguna comida de los platos.
La puerta volvió a abrirse y Maggie entró junto con Estella, que llevaba una jarra en la mano. La pequeña parecía emocionada por tener una tarea importante que hacer. Sonrió mientras la veía esforzarse por llenar la copa de vino de Ailysh sin derramar nada.
—Maggie —llamó todavía mirando a la niña.
—¿Mi señor? —inquirió ella mientras avivaba el fuego.
—¿Tienen los niños capas de invierno?
Un largo silencio siguió a sus palabras. Sintió las miradas de Maggie y Ailysh sobre él, pero estaba ocupado para saber qué pasaba, bajando su copa para que Estella pudiera llenarla de vino caliente.
—Sí, mi señor —contestó Maggie.
Sonrió a Estella, que lo miró esperando una confirmación de que lo había hecho bien.
—Consigue una para cada uno de vosotros: botas, guantes, capas, gorros… Asegúrate de que sea ropa gruesa y duradera, este invierno está siendo crudo. Cárgalo a mi cuenta —ordenó.
—Mi señor, tenemos suficiente…
Levantó la vista y la miró directamente. Ella aceptó, inclinando la cabeza.
—Vamos, Estella —murmuró a su hija.

Tomó un sorbo de su vino y miró a su hermana, que seguía observándolo.
—¿Qué? —preguntó.
—Nada, ni siquiera me había fijado en su ropa. Nuestras criadas van vestidas mejor que los demás —le señaló.
Se encogió de hombros, cogiendo un poco de pescado asado.
—Hace frío y hay mucha nieve; si se enferman no podrán hacer su trabajo —se defendió, incómodo.
Ailysh sonrió, adivinando su mentira.
—Claro —aceptó ella, dejándolo estar.
La ventana se abrió de golpe y Khirstan cayó al suelo con facilidad.
—¿Dónde estabas? Estás empapado —protestó Ailysh, mirando a su mejor amigo.
—Comprobaba una cosa —contestó él, quitándose la capucha que se le pegaba al cuerpo.
—¿El qué? —inquirió Ailysh.
—Iré a secar mi ropa —respondió Khirstan, ignorando la pregunta como si no le hubiera dicho nada.
Lo siguió a la habitación, dejando a Ailysh con la comida y sus papeles.
Cerró la puerta y se apoyó en ella al ver cómo se quitaba la ropa.
—¿Qué? —preguntó Khirstan, mirándolo por encima del hombro.
—La bañera está lista, date un baño. Tienes los labios azules —aconsejó, mirando sus pies desnudos. La preocupación en su voz era evidente, aunque trataba de ocultarla.
—¿Por qué pareces molesto? —le preguntó Khirstan, mirándolo con curiosidad. Sus ojos brillaban con una mezcla de desafío y diversión. No se avergonzaba por estar completamente desnudo en su presencia, hablaba sin prisa y sin molestarse en ocultar ninguna parte de su magnífico cuerpo.
—Preferiría que no salieras cuando nieva tanto; es peligroso. Te preocupas demasiado poco por tu propio bienestar.
Khirstan le dedicó una sonrisa divertida.
—La nieve no es peligrosa para mí —le contestó, con un matiz de intriga en su voz, disfrutando de su enfado.

Soltó un bufido, avanzó hasta él a grandes zancadas y lo sujetó del brazo para llevarlo al baño.
—El frío es peligroso para cualquiera, no eres inmune —protestó, aunque la certeza flaqueaba en sus propios labios, si se trataba de él, no podía estar seguro de nada.
—No me molesta la nieve o el hielo —repuso Khirstan, con una calma que parecía casi ensayada, como tratando de calmar a un niño.
Le dio un ligero empujón para guiarlo a la bañera. Khirstan dejó salir una risita incrédula, pero obedeció, entrando al agua caliente. Asintió satisfecho al verlo recostado contra la pared, el agua y el vapor envolviéndolo como un manto protector.
—¿Qué hacías fuera? —lo interrogó, su tono grave y firme.
—Comprobaba el estado del mar —contestó Khirstan, sin apartar la vista del agua.
Se acercó a la bañera, sentándose en el bordillo para mirarlo a la cara.
—¿Para qué? ¿Están bien tus sirenas?
Khirstan le dedicó una amplia sonrisa.
—Las sirenas no le pertenecen a nadie. Saben cuidarse por sí mismas —le aseguró, como si las palabras tuvieran un significado más profundo.
—¿Debería preocuparme por alguna amenaza inminente?
Khirstan sacó una mano del agua, mirándola de forma ociosa, los dedos deslizándose lentamente entre el agua.
—En realidad fui a comprobar una cosa —comentó, acariciando su mano con el dedo, casi como si quisiera memorizar su textura.
—¿Cuál? —preguntó, perdiéndose por un momento en su contacto.
—Veo lo que estás haciendo en el puerto, lo que has hecho con el ejército, lo que esos soldados quieren hacer, y pienso en si no podría ayudarte —reconoció, con una franqueza que lo dejó sin palabras.
—No tienes que ayudarme con nada, no es tu labor, ni yo te pediría eso —le aseguró con sinceridad, sus ojos buscando reafirmar sus palabras.
Khirstan le sonrió, con los ojos brillando de algo que hizo que su corazón enloqueciera por completo. Se sumergió en la bañera y salió

con el pelo empapado, acercándose a él con una gracia que parecía ajena al mundo. Se apoyó en su muslo, dejando que el agua caliente mojara su ropa seca. No fue capaz de contenerse: acarició la mandíbula de Khirstan y metió los dedos entre sus mechones mojados, sintiendo el calor del agua mezclarse con el de su piel templada.
—Durante toda mi vida he despreciado al ejército, vuestro sistema de vida que favorece a unos pocos en detrimento de los que no tienen nada, y por primera vez alguien quiere cambiar eso. Tienes el poder de hacer un cambio real, los hombres te siguen, te escuchan… pero necesitas más para apagar el sonido de un pasado de abusos y malas decisiones.
Lo miró conteniendo el aliento, sin tener la menor idea de lo que iba a decir.
—Necesitas tiempo para fijar lo que has conseguido hasta ahora, días para investigar, noches para pensar y calma para planear los siguientes pasos.
—Eso es lo único que no tengo —admitió en voz baja. Los dos sabían que todo podía descontrolarse en cualquier momento con tantos soldados hostiles en el puerto.
Khirstan acarició su muslo de nuevo y se inclinó para dejar un beso sobre la piel mojada, un gesto tan simple y a la vez cargado de significado.
—Y es lo único que puedo darte —respondió, con una intensidad que lo dejó sin palabras.
—¿Cómo? —interrogó, la curiosidad se encendió en su pecho.
—Nimerik es una isla; sin el puente, solo pueden llegar en barca hasta aquí o pedir ayuda a las otras islas —le explicó Khirstan.
—¿Quieres derribar el puente? —preguntó en un hilo de voz.
Khirstan negó con la cabeza.
—Puedo mantener el puente bajo el agua y encargarme de que la corriente no permita que ningún barco salga de la isla —admitió en un susurro.
—¿Cómo es eso posible? —preguntó, enderezándose de golpe.
Los ojos de Khirstan brillaron de una forma antinatural que por un segundo le recordó a las miradas de las sirenas.

—Eso no te lo puedo decir, solo quiero que sepas que, hasta el final del invierno, puedo aislar Nimerik si eso es lo que deseas. Pero no me pidas más que eso, no debería interferir en vuestros asuntos.
Parpadeó, observando su rostro con atención, cada rasgo parecía esculpido por las olas.
—¿Eres una sirena?
La risa de Khirstan rebotó por las paredes, llenando el aire de una vibración que le erizó la piel.
—No soy una sirena, soldado, ni un brujo. ¿Por qué siempre me preguntas eso? —preguntó risueño.
—Porque no he conocido a nadie en el mundo que se parezca a ti. No creo que en ninguna de las islas exista nadie como tú —murmuró, fascinado por la luz que irradiaba su risa.
Khirstan agarró uno de los cordeles de su camisa, abriéndosela con una delicadeza provocadora.
—Ailysh está a dos habitaciones de aquí —le recordó en voz baja.
Khirstan no respondió, pero le dedicó una mirada pesada, recorriendo su cuerpo de arriba abajo.
Se movió incluso antes de ser consciente de ello, sus ojos nunca abandonaron los suyos. Desde que había visto su rostro por primera vez, lo tenía grabado en la cabeza.
Khirstan le ofreció la mano, ayudándolo a entrar en la bañera y acercándolo a su cuerpo.
—No sé si puedo… —murmuró, avergonzado al sentir su erección rozándole el muslo. Odiaba con toda su alma lo vulnerable que sonaba su voz, lo inseguro que parecía.
—No tienes que hacer nada, Kellet. Solo quiero sentirte junto a mí —le aseguró él, dejando un beso en su hombro desnudo que parecía sellar una promesa.
—Quiero —dijo, con un susurro lleno de anhelo—. No sé si puedo hacerlo de nuevo —admitió.
Khirstan rio suavemente contra su piel, besando su cuello. Lo hizo girar entre sus brazos, apoyando su espalda en la bañera, y lo rodeó con las piernas, pasando los brazos por su cuello.
Sonrió, preso del nerviosismo, mientras la sorpresa y la excitación lo embargaba, demasiado sorprendido para decir nada. A pesar de ello,

lo agarró de la cintura para brindarle apoyo.
Khirstan lo miró de una forma abierta y tranquila. No parecía avergonzado, ni siquiera incómodo, cuando se acercó para besarlo. En cuanto sintió su boca sobre él, su mundo se desvaneció en el calor de ese contacto. Sus dientes jugaban con sus labios y su lengua no le dio tregua, pero sus manos nunca abandonaron su cuello. Sabía lo que hacía, le estaba demostrando que no necesitaban hacer nada más, que tomaría solo lo que estuviese listo para darle.
Debería sentirse ridículo, ya se habían acostado antes, dormían juntos cada noche… pero no podía evitar sentirse frágil cuando pensaba en volver a exponerse de esa forma.
¿Era normal que un beso lo hiciera sentir así? Como si una criatura hambrienta estuviera creciendo en su pecho, un ansia salvaje e incombustible que parecía alimentarse directamente de esos besos que lo estaban volviendo loco.
Khirstan se apartó, dándole un descanso, entendiendo, de alguna manera, lo abrumado que se sentía.
Aun así, parecía reticente a perder el contacto. Rodeó su pecho con los brazos y apoyó la cabeza en su cuello. Sonrió contra su piel, imitando su gesto, tocando su espalda bajo el agua. Todo en Khirstan era fuerte, su cuerpo firme y trabajado, esculpido bajo el esfuerzo diario. Sus músculos, incluso relajados, eran visibles, y pequeñas cicatrices adornaban su suave piel.
—La tormenta está a punto de intensificarse, ¿vas a salir esta tarde del cuartel? —preguntó Khirstan, somnoliento.
Giró la cara para observarlo, parecía a punto de dormirse, sus párpados cayendo lentamente.
—No, hoy no —aceptó, besándolo en la frente. Su corazón le dio un vuelco y no dejó de latir como si estuviera corriendo mientras ayudaba a Khirstan a bañarse. Había algo especial en ser él quien lo cuidara, en que le permitiese verlo cuando estaba relajado y vulnerable. Al cubrirlo con las mantas, no podía parar de sonreír. Se tumbó con él y tiró de su cuerpo hasta que lo tuvo a su alrededor por completo. Debería estar así cada día, pasar cada segundo de su vida rodeado de ese hombre.



PREPARANDO LA BATALLA

KELLET

Desde que Khirstan le hizo ese ofrecimiento, la idea no dejó de rondarle por la mente. Empezó a planear cómo podía sacarle partido al aislamiento de Nimerik. Todavía faltaban unos meses para la llegada de la primavera, incluso aunque llegara, no era hasta el verano cuando la vida volvería al lugar. No era la primera vez que las malas condiciones climatológicas hacían que la isla se quedara estancada, pero nunca durante más de una semana.

—¿Qué pasa si ellos también pueden usar tu magia? —preguntó un par de días después, mientras paseaban juntos por el puerto.

La risa de Khirstan se extendió, envolviéndolo todo.

—Yo no tengo magia, estoy cansado de decírtelo. —No parecía cansado en absoluto, más bien divertido.

—Lo que sea que hagas, ¿la magia que usan en la isla podría revertir lo que hagas?

—No —contestó él con paciencia—. Ellos usan rituales de energía sexual, yo solo…

Se paró para observarlo, todavía no tenía ni idea de cómo iba a hacerlo.

—Confía en mí, puedo sitiar la isla —le aseguró con una sonrisa que solo pudo ver bajo la capucha por lo cerca que estaban el uno del otro.
—¿Cómo? —insistió, aunque llevaba días intentando que le diera más detalles.
Khirstan continuó andando sin esperarlo.
—Estoy mandando llamar a todos los soldados de confianza que envié a la isla, necesito unos días para que puedan llegar poco a poco y no llamar la atención.
—Muy bien, solo tienes que decirme cuándo quieres que lo haga —le explicó—. ¿El puerto depende de la isla para sobrevivir?
—No. Todos los almacenes están aquí y los barcos con mercancía llegan antes al puerto. Después se clasifican y se llevan a Nimerik. No corren ningún riesgo por aislarse, los almacenes de la isla tienen comida suficiente para un año, puede que más —le aseguró.
—Eso es bueno —aceptó Khirstan.
—¿Qué pasa con la gente de Ascande? ¿Estarán a salvo sin ti? —preguntó.
Khirstan lo miró sorprendido.
—Lo estarán, cuando volví al mar, otro en la aldea tomó mi lugar —le aseguró con calma.
Volvió a detenerse, intentando sin mucho éxito que sus palabras no le helaran la piel más que el viento que los estaba rodeando.
—Debería haber ido a decirles que… —guardó silencio. Los recuerdos de esos meses aún eran demasiado dolorosos.
Khirstan lo sujetó del brazo con suavidad.
—Está bien, Kellet. Ellos saben que el tiempo en la tierra es limitado, conocían qué hacer cuando yo no volviera. Estarán bien, habíamos acumulado comida y útiles suficientes para el invierno —le aseguró —. Pueden sobrevivir sin mí, aunque sin duda estarán contentos de volver a verme.
Le sorprendió el dolor sordo que notó al escucharlo, todavía no había pasado el invierno, pero ya se preparaba para volver con su gente. Khirstan cuidaba solo de todas esas personas, pero no parecía muy angustiado porque se hubieran quedado solas.

—¿No te preocupa que acaben todos muertos sin ti? —preguntó, incapaz de resistirse.
Khirstan le dedicó una mirada comprensiva.
—No lo harán. Les enseñé bien y solo porque yo ya no esté, ellos no van a rendirse. El instinto de sobrevivir es inherente al ser humano. Puede que no sea fácil o no lo consigan a la primera, pero sé que, pase lo que pase, ninguno de ellos dejará de luchar. Nadie es imprescindible, soldado —le dijo con innegable cariño en la voz—. Mi labor es protegerlos, defenderlos, pero sobre todo enseñarles para que puedan hacerlo por sí mismos. Flaco favor les haría si su vida dependiera de mí, ¿no crees?
No, no lo creía. A él le habían enseñado a ser el escudo y la espada que debía defender el puerto, pero nunca a preparar a otros para protegerse por sí mismos.
Khirstan suspiró con pesadez.
—Kellet, ¿cuándo enseñas a un soldado a luchar con la espada esperas que siga viviendo cuando llegue la guerra? Es el mismo caso, les enseñas lo mejor que puedes y esperas que sea suficiente para cuando les llegue la hora.
Sus palabras tenían sentido, como siempre.
—Voy a dar la orden de que los hombres de Monker y Anker que quedan vuelvan a Nimerik para cambiarse con los de Verin y Ailysh.
Khirstan frunció el ceño, pensativo.
—¿No llamarás demasiado la atención? —quiso saber.
—Puede ser, pero es inevitable. Necesito tener conmigo a todos los soldados que pueda y saber que serán leales. Primero estoy haciendo que vengan mis hombres porque ellos llamarían más la atención y mi tío o mi padre podrían negarse. Pero en cuanto ellos estén aquí, traeré a los demás. Su marcha no causará tanto alboroto. —Su voz era firme, aunque la incertidumbre no desapareció del todo. No podía estar seguro de conseguir traerlos, pero no era la primera vez que Verin reclamaba a todos sus soldados sin responder a demasiadas preguntas.
—Pareces preocupado —le dijo Khirstan después de un rato en silencio.

—Muchas cosas pueden salir mal y la vida de estas personas están en mi mano y, al contrario que tu gente o mis soldados, a ellos no les enseñó nadie a sobrevivir por sí mismos —le recordó.
Khirstan se acercó un poco a él, dejando que sus brazos se rozaran.
—No te preocupes, soldado. Nunca es tarde para aprender y ellos son supervivientes.



Los dos se quedaron en silencio, observando cómo los últimos soldados se alejaban por el puente de Nimerik desde lo alto de la torre. Todo el puerto estaba cubierto de nieve, pero el día se había mantenido estable, entre la claridad casi gélida de un tímido sol y las ocasionales ventiscas.
Fork y Monker cerraban la formación a caballo. La calma perfecta se había esfumado esa misma mañana cuando les informó que debían regresar a la isla. Monker trató de quedarse, pero su rango era muy superior al suyo, por lo que no pudo ganar esa pelea.
Fork, por otra parte, se quedó mirándolo durante lo que pareció una eternidad, le dedicó una sonrisa cargada de ironía y anunció que se marchaba con los demás. Entendió la amenaza implícita: en cuanto llegara a Nimerik, iría directo a su tío. El pensamiento no le causó ninguna reacción; sabía que pasaría.
—¿Cuándo lo vas a hacer? —preguntó a Khirstan en voz baja.
—Quedan un par de horas para el atardecer, pero en cuanto el sol se oculte, me pondré en marcha. No quiero darles tiempo a hacer nada —le contestó él muy serio.
—¿Tardarás mucho? —interrogó, tratando de manejar mejor su ansiedad. Solo recordaba estar tan nervioso antes de entrar en batalla—. ¿Puedo ir contigo?
Khirstan negó con la cabeza, su rostro, como siempre, oculto bajo su capucha.
—Es mejor que no lo hagas —respondió.
—Está bien —aceptó, aunque no estaba conforme—. Vuelve a la habitación tan pronto como puedas. Tendré lista la bañera y la cena… —dejó de hablar al darse cuenta de cómo había sonado. La

humillación le devoró las entrañas; era un soldado, no lo habían creado para servir a nadie y menos a un hombre.
La mano de Khirstan se posó sobre la suya, dándole un ligero apretón.
—Gracias, Kellet. Volveré cubierto de agua y agotado, me vendrá bien —agradeció con una ligera sonrisa.
La sensación de humillación desapareció al escucharle; no estaba haciendo nada por lo que debiera sentirse avergonzado, solo estaba cuidando de él. Solo pensar en que pudiera pasarle algo de nuevo o la simple posibilidad de no volver a verse hacía que se le erizara la piel.
—¿Estarán contigo las sirenas? —inquirió esperanzado. Sabía que ellas no dejarían que le pasara nada malo.
—Sí, soldado. Las necesito para lo que voy a hacer —aseguró con paciencia.
Podía notar la sonrisa en su voz, y eso lo tranquilizó más que ninguna otra palabra. No podía ser tan malo si él parecía tan relajado.
—Ten cuidado —pidió, incapaz de resistirse.
Khirstan tiró de su brazo para girarlo y, sin que pudiera decir nada más, lo besó. No fue un beso profundo ni apasionado, sino una promesa de que pronto estarían juntos.
Se sorprendió tanto que no pudo decir nada cuando Khirstan se subió al muro y desapareció delante de sus propios ojos.
Miró al frente; los últimos soldados habían terminado de cruzar el puente. Le parecía imposible que una construcción tan regia y sólida fuera a quedar sumergida bajo el mar durante varios meses.
—¿Ya están todos en la isla? —preguntó Verin, acercándose por la espalda.
—Sí —respondió, obligando al latido de su corazón a calmarse. ¿Habría visto Verin su beso o acabaría de llegar?
—En cuanto amanezca, enviarán a esos soldados de nuevo. Fork no estaba contento, estoy seguro de que irá a quejarse directamente con tu tío —advirtió. Su tono, sereno como siempre, le hizo suponer que no había presenciado su intercambio con Khirstan.

—Es posible, aunque tal vez la mañana nos depare alguna sorpresa.
—No podía revelarle lo que ocurriría; apenas le habían dado a Ailysh la información suficiente para que no se sorprendiera.
Verin se giró para mirarlo mejor, pero enseguida volvió a su posición y siguió observando el horizonte en silencio. Imitó su postura, preguntándose si faltaba mucho para que Khirstan volviera con él.



VERDAD AL DESNUDO

KELLET

Los tres se encontraban en lo alto de la muralla, contemplando con semblante grave a los cientos de personas que se agolpaban en las calles del puerto, todas mirando hacia el lugar donde debería estar el puente.

El puente solía emerger cuando se retiraba la marea, pero esa mañana no había ni un solo destello de él bajo la superficie. Por si fuera poco, el nivel del agua había subido en el muelle y las playas. La incertidumbre se extendía entre los habitantes igual que una sombra inquietante.

—¿Todas las entradas a Nimerik están bajo el agua? —preguntó Verin en voz baja, con una mezcla de sorpresa y temor en sus palabras.

—Todas —contestó Ailysh con la voz rezumante de incredulidad, mientras sus ojos seguían fijos en el horizonte, buscando alguna señal del puente.

—Entonces… ¿No se puede entrar a la isla? —intentó asegurarse Verin, como si aún no pudiera creerlo del todo.

—Eso parece —respondió ella—. Salvo que quieran subir barcos a la muralla y lanzarlos desde allí.
Los tres siguieron observando en silencio otro rato hasta que Verin volvió a romperlo, parecía incapaz de soportar la tensión.
—Dicen que hay un kraken rodeando la isla; juran que esta mañana vieron sus tentáculos intentando trepar por la muralla —comentó, con una voz que oscilaba entre la fascinación y el terror.
—Es lo que dijeron mis soldados esta mañana, sí —aceptó Ailysh, sin apartar la mirada de las aguas.
—¿Tendríamos que usar los barcos para tratar de llegar hasta ellos? —inquirió Verin, dubitativo, sopesando las pocas opciones que tenían.
—¿Y dejar que nuestros hombres mueran para nada? No. No podemos luchar contra un ser de ese tamaño. —Aunque no lo dijeran en voz alta, los tres sabían que sería un suicidio.
—¿Y qué vamos a hacer? —preguntó Verin mirándolo en busca de respuestas.
—Nada, el mar bajará cuando el tiempo mejore. La isla tiene a todo el ejército a su disposición, si quieren luchar, que lo hagan —contestó encogiéndose de hombros—. Tienen comida de sobra y, con suerte, solo será un día o dos antes de que la criatura se vaya y el mar vuelva a la normalidad.
—¿Y si viene hacia nosotros? Nuestras murallas no son tan altas —le recordó Verin de forma innecesaria, aunque su preocupación era palpable.
—Confiemos en que no lo haga —contestó, muy tranquilo. Si había algún problema Khirstan se haría cargo, sabía que podía contar con él.
Verin lo miró con expresión interrogante, buscando alguna señal de duda en su rostro. No encontraría ninguna, habían tomado la decisión correcta.
—¿Ahora nos limitamos a eso? ¿Confiar en que nada salga mal? ¿O acaso tengo que recordarte todo lo que ha pasado en el puerto, incluida tu casi muerte por ahogamiento... dos veces?
Sonrió en contra de su voluntad, tratando de disipar la tensión con un gesto.

—Haremos una excepción en este caso —le dijo para calmarlo, mientras le daba una palmada en el hombro.
Verin asintió despacio, aunque sus ojos seguían reflejando inquietud.
—Lo que vosotros digáis, mi comandante —contestó Verin con sorna, intentando disimular su nerviosismo.
—Vamos, pongamos a los hombres en movimiento. Hay que entrenar —ordenó a los dos, decidido a mantener a todos ocupados para evitar el pánico.
Aunque todo el mundo parecía asustado, la mañana transcurrió sin incidentes, calmando a los civiles que los paraban para preguntar.
Cuando regresó al cuartel para comer, Maggie lo estaba esperando, con el rostro pálido y los labios apretados.
—¿Qué ocurre? —exigió saber, al ver cómo retorcía su mandil con nerviosismo, mientras su mente ya imaginaba lo peor.
Ella esperó hasta que estuvo cerca para susurrar:
—Es su invitado, mi señor. No… se ha despertado.
Se quedó paralizado, era imposible que ella supiera… Su corazón comenzó a latir con fuerza desbocada.
—No se ha movido de la cama, ni siquiera cuando abrí la puerta. Me fui creyendo que le tomaría un poco más de tiempo marcharse, pero al entrar a dejar la comida seguía ahí y no se había movido —explicó alterada, mirándolo con ojos muy abiertos.
El miedo a ser descubierto desapareció al instante. Sin pensar en nada más, corrió por el patio y subió las escaleras de dos en dos, podía escuchar los pasos de Maggie siguiéndole, pero no tenía tiempo para comprobarlo.
Abrió la puerta de su habitación, Khirstan seguía exactamente en la misma postura que lo había dejado esa mañana, inmóvil como una estatua, envuelto en un silencio extraño.
Penny estaba sentada a su lado, poniendo paños sobre su pecho desnudo.
—Está ardiendo en fiebre —se explicó Penny, con un tono de voz tembloroso, al escucharlo entrar.
Se acercó a él, ignorando a las dos mujeres. Su cuerpo estaba cubierto de sudor y al tocarlo notó lo anormalmente caliente que tenía la piel. La preocupación le atravesó el pecho como un puñal.

—Llenad la bañera de madera, ponedla delante de la chimenea —les ordenó, entre el pánico y la creciente angustia por el estado de Khirstan.
Se quitó la armadura ligera y las armas, mientras ellas corrían a obedecer. Cada segundo perdido parecía una eternidad.
—Khirstan —llamó en voz baja, tocándole el hombro con cuidado. No se despertó, pero su pecho subía y bajaba con cada respiración. Una pequeña chispa de alivio se encendió en su interior, aunque la preocupación no desapareció. Tenía que haber sospechado que había pasado algo cuando no se levantó de la cama a desayunar con él; solían despertarse juntos.
Quizá, de alguna manera, lo que hizo para sellar la isla lo había herido. Mientras Maggie y Penny terminaban, él se encargó de ir humedeciendo su cuerpo con toallas, tratando de bajar la fiebre como podía.
—Ya está lista, mi señor —le dijo Maggie, resollando por el esfuerzo. Miró a las dos mujeres, notando sus mejillas enrojecidas por la tarea.
—No miréis —ordenó.
Ellas se giraron sin discusión. El peso de la situación parecía mantenerlas en silencio. Lo alzó en brazos, completamente desnudo como siempre que se tumbaba en la cama, y lo metió con cuidado en la bañera de agua helada.
—¿Deberíamos llamar al sanador? —ofreció Maggie, aunque el miedo asomaba en su voz.
—No, por el momento no. No podéis hablar de esto con nadie, ni siquiera con mi hermana.
—Nunca, mi señor —dijeron ambas a la vez.
—Ella sabe que está aquí, pero no que… —No fue capaz de continuar, las palabras se le quedaron atrapadas en la garganta.
—No hay nada que decir, mi señor —le aseguró Maggie—. Vuestra vida es solo vuestra.
Levantó la cabeza por la sorpresa; ella ya se había dado la vuelta y le dedicó una pequeña sonrisa de aliento.
—Penny, trae vino caliente —pidió a la chica que seguía de espaldas. Necesitaba algo que pudiera ayudar a Khirstan a recuperar el calor

cuando el hielo alcanzara su piel.
Maggie no se acercó hasta que ella se fue. Cogió otra toalla y la mojó para ponerla sobre la frente de Khirstan.
—¿Hace cuánto que lo sabes? —quiso saber, sintiendo un nudo en el estómago.
—Desde la primera noche, mi señor —contestó ella con voz queda, como si aquello no fuera gran cosa.
Cerró los ojos, maldiciendo su estupidez. Había estado tan seguro de que nadie sospechaba nada.
—Había pequeños indicios —siguió Maggie—. Dos copas en la habitación, más ropa, más comida de lo normal, el cambio de horarios. Su señoría nunca volvía a comer a horas saludables, pero lleva semanas sin perderse una.
Bajó la cabeza, avergonzado, sin dejar de pasar agua por el pecho caliente de Khirstan. Cada palabra de Maggie parecía confirmar su propia negligencia.
—Supuse que no era una mujer, porque de serlo no habría tanto misterio, y luego empezamos a verlo pasear con un hombre encapuchado por el puerto —continuó ella.
—¿Empezamos? ¿Penny y tú? —inquirió, temiendo la respuesta.
Maggie lo miró a los ojos y, tras un instante en el que pareció olvidar cómo respirar, respondió:
—Algunos hombres hablan —admitió ella.
Las arcadas le subieron por la garganta, pero logró controlarse.
—No hay ningún escándalo —le aseguró Maggie con rapidez—. Comentan la compañía que su hermana y su señoría frecuentan, pero no saben que él duerme aquí, ni quién es.
El alivio hizo que se le doblaran las piernas, y agradeció estar de rodillas en el frío suelo. El peso del secreto parecía menos opresivo por un momento.
—Él es…
Maggie lo miró con lástima.
—Su señoría parecía sufrir, estuvo a punto de morir por salvarnos a todos. No veo cómo la compañía que frecuenta puede influir en la opinión de los soldados —opinó ella con prudencia.

—Los hombres que yacen con hombres no son fuertes —comentó con rapidez, sabiendo que era un pensamiento heredado y no propio. Aun así, lo tenía tan afincado en su interior que formaba parte de sí mismo, como una segunda piel de la que parecía incapaz de desprenderse.
—No sé cómo son esos hombres de los que habla. Sé cómo es el comandante de Nimerik, y no hay ningún hombre que no esté dispuesto a seguiros. Dudo que eso pueda cambiar por conocer vuestra… compañía.
—Hubo un comandante antes, con un hombre, y tuvo que irse —le recordó porque sabía que ese rumor había llegado a todos.
—Puede que no quisiera quedarse lo suficiente —opinó Maggie—. No diremos nada, mi señor. No tenéis que preocuparos por nosotras.
—Gracias, Maggie —susurró, cansado. La tensión acumulada en su cuerpo parecía ceder ligeramente.
—¿Su señoría tiene nombre? —preguntó ella en voz baja, mojando de nuevo la toalla.
—Khirstan —contestó en un hilo de voz.
—¿Es extranjero?
—Sí —no era mentira, no vivía en el puerto.
—Es un hombre muy apuesto —admiró Maggie.
Dejó salir una risa temblorosa.
—Lo es —replicó—. Es mío —dijo en voz baja, acariciando su mejilla húmeda. Se le estremeció hasta el alma al decirlo. Era una verdad absoluta: Khirstan era suyo, incluso antes de que fuera consciente de lo que significaba en su vida.
Maggie dejó salir una risita nada propia de ella.
—De eso no tenía duda, mi señor.
Penny y Maggie lo ayudaron a cuidar de Khirstan hasta que comenzó a dar señales de mejoría. No volvieron a hablar del tema, pero no parecían incómodas a su alrededor. Aunque sabía que la opinión de dos criadas no significaba gran cosa en su sociedad, para él significaba un mundo. Se sentía profundamente agradecido por su comprensión y falta de prejuicios, y bendijo el día en que sus caminos se cruzaron.

—¿Te gustaría darte un baño caliente? —ofreció mientras lo ayudaba a llegar a la cama, después de sacarlo de aquella bañera helada.
—No, estoy cansado —murmuró Khirstan, todavía no muy consciente de lo que le rodeaba.
—Es normal, mi señor —susurró Maggie, que lo agarraba por el otro brazo para ayudar a sostenerlo—. La fiebre debilita. Penny traerá un caldo de verduras y carne que lo ayudará a sentirse mejor. Solo hay que cuidar que no se enfríe; la fiebre es traicionera, primero abrasa y luego hiela —aseguró convencida.
—¿Quién eres? —preguntó Khirstan, mirándola por primera vez desde que había vuelto en sí.
—Llamadme Maggie, si os place, mi señor —se presentó ella formalmente, con una ligera reverencia.
Khirstan parecía sorprendido, pero el agotamiento pudo con su voluntad en cuanto su cabeza tocó la almohada.
—No puede dormir antes de comer; necesita recuperar fuerzas —le advirtió Penny, dejando un plato lleno sobre la mesilla.
—Me encargaré de ello. Podéis retiraros. Gracias por la ayuda —dijo con sinceridad.
Las dos sonrieron antes de inclinar la cabeza y desaparecer, dejando un rastro de quietud en la habitación.
Suspiró, negando con la cabeza. Tomó asiento al borde de la cama, acariciándole la cara con ternura.
—Despierta —le pidió, rozando suavemente su mejilla.
Sus párpados aletearon en un esfuerzo por abrir los ojos.
—Quiero dormir —se quejó Khirstan.
—Lo sé, pero necesitas comer antes —le indicó, cogiendo el plato y acercando la cuchara a su boca—. Come —le ordenó con firmeza.
Sus ojos estaban empañados por el cansancio, pero consiguió mirarlo y obedecer.
—Eso es —lo alentó, dándole otra—. ¿Estás enfermo por lo que hiciste en el puente?
Khirstan lo miró en silencio, pero no necesitó respuesta.
—Estoy furioso contigo —le dijo, centrándose en alimentarlo—. Te pregunté si era peligroso y me dijiste que no. Mírate ahora, apenas puedes estar despierto.

—Estaré bien, solo estoy cansado —le contestó Khirstan en un hilo de voz.
Le lanzó una mirada amenazante, olvidándose de lo agotado que parecía.
—La fiebre podría haberte matado, no es exactamente mi definición de "bien" —le reclamó con los dientes apretados.
—No sabía que podía pasar eso. Lo hago con Tharkia cuando se acerca demasiado algún barco, nunca me había enfermado antes —le confesó después de tragar.
Dejó salir un bufido de indignación.
—Eres estúpido. Tharkia es un grano de arena en comparación con el tamaño de Nimerik. No volveré a hacerte caso —sentenció, limpiando su boca húmeda con una servilleta.
—No quería asustarte —se disculpó Khirstan, sonando arrepentido, pero no lo suficiente como para que olvidara el pánico reciente.
—Si no quieres asustarme, prueba a dejar de hacer locuras. Podrías haber muerto de nuevo —le reclamó, con la voz quebrándose al pronunciar las palabras—. ¿Cuántas veces más voy a tener que pasar por eso?
Khirstan sujetó la mano con la que le estaba alimentando, mirándolo a los ojos, que parecían un poco más despejados.
—Lo siento. Si de mí dependiese, nunca sufrirías ni el más mínimo daño. —Su sinceridad fue tan evidente que parte del hielo que se había instalado en su pecho al verlo inmóvil pareció desaparecer.
Dejó el plato sobre la mesilla y lo miró con seriedad; era importante que Khirstan entendiera.
—No puedo perderte. No son palabras de un necio enfebrecido. Lo digo con toda la sinceridad que puede sentir mi alma: apenas sobreviví a tu pérdida. No podría hacerlo de nuevo.
Khirstan tiró de él para acercarlo, quedando pecho con pecho. Pasó sus manos por su mandíbula mientras compartían el aliento que se mezclaba entre ambos.
—¿Cómo puedo conseguir que entiendas que no voy a alejarme de ti?
—Tus palabras tendrían más sentido si no acabaras de arriesgarte de nuevo —señaló con amargura.

—Nadie puede garantizar cuánto tiempo tenemos en esta tierra, soldado. Pero te doy mi palabra de honor: si de mí depende, nunca me iré de tu lado.
Contuvo las lágrimas con esfuerzo, sabiendo que esa promesa no duraría mucho, pero asintió y lo besó en los labios. El beso llevaba consigo esperanza y miedo, mientras deseaba con todo su ser que aquello fuera real.



NOVEDADES INCÓMODAS

KHIRSTAN

—¿Puedo pasar, mi señor? —se escuchó al otro lado de la puerta, con un tono suave pero decidido.

Miró a la entrada entrecerrando los ojos. Todavía no se sentía bien y le había prometido a Kellet que descansaría todo el día, por lo que seguía en la cama.

—Mi señor —insistió la voz femenina, esta vez con un matiz de urgencia.

Antes de que pudiera tomar la decisión de responder o no, la puerta se abrió para dejar pasar a dos mujeres. Las reconoció enseguida como las criadas personales de Kellet, pero ignoraba cómo se llamaban.

—Tenéis mejor aspecto, mi señor —exclamó la mayor de las dos después de dedicarle una larga mirada, como evaluando cada detalle de su recuperación.

Calculó con rapidez cuánto tardaría en llegar a la ventana y huir; Kellet tendría que inventar alguna excusa.

—Nos conocimos ayer, ayudamos a su señoría a cuidarle —le explicó la más joven, con una sonrisa tímida—. Me llamo Penny y ella es

Maggie.
No dijo nada, todavía inseguro y cansado. Algunos recuerdos del día anterior volvieron a él, mostrándole a las dos cuidándolo en la bañera.
—Y vos sois Khirstan. El esposo de su señoría —dijo Maggie, acercándose a él con paso medido y firme.
No lo negó; llevaba enamorado de Kellet lo que parecía toda una vida, un amor tan profundo que cada latido de su corazón resonaba con su nombre, y desde que él reclamó su alma al océano, sellando su vínculo en las profundidades, ambos eran parte de un mismo todo. Con ceremonia o sin ella, sus destinos estaban enlazados para siempre.
—¿Tenéis hambre, mi señor? —preguntó Penny abriendo las contraventanas para dejar entrar la claridad, que llenó la habitación de una luz suave y fría.
—Frío —admitió, con cierta reticencia a hablar con ellas.
—Limpiaré la chimenea enseguida y la llenaré de leña —ofreció Penny sonriendo como si estuviera encantada con la idea. Salió de la habitación a paso rápido, canturreando en voz baja.
—Puedo hacerlo yo —protestó, a pesar de que ella ya se había ido.
Maggie puso los brazos en jarras, mirándolo de una manera que no podía definirse de otra forma que no fuera amenazadora.
—Su señoría dormirá, comerá y descansará. O el comandante nos matará a todos.
—Kellet no haría eso —protestó sin poder contener la respuesta.
Maggie sonrió en respuesta.
—No, porque es un buen hombre. Pero enfermará de preocupación si no os cuidáis lo suficiente, mi señor —le advirtió de forma conciliadora.
—Llámame Khirstan, no soy el señor de nadie —la corrigió, negándose a hablar de alguien tan importante como Kellet con una desconocida.
Maggie sonrió negando con la cabeza.
—Sois el señor de nuestro señor, por tanto, también sois el nuestro —contestó como si fuera algo sencillo, pero él tuvo que repetirlo varias veces en su mente para encontrarle sentido.

—Eso no es… —Penny volvió a abrir la puerta, con las manos llenas de comida.
—No sabíamos qué os gusta comer, elegimos los platos que prefiere el comandante —le explicó señalando la bandeja en la que había una hogaza de pan fresco y una sopa de cebolla. También había una jarra con vino caliente, que según había podido notar, era lo que más bebían los lugareños durante el invierno.
—Ya desayuné con Kellet —les informó, aunque el humo que salía de la sopa estaba haciéndole la boca agua.
—Debéis alimentaros para mejorar —insistió Maggie—. Ve por las demás cosas —le ordenó a Penny, que volvió a dejarlos solos.
Se sentó en la cama con dificultad, pero Maggie lo ayudó poniéndole un par de almohadas detrás de la espalda. Le pasó la sopa para que pudiera tomarla.
—¿La comida es del gusto de su señoría? —preguntó solicita.
—La comida es comida, vale cualquier cosa si está en buen estado —contestó.
—Mi señor dijo que sois extranjero, ¿qué se come en vuestras tierras? Podría averiguar cómo prepararos vuestros platos favoritos —volvió a intentar ella.
¿Extranjero? Era una buena coartada, Kellet habría dicho eso para proteger su intimidad.
—Como ya dije, cualquier cosa está bien. No tengo grandes preferencias —le aseguró.
Maggie lo miró con desagrado, como si estuviera siendo difícil sin motivo.
—Me gusta el pescado más que la carne. Los panes y las verduras de suelo, también las frutas. Y no disfruto mucho del vino. Prefiero el aguamiel —contestó para calmarla. Esa mujer sabía el secreto de Kellet; podía hacerle mucho daño si le hablaba a los demás de ellos.
—¿Verduras de suelo y aguamiel? —preguntó ella, desconcertada.
Se maldijo por necio. Las verduras que se criaban directamente en la tierra, como los nabos, las zanahorias o las patatas, eran para la clase baja; los nobles de la isla solo comían verduras de las que crecían como flores y se alzaban para madurar. Si Kellet había admitido que tenían una relación, supondrían que era un noble. Y

desde luego, alguien de buena cuna no bebería aguamiel caliente, asociada a los más humildes para combatir el frío y sobrellevar los duros inviernos.
Penny entró de nuevo, salvándole de responder. Kellet pudo advertirle de que lo sabían, al menos para idear una mentira convincente.
—Aquí están —anunció dejando caer pesadas telas sobre la cama.
Maggie seguía mirándole con atención.
—¿Para qué es eso? —preguntó entrecerrando los ojos.
—Vamos a confeccionaros algunas ropas nuevas —le dijo Penny, animada—. Maggie es una costurera estupenda. Toda nuestra ropa la cose ella, pero si lo preferís, podemos llamar a un sastre.
—Tengo ropa, no necesito nada más —protestó.
—Algunos soldados se han fijado en vuestra presencia y el estado de vuestras ropas. Si os vestimos de la forma adecuada, llamaréis menos la atención al moveros por el puerto —le aconsejó Maggie.
Se dispuso a discutir, pero, aunque su ropa estaba hecha para perdurar, lo cierto es que se había degradado bastante al solo tener una muda que iba intercalando con algunas prendas de Kellet cuando las lavaba.
—¿Kellet te pidió que hicieras esto? —preguntó molesto.
—No, su señoría rara vez pide algo. Estoy acostumbrada a hacer lo necesario para que su casa funcione sin preguntar, por supuesto, si deseáis cambiar algo, estáis en vuestro derecho y obedeceré lo que digáis —contestó Maggie con calma.
—Yo no… —La llegada de Kellet fue como ver salir al sol durante una noche de tormenta.
—¿Por qué no estás durmiendo? —preguntó él.
—Tengo visita —dijo señalando a las dos mujeres.
Kellet los miró de uno a uno con desconcierto, antes de ver la tela.
—¿Qué es eso? —interrogó, confundido.
—Tela —respondió antes de que ellas pudieran decir nada—. Para hacerme ropa.
Estaba enfadado, incluso un poco humillado, pero dejó de estarlo al ver su cara de consternación.

—¿Qué tiene de malo tu ropa? —preguntó, igual de desconcertado que él.
—Eso digo yo —murmuró malhumorado bebiendo su sopa.
—Necesita ropa nueva, para no llamar la atención entre la gente del puerto —respondió Maggie con paciencia.
—No creo que eso le guste —contestó Kellet, confuso.
—No me gusta —confirmó mientras seguía bebiendo la deliciosa sopa.
Maggie miró del uno al otro, mientras Penny, al notar el ambiente, se iba a limpiar la chimenea.
—No tienes que tener nada nuevo si no quieres —le aseguró Kellet con rapidez.
—Mi señor —llamó Maggie a Kellet—. Si vuestro invitado piensa quedarse de forma permanente, debería estar vestido con propiedad. Como lo que es —dijo muy seria, mirándolo, con una determinación que hizo que la tensión en el aire aumentara.
Se estaba perdiendo algo por la forma en que Kellet y Maggie se miraron, algo no verbal, una comunicación silenciosa cargada de historia.
—Khirstan no quiere y no voy a obligarlo a hacer algo en contra de su voluntad —le aseguró Kellet después de un silencio largo e incómodo.
—Como mis señores digan. Me llevaré las telas, lamento haberme sobrepasado. —Recogió todo y salió de la habitación seguida por Penny.
Terminó el plato y alcanzó el pan.
—Creo que no le gusto mucho —comentó metiéndose un pedazo en la boca—. Podías haberme advertido de que mentiste diciendo que soy un noble.
—No lo hice —contestó Kellet, que todavía miraba la puerta cerrada —. Lo único que dije es que no vivías aquí, lo que es cierto. No quiero que finjas ser lo que no eres.
—No soy nadie —le recordó.
Kellet se giró y lo miró lleno de reproche.
—Tú lo eres todo —contestó sin dudar.

Su corazón enloqueció llamando al suyo, como las olas mecidas por el mar. Dejó el pan en la bandeja y estiró la mano. Kellet la cogió sentándose a su lado.
—¿Qué saben sobre mí?
—Solo tu nombre y que eres de fuera. Nada más, no dije una palabra —le prometió mirando sus manos unidas.
—¿Son de fiar? —preguntó.
—Juraría que sí. No me han decepcionado y sabían lo que pasaba aquí, pero no se lo dijeron a nadie —le respondió.
—Eso hablaba bien de ellas, desde luego, muchos pagarían por vender esa información a tu familia.
Kellet asintió.
—Me preguntó si quería cambiar algo de tu casa; dijo que podía hacerlo —le confesó.
—Puedes —contestó Kellet con rapidez—. Puedes pedirles todo lo que quieras y necesites, cualquier cosa que haga que te sientas cómodo hasta que te vayas —la voz de Kellet era firme, pero en sus ojos brillaba una suavidad que desmentía la dureza de sus palabras. Lo observó desconcertado, intentando encontrar alguna pista que explicara aquel tono lleno de ofrecimiento, sin entender a qué se refería.
—¿A dónde me voy? —quiso saber.
Kellet apartó la mirada, pero no lo suficientemente rápido como para que no viera su gesto abatido.
—A tu casa, en Tharkia... Imagino que, cuando llegue la primavera, volverás con los tuyos —elucubró Kellet.
Se tragó la sonrisa que pugnaba en sus labios. «Soldado… no sabes nada», pensó, sintiendo cómo su corazón se llenaba de calor; una llama que ardía con fuerza en su pecho. Ese estúpido hombre no tenía ni idea de cuánto lo quería. La idea de que él no lo supiera le arrancó un suspiro, de frustración y dulzura.
—Puede que me quede más tiempo —le dijo pasando el pulgar sobre sus dedos.
Kellet levantó la cabeza con tanta rapidez que tuvo que hacerse daño.
—¿Sí? —preguntó, esperanzado.

Se mordió el interior de la mejilla para no reír; bajo ese letal soldado en el que la cruel sociedad lo había transformado, aún brillaban destellos del verdadero Kellet. Eran esos recuerdos los que más atesoraba durante su descanso en el hielo; el calor de aquellos momentos le brindaba un refugio capaz de sostenerlo durante siglos. Asintió, sin añadir nada más. Merecía la pena cualquier sacrificio por ver esos ojos llenos de vida.
—Si voy a quedarme tanto tiempo, puede que necesite algo de ropa —admitió, aunque no acababa de sentirse cómodo; estaba acostumbrado a conseguir sus cosas, y en Tharkia tenía dinero para obtener lo que necesitara.
—Solo si quieres, a mí me parece bien lo que llevas —le aseguró Kellet antes de que sus mejillas se volvieran de un rojo vivo, como si hubiera dicho algo prohibido.
—No llevo nada, así que ese comentario es un poco raro. ¿Quieres que camine desnudo por el puerto? —inquirió, solo para quitarle de la cabeza la idea que lo estuviera torturando.
Kellet no mordió el anzuelo; en lugar de responder, sonrió y llevó sus manos unidas a los labios, dejando un beso en el dorso que lo llenó de calor por todas partes.
—Nada elaborado, ni con adornos, ni lujoso. Ropa sencilla y oscura —le pidió, mirándolo a los ojos.
—Lo que quieras —cedió Kellet con facilidad.
Negó con la cabeza, y esta vez fue él mismo quien besó sus manos unidas, disfrutando del sonrojo que cubrió las mejillas de Kellet.
—Solo te quiero a ti —admitió en voz baja—. No me importa el lugar, la ropa, ni la comida, ni nada que no seas tú.
Kellet se inclinó sobre él, besándolo en los labios y devolviéndolo a la vida con un solo beso, como si cada caricia tuviera el poder de borrar las sombras de sus días más oscuros, envolviéndolo en una sensación de paz y pertenencia que nunca había conocido.
Kellet tenía en su interior el calor del cielo, siempre cálido y luminoso, una luz que irradiaba con cada gesto, su propia estrella fulgurante sostenida en el firmamento. Si de él dependiera, viviría mirándolo para siempre, dejando que esa luz lo guiara, envolviéndolo con su luz en cada momento.

Acarició su mejilla despacio, rompiendo el beso con reticencia, como si cada segundo lejos de sus labios le costara un pedazo de alma.
—Iré a buscar a Maggie —lo informó Kellet poniéndose en pie. Fue hacia la puerta sin dejar de mirarlo, andando de espaldas—. Algo sencillo y oscuro —repitió con las pupilas dilatadas por el deseo.
Asintió, dándole la razón. Sentía el cuerpo tenso, deseando unirse de nuevo a él, pero el condicionamiento de Kellet y la vergüenza les impedían volver a ese momento perfecto en el que sus almas se habían unido. Se obligó a respirar profundamente para calmarse; encontraría de nuevo el camino hacia él, solo debía tener paciencia, y por suerte, el tiempo era algo que le sobraba.



LA PROPUESTA

KELLET

El puerto siempre había sido un lugar estimulante, donde sabía a qué lugares era seguro ir y en cuáles debería andarse con cuidado. La gente lo percibía como un peligro, como alguien a quien debían ignorar o despreciar, y no disimulaban demasiado. Su sutil y ligero cambio de armario sirvió para que los que le conocían lo observaran con suspicacia y sus susurros hirientes se redujesen a un extraño silencio.

No podría decir si estaba directamente relacionado con su nuevo guardarropa o con su compañía, ya que rara vez iba por el puerto sin Ailysh o Kellet.

Los días fueron pasando y el puente seguía hundido; el miedo a que el océano se volviera también contra ellos no desaparecía. Pero si había algo que llamaba la atención de los humanos, era su capacidad de adaptación y de fingir normalidad cuando todo era extraño.

Todavía miraban con atención al horizonte cuando percibían que las olas chocaban con fuerza contra las rocas. Los militares, por otra parte, permanecían mucho más tranquilos que los civiles. En cuanto

los superiores les aseguraron que no había peligro, no volvieron a preguntarse nada. No en vano, estaban criados y entrenados para obedecer.
Kellet había recibido varias cartas de su tío, pero no parecía realmente preocupado por ello. Según él, su tío decía que no había sufrido daño alguno, pero que el mal tiempo los mantenía asolados, confiando en que era algo temporal.
Kellet había tardado apenas unos pocos minutos en responder con un escueto mensaje, asegurando que el puerto también permanecía sin cambios. En su opinión, era cuestión de tiempo que alguien en la isla se diese cuenta de que pasaba algo raro, pero sin pruebas de nada, era casi imposible que supieran la causa de su mal. Por mucha magia de energía que estuvieran usando, no existía nada parecido a lo que él podía hacer… salvo alguien que tuviera sus mismas cualidades. Sabía que había algunos; había recibido alguna vez visitas de ellos en Tharkia, pero no vivían cerca como para acudir con rapidez y nunca, bajo ningún concepto, lucharían para ningún ejército.
Era un pensamiento que todavía le causaba desasosiego. Su abuela le había advertido cientos de veces desde que era un niño que no podía acercarse a los militares. Le había dicho que era peligroso que alguien se diera cuenta de sus habilidades y encontrase la forma de obligarlo a usarlas contra la población. Podrían causar heridos y muertos a miles, y lo que era peor, los haría prácticamente invencibles.
Sin embargo, ayudar a Kellet no fue algo que planeara. Cuando vio todo lo que había hecho en su ausencia, los cambios en el puerto y el ejército, no le quedó otra opción. Estaba en el camino correcto, solo necesitaba ayuda y nunca la recibiría de su tío, quien se aprovechaba de forma descarada del sufrimiento de los que no podían defenderse. Si había, aunque fuera una mínima posibilidad de romper esa rueda de abuso infinito, tomaría partido.
Sacó la cabeza del agua y dejó que el sol le besara la piel. A esas alturas del invierno, no podía percibir su calor, pero no importaba; tenía más que suficiente con disfrutar de su luz.

Sintió como una larga cola de escamas se enrollaba en su gemelo y subía por su muslo. Un suspiro después, la cabeza del Leviatán asomaba entre el suave oleaje.
—¿Por qué estás tan cerca de la orilla? —preguntó con suavidad, acariciando el cuerpo de la serpiente marina. Todavía era una cría y apenas alcanzaba los dos metros, pero en unos veinte años sería un ser descomunal como su madre que no andaría muy lejos.
La serpiente abrió sus fauces, dejando salir un sonido que pretendía sonar a rugido, pero parecía más un maullido.
—Niño —amenazó a la cría, que dejó su pierna para enredarse en su cintura. Lo dejó hacer sin alterarse. Era otro de los problemas de permanecer en el puerto. Su presencia atraía a todo tipo de criaturas marinas. Si la gente se daba cuenta, sembraría el pánico o, peor, intentarían cazarlos y acabarían muertos.
Una mano tiró de su tobillo, arrastrándolo hacia el fondo. Sonrió al ver a las sirenas rodeándole. El frío volvía sus ojos de un azul brillante e inquietante, aunque a él no le molestaba.
Sabía que estaban molestas con él; quedarse en el puerto era un riesgo innecesario cuando podía usar el mar para llegar a Tharkia sin problemas. Las entendía, pero había algo que ellas no podían comprender. Amaba a Kellet y no pensaba marcharse sin él. ¿Cómo podía explicarle el amor a alguien que había cedido su corazón al frío del mar?
Podía recordar sin esfuerzo cómo le alcanzó la calma completa cuando el mar lo engulló. Sabía que, a cambio de encerrar en las profundidades del mar a la Ostántiga, tendría que dar su vida. Le pareció un cambio justo si el precio era salvaguardar la vida de Kellet. Nunca imaginó que él lo reclamaría, aunque para ser justo, Kellet todavía no entendía lo que había hecho.
Lo habría estrangulado con sus propias manos si no fuera porque era muy consciente de cómo fue educado y del desasosiego que le causaba tener sentimientos por él. Podía ver en sus ojos la guerra interna en la que estaba sumido, el dolor casi físico que sentía cuando el deseo se manifestaba en su cuerpo, como si hubiera algo malo en demostrar amor al hombre que amaba.

Si estuvieron juntos aquella primera y única vez, fue porque Kellet necesitaba comprobar que estaba vivo, y el miedo a que fuera un sueño había ganado al temor por lo que estaba haciendo. Pero no tomaría ventaja de ello ahora que era consciente de lo que pasaba; esperaría a que Kellet acudiera a él cuando su mente y cuerpo estuvieran en sintonía.

El leviatán lo dejó ir y se alejó, probablemente para buscar a su madre. Buceó con calma hacia la orilla; pronto sería hora de cenar, y Kellet se preocuparía si no regresaba.

Debía ser más tarde de lo que pensaba, porque cuando llegó a la orilla, Kellet lo estaba esperando con Ailysh. Él entrecerró los ojos con gesto amenazador mientras lo veía acercarse.

—Ya iba a volver al cuartel —dijo en tono conciliador.

Kellet no respondió. Recuperó la capa que había dejado tirada en la arena antes de zambullirse en el mar y se la tendió para que se cubriera.

—Vas a morir de una neumonía —le advirtió Ailysh con paciencia.

—El frío no va a matarme —protestó, aunque sabía que solo Kellet podía ver la verdad en sus palabras.

Se sorprendió mucho al darse cuenta de que Kellet no le había contado a Ailysh prácticamente nada sobre lo que pasó con él después de que creara aquella ola gigante. Solo le había contado a su hermana lo justo, torciendo la verdad sin mentir y obviando las partes donde quedaba claro que su humanidad estaba comprometida.

No le preguntó por qué lo había hecho, pero sospechaba que era para evitar que Ailysh se diera cuenta de lo mucho que se conocían. Ya era sorprendente que no se hubiera percatado de lo que sucedía entre ellos, especialmente cuando las criadas ya lo habían notado.

—Maggie dijo que hoy teníamos una comida especial —le dijo Ailysh mientras caminaban hacia la muralla. El sol ya casi estaba escondido; pronto, la oscuridad los rodearía de nuevo.

—Deberías advertir a los centinelas que preparen aceite para las antorchas —advirtió mientras los tres cruzaban las puertas—. Habrá tormenta de nieve esta noche.

Kellet asintió y se separó de ellos para ir con los soldados que tenía más cerca. Ailysh entrelazó su brazo con el suyo.
—¿Te he dicho cuánto me gusta que vivas aquí? —le preguntó ella.
Sonrió, negando con la cabeza. Por supuesto que lo sabía, se lo decía a diario.
—No, es la primera vez que escucho eso —mintió con descaro.
Ailysh se rio, dándole un codazo en las costillas.
—Tendríamos que hacer esto permanente para que no te vayas en primavera —siguió diciéndole ella.
Rodó los ojos al escucharla; al parecer, la estupidez era hereditaria. Aunque quizá debería ir pensando en cómo podía justificar su decisión de quedarse cuando llegara el momento, porque habría preguntas y cualquier potencial respuesta incluía reconocer que pasaba algo entre ellos, y Kellet no estaba listo para esa conversación.
—Podríamos casarnos —ofreció Ailysh de repente, emocionada.
—¿Qué dices?
—Piénsalo: nos conocemos y nos queremos. Nuestra boda sería perfecta.
Se paró en seco a mirarla. Ailysh sonreía y parecía satisfecha con su idea.
—Te olvidas de la parte donde soy un rebelde —contestó para disuadirla.
Ella hizo un gesto vago con la mano, desestimando sus palabras.
—Mi tío me ordenó casarme este año. Dijo que podía elegir a quien quisiera. Podríamos decir que eres de la isla de Deasei, nadie se enteraría —comentó emocionada, agarrándolo del brazo para continuar hacia sus habitaciones.
—La gente del puerto sabe de dónde vengo —le recordó.
—Ninguno de ellos estará en la boda. Iremos a Nimerik, nos casamos y vuelves como mi esposo. Nadie dirá una palabra —le prometió, cada vez más animada.
—¿Qué pasa con la boda de Kellet? —inquirió sin comprender por qué su tío cedería a que su sobrina se casara con un plebeyo cuando su familia dominaba la isla.

Ella abrió los ojos y le chistó, llevándose el dedo a los labios, pidiéndole silencio.
—No vuelvas a hablar de eso —le ordenó, mirando alrededor, aunque estaban solos en el pasillo.
—Creí que tenía una prometida en Nimerik.
—Olvida eso y no hables del tema. Mi hermano rechazó a la chica y le dijo a todos que no se casaría con nadie —le confesó en voz baja.
—Creía que no podía hacer eso —murmuró, comprobando que Kellet no estuviera acercándose.
—Y en teoría era cierto, pero se volvió loco y juró a todos que no lo haría, que se consagraría a engrandecer el apellido en la guerra, pero que no engendraría hijos, ni tendría una mujer —le explicó Ailysh en un hilo de voz.
Su boca se abrió por la sorpresa.
—¿Y qué dijo tu familia? —preguntó, imaginando que esa conversación no debió acabar bien, porque en su mundo eso era impensable, ni siquiera una opción para alguien de su rango.
—Mi padre casi lo mata —reconoció ella—. La situación se puso francamente mal, hubo una gran pelea entre todos. Creía que Kellet iba a pegarle a mi padre… No te imaginas lo asustada que estuve.
Apretó los dientes, obligándose a calmarse. No podía imaginar cómo se asustó ella, pero sí cómo se sintió Kellet: aterrorizado, y lo desesperado que tuvo que estar para llegar a hacer algo así.
—Ahora la responsabilidad de la familia depende de mí, tengo que tener hijos pronto y casarme —le comentó con tranquilidad, reanudando el paso.
—¿Y a ti te parece bien? —le preguntó sin ser capaz de ocultar su desagrado.
—No me parece ni bien ni mal, es lo que se espera de mí. Un buen matrimonio y descendencia para asegurar mi linaje.
—¿Y qué pasa con el soldado que ves a escondidas? El del pajar —le reclamó.
Ailysh volvió a pedirle silencio con un gesto.
—No digas ni una palabra, si Kellet se entera, lo mata. Me divierto y disfruto mientras puedo, pero él no es un candidato. Me lo paso bien con él, pero no tiene un apellido que lo respalde —dijo ella sin más,

entrando directamente a la habitación de Kellet. Se dio la vuelta mientras él cogía ropa seca para vestirse.
—Hace un segundo querías casarte conmigo y yo no tengo nada —le recordó divertido.
—Tú no necesitas nada, podría casarme contigo hoy mismo si me aceptas —aseguró ella sin dudar.
—La cena está servida —anunció Maggie, abriendo la puerta que daba al despacho de Kellet, ya que solían cenar allí.
Terminó de vestirse y fueron a sentarse cada uno en su lugar en la pequeña mesa que había cerca de la ventana. Kellet entró mientras Penny le servía vino caliente a Ailysh y Maggie llenaba su copa de hidromiel.
—Gracias, Maggie —le agradeció en voz baja. Todavía era extraño tener a alguien que hiciera esas tareas por él.
—Voy a casarme —anunció Ailysh en cuanto Kellet se sentó frente a ella; él se sentaba entre los dos hermanos.
—¿Con quién? —le preguntó Kellet, frunciendo el ceño.
—Conmigo, aparentemente —contestó mirándolo.
Kellet miró de uno al otro como si no entendiera las palabras.
—No digas tonterías, no puedes casarte con Khirstan —aseguró con dureza. Su mirada chocó con la de Penny, que bajó la cabeza enseguida.
—Claro que puedo, el tío dijo que podía elegir a cualquiera. Lo elijo a él —contestó Ailysh.
Kellet se llevó la mano a la nariz, apretándose el puente mientras mascullaba entre dientes.
—Cena y calla. No vas a casarte con Khirstan —la reprendió con dureza.
—¿Por qué no? —insistió ella—. Estaría de acuerdo con que siguiera en el ejército, me trataría bien, a mí y a nuestros hijos.
—¿Hijos? —repitió Kellet con veneno en la voz.
—He preparado un plato nuevo —les interrumpió Maggie con voz tranquila, poniendo platos de una sopa humeante delante de ellos.
—Esto huele de maravilla —comentó Ailysh—. ¿Qué es?
Maggie sonrió orgullosa.
—Sopa de pescado un poco diferente.

Entrecerró los ojos mirando su plato y probó una cucharada del espeso líquido. El sabor fuerte y contundente le llenó el paladar. Era una sopa que solían hacer los marineros de bacalao y verduras de suelo, un plato de campesinos que jamás se serviría en la mesa de un noble.

Por un motivo que le fue completamente desconocido, los ojos se le humedecieron. Las dos mujeres hacían un esfuerzo diario porque estuviera cómodo; la última vez que alguien se tomó tantas molestias por él fue su abuela, y de eso ya hacía mucho tiempo.

—Gracias a las dos, esto es… muchas gracias —murmuró un poco avergonzado.

Ellas sonrieron y se alejaron para darles privacidad.

Kellet puso la mano sobre su brazo, dándole un suave apretón.

—¿Estás bien? —le preguntó, observándolo con atención, buscando qué le estaba molestando.

Miró sus ojos grises, preocupados y llenos de sinceridad. Kellet no se daba cuenta, pero todos sus gestos continuamente le hablaban de amor. La forma en que se preocupaba de él, la manera en que lo miraba, abierta y franca…

—Creo que me estoy poniendo enfermo —mintió, porque no podía decir delante de nadie que lo amaba. Que desde que lo reclamó al mar, ese vacío que siempre había llevado dentro había desaparecido y que no tenía ni idea de cómo iban a seguir juntos en un mundo donde el comandante de Nimerik nunca podría estar con un hombre sin perderse en el camino.



MATRIMONIO

KHIRSTAN

Pensó que el ofrecimiento de Ailysh fue fruto del momento; sin embargo, al día siguiente ella continuó argumentando su magnífica idea.

Kellet había pasado el desayuno comiendo con tanta fuerza que seguramente tenía que dolerle la mandíbula. Al mediodía, Ailysh volvió a abordarlo, tratando de llegar a un acuerdo sobre cuántos hijos tendrían.

—Basta —la detuvo, hastiado—. No vamos a casarnos —le aseguró, dejando el tenedor en el plato y perdiendo la paciencia.

Kellet le dedicó una mirada agradecida por detener el tema. Ailysh, sin embargo, le lanzó una mirada dolida.

—Te trataré bien —le aseguró ella, sin comprender por qué se estaba resistiendo tanto a su idea—. Podrías pasar el invierno en tu casa, si quieres —le ofreció, tratando de persuadirlo.

—Dije que no. Si tuviera que casarme, nunca serías tú —le aseguró, cortando su posible respuesta—. Somos familia, y eso hace que no pueda verte atractiva de ninguna manera. Te quiero, pero nunca

podría acostarme contigo ni acercarme de una forma que no fuera fraternal.
Eso hizo que Ailysh cerrase la boca de golpe.
—Eso sería un problema, sí —murmuró ella, contrariada.
—Piénsalo bien —le pidió—. ¿Serías capaz de tener sexo conmigo?
¿Sexo de verdad? —inquirió, observándola con atención.
Ailysh le devolvió la mirada. Kellet miró del uno al otro, pareciendo indeciso sobre si debía intervenir.
—Pensándolo mejor, no. Aunque, si tú hicieras todo el trabajo, podría cerrar los ojos —opinó, indecisa.
Él dejó salir una carcajada al escucharla.
—No podría hacer nada por ti, mi cuerpo nunca te respondería —contestó con sencillez—. Además, es deprimente que lo mejor que puedas esperar de tu matrimonio sea cerrar los ojos y permitir que un idiota te deje embarazada.
Los dos se miraron de nuevo antes de estallar en risas.
—Está bien, está bien —cedió Ailysh por fin—. Puede que no fuera tan buena idea, pero en teoría sí que lo era. Casarme con mi mejor amigo sería genial, tener a alguien más que Kellet de quien fiarme.
—Me tienes, siempre vas a hacerlo —le aseguró—. Pero un matrimonio debería ser algo más que eso. Tu marido tendría que ser alguien en quien puedas confiar, con quien te guste estar, que siempre te diga la verdad, incluso cuando nadie más quiera decírtelo y, sobre todo, que te quiera.
—El amor no es necesario para un matrimonio —le recordó Ailysh con diversión.
—No lo es, pero sí es un requisito indispensable para ser feliz. El amor es una fuerza todopoderosa, que no entiende de límites ni barreras. Amar es un regalo que no sabe de clases, ni entiende de normas. Es la sensación de un amor así lo que te hace sentir que puedes luchar contra el mundo.
Todos se quedaron en silencio, incluso Maggie y Penny se detuvieron en su labor de servir la mesa y lo miraron.
—¿No es ese un pensamiento infantil? —preguntó Ailysh con curiosidad.

—¿Tú crees? Me gusta pensar que existe ese tipo de conexión cuando encuentras a la persona correcta. He soñado con algo así toda mi vida y siempre tuve claro que, si no tenía eso, entonces no quería nada —opinó, encogiéndose de hombros.
Podía sentir la mirada de Kellet ardiéndole en la piel, intensa y casi tangible. Vio cómo agarraba la copa con tal fuerza que sus nudillos palidecieron.
—Eso suena bien —le concedió Ailysh—. Pero no hay de eso en mi mundo, así que encontraré a un hombre con poco carácter para que no me impida seguir luchando, con menos rango que yo, para que no trate de usar mi apellido para escalar entre la nobleza y, con suerte, que no sea una desgracia en la cama.
Él la miró, boquiabierto.
—Ni siquiera me escuchas —dijo, indignado—. Deberías buscar un compañero de vida, no un contrato político.
—Es que no quiero un compañero de vida —dijo ella, riendo—. Quiero luchar, entrenar y pelear. No necesito nada más, entiendo que tú quieras eso, pero yo quiero ocupar mi lugar. Crear herederos para asegurar mi legado familiar, ser la mano derecha de Kellet cuando tome el control de Nimerik… no quiero nada más. Yo quiero ser mi propia fuerza, no deseo depender de nadie que no sea yo.
Intercambió una mirada con Kellet. Quizás Ailysh fuera más política de lo que su hermano pensaba. Él sintió cómo se le rompía el corazón por ella; era práctica y tenía un corazón enorme, pero algún día el peso de sus propias decisiones la aplastaría.
—El amor no es dependencia, Ailysh. Es fuerza… es libertad —le dijo muy serio. Ahora podía entender un poco mejor la clase de pensamientos con los que los dos se habían criado. Otro hilo suelto más en la tela de araña que formaba a Kellet.
Ailysh no le respondió. Frunció el ceño, pero volvió a su comida. Puso las manos sobre la mesa, tomando una bocanada de aire para tranquilizarse. Si Kellet pensaba así, ¿tendrían un futuro juntos?
—Maggie —llamó con suavidad—. ¿Puedes conseguirme un par de manzanas? Me gustaría dar un paseo.
—Por supuesto, mi señor. Ahora vuelvo —le contestó ella con una pequeña sonrisa de simpatía.

—Os veo en la cena. Me vendría bien un poco de aire aprovechando que la nieve nos está dando un descanso.
Se levantó de la mesa, pero captó la mirada torturada de Kellet cuando sus ojos se cruzaron. Apartó la mirada mientras se cubría la cabeza con la capucha. El roce ligero de la mano de Kellet contra la suya al pasar fue casi imperceptible, pero le dejó una punzada de inquietud. Aunque sabía que el gesto pretendía calmarlo, aquello solo sirvió para que se sintiera peor.
Disfrutó de unas cuantas horas de soledad y compartió sus manzanas con las sirenas. Siempre había algo mágico en esos encuentros silenciosos, una tregua entre mundos diferentes. Desde niño sabía que esa era la única fruta que les fascinaba, y el brillo en sus ojos de hielo al morderla siempre lograba arrancarle una sonrisa. Pero aquella tarde, ni siquiera eso consiguió aliviar el peso que le oprimía el pecho.
Subió finalmente a lo alto de la muralla, hasta la parte que se unía con el techo del cuartel. Allí arriba, el viento soplaba con más fuerza, gélido y cortante, pero con él venía una sensación de libertad que no encontraba en ningún otro lugar.
—No podía encontrarte —escuchó la voz de Kellet a su espalda.
—Acabo de llegar —contestó, observando cómo pasaba delante de él. Kellet caminó con la naturalidad de quien conoce cada rincón del lugar, aunque había algo en su postura, una rigidez en los hombros, que traicionaba su aparente calma.
Estaba recostado contra la pared, contemplando el océano desde un pequeño recoveco que le ofrecía un instante de intimidad en medio del bullicio de los soldados. El olor a sal y la bruma del mar lo envolvían, pero no conseguían ahogar los pensamientos que revoloteaban en su mente.
—Ailysh sigue empeñada en casarse —le comentó Kellet, apoyándose en la barandilla de piedra para mirar el mar, dándole la espalda—. Sigue valorando candidatos.
—¿Por qué tanta prisa? Aún falta mucho tiempo para la primavera —respondió. Podía notar que Kellet también estaba incómodo, pero esta vez no iba a tratar de calmarlo. La brisa marina agitaba los mechones más cortos de su pelo rubio y el deseo de acercarse para

tocarlos con sus propios dedos hizo que sintiera la necesidad de llevarse las manos a la espalda.
—¿Te lo contó? —lo interrogó Kellet, girándose para mirarlo—. ¿Lo que le ordenó mi tío?
—Sí, cuando sugirió que yo me convirtiera en su marido.
Kellet lo miró con desconcierto, sus labios apenas se movían, como si las palabras le costaran salir.
—¿Qué parte te dijo? —quiso saber.
—Todo, incluida tu negativa a tener una esposa y la pelea con tu padre —respondió, midiendo su tono para no cargar más el ambiente.
Kellet volvió a darle la espalda, como si se avergonzara de que lo supiera. Ambos se quedaron en silencio por un momento, observando cómo las olas golpeaban los muros en un vaivén casi hipnótico.
—No tenía derecho a contarte nada —protestó.
—No, pero me hubiera gustado que me lo hubieras dicho tú —le recriminó—. Para saber en qué situación estás.
—No tiene importancia, ya está hecho —le aseguró Kellet, pero su voz no tenía la firmeza de otras veces.
—Había muerto, podrías haber rehecho tu vida —tuvo que recordarle, aunque el solo decirlo le resultaba un esfuerzo.
Kellet dejó salir una amarga risotada que resonó débilmente contra la piedra.
—No había vida si me iba con ella, no quedó nada después de ti —le contestó con voz apagada, cargada de una sinceridad que casi dolía.
Se quedó callado, sin saber qué decir, dejando que el peso de esas palabras se asentara entre ambos. Quería zarandearlo, no era posible que Kellet no se diera cuenta de lo frustrante que era su actitud. Del daño que se infligía a sí mismo, al negar una parte tan importante de su vida.
—Fue arriesgado decirle que no tendrías hijos —señaló tras un largo silencio.
—No tanto como parece. Si no hubieran aceptado, me habría quedado sin opciones —admitió Kellet, volviendo a girarse. Sus ojos parecían buscar algo en los suyos, tal vez comprensión, tal vez

perdón. De nuevo se mantuvo aislado, escuchando con atención para tratar de adivinar lo que les esperaba.
—¿Y cuál era el plan? —quiso saber.
Kellet lo miró a los ojos, fijamente.
—No había ninguno. No sabía cuánto tiempo tardaría en quebrarme, pero sabía que mi punto de ruptura estaba demasiado cerca —admitió Kellet, muy serio.
Él lo observó detenidamente, dejando que sus propios recuerdos se mezclaran con lo que Kellet acababa de confesar. A su vuelta, había encontrado muchos cambios en Kellet; algunos eran obvios, pero otros, como ahora, solo podían verse bajo la luz adecuada.
—Han pasado muchas cosas desde que me fui, pero en lo importante seguimos estancados. Tú sigues siendo tú, yo siempre seré yo. —No iba a abandonarlo salvo que Kellet se lo pidiese, pero quería saber qué estaba dispuesto a hacer cuando la realidad los encontrase de bruces. Igual que el mar no podía contenerse, las mentiras acabarían por ver la luz.
—Encontraremos una manera —le contestó Kellet, esquivo—. Nos veremos cuando vuelvas al puerto —le aseguró.
Lo miró con sorpresa. ¿Ese era su plan? ¿Conformarse con verse de vez en cuando?
—Solo vengo a Bashel una vez al mes, como muy pronto —le advirtió, esperando alguna reacción—. Y nunca durante el invierno por la nieve.
Vio cómo el cuerpo de Kellet se ponía rígido, pero su cara no demostró ningún cambio.
—Será suficiente —aseguró Kellet sin dudar.
—¿Lo será? —inquirió, observándolo con atención.
—Tiene que serlo. Tú nunca dejarás a tu gente, y yo no abandonaré el puerto —le explicó Kellet.
Intentó contener su reacción. Kellet tenía que decidir por sí mismo.
—Tú también eres mi gente —le recordó en voz baja.
Los ojos de Kellet lo observaron, suplicantes. Vio con claridad que se sentía acorralado y, de nuevo, se obligó a retroceder. Los sentimientos a veces no eran suficientes, y la lucha de Kellet iba más

allá de la racionalidad. Se asentaba en sus miedos y en lo que su familia le había enseñado desde niño.
No añadió nada más. Aunque le encantaría decir muchas cosas, guardó para sí mismo sus argumentos. Tenía millones de ellos colgando entre sus labios, listos para atraerlo de vuelta hacia él, pero no podía hacerle eso. Kellet tenía que hacer las paces consigo mismo y encontrar la forma de buscarle un lugar en su vida.
—¿No resulta agotador? —preguntó en voz baja. Kellet lo miró desconcertado; era obvio que no entendía a qué se refería—. Luchar contra todo y todos, incluso contra ti mismo —se explicó.
Kellet le dedicó una sonrisa triste.
—No tengo opciones —le aseguró—. Es avanzar o morir.
Negó con la cabeza, sintiendo tanta pena por dentro que, por un instante, fue como si volviera a estar bajo el mar, solo y aterido de frío.
—Siempre hay opción, soldado. Recuérdalo. Siempre se puede elegir hacer las cosas de un modo distinto.



MENTIRAS

KELLET

Lo estaba perdiendo de nuevo. Podía sentirlo en cada silencio, en cada mirada esquiva. Algo había cambiado entre ellos desde la ridícula e inoportuna propuesta de matrimonio de Ailysh.
Khirstan se estaba alejando de él. Ahora pasaba las noches leyendo en su despacho y solo iba a la cama cuando él se marchaba a entrenar. Mantenía las distancias en todos los sentidos, incluso evitando hablar con él si no era necesario. El espacio que había entre ellos se sentía más grande que nunca; una ausencia que llenaba sus habitaciones con un peso insoportable, incluso cuando se sentaban a comer solos los tres.
Quería decirle algo que lo tranquilizara, pero no tenía ninguna respuesta que darle. No podía hacerle promesas; su futuro era incierto. Lo único que tenía claro, la única certeza que no flaqueaba, era lo que sentía por él.
En su mente no existía ni asomo de dudas, pero cada vez que trataba de encontrar las palabras para asegurarle un futuro, estas se le cortaban en la garganta. No podía mentirle, por mucho que lo deseara. Era imposible darle un compromiso real, prometerle una

vida juntos, cuando la sola idea de que alguien lo sospechase podría significar su final.
Así que todas las noches se acostaba solo en una cama que ahora parecía enorme, esperando que Khirstan regresara, escuchando cada crujido de la madera o el leve murmullo del viento, sin ser capaz de conciliar el sueño.
Su caballo se movió inquieto debajo de él, como si de alguna forma intuyera que su jinete no estaba prestándole atención. Movió las riendas, recuperando el control, y siguió cabalgando por las playas. Quería ver cómo iba el entrenamiento que Verin estaba haciendo en la arena.
Los soldados se estaban esmerando; la disciplina y la mano dura habían obrado milagros desde el otoño. No podía hacer más que sentir orgullo al verlos esforzándose al máximo, plenamente concentrados en dar lo mejor de sí mismos.
—¿Qué te parece? Hacía años que no teníamos a soldados a este nivel —le dijo Verin, acercándose a él en su propio caballo.
—Lo sé, están en un estado inmejorable —respondió con satisfacción.
Verin asintió, igual de complacido que él. Le hizo un gesto para que lo siguiera y, después de dar órdenes a su segundo al mando, cabalgaron juntos.
—Para la primavera serán imbatibles —comentó Verin.
—Esa es la idea. Los aprendices que estaban a prueba ya han sido ascendidos —informó.
La estrategia había sido meticulosa, traer a los aprendices más prometedores aseguraba una base sólida, un pilar sobre el que construir en tiempos de incertidumbre. Por primera vez en cientos de años, ambos cuarteles estaban al máximo de su capacidad.
—¿Cuántos pasarán a servicio activo? —quiso saber Verin.
—Todos. Tanto los que trajeron nuestros soldados como los de Ailysh. Estaban ya en la fase final. Lo harán bien —le aseguró.
Verin lo miró de soslayo mientras cabalgaban.
—Para tener tan buenas noticias, no pareces muy satisfecho —comentó.
—Lo estoy, todo marcha bien —respondió.

—Los hombres solo nos inquietamos por las mujeres, el dinero o la batalla —opinó Verin con una sonrisa.
—Todo está bien —mintió. Lo último que necesitaba era a Verin husmeando en las grietas de su vida privada.
—Eso es bueno. Tienes que tratar de buscar el equilibrio entre tus obligaciones y tus momentos de esparcimiento. Si tu cabeza está atribulada no le sirves a nadie.
—Estoy bien —le aseguró para terminar con el tema.
Verin detuvo su caballo para mirarlo a los ojos.
—Puede que estemos muertos en primavera, por traición. Si hay algún momento para disfrutar de los pequeños placeres de este mundo, es ahora —le dijo muy serio.
—Tengo mucho en qué pensar como para fijarme en eso —dijo, imprimiendo todo el desprecio que pudo a sus palabras.
Verin le dedicó una mirada exasperada.
—¿Y qué hay de tu invitado? —preguntó con ligereza.
Todo su cuerpo se tensó ante esas palabras, incluso su caballo se movió inquieto.
—Es un amigo de mi hermana —contestó, tratando de controlar su expresión. A esas alturas, todos en el puerto habían visto a Khirstan lo suficiente como para que su presencia fuera común, aunque nadie sabía dónde dormía.
—Curioso —comentó Verin, reanudando la marcha—. Estaba seguro de que era más cercano a ti que a ella.
—Te equivocas —negó con rapidez—. Hace años que conoce a Ailysh; son amigos de la infancia.
Verin emitió un sonido pensativo, sin añadir nada más. El silencio que siguió fue más pesado que cualquier acusación directa.
Empezó a sudar; los dos sabían que estaba mintiendo.
—Tu antecesor fue un guerrero temible y respetado —comentó Verin.
Tragó saliva, notando cómo el sudor se expandía por su piel helada.
—Pero después de la última batalla que comandó en nombre de Auris contra los piratas, su hambre desapareció —siguió explicándole Verin.
—¿Hambre? —inquirió, desconcertado.

—Todos los soldados tenemos una sed, una energía de tomar y conquistar que nos alimenta. Por eso vamos a la guerra: para hacer honor a nuestro apellido, para conseguir la gloria. Sin esa necesidad, sin esa hambre, un soldado no es diferente de un granjero —lo instruyó—. Pero a veces algún suceso duro, más allá de lo que nuestra comprensión alcanza, nos golpea con tanta fuerza y contundencia que destruye ese sentimiento.
—¿Eso fue lo que le pasó al comandante Derrik? —preguntó, confundido.
Verin asintió con gravedad.
—Esos piratas llevaban molestando mucho tiempo. Los ejércitos de las cuatro islas templadas ya habían tratado con ellos y no hubo supervivientes: solo barcos quemados y cadáveres que llegaban a las playas. Entonces nos llamaron a nosotros, y Derrik salió con dos batallones, de los que apenas volvieron cien soldados —contó Verin con evidente pesar.
Hizo memoria; no le costó mucho recordar la devastadora imagen de los dos barcos que habían vuelto en lugar de la flota que había partido.
—Lo supe en cuanto lo vi. En alguien de mi edad y con tantas batallas a la espalda, sabes cuándo ese fuego está apagado. Sus ojos habían perdido esa fuerza, y al día siguiente de su llegada ya estaba haciendo planes para marcharse a un lugar más tranquilo.
—Creía que era por su compañero —opinó sin poder contenerse—. ¿Entendí que perdió su puesto porque mi padre y mi tío lo echaron cuando supieron de su relación?
Verin lo miró extrañado.
—¿Quién te dijo eso? —preguntó, mirándolo con atención.
—Mi padre me envió una carta contándomelo todo —lo recordaba claramente porque, aunque conocía de sobra las opiniones de su familia al respecto, la misiva había sido extremadamente cruel respecto a las supuestas capacidades mermadas de Derrik en favor de entregarse a la lujuria.
Verin siguió observándolo con atención antes de negar con la cabeza.

—Te doy mi palabra de honor: eso no fue lo que pasó. Derrik volvió al puerto e hizo todos los trámites para apoyar tu candidatura como sustituto y encontrar un lugar en el que vivir —le aseguró el comandante.
—No entiendo. Creía que se fue porque su compañero no quería vivir en Nimerik cuando él perdió el trabajo. Cuando hablé con él para decirle que podía quedarse y lo apoyaría a pesar de su pareja, me dijo que estaba bien, que era el final que merecía —le contó. No había razón para la angustia que ahora le destrozaba el estómago por una historia que no era la suya. Aun así, sentía el ardor de la traición ardiendo en su pecho.
Verin bajó del caballo, entregándole las riendas a un mozo de cuadra para que se lo llevara a las caballerizas del cuartel. Luego se acercó a él, que todavía estaba sobre su montura.
—Nadie tuvo la culpa más que él. Quería irse y tener una vida apacible. Su compañero no era un luchador; sin esa ansia, no tenían nada que hacer aquí, y él lo sabía. Tu padre siempre estuvo al tanto sobre los gustos de Derrik; lucharon juntos en muchas batallas antes de irse a vivir a Nimerik —le aseguró Verin.
—Eso no es posible. Mi padre jamás consentiría a un desviado como compañero de batalla; los desprecia. —Necesitaba que Verin entendiera lo imposible que era esa posibilidad—. Si de él dependiese, todos estarían muertos.
Verin se quedó petrificado, mirándolo con desagrado.
—Todavía no he conocido a un guerrero que luche mejor en función de dónde mete su verga, y te aseguro que he visto todas las posibilidades —contestó Verin con brusquedad—. Desconozco por qué tu padre te dijo eso, pero te aseguro que Derrik no fue el primero ni será el último que disfruta de la compañía masculina sobre la de una mujer. La vida de un soldado es demasiado corta como para preocuparse por quién comparte su cama.
Asintió despacio, aún demasiado confundido para decir mucho más. Verin sujetó las riendas de su caballo, acercándose un poco más, como si quisiese asegurarse de que nadie más pudiera oírlo.
—Tu amigo es una cuestión menor. Nadie dirá una palabra y, si lo hacen, tampoco será importante. Deja que tu espada y tus acciones

hablen en tu nombre. Si levantas la cabeza con orgullo, nadie tendrá el poder de obligarte a bajarla. No hay deshonor en las elecciones que hacemos, mientras no dañen a nadie.
—No es mi... —intentó defenderse, pero guardó silencio al ver la mirada amenazante que Verin le dirigió.
—Lo que es peligroso es mentirse a uno mismo. Ningún soldado seguirá a un hombre que no es capaz de alzarse sobre sus inseguridades para convertirlas en un arma, y que así no puedan atravesarlo con ellas —opinó Verin con dureza—. Tu compañero es sigiloso, se mueve bien en las sombras y se mezcla con el pueblo. Diría que esas son virtudes que pueden jugar a tu favor. Tus soldados lo saben; todos en el cuartel lo saben o lo sospechan. Seguir ocultando algo que está a plena vista es de necios, y tú, muchacho, no lo eres. Eres un hombre hecho y derecho. Aclara tu mente, no tienes edad para jugar a esconderte.
Verin hizo un gesto de despedida y palmeó el cuello del caballo antes de desaparecer.
Se quedó paralizado. Agradeció estar sobre su corcel, ya que su estabilidad no dependía de su propio cuerpo, que parecía incapaz de dejar de temblar.
Había cometido un error al permitir que Khirstan se quedara con él. Ahora todos conocían su secreto, y eso lo había puesto en el punto de mira de su familia. Porque acababa de descubrir que su padre llevaba mucho tiempo manipulándolo. Quizá su progenitor había entendido antes que él sus propios deseos, y si eso era cierto, el día en que se negó a casarse había puesto una diana sobre su propia cabeza.
Su padre y su tío nunca permitirían que avergonzara a la familia uniéndose a un hombre. Era consciente de que tenía que alejar a Khirstan de él antes de que se terminara el bloqueo y ellos pudieran alcanzarlo. Tenía que hacerlo, aunque perderlo de nuevo le rompiera el corazón y terminara destrozado.



TRAICIÓN

KHIRSTAN

—¿Quieres que me vaya? —repitió en medio de un silencio atroz. Ailysh miró del uno al otro, sin entender el cambio repentino en el ambiente. La cena había transcurrido con normalidad hasta que Kellet, con su habitual tono firme, le hizo saber que debía irse antes de retirar el bloqueo de Nimerik. Sus palabras, tan tajantes como inesperadas, resonaron en el aire, dejando una sensación amarga. Se sentía usado y traicionado; le resultaba imposible creer que Kellet pudiera ser tan egoísta. La frustración le subía como una ola, golpeando con fuerza cada rincón de su mente.

—Es por tu seguridad —le prometió Kellet con seriedad—. Habrá sospechas después de que el puente vuelva a aparecer y, si no las tienen, cuando vean lo que estoy haciendo aquí, las tendrán. Es mejor que estés lejos.

Notaba el tono suplicante en sus palabras, la desesperación porque le entendiera, pero si quería dejar su mensaje claro, no tenía que habérselo dicho delante de Ailysh, bloqueando cualquier posibilidad de una conversación real. El momento se sentía tenso, cargado de palabras no dichas y reproches silenciosos entre los dos.

Lo preferible hubiera sido que, después de las semanas que habían pasado, Kellet le diera una explicación. Había esperado con ansias, día tras día, algún gesto, alguna señal que apaciguara el torbellino de inseguridades que lo acechaban. O que al menos hablaran para tratar de encontrar una solución juntos. En su lugar, Kellet lo alejaba.
Sabía que había un motivo para ello, pero tomar una decisión de esa magnitud sin contar con su opinión era ofensivo. El dolor que sentía no era solo por lo que había dicho, sino por lo que implicaba: una falta de confianza que le desgarraba por dentro. ¿Cómo podrían hacer una vida juntos si Kellet lo apartaba de él constantemente?
Contuvo las ganas de decirle lo que pensaba realmente.
—Incluso aunque desconfiaran de que hicimos algo, es imposible que lleguen a Khirstan —opinó Ailysh al ver que no decía nada.
Vio cómo la nuez de Kellet subía y bajaba, un gesto tan pequeño que, sin embargo, hablaba de toda la tensión que guardaba dentro. Evitaba mirarlo de forma directa, como si temiera que su mirada pudiera traicionarlo, dejando al descubierto algo que no estaba listo para compartir.
—Eso no podemos saberlo —la contradijo Kellet—. Es mejor prevenir lo que pueda pasar. Khirstan tiene que permanecer a salvo.
Las palabras parecían inofensivas, pero escuchó lo que no decían: tenía que estar oculto.
Trató de no estallar, de mantenerse sereno. Era consciente de que no podían exponerse públicamente y, por supuesto, no quería ni acercarse a su familia, pero que Kellet no confiara en que podría mantenerse al margen sin causarle problemas era una señal de la falta de confianza que le tenía.
Aquello le dolía más de lo que estaba dispuesto a admitir, como una punzada constante que no encontraba alivio. Estaba frustrado; cada vez que avanzaban, Kellet volvía al punto de partida y, siendo franco consigo mismo, estaba cansado. Cansado de dar pasos en falso, de esperar a que las murallas de Kellet se debilitaran, de caminar sobre un terreno que parecía siempre al borde del derrumbe.
—¿De verdad quieres que me vaya? —preguntó mirándolo directamente.

Kellet lo miró a los ojos, esos ojos grises que reflejaban la tormenta en la que estaba inmerso. Eran como un mar embravecido, incapaz de hallar calma, y en ellos podía ver el peso de las decisiones que le atenazaban el alma.
—Es lo mejor para ti. Lo más seguro —dijo apretando la mandíbula. Cerró las manos, formando dos puños apretados.
—No estoy de acuerdo —lo contradijo, cruzando los brazos delante de su pecho.
Kellet endureció el gesto, dedicándole una mirada decidida que ya había visto antes.
—Soy el comandante de Nimerik. Sé lo que es mejor para ti. Te irás en cuanto el tiempo mejore; no quiero que el puente quede de nuevo al descubierto contigo aquí.
Notó cómo el enfado despertaba su energía al sentirse tan claramente rechazado. El calor subió desde su pecho hasta sus sienes, una señal de la rabia contenida. «Soldado estúpido y desagradecido», pensó. En un alarde de control, consiguió mantener la calma. Respiró profundamente, obligándose a pensar antes de hablar.
—Como deseéis, comandante —respondió con frialdad.
Los ojos de Kellet se llenaron de arrepentimiento durante unos segundos, antes de que su mirada se endureciera de nuevo, volviéndose tan fría como el acero. Le dedicó un seco asentimiento y volvió a su comida.
—Yo creo... —intentó decir Ailysh.
—Come —le ordenó Kellet con dureza—. Ya está decidido —sentenció.
Lo estaba, pero fue una decisión unilateral en la que su opinión no importaba en absoluto, como si su voz no tuviera peso alguno. No se molestó en dirigirle la palabra, tampoco lo hizo Ailysh, que no dejó de lanzarle miradas llenas de veneno a su hermano. Incluso Maggie, con una tensión palpable en el aire, se encargó de servir la mesa con rapidez para mantenerse alejada del mal ambiente.
Kellet se fue a su habitación en cuanto terminó, huyendo como el cobarde que era cuando se trataba de sus propios sentimientos.

Ailysh trató de decir algo, pero él la despidió con rapidez para que se marchara.
Lo quería fuera de su precioso puerto, bien. Iba a darle exactamente eso. Abrió la ventana sin inmutarse por el viento helado, como si no fuera más que una molestia, y escaló por la pared para deslizarse al suelo. Se movió entre las sombras; ahora conocía con mayor precisión las guardias que antes, por lo que no fue difícil llegar al borde del puerto y lanzarse al agua.
Las sirenas lo encontraron cuando se alejó de los barcos. Cerró los ojos, concentrándose en hacer una petición: quería volver a casa. Tocar la arena de Tharkia siempre le daba una paz difícil de describir, como si al rozar la tierra volviera a ser quien realmente era. Era la tierra de sus antepasados, el lugar en el que se había criado. Ese pedazo de su corazón que siempre quedaría entre el mar, la arena y las piedras, era lo único que jamás podría perder.
Abrió el portón. Todo estaba como lo había dejado. El silencio en el Tharkia parecía más profundo y más presente que nunca. Fue a su cama y trató de dormir. Tenía mucho en lo que pensar, pero era mejor no hacerlo mientras estuviera tan enfadado.
A pesar de estar en su propia casa, el sueño volvió a esquivarlo, como había ocurrido cada noche desde que abandonó la cama de Kellet. El cansancio físico no lograba callar el torbellino de pensamientos en su mente. Agotado, se puso su propia ropa y fue hasta Ascande, ansioso por comprobar que todos estuvieran bien. Un alivio y una pizca de orgullo lo invadieron al ver que estaban sanos y salvos, tal como suponía. Todavía contaban con comida y recursos en buena cantidad. Los informó de que seguiría fuera y que, con la llegada de la primavera, volvería a habitar en Tharkia. Dedicó el día a recoger provisiones y nuevamente pasó la noche allí. Al amanecer, preparó una vasija de gran tamaño y la selló con cera para proteger sus cosas del agua. La rutina le ofrecía una tregua, pero no podía olvidar lo que había dejado atrás.
Se lanzó al mar una vez más. No podía alejarse demasiado de Puerto Bashel si quería mantener el bloqueo. Como siempre, las sirenas acudieron en su ayuda. Esta vez lo dejaron en la playa más

alejada. Rompió la vasija, recuperó su zurrón y su hatillo de ropa, y se dirigió hacia las puertas de la muralla.
Los soldados lo saludaron al cruzar, al igual que los que custodiaban la entrada del cuartel. Subió las escaleras hasta las habitaciones de Kellet y Ailysh, pero apenas llegó al pasillo escuchó una discusión entre los dos hermanos. Las voces cargadas de tensión se colaban por la puerta, una señal clara de que algo no iba bien.
—Si le pasó algo por tu culpa… —decía Ailysh justo cuando abrió la puerta.
Los ojos de su amiga se abrieron de par en par al verlo en el umbral. Corrió hacia él, abrazándolo con fuerza.
—Creíamos que te habían atacado o, peor, que alguien… —dijo ella al oído.
—Estoy bien, tenía cosas que hacer —la interrumpió, ignorando por completo a Kellet.
—¿Dónde estabas? —preguntó Ailysh—. Llevas fuera dos días.
—Sé cuidarme solo —le recordó.
—Avísame la próxima vez. Casi organizo una batida para buscarte —lo reprendió Ailysh.
—Maggie —llamó, y la mujer le dedicó una sonrisa—. ¿Puedes prepararme una habitación para esta noche?
Peggy y Maggie intercambiaron una mirada confusa.
—No hay habitaciones de invitados preparadas en esta ala del cuartel. Están todas vacías —respondió Kellet con dureza.
Sabía que diría eso, pero ya tenía preparada una respuesta. Se sentó a la mesa, girando la silla hacia Ailysh para evitar mirarlo.
—Puedes dormir en mi cuarto —ofreció Ailysh sin dudar.
—No necesito la habitación de un noble. En la zona de criados hay habitaciones de sobra; puedo dormir ahí —dijo con calma, mirando a su amiga.
—Esa no me parece una buena idea —protestó Ailysh.
—No dormirás ahí —sentenció Kellet con dureza. Parecía furioso, pero si pensaba que iba a aceptar sus decisiones sin más, estaba muy equivocado—. No eres un criado.
Giró la cabeza despacio, dejando que sus ojos se encontraran. Saboreó el momento al ver cómo Kellet se estremecía bajo su

escrutinio.
—No soy nada, comandante. Ese es mi lugar. Pero si no te gusta, puedo vivir en el puerto con todos los demás —respondió con frialdad.
Kellet prácticamente vibró de rabia, listo para una pelea.
—No me presiones, soldado —replicó con altivez—. Yo no soy de nadie. Decido a dónde voy y cuándo.
Los ojos de Kellet se llenaron de un doloroso sentimiento de traición. «¿Sus palabras le dolían? Bien, ahora sabe cómo se siente cuando alguien toma todas las decisiones por ti».
Ailysh los miraba a ambos, desconcertada. Sus ojos saltaron de uno a otro, buscando entender, pero no encontraría la forma de unir las piezas de este complicado rompecabezas.
—Maggie, prepara una habitación para Khirstan —ordenó Kellet, sin apartar la vista de él.
—Por supuesto, señoría —respondió ella al instante.
—Lo más lejos posible de las suyas. No quiero molestar —añadió. Puede que fuera mezquino, pero verlo retorcerse ayudó a disipar parte de su furia.
—Sí, mi señor —dijo Maggie tras un silencio.
—Maggie, toma esto —le ofreció un pequeño frasco que ella aceptó con confusión—. Es para la piel de los pequeños. Ayudará con las ronchas por el frío. Asegúrate de aplicárselo después del baño. Mejorarán enseguida —prometió.
—Gracias, mi señor —le agradeció ella antes de salir, seguida por Peggy, que también murmuró su agradecimiento.
Ailysh miró la puerta antes de volver su atención a él.
—Ese frasco es como los que tienes en Tharkia —observó ella.
—Lo es —confirmó, encogiéndose de hombros—. Ponme al día. ¿Qué has hecho durante este tiempo?



—No es mucho —le explicó Maggie, avergonzada, al abrir la última puerta del pasillo.

Miró la habitación. Solo tenía un armario, una cama y dos sencillas mesillas. Era más que suficiente.
—En la otra puerta está el baño, pero no se parece al del comandante, señoría. Es pequeño y de madera —se disculpó Penny, igualmente avergonzada.
—Es perfecta. Lamento haberos dado trabajo. La habitación de servicio habría estado bien —respondió, aunque las dimensiones de la estancia hacían imposible que fuera una de sirvientes.
—El comandante insistió. Dijo que disfrutaríais las vistas —le explicó Maggie mientras abría las contraventanas, dejando que la brisa marina entrara suavemente en la habitación. A diferencia de la habitación de Kellet, que daba al puerto, esta tenía una vista directa al mar, donde las olas rompían suavemente contra la muralla, creando un murmullo constante que ayudaba a calmar su inquietud. El sonido de las olas se escuchaba con absoluta claridad, como una melodía tranquila que se colaba por cada rincón del cuarto.
—Como la estancia estaba vacía, todavía faltan alfombras y más leña para la chimenea, pero estará todo listo antes de la cena —prometió Maggie.
—No os esforcéis por mí. No necesito mucho para vivir —las tranquilizó.
—Iré a por unas cortinas —dijo Penny, inclinándose para marcharse.
Suspiró aliviado y se acercó a la ventana. Saber que tenía el mar bajo su ventana fue un enorme consuelo.
—¿Deseáis que busquemos algún mueble más? —preguntó Maggie mientras encendía la chimenea.
—No será necesario. Comeré con los demás. Así está bien.
—Vuestra ropa está toda en el armario, y me aseguré de poner jabón y lociones en el baño.
—Gracias por pensar en todo, Maggie. ¿Podrías conseguirme velas o lámparas? —preguntó.
—Por supuesto, mi señor. Enseguida vuelvo.
La observó salir sin decir una palabra. Había hecho lo que tenía que hacer para dejar claro su punto de vista, pero ahora que había vuelto, el peso de la soledad parecía haberse intensificado.



DESESPERACIÓN

KELLET

Khirstan había vuelto a Tharkia. Trató de ahogar el pánico que se expandía por su pecho cada vez que lo recordaba. Había vuelto a su casa. Suponía que las sirenas lo habían llevado a través del mar, porque la nieve hacía imposible atravesar el bosque. Le parecía un milagro que hubiera vuelto, especialmente después de la discusión que tuvieron. No podía evitar pensar que cada palabra intercambiada había sido una daga que ahora pesaba entre ambos. Podía reconocer que se había equivocado, que quizá darle la orden sin una explicación no fue la mejor elección, pero era imposible que Khirstan entendiera la importancia de mantenerlo lejos de su familia. ¿Cómo podía hacerle entender que, si sus sospechas eran reales, quizá su padre ya sabía que había alguien en su vida y ya estuviera tras su pista? Conocía la seguridad que Khirstan tenía en sí mismo y en sus habilidades, por lo que no se tomaría con seriedad la amenaza. Era frustrante ver cómo la misma confianza que admiraba en él se convertía en un obstáculo para protegerlo.

Volvió a dar vueltas por la cama; ni recordaba la última vez que había podido dormir desde que no compartían cama. No tenía ni

idea de cómo podían volver a esos momentos perfectos en los que sus cuerpos se apretaban de manera reconfortante bajo las mantas. Necesitaba ese contacto, sentirlo vivo y a salvo entre sus brazos, pero lo único que conseguía era verlo alejarse más cada día.
No tenía derecho, pero se moría por escuchar el tono suave que Khirstan solo usaba cuando estaban a solas, un tono que parecía exclusivo para él, como si en esas palabras se encontrara todo el color que le faltaba al mundo. Disfrutar de su mirada llena de amor, de sus manos, que siempre parecían encontrar el camino hacia alguna parte de su cuerpo, como si quisiera asegurarse permanentemente de que estaban juntos.
Se sentía a la deriva, consciente de que lo estaba alejando. Sin embargo, una parte de él susurraba que, quizá, eso era lo correcto. Khirstan estaría mucho más seguro sin él; lo único que necesitaba era que su corazón entendiera que no podía ser de otra manera.
Aunque lo tenía claro, cada noche terminaba parado frente a la puerta de Khirstan, preguntándose si él podía dormir o si también pasaba las noches anhelando su compañía. No tenía valor para preguntar; sabía que, si lo hacía, Khirstan le diría la verdad, y no estaba listo para oír que ya no tenía derecho a ello.
Suspiró, decaído. Se dio la vuelta para volver a su propia habitación. Apenas tuvo tiempo de caminar unos pasos antes de que un malhumorado Khirstan abriera la puerta.
Se quedó mirándolo sin atreverse a moverse, aunque su instinto le susurrara que corriera. Se olvidó por completo de huir al ver que solo llevaba puesto un pantalón. Su respiración se detuvo al instante mientras sus ojos recorrían con anhelo cada centímetro de su piel tostada, su pecho amplio y definido, los músculos marcados que hablaban de fuerza y control. Se le secó la boca al notar que las tiras que sujetaban su pantalón no estaban abrochadas. Estaba seguro de que se lo había puesto solo para abrir la puerta.
—¿Por qué vienes a mi habitación cada noche? —le preguntó Khirstan, malhumorado.
—No lo hago —mintió, intentando no avergonzarse—. Solo pasaba por aquí —añadió, intentando sonar lo más despreocupado posible.

Khirstan le envió una mirada tan llena de desprecio que podría congelar el infierno.
—No esperaba mucho de ti después de tu comportamiento, pero deberías avergonzarte por no reconocer algo tan ridículo como esto —le reclamó, enfadado.
—Te he dicho... —intentó decir, pero fue interrumpido.
—No dices más que estupideces. Últimamente es lo que haces mejor. Sigue hablando solo, soldado. Ya estás acostumbrado a no necesitar a nadie para tener una conversación.
Le cerró la puerta en las narices, dejándolo solo y ardiendo de enfado. Entró en su habitación como una tromba de agua, azotando la puerta sin importarle despertar a todo el cuartel.
—¿Eso es lo que crees que hago? —demandó saber al irrumpir en la habitación de Khirstan.
Este ni siquiera parecía sorprendido. Lo miró de nuevo con esa altivez que solo un rey podía tener. Había en su rostro una calma fría, pero en sus ojos ardía una chispa de desafío que lo desarmó.
—¿Mira quién quiere tener una charla? ¿El todopoderoso comandante de Nimerik se digna a mirar a un salvaje? Ten cuidado, mi señor. Puede que mi actitud primitiva sea contagiosa —le contestó con desprecio.
Cruzó la distancia que los separaba, agarrándolo de los brazos. El frío de su piel bajo sus dedos lo golpeó como un relámpago, un contacto que no había tenido en semanas y que ahora parecía quemarlo.
—No hables de ti así —le ordenó con dureza, con una intensidad que lo traicionaba.
Khirstan sonrió, una mueca hierática y fría.
—Si no me quitas las manos de encima, te vas a arrepentir. No soy tuyo, no soy de nadie. No tienes derecho a tocarme —dijo despacio, dejando que el peso y la amenaza en sus palabras lo golpearan como un martillo.
Lo soltó con rapidez, alejándose de él casi de un salto, como si sus palabras fueran un látigo que lo hubiese marcado.
—Dijiste... —le recordó.

—Dije muchas cosas, igual que tú —lo cortó Khirstan—. La diferencia entre nosotros es que yo te lo prometí todo e hice honor a cada palabra, mientras tú sigues solo, decidiendo por los dos. Y ahora me sigues como un cachorro apaleado. ¿Acaso el comandante de Nimerik tiene un dolor que solo yo puedo curar? —se burló, con una sonrisa amarga que no alcanzó sus ojos.
Entendió, sin necesidad de más palabras, que se refería al sexo.
—No es eso —le aseguró, contrariado—. Yo...
—Tú —volvió a interrumpirle Khirstan—. No tienes nada que hacer aquí. Tú, mi señor, perdiste cada uno de los derechos que yo libremente te entregué.
El dolor se expandió desde el centro de su pecho, inundando su cuerpo, oprimiéndole hasta robarle el aire.
—No estoy siendo caprichoso. Trato de mantenerte a salvo, ¿por qué eres tan terco? Intento protegerte —dijo, dejando entrever un matiz de desesperación en su voz.
Khirstan vibró de rabia, acercándose a él como un depredador, obligándolo a retroceder.
—¿Y qué te hace pensar que yo necesito tu protección? Estás muy equivocado, soldado. Yo podría destruiros a todos, cada patética piedra de vuestra preciada isla, cada rincón de este puerto. ¡No te necesito para nada! —bramó, dejando escapar un rugido que pareció hacer eco en las paredes.
Todo el cuartel pareció estremecerse bajo la fuerza del oleaje, que de repente se alzó inclemente contra las paredes exteriores, resonando como un tambor. Casi podía notar la energía que emanaba de su cuerpo, como un aura tangible de furia contenida, sus ojos brillando como los de las sirenas.
Se lamió los labios, notando cómo el temor y el deseo se entrelazaban en su interior, mientras veía cómo su nuez subía y bajaba al intentar calmarse.
—¿Y por qué no lo haces? ¿Por qué no acabar con todo y empezar de cero? —se atrevió a preguntar en un murmullo inseguro.
Sus ojos volvieron a lanzar destellos, advirtiéndole del riesgo de hacerle perder el control.

—No voy a aniquilar la vida solo porque puedo. No soy un asesino —le respondió Khirstan, con la voz entrecortada por el esfuerzo—, no mato a inocentes.
Fuera, las olas seguían azotando el cuartel. Si no se calmaba pronto, acabaría tirándolo todo abajo.
Se quedaron mirándose a los ojos, resollando el uno sobre el otro, robándose el aliento y sintiendo la tensión que crepitaba entre ambos como una cuerda a punto de romperse.
—Puede que sea patético, puede que no lo necesites —susurró, llevando su mano al centro de su pecho, donde estaba la cicatriz que lo había traído de vuelta—. Pero eso no hará que deje de luchar por mantenerte a salvo, que intente de todas las formas posibles alejarte de cualquier cosa que pueda hacerte daño. Aunque te pierda en el proceso, aunque sufra por ello... lo único a lo que no voy a renunciar es a protegerte.
Las olas ya no tenían descanso; chocaban una y otra vez contra las paredes, una amenaza tangible del poder que Khirstan tenía, que parecía responder a sus emociones como un reflejo de su interior.
—Enfádate, no me hables, no me mires, no vengas a nuestra cama. Es un precio que estoy dispuesto a pagar.
Khirstan lo apretó contra la pared, dejando su mano atrapada sobre su pecho, entre ambos, como si reclamara el derecho de decidir su destino.
Lo tomó por sorpresa al besarlo, derramando en el beso toda su frustración y enfado, un torbellino que no dejó espacio para dudas ni palabras. Abrió la boca para él, dejando que se desahogara, rindiéndose sin luchar, como si ese beso fuera el único lugar donde ambos pudieran respirar. Tenerlo enfadado entre sus brazos era mucho mejor que no tenerlo en absoluto.
Su lengua luchó por el control contra la suya, pero no había lucha real; fue una rendición sin condiciones ni oposición, una entrega que hablaba de un amor que no conocía límites. Permitió el beso y todos los que le siguieron, su hielo derritiéndose bajo la pasión y unas emociones que parecían controlar a su poderoso dueño.
Khirstan lo alzó en brazos, sujetándolo por la cintura, apoyando todo su cuerpo contra el suyo, dejando que sintiera su erección

presionando contra su parte más vulnerable, abrasándolo incluso con la ropa de por medio, como si su deseo fuera capaz de atravesarlo todo.
Dejó escapar un gemido, aferrándose a sus hombros para no caerse, sintiendo el calor y la fuerza que emanaban de él. Khirstan era fuerte, pero él era un hombre grande. Los dientes de Khirstan mordieron su cuello con la fuerza justa para que picara, pero sin causarle daño real, aunque el gesto dejaba una marca de su dominio.
Hundió los dedos en su pelo, acercándolo más. No podía rechazarlo, no cuando podía ver el daño que le había causado.
—No te necesito —murmuró Khirstan sobre su piel, con una voz que parecía debatirse entre la verdad y la mentira, pasando a atormentar el otro lado de su cuello—. No te necesito —musitó como un mantra, intentando convencerse.
Le sujetó la cara, obligándole a mirarle. Acarició sus pómulos y sus labios, sorprendiéndose al ver cómo temblaban sus propios dedos.
—Yo sí te necesito —dijo sin dudar, con una sinceridad que cortaba como un cuchillo—. Cada día, a cada hora, cada instante. Siempre.
Khirstan cerró los ojos y su rostro se transformó en una mueca de dolor. Parecía estar librando una guerra interna y no estaba ganando. Dejó caer la cabeza contra su hombro, derrotado.
Acarició su nuca y lo besó en la sien, sintiendo su corazón empujando contra el suyo. La paz que ocupó su mente fue algo que solo había experimentado una vez, un instante único que compartieron cuando estuvieron unidos de la forma más íntima posible.
Llenó su rostro de besos, todavía con las piernas firmemente sujetas a su cintura. El sonido de las olas volvía a ser un eco lejano, y el cuerpo de Khirstan había dejado de temblar de rabia. Sus caderas se balanceaban ahora sobre su cuerpo, tejiendo un temporal privado que solo existía para ellos dos.
Gimieron juntos, mientras la dureza de Khirstan buscaba alivio en su cuerpo. Acarició su espalda desnuda, dejando que sus uñas romas le arañaran la piel. Quería que cada roce, cada marca, quedara grabada como un recuerdo imposible de ignorar.

—Te daría cualquier cosa —murmuró, besando su hombro con una devoción palpable—. Mi sangre, mi alma, mi cuerpo. No hay nada que no estuviera dispuesto a dar por ti —prometió, jadeando en su oído, soportando las estocadas con las que Khirstan trataba de aliviarse.
—Cualquier cosa —repitió Khirstan, besándolo con fuerza—, menos tu corazón —le reclamó, volviendo a atraerlo en un beso arrebatado.
Negó con fuerza, sujetando su cuello para poder ser él quien lo besara.
—Ya es tuyo —le aseguró en un jadeo, buscando sus ojos.
Khirstan gimió como si estuviera sufriendo, pero no dejó de mecerse sobre su cuerpo. El sonido era desgarrador y, al mismo tiempo, lleno de anhelo.
Le pasó las manos por el pecho, quedando de nuevo sobre su cicatriz.
—Confía en mí —le rogó desesperado, dejando decenas de pequeños y rápidos besos sobre sus labios—. Soy tuyo. Te lo juro por todo lo que soy y todo lo que tengo. Siempre serás tú.
Los brazos de Khirstan lo alzaron, llevándolo a la cama, donde lo dejó caer con fuerza. La intensidad de su mirada lo hizo temblar, pero no dejó de mirarlo mientras lo observaba desvestirse.
—Dime que no y vete —le ordenó Khirstan, quedando gloriosamente desnudo frente a él.
Tragó saliva con dificultad al ver la evidencia de su deseo y cómo cogía un pequeño frasco de la mesilla, esparciendo su contenido sobre su rígido miembro.
Negó con la cabeza, buscando sus ojos. Tiró de sus suaves pantalones y se deshizo de ellos, contemplando cómo sus ojos aguamarina se volvían oscuros y las pupilas se dilataban. Tiró de su camisa, lanzándola lejos de él, quedando igual de expuesto.
—Te quiero, y nada de lo que digas o hagas va a cambiar eso. Aunque tú me odies, yo no lo haré —le prometió, con una firmeza que no dejaba lugar a dudas.
Vio cómo su cuerpo se estremecía, sus ojos llenos del amor que ambos se tenían. En ese instante, el peso de sus sentimientos lo golpeó con fuerza, y de repente se sintió aterrorizado.

—Todavía no entiendes lo que estoy dispuesto a hacer por ti —se lamentó, agarrándole de la mano y tirando de él para que lo cubriera con su cuerpo.
Khirstan obedeció, estirándose sobre él, buscando su mirada.
—Vas a hacerme enloquecer. Ya no sé si maldecirte o alejarme de ti —admitió Khirstan, dejando que la confesión se escapara como un susurro cargado de frustración.
Acarició sus costados y su espalda, dejando que sus dientes le rasparan la mandíbula. Creó una cadena de besos desde su oreja hasta su cuello, deteniéndose unos segundos para hablarle al oído.
—Haz lo que quieras, trátame como desees, pero no te vayas —suplicó sin vergüenza. Porque, al parecer, si se trataba de Khirstan, no le importaba humillarse.
—Hasta primavera —le recordó Khirstan, clavando sus dedos en sus caderas. Presionó sobre su piel tersa, bajando hasta sus muslos y tirando de ellos.
Todavía quería castigarlo; estaba intentando asustarlo. Pero él no era un hombre que se asustara con facilidad. Obedeció sin pensar, separando las piernas, dándole el acceso que le estaba exigiendo.
—No voy a disculparme por eso —contestó sin dejarse intimidar—. Nunca pediré perdón por anteponerte a todo. —Buscó su boca y lo agarró de la muñeca, llevando su mano hacia abajo, dejando que él decidiera cómo quería seguir.
Se quedaron mirándose mutuamente. No había ni rastro de rabia o enfado en Khirstan, solo una expectación y un deseo que amenazaba con consumirlos a ambos.
—Soldado terco —murmuró Khirstan, deslizando un dedo en su interior.
Echó la cabeza hacia atrás, sujetándose a sus hombros.
—Salvaje indisciplinado —le devolvió, con el pecho rebosante de amor y determinación.
Khirstan se inclinó sobre él, entregándose en un beso cargado de pasión, dejándole claro que esa noche iba a exigirle todo lo que pudiera de él. El segundo dedo se deslizó con suavidad y, pronto, se sumó un tercero.

Hundido en un mar de pasión, no se avergonzó al rodear su erección con la mano. Jadeó, lleno de una necesidad cruda, de tener cuanto pudiera de él. Su miembro húmedo se deslizaba en su mano con facilidad, listo para él.
—Dime que no, Kellet —suplicó Khirstan, jadeando sobre sus labios, robándole la vida y el aliento en cada beso colmado de ansia.
Retiró su mano, alejándolo para poder sujetarle de las caderas, acercándolo hacia él. Llevó su miembro hasta su entrada y levantó sus caderas, ofreciéndose por completo, rogando en silencio que entrara.
—Sí —gimió en su oído—. Para ti siempre será sí —le prometió—. Siempre desearé todo lo que quieras darme.
Khirstan entró en su cuerpo, deslizándose en su interior de una poderosa estocada que los dejó a los dos sin aliento. Sus cuerpos vibraron juntos, exactamente en la misma frecuencia. Sus ojos se buscaron, sus bocas se perdieron en la necesidad de aumentar el contacto mientras se acoplaban, uniéndose como si el tiempo y el espacio desaparecieran a su alrededor.
Las primeras embestidas fueron lentas, casi agónicamente suaves, poniendo a prueba la resistencia de su cuerpo, probando su capacidad de aceptar cada movimiento. Gimió cada vez en su boca, clavando los dedos en su espalda, pidiendo más, pero Khirstan no aumentó la velocidad hasta que no pudo contener sus súplicas.
Esta vez sí sabía qué esperar; sus noches habían estado llenas del recuerdo de aquella irreal primera vez, pero esta vez fue completamente diferente. Notó cómo el orgasmo iba construyéndose por cada parte de su cuerpo, todo ese placer acumulándose en sus bocas entrelazadas y donde sus cuerpos se unían. Quería perderse en él, destruirse y renacer a su lado, ser devorado por su fuego y encontrar refugio en sus llamas.
—Más —jadeó, incapaz de contenerse. Rodó sobre su espalda, poniéndose sobre su cuerpo.
No le importó parecer desesperado; necesitaba tomar todo lo que pudiera de él. Se clavó sobre él sin parar, con dureza y sin restricciones. Gimiendo y susurrando su nombre, los gritos fueron

imposibles de contener cuando la mano de Khirstan rodeó su erección y la acarició al ritmo de sus embestidas.
No dejó de moverse, incluso cuando lo sintió derramarse en su interior. Podía notar el orgasmo tan cerca que se negó a renunciar a él. Khirstan le hizo rodar de nuevo, le alzó la pierna sobre su hombro, dejándolo abierto de una forma en que ningún hombre debería estar, pero el ángulo fue endiabladamente perfecto, golpeando cada rincón de su ser de una forma que lo hacía perderse en el placer. No pudo evitar gritar por la sensación tan intensa que suponía tenerlo tan profundamente en su interior.
El éxtasis lo encontró sin avisar, hundiéndolo en el resplandor de una dicha que parecía no tener final.
Khirstan se dejó caer sobre él, bajando su pierna. Lo besó en el hombro, aferrándose a su espalda para evitar que se fuera. Solo necesitaba un instante más, un suspiro más en que el mundo fuera así de perfecto.



PAZ

KHIRSTAN

Ya llegaba tarde al desayuno. Penny había llamado a su puerta hacía rato, pero él había permanecido en la cama más tiempo del que debía antes de decidirse a levantarse y darse un baño de agua fría. Necesitaba ese contraste para sofocar el fuego que aún ardía en su interior.

Por desgracia, el dueño de ese milagro no se había quedado a pasar la mañana. Se había despertado solo, en una cama fría que todavía olía a los dos juntos. Había perdido el control anoche y, aunque sabía que eso no estuvo bien, había una parte de él inquieta por no saber qué se encontraría al desayunar con los dos hermanos.

Mientras se vestía, debatió consigo mismo si ir o no. Al final pensó que debía comportarse y dar la cara. Se disculparía con Kellet en cuanto fuera posible; se había prometido a sí mismo darle espacio y no aprovecharse de él, pero había fallado de nuevo.

Cuando entró en el comedor que usaban durante el día, encontró a Ailysh hablando animada sobre los nuevos soldados. Les dedicó un pequeño gesto de saludo y tomó su lugar habitual entre los dos.

El tenedor de Kellet hizo un desagradable ruido al golpearse contra el plato. Él lo recuperó rápidamente, sin dejar de mirar a su hermana. Lo único que traicionó su actitud tranquila fue el rubor que se expandió por sus mejillas. Sus ojos resbalaron hacia su cuello, donde tres marcas horizontales decoraban su piel.
Carraspeó, intentando apagar la llama de satisfacción que se encendía en su pecho. Kellet tenía que estar furioso con él por haberle dejado esas marcas. Se reprendió con fuerza; no estaba bien encontrar deleite en algo que pudiera disgustarle.
Penny le sirvió el desayuno, dedicándole una pequeña sonrisa que respondió como pudo.
Mientras bebía un poco de aguamiel caliente, tamborileó con los dedos sobre la mesa sin tocar la comida. Sabía que tendría que disculparse muchas veces antes de que Kellet aceptara sus disculpas. Se lamió los labios y cerró los ojos un segundo. Los ecos de sus gemidos todavía estaban frescos en su memoria, la calidez de su cuerpo parecía seguir presente en su piel.
Sabía que no podía, pero moriría por tenerlo de nuevo. Anoche fue un regalo. No la discusión, ojalá nunca hubieran llegado a eso, pero la manera en que él se comportó, sin restricciones, sin vergüenza… había sido un sueño. Uno que probablemente no podría repetir por no saber controlar sus impulsos más bajos.
—¿Quieres otra cosa?
Levantó la cabeza al escuchar la voz de Kellet, sorprendido de notar que se dirigía a él.
—¿Qué? —preguntó desconcertado.
Los dos se quedaron mirándose unos segundos, mucho más tiempo del que dos hombres deberían mirarse teniendo compañía.
—No comes —le dijo Kellet, señalando su plato lleno de uvas y frambuesas.
Abrió la boca y la cerró, como un idiota. Las manos le temblaban por sus ganas de tocarlo y tuvo que recordarse dos veces que debía controlarse. Llevaban meses viviendo juntos sin problemas; no debería ser tan difícil mantenerse alejado de él, pero todo le resultaba insoportablemente tentador, como la miel recién sacada de un panal.

—Maggie, trae pan y queso para Khirstan —ordenó Kellet, a pesar de que había otras cosas sobre la mesa.
Le gustó que se diera cuenta de lo que le gustaba comer, aunque fuera una tontería. Mierda. Si Ailysh no salía ya de la habitación, se pondría en evidencia.
—¿Os gustaría un poco de caldo caliente, mi señor? —preguntó Penny, que siempre estaba dispuesta a ayudar.
—Gracias, Penny —aceptó, sonriendo al verla marchar emocionada.
—Perdón por interrumpir su desayuno, comandante —dijo un soldado, entrando por la puerta que Penny había dejado abierta—. Hay un altercado en los muelles.
Kellet se levantó de la mesa, y no se le pasó desapercibido el gesto de dolor que hizo al incorporarse.
—¿De qué se trata? —lo interrogó Kellet.
—Acusación de robo. Detuvimos al marinero cuando trataba de clavar un cuchillo al vendedor que, según él, le estaba robando —informó el soldado con rapidez.
—Yo iré. Ya terminé mi desayuno y tengo guardia —dijo Ailysh, recuperando su espada—. Nos vemos a la hora de comer —se despidió, cerrando la puerta a su espalda.
Kellet volvió a tomar asiento. De nuevo, esa pequeña mueca dolorida.
—¿Te duele? —se atrevió a preguntar.
Las mejillas de Kellet ardieron de vergüenza mientras sus ojos grises bajaban hacia la mesa.
—Apenas —murmuró.
—Lo siento, traté de ser delicado —comentó, con un tono sincero.
—No me hiciste daño —le aseguró Kellet—. Es más como un eco que un dolor. Solo lo noto si hago algún movimiento brusco.
Le cogió la mano, acariciando sus dedos con el pulgar.
—Lamento cómo me comporté. No es propio de mí perder el control —se disculpó de todo corazón—. Perdóname, Kellet. Me duele pensar que pude lastimarte solo por saciar mi sed.
Kellet sujetó su mano, dándole un pequeño apretón.
—No eras el único sediento —admitió, incapaz de mirarle a los ojos.
Sonrió, notando cómo la esperanza crecía al escuchar esas palabras.

Movió la silla, acercándose más a él sin soltarle la mano. Acarició el dorso de esta con delicadeza.
—¿Podemos, por favor, hablar como dos personas civilizadas y tomar una decisión juntos? No me gusta enfadarme contigo y que ignores lo que siento, como si no valiera nada.
Kellet giró la cabeza, con una mirada dolida.
—Nunca fue mi intención, pero te conozco y sé que no te tomarás la amenaza con la seriedad que se merece. Si tú no estás dispuesto a hacerlo, entonces no me queda otro remedio que hacerlo por los dos —confesó Kellet, con pesar.
—Así no vamos a funcionar. Si consideras que estoy menospreciando una amenaza, habla conmigo y trata de explicarme por qué estoy equivocado. Hablemos y lleguemos a un acuerdo con el que estemos cómodos los dos, pero no me apartes. No quiero que tomes decisiones por mí; no es justo —dijo con sinceridad.
Kellet lo miró a los ojos, inclinando la cabeza con una mezcla de confusión y cansancio. Dejó escapar un largo suspiro, inclinándose hacia delante hasta dejar caer su cabeza sobre su hombro.
—Me duele la cabeza —musitó en su oído.
Sonrió, dejando un beso en su frente mientras metía la mano entre sus mechones de pelo dorado.
—¿Por qué no vuelves a la cama y descansas? Pareces que necesitas más horas de sueño —le aconsejó, apoyando los labios contra su sien mientras tomaba una profunda respiración, dejando que su aroma lo envolviera por completo.
Kellet giró la cabeza, mirándolo con una ceja alzada.
—Puedes ir a descansar solo. Prometo quedarme lejos de tu cama —juró con solemnidad, intentando aligerar el momento.
Kellet hundió la cara en su cuello, dejando un pequeño e íntimo beso que envió descargas por su piel, todavía demasiado consciente del recuerdo de la noche anterior.
El sonido de la puerta al abrirse hizo que Kellet se apartara con rapidez. Envió a Maggie y Penny una mirada de advertencia al ver sus pequeñas sonrisas; era evidente que habían presenciado más de lo que deberían.

—Vuestro desayuno, mi señor —anunció Maggie con seriedad, colocando un plato con pan, queso dulce y membrillo. Penny dejó una pequeña jarra con caldo.
—Gracias, Maggie. Prepara una bañera caliente con lavanda y manzanilla para Kellet; se hizo daño entrenando —ordenó con rapidez, notando cómo Kellet se ponía tenso a su lado.
—Por supuesto —aceptó Maggie.
Ambas mujeres se marcharon tras hacer una reverencia.
—Eso no era necesario —protestó Kellet en cuanto se quedaron solos.
—Lo sé, pero quería hacerlo de todas formas —dijo, encogiéndose de hombros mientras daba un mordisco al pan, que estaba realmente sabroso.
Dejó escapar un gemido de gusto que hizo que Kellet lo mirara con interés. Le ofreció su rebanada, y él la mordió sin dudar.
—Está bueno —opinó Kellet, inclinándose para morder otro pedazo.
Movió de nuevo la silla hasta que estuvieron todo lo cerca que los muebles les permitían. Ahora estaban pegados el uno al otro, desde los hombros hasta las rodillas.
Kellet estaba inusualmente tranquilo, mirando por la ventana cómo empezaba a formarse una nueva tormenta de nieve, y permitiendo que lo alimentara con su desayuno.
Esta vez, antes de entrar, Maggie tocó a la puerta. Kellet cuadró la espalda, pero no se alejó ni le pidió que se moviera.
—La bañera estará lista enseguida. ¿Desean algo más para desayunar? —preguntó Maggie como si no estuviera pasando nada extraño.
—Nada más, Maggie. Que nadie me moleste hasta el mediodía, voy a descansar —respondió Kellet.
—Por supuesto, mi señor —aceptó ella, desapareciendo de nuevo.
Kellet giró la cabeza para mirarlo, contemplándolo durante un buen rato antes de hablar. No se impacientó; sabía que su soldado a veces necesitaba un poco de tiempo para ordenar sus pensamientos.
—¿Podemos tomarnos un descanso antes de hablar de ello? Hablaremos —le prometió Kellet al notar su mirada desconfiada—,

solo… —Parecía incapaz de seguir, pero fue suficiente para captar la esencia.
—Hoy no —adivinó.
Kellet asintió, apoyando su costado en el suyo. Lo rodeó con el brazo, sosteniendo su peso y dejándole descansar. Había estado tan inmerso en su rabia que no pensó en lo que podía dolerle a él la situación y lo solo que se habría sentido sin su apoyo. Porque, por muy poderoso y fuerte que fuera, sabía muy bien lo solitario que era su puesto.
Apoyó sus labios sobre su frente tibia, dejando un beso que pareció disipar parte de las tensiones del momento. Disfrutó de poder abrazarlo, un placer poco común tratándose de su soldado.
Kellet alzó la cabeza y miró sus labios con una mirada abierta que dejaba ver sus deseos claros a la luz del día.
Lo besó despacio, tomando sus labios con la reverencia que merecía. La boca de Kellet se derritió alrededor de su lengua. Apelaba a su parte más territorial lo suave y abierto que se estaba mostrando, algo inusual y único. No pudo evitar que el calor en su pecho creciera mientras lo besaba de nuevo, esta vez con más calma, como si quisiera grabar ese momento en su memoria.
—Mi señora, ¿deseáis que os caliente más vino? —escucharon decir a Maggie en el pasillo, demasiado alto para no ser una advertencia.
Movió la silla, alejándose de Kellet todo lo que pudo sin hacer ruido.
—No, Maggie. Ya me voy —aseguró Ailysh abriendo la puerta—. No hubo sangre, pero creo que el marinero dice la verdad y el comerciante quiso engañarlo. Sería bueno que hoy te dejases ver por la zona por si quieren buscar pelea cuando llegue la noche —le dijo mirando a su hermano.
Kellet no respondió, seguía mirando por la ventana.
Ailysh lo observó, frunciendo el ceño. Luego dirigió su mirada hacia él, haciendo una mueca que pedía explicaciones sobre el cambio de humor de Kellet.
—¿Hermano? —preguntó al no recibir una respuesta de ninguno de los dos.
—Pronto empezará una nueva tormenta de nieve, parece de las intensas —le dijo sin mirarla—. Asegúrate de que haya hombres en

los puestos de control del puerto, los marineros podrían aprovecharla para hacer justicia por su cuenta.
—¿Cuándo vienes tú? —preguntó Ailysh.
Kellet se giró a mirar a su hermana.
—Hoy no. Hoy vosotros cuidaréis del puerto por mí. Necesito un descanso —le dijo.
Ailysh parpadeó con un gesto de absoluta confusión.
—¿Estás enfermo? ¿Llamo al médico o al sanador? —ofreció, acercándose a la mesa como si tuviera intención de comprobar por sí misma el posible daño.
—Sí —contestó Kellet, haciendo un ademán con la mano para detenerla—. No es grave, nada que un día de sueño y comida caliente no pueda arreglar.
—¿Estás seguro? Puedo llamar…
—Hoy tú representas a la familia en el puerto —la interrumpió Kellet con seriedad—. Sé inflexible, pero justa. Diligente, pero minuciosa. Y si crees que no puedes con algo, acude a Verin. Hoy no eres capitana, hoy representas al comandante de Nimerik. Espero lo mejor de ti.
La boca de Ailysh se había abierto del todo por la sorpresa. Él mismo estaba haciendo un esfuerzo por no imitarla.
—Daré lo mejor de mí, hermano. Haré que te sientas orgulloso —dijo ella muy seria.
Kellet miró fijamente a su hermana pequeña.
—Eres mi orgullo, siempre lo has sido —le aseguró con firmeza, dejando entrever un atisbo de ternura en su mirada.
Ailysh parecía estar haciendo un esfuerzo serio por no dejar que sus emociones le ganaran. Inspiró hondo, como si necesitara un segundo para procesar todo lo que acababa de escuchar.
Ella acortó la distancia, abrazando a su hermano con fuerza.
—¿Seguro que estás bien? —inquirió, preocupada.
—Del todo. Ahora vete, te veré mañana —la despidió, con una voz calmada que intentaba tranquilizarla.
Ailysh todavía no parecía del todo convencida. Miró en su dirección antes de decir:

—Khir, ven de vez en cuando y dime si empeora —le pidió, con seriedad.
—No te preocupes, estaré pendiente —le prometió.
Ailysh se cuadró antes de hacerle un gesto militar a Kellet.
—Mi comandante —dijo, despidiéndose con formalidad.
Kellet dejó salir una risa seca al verla irse, una risa breve que parecía contener tanto ternura como cansancio. Entonces volvieron la atención el uno al otro.
—La bañera ya está lista, señoría —anunció Maggie desde el otro lado de la puerta, con su tono servicial de siempre.
—Gracias, Maggie —dijo Kellet, poniéndose en pie con cierta lentitud —. Podéis retiraros.
Lo imitó, quedando frente a él, sus miradas encontrándose de nuevo.
—¿Por qué hoy? —quiso saber, con un interés que no logró disimular.
Kellet le dedicó una de sus infrecuentes sonrisas, esa que parecía iluminar su rostro solo en momentos clave, como una estrella fugaz, algo especial y efímero.
—Porque la vida de los demás no puede depender de una sola persona. A veces solo puedes entrenarlos, confiar en que aprendan y sean capaces de valerse por sí mismos. Hoy es un buen día para probar la teoría en la práctica.
Sonrió al reconocer sus propias palabras en los labios de Kellet.
—Te dejaré descansar tranquilo —ofreció, dando un paso hacia atrás.
—Ayúdame antes de irte —le pidió Kellet, ofreciéndole la mano.
La tomó sin dudar; por ese hombre haría cualquier cosa.



FUTURO IMPROBABLE

KHIRSTAN

El baño olía a lavanda cuando entraron. El aroma se mezclaba con el vapor que subía en pequeñas volutas, difuminándose con la claridad que entraba por las ventanas.

—¿Puedes cerrar las contraventanas? —le pidió Kellet, empezando a quitarse la ropa—. La luz hace que me duela más la cabeza.

—Enseguida —aceptó. Su voz sonaba firme, aunque sus ojos se desviaron un instante al movimiento de las manos de Kellet. —¿Quieres que traiga alguna lámpara? —preguntó cuando la habitación quedó en penumbras.

—No, enciende los candelabros de la pared. Será suficiente —le aseguró Kellet.

Obedeció, ignorando las ganas de girarse cuando escuchó cómo bajaba las escaleras de la bañera y se sumergía en el agua. Se recordó a sí mismo que esto no era para él, sino para Kellet, para que pudiera disfrutar de un día de descanso.

—¿Necesitas algo más? —ofreció.

—¿Por qué no me miras? —preguntó Kellet con diversión.

—Prometí mantenerme alejado —le recordó, con firmeza.

La risa de Kellet a su espalda lo hizo sonreír, un sonido bajo que parecía aliviar la atmósfera cargada.
—Gracias por vuestra honorabilidad, mi señor —se burló Kellet.
Con esfuerzo continuó dándole la espalda, resistiendo la tentación de girarse.
—¿Puedes acercarme un poco de fruta? —le pidió Kellet, todavía sonando divertido.
Salió de la habitación, consiguiendo evitar echar un vistazo, y volvió con la fuente de fruta que habían dejado en la mesa. La dejó al borde de la bañera para que Kellet pudiera alcanzarla.
—¿Puedes hacerme un último favor? —le preguntó Kellet, entrando en su campo de visión al acercarse al borde donde había dejado la comida.
La visión de su pelo mojado cayendo alrededor de su cara hizo que su cuerpo volviera a la vida. Sus ojos grises, llenos de un brillo travieso, le hicieron tragar saliva con dificultad.
—Lo que quieras —cedió sin dudar.
—Cierra todas las puertas. No quiero que nadie interrumpa mi descanso —pidió Kellet, apoyando la barbilla en su mano con una calma que parecía estudiada.
—Puedo hacerlo, pero tendrás que cerrar tú mismo la puerta de tu habitación. Solo se cierra desde dentro —le recordó.
Kellet asintió. Cogió una uva y la metió en su boca, sin apartar sus ojos de los de Khirstan. El gesto fue lento, deliberado, y su corazón enloqueció ante la imagen. Consiguió, en el último momento, no lanzarse al agua para llegar hasta él.
—No quiero salir, así que supongo que tendrás que quedarte conmigo y asegurarte de que nadie me interrumpe —dijo Kellet. Su voz era estable, pero el rubor que cubría sus mejillas y cuello lo delataba.
Dejó salir el aire entre sus labios de forma atropellada, sin comprender qué estaba buscando en ese instante.
—Ve —le ordenó Kellet—. Ailysh podría volver.
Se movió con torpeza, tropezando con sus propios pies como un ciervo recién nacido. El desconcierto lo tenía atrapado, pero obedeció. Cerró todas las puertas y las contraventanas de la

habitación, recordando el dolor de cabeza de Kellet. Encendió un par de lámparas y la chimenea, después se sentó en la cama a esperar que terminara.
Podía escuchar el agua de la bañera a través de la puerta abierta. El sonido le resultaba hipnótico, un contraste extraño con la agitación de su propio pulso. Se suponía que el baño debía ser relajante; esperaba que, para Kellet, lo fuera, porque él estaba lejos de conseguir algo de paz.
—Khirstan, ven —lo llamó Kellet.
Tiró de su camisa para aflojar el cuello, notándose acalorado, antes de entrar.
—¿Necesitas algo? —preguntó, fijando la mirada en la pared para evitar parecer un idiota mirando la bañera.
—Necesito que me pongas un poco de loción. Me duelen los músculos —confesó Kellet.
Tragó saliva, obligándose a mantener la calma. «Esto es solo cuidar de alguien», se dijo a sí mismo. «Nada más».
—Sería mejor esperar a que salieras del agua —opinó.
—No, funcionará mejor con calor —le aseguró Kellet. Su voz sonaba estable y normal, lo suficiente como para que se avergonzara por la reacción de su propio cuerpo.
—¿Cómo quieres hacerlo? ¿Te acercas al borde para que pueda extendértelo? —dijo todavía sin mirarlo.
—No, entra conmigo. Hay algunos lugares que serán difíciles de alcanzar.
No pudo evitar mirarlo, desconcertado del todo.
—Prometí no acercarme a la bañera —le recordó, intentando mantener la compostura.
Kellet lo miró, muy serio.
—Y no la estás rompiendo. Necesito ayuda —dijo. Hubiera sido una actuación perfecta si no fuera por la forma en que sus ojos se desviaron al final, mirando la superficie del agua con un atisbo de vulnerabilidad.
—Kellet, no estoy seguro de lo que quieres —dijo con sinceridad, dejando que la confusión se reflejara en sus palabras.

No hubo respuesta, pero su mirada era segura. Había algo en la intensidad de esos ojos que desarmaba cualquier resistencia que pudiera sentir.
Se quitó la ropa sin dejar de mirarlo. Sus ojos grises se oscurecieron mientras se recreaban en su desnudez. Ninguno apartó la vista del otro.
—En el armario —le indicó Kellet con la voz ahogada—. Detrás de ti, el frasco negro pequeño, arriba de todo.
Obedeció, esforzándose por calmarse y no sentirse avergonzado por su creciente erección. Todo esto era para hacer sentir bien a Kellet; no tenía derecho a sentir nada más.
Se metió al agua, que cubrió su cuerpo de una forma agradable y cálida. El contacto con el agua parecía arrastrar parte de la tensión que sentía en los hombros, pero no era suficiente para despejar los nervios y el deseo que lo espoleaba.
—¿Qué tipo de dolor sientes? —inquirió, acercándose a él.
Kellet tuvo problemas para tragar saliva antes de señalar su pecho, donde había una mancha roja. Evitó decir que ese golpe podía curárselo él mismo; abrió el frasco y extendió un poco por su pectoral derecho.
—¿Cómo te lo hiciste?
—Ayer, entrenando. Un puñetazo —dijo, mirándolo a los ojos.
—No parece propio de ti despistarte con un golpe de frente —señaló, con razón.
—Estaba distraído —admitió Kellet.
—¿Qué puede distraerte tanto?
Kellet no le respondió, limitándose a mover el brazo para que pudiera ver su costado, donde había un moretón del tamaño de un puño. El contraste entre la piel enrojecida y el azul profundo del hematoma parecía casi una advertencia silenciosa de lo vulnerable que podía llegar a ser Kellet.
—¿Y esto? —quiso saber.
—Otro despiste —contestó Kellet.
Dejó salir un sonido disgustado, curándole con todo el cuidado que pudo.

—Empezaré a presenciar tus entrenamientos —le amenazó, intentando sonar firme.
—No lo hagas, o recibiré muchos más.
Levantó la vista de su costado para mirarlo a los ojos. Kellet le dedicó una pequeña sonrisa, insegura y avergonzada, que lo dejó totalmente desconcertado.
—¿Qué me estoy perdiendo? Tengo la sensación de que estoy nadando hacia aguas profundas, pero mis ojos solo pueden ver un riachuelo inofensivo.
De nuevo, la sonrisa de Kellet apareció; negó con la cabeza y se esforzó por poner cara seria. Le dio la espalda, dejándole ver la zona enrojecida sobre sus hombros.
—¿Otro despiste? —adivinó, frunciendo el ceño.
Kellet giró la cabeza para poder mirarlo a los ojos.
—Esos son culpa tuya —lo informó.
Miró su piel y, de nuevo, su cara, donde bailaba otra pequeña sonrisa. Había algo en esa sonrisa que desarmaba cualquier intento de mantener su cabeza serena.
—Lo siento —se disculpó, dejando un beso en su hombro sin pensar. Recuperó el frasco de nuevo y aplicó la loción despacio sobre su piel enrojecida—. ¿Duele? —quiso saber.
Kellet negó con la cabeza y apoyó las manos al borde de la bañera, inclinándose hacia delante para que pudiera ver mejor su espalda.
—Hay más —se lamentó al ver que la rojez continuaba hasta el final de su espalda—. Soy un salvaje, perdóname. Trataré de tener más cuidado en el futuro —prometió, haciendo un viaje descendente por su piel, que resbaló con facilidad entre el agua y el aceite. El contraste entre la tersura de su piel y el rastro que dejaba la loción era casi hipnótico.
—No me importó —lo disculpó Kellet—. No me duele.
Frunció el ceño con descontento, poniéndole un poco más de loción.
—¿Esto realmente ayudará? —quiso saber—. Yo podría prepararte algo —se ofreció, dejando que sus manos vagaran por el lateral.
—Estoy bien —le aseguró Kellet en voz baja—. Solo es molesto.
—Lo siento —repitió, volviendo a besar su hombro—. ¿Dónde más te duele? —Hundió la nariz en el costado de su cuello.

Kellet dejó salir un gemido entrecortado, giró la cabeza y alcanzó sus labios. El calor de sus bocas, más pausado y cargado de emoción que de urgencia, lo tomó por sorpresa. Había anhelo en su beso, sin esa desesperación que normalmente impregnaba sus encuentros. Era nuevo, desconcertante y excitante, como si estuvieran explorando un terreno desconocido.
—Kellet —le advirtió cuando la falta de aire se hizo una necesidad por la que separarse—. Dijiste que necesitabas tomarte el día libre —le recordó. Sus palabras eran serias, pero supuso que perdían impacto al decirlas mientras acariciaba su cintura.
Kellet se dio la vuelta, quedando cara a cara con él.
—Necesito descansar de todo, menos de ti —le confesó—. Quería un día para mí.
—¿Por qué? Te encanta tu trabajo.
Kellet asintió, pero puso las manos sobre su pecho, dibujando con el dedo la cicatriz.
—Quería saber cómo era —admitió—. Por un día, pensar solo en lo que yo quiero, en la vida que podría tener si yo no fuera yo —la vergüenza se derramó en sus palabras y en la forma en que sus ojos evitaron su mirada.
—Si tú no eres tú, y yo no soy yo, entonces… ¿Quiénes somos? —preguntó, desconcertado.
—Cualquier persona que queramos —dijo Kellet, demasiado rápido para que fuera la primera vez que pensaba en ello—. Podríamos ser dos pescadores de la isla de Deasei o Thalis.
—No me gusta el calor —comentó, volviendo a rodear sus caderas con las manos.
—Bueno, entonces podríamos ser dos granjeros de Briselis —sugirió de nuevo.
La ternura invadió su cuerpo, mientras tiraba de él y Kellet se dejaba llevar, rodeándole las caderas con las piernas. Kellet entrelazó las manos en su cuello, dejando que sus cuerpos se pegaran. No estaban excitados, y fue sorprendentemente reconfortante notarlo de una manera tan íntima contra él. La sensación de esa cercanía era casi adictiva, un refugio inesperado en el que ninguno buscaba más que compañía. Su soldado perfecto estaba desesperado por

escapar de sus cadenas y, aunque no fuera consciente de ello, estaba claro que su mente sí se había resistido a vivir condenado.
—¿Y qué haríamos? —preguntó, interesado en su fantasía.
—No lo sé. Mirar el campo crecer, hasta poder usar sus frutos y volver a empezar, hasta que estemos viejos y arrugados —contestó Kellet, encogiéndose de hombros.
Una risa se le escapó de la garganta. Era el plan menos elaborado que había escuchado en su vida.
—¿Nosotros solos haríamos todo eso? Parece mucho trabajo.
—Somos fuertes. Podríamos conseguirlo —le aseguró Kellet.
—Eso seguro, pero ¿qué pasará contigo? ¿No echarías de menos tus espadas? —lo presionó.
—Podría hacer lo mismo que haces tú, con tu magia. Usarlo solo cuando sea necesario —ofreció Kellet después de pensar un momento.
—No es magia —le repitió.
—Pero es algo —insistió Kellet—. Pude sentir tu fuerza ayer, cómo tu poder sacudía el cuartel.
—No estuvo bien —le aseguró—. No debería perder el control.
—¿Es peligroso? —preguntó Kellet.
—Sí —dijo con sinceridad, sin dudar.
—¿Por qué?
Acunó su rostro entre las manos, trazando sus pómulos con los pulgares. El contacto fue deliberado, cargado de una suavidad que intentaba transmitir la gravedad de sus palabras.
—Llevo el mar dentro: su fuerza, su violencia, su paz… Si me olvido, aunque sea por un segundo, de que debo contener ese poder dentro de mí, el mar podría reclamarme como una parte de él. —Era una forma demasiado simple de explicar algo que, en el fondo, resultaba muy complicado.
Kellet lo miró muy serio, con la comprensión brillando en sus iris.
—¿Eso fue lo que pasó cuando venciste a la Ostántiga? ¿Te reclamó el mar?
Asintió y notó sus dedos clavándosele en los hombros.
—Vi tu cara, ¿sabías lo que pasaría?

—Sí —admitió—. Lo sabía, conocía el precio que pagaría por encerrarlos donde no pudieran haceros daño.
Kellet movió la cara, enfrentándose a su mirada.
—Para que no me hicieran daño a mí —adivinó.
Asintió con la cabeza.
—Tomaste la decisión sin mí —le recriminó Kellet.
—No hubo tiempo para preguntar —le contestó, acariciando su espalda.
Kellet volvió la mirada a su pecho.
—¿Cómo volviste? —le preguntó.
—Nunca me fui. Yo soy parte de él, y él es parte de mí. Si me reclama, tengo que quedarme.
—Pero despertaste, volviste conmigo —le dijo Kellet, desconcertado.
Acarició su cara, tirando con suavidad de su cuello para besarlo en los labios.
—Sí, siempre pensé que no había marcha atrás si recibía mi llamada. Pero resulta que la abuela no lo sabía todo sobre nuestra conexión con el océano. Yo te entregué mi alma y te hice mi dueño, así que, cuando tú me reclamaste, tuvo que dejarme ir porque yo ya era tuyo.
La expresión de Kellet estaba llena de una emoción, un brillo intenso que parecía todavía más luminoso entre las sombras de la habitación.
—No pueden llevarte —dijo, negando con la cabeza.
Dejó salir una risa áspera, apretándolo contra él. Kellet reaccionó aumentando el agarre de sus piernas alrededor de sus caderas.
—Creía que hoy no era un día para conversaciones difíciles —le recordó.
Kellet asintió con la cabeza.
—Mañana hablaremos más —aceptó, relajándose. Acarició sus costados y apoyó la cabeza en su hombro.
—Tienes que prometerme que no le hablarás a nadie de lo que puedo hacer, ni de mi naturaleza —le pidió con urgencia, era muy importante que entendiese eso.
Kellet alzó la cabeza con gesto solemne.

—Nunca te traicionaría. No tienes por qué preocuparte, guardaré tu secreto.
No añadió nada más. Se acomodó con la espalda apoyada en la pared, dejando que el peso relajado de Kellet lo envolviera como un ancla. No había ningún lugar en el mundo en el que prefiriese estar.



SUEÑOS Y LUCES

KHIRSTAN

Para cuando salieron de la bañera, el agua estaba fría. Los dos se cubrieron con toallas y fueron directos a la habitación.
Abrió un poco las contraventanas y miró al exterior. Había pasado más tiempo de lo que pensaba en el agua, porque la tormenta ya había comenzado. El viento silbaba entre las rendijas de la ventana, y la nieve golpeaba el cuartel con un ritmo irregular.
—Puedes dejar una abierta, el baño ayudó bastante con el dolor de cabeza.
Se giró buscando a Kellet, que ya estaba tumbado en la cama. Atraído como si estuviera escuchando un canto de sirena, avanzó directo hasta él. Se sentó al borde de la cama, inclinándose sobre él. Kellet le dedicó una mirada abierta y tranquila. Puso las manos sobre sus antebrazos, acariciándolos despacio, dibujando círculos con los pulgares sobre su piel húmeda.
—¿Te pongo más loción? —preguntó.
Kellet siguió acariciándole mientras dejaba salir un sonido pensativo.
—Después —decidió, incorporándose un poco para acortar la distancia entre sus labios. Lo besó con suavidad, sin prisas, como si

cada roce fuera una promesa callada.
Se separó de él con reticencia, volvió al baño a por el frasco y, de paso, añadió un par de leños al fuego de la chimenea. Las llamas chisporrotearon al recibir la nueva madera, llenando la habitación con un calor reconfortante. Lo dejó sobre la mesilla y se metió con Kellet bajo las mantas. Se pegó a su espalda, pasando los brazos bajo los suyos para que no hubiera espacio entre los dos.
Kellet hizo un sonido relajado, acomodándose contra su desnudez.
—¿Hay algo más que pueda hacer por ti? —le susurró al oído.
—No tienes que esforzarte, es nuestro día libre —le recordó Kellet.
—Es que estoy confundido. No sé si los granjeros tienen alguno de esos.
Kellet se rio, y su cuerpo se estremeció en respuesta.
—Nosotros los tendríamos —le contestó con seguridad.
—¿Y qué haríamos durante un día entero sin obligaciones? —inquirió.
Kellet se encogió de hombros.
—Querernos —dijo con seguridad.
Khirstan sintió cómo algo se aflojaba en su pecho, una tensión que no había notado hasta ese instante.
Le dio la vuelta para poder mirarle a la cara sin obstáculos.
—Para eso no necesitamos un día especial, podemos querernos todos los días. Seamos pescadores, campesinos o nosotros.
Kellet dejó salir un profundo suspiro.
—El comandante de Nimerik se debe a su deber —dijo con pesar, mirándolo a los ojos.
—Estás equivocado, el deber y el corazón no son lo mismo. No tienes que elegir entre los dos, solo tienes que encontrar la forma de lidiar con ambos.
—Desde que estás aquí conmigo, me siento como si estuviera atado por dos cuerdas, tensas, inmóviles, las dos tirando de mí. Por un lado, está algo en lo que llevo creyendo toda mi vida, que respeto y me gusta. Por otro, está lo que quiero.
Podía entender con relativa facilidad cómo se sentía. Sabía de sobra lo en serio que se tomaba su trabajo.
—¿Y hacia qué lado te gustaría ir?

—Al que me lleve hasta ti —contestó Kellet—. Sé que no puedo, pero es lo que quiero.
—Cada vez que me dices que no puedes elegirme, quiero romper el mundo y hacer uno nuevo solo para ti.
Los ojos de Kellet brillaron, desbordando emoción.
—Para nosotros —lo corrigió—. Ojalá no fuera solo un sueño y tuviera una oportunidad de decidir por mí mismo.
—Estamos aquí, no te rindas tan pronto. Que no haya un camino para cruzar una montaña no significa que no puedas crear uno.
Kellet negó con la cabeza, pero tenía una sonrisa en los labios.
—¿Siempre tienes que tener la última palabra? —preguntó exasperado.
—Sí —respondió sin dudar—. Pero siéntete libre para obligarme a callarme.

Kellet rio, bajando la mirada por un instante antes de alzarla con un brillo travieso en los ojos. Se lo tomó como un desafío, buscando un beso que estuvo encantado de regalarle. Lo atrapó entre sus brazos, hundiendo los dedos en su cabello húmedo, besándolo con la misma fiereza con la que lo amaba. Si su soldado necesitaba motivos para empezar su propia guerra con su mente y sus sentimientos, le daría todos los motivos que pudiera.



KELLET

El día siguiente fue más duro de lo que pensaba. Había sido demasiado fácil abandonarse a la comodidad de las mantas, a la calidez de un cuerpo contra el suyo. Le encantó pasar todo el día descansando y durmiendo. Mantuvo su pequeña e inocente fantasía, dedicándose a hablar y dejar que las horas pasaran sin tener en cuenta nada que no fuera disfrutar de la presencia de Khirstan.
Sabía que no se podía vivir en una burbuja de fantasía, alejados de los problemas inminentes que tenían, pero eso no hacía que no deseara con todas sus fuerzas que ese milagro pudiera pasar.
Que sus tardes fueran horas que languidecían entre besos robados y conversaciones ahogadas en la quietud de su cuarto, con Khirstan

cuidando sus heridas y permitiéndole saber más de él. Sin enfados, sin rencor, dejando que ese amor que lo había arrastrado a su límite se expandiera entre ellos todavía más.
Y quizá Khirstan se sentía de la misma manera, porque su mirada siempre volvía a él, buscándolo incluso en los momentos de silencio. Aunque desayunaron con Ailysh en el comedor mientras les ponía al día de lo que había pasado en su breve ausencia, no hizo ningún ademán por tener esa conversación que le había prometido. Ni ese día, ni los que vinieron después.
Ahora era él quien se escapaba a su habitación, porque, aunque era mucho más pequeña y austera, estaba más lejos de la de Ailysh y tenía como fondo el sonido del mar que tanto amaba Khirstan.
La primera noche que fue a su habitación, abrió sin llamar. Khirstan no se inmutó, solo levantó las mantas para invitarle a pasar. Se hicieron pronto a la nueva costumbre: después de cenar, iría a su habitación para bañarse y luego buscaría a Khirstan en la suya. Aunque llevaban semanas durmiendo juntos, algo había cambiado entre ellos. Ahora se sentía más cómodo consigo mismo, menos culpable cuando encontraba consuelo en hundirse entre sus brazos o en pedirle que le curara las heridas. La distancia que antes imponía por costumbre se había vuelto innecesaria, reemplazada por una intimidad que le hacía sentir en paz. Era más feliz, más de lo que recordaba que tenía derecho a ser, tanto que temía que todo se deshiciera como una escultura de arena bañada por las olas.
Mientras patrullaba, vio una pequeña multitud reunida en una de las calas que rodeaban las murallas.
—¿Qué está pasando ahí? —preguntó a uno de sus hombres, que también observaba la escena.
—Su señoría está enseñando a hacer trampas para los pescados de roca —le contestó el soldado, que parecía divertido.
—¿Pescado de roca? —preguntó confundido.
El hombre asintió sin dudar.
—Son los pescados que se usan como carnaza para pescar —le explicó—. Pero su señoría dice que, con el mal tiempo, hay abundancia de ellos y que son buenos para ayudar a alimentar a la gente.

Bajó del caballo para poder mirar mejor. Khirstan estaba sentado en una piedra grande, explicando con paciencia cómo elaborar la trampa.
Verin observaba no muy lejos de allí. Lo saludó con un asentimiento.
—Tu amigo es un ser curioso —comentó en cuanto estuvo cerca—. La semana pasada enseñó en la parte más humilde del puerto cómo hacer medicinas para el mal de estómago y los resfriados. Los sanadores no estaban muy contentos con ello, pero aseguran que las medicinas que ellos venden son mejores.
—Sí, si puedes pagarlas —contestó con desprecio.
Verin dejó salir una risa áspera.
—Hace unos días, uno de los soldados hirió a otro durante un entrenamiento y lo llamaron para que lo asistiera —continuó.
—¿Por qué no llamaron a uno de nuestros médicos o a un sanador del puerto? —preguntó extrañado.
Los ojos de Verin brillaron con diversión.
—Tu amigo estaba allí. Lo han visto recoger plantas y repartir ungüentos. Asumen que es un sanador y, dada la cercanía que tiene con vosotros, creyeron que era alguien de confianza.
—Pueden fiarse de él —le aseguró a Verin.
—¿Es médico o sanador? —lo interrogó el hombre.
—Supongo que podrías considerarlo sanador. No aprendió de ningún médico. Sabe cómo curar y atender heridas —admitió, sin poder evitar que el orgullo se filtrara en sus palabras.
—Y también pescar, limpiar piezas de caza, preparar trampas… Es un hombre con muchas habilidades.
Tuvo que mirar al suelo para ocultar la sonrisa. Quería decir que era suyo, que el destino había conspirado para entregárselo, pero temía que decirlo en voz alta rompiera el hechizo que le había concedido el mayor de los deseos.
—Es excepcional en todo lo que hace —le aseguró en lugar de decir todo lo que realmente pensaba.
Verin lo miró con una ceja alzada.
—¿Puedo llamarlo si necesito un sanador que no haga preguntas? —lo interrogó.

—Esa decisión debes tomarla tú. Lo que puedo decirte es que yo le confiaría mi vida —reconoció con sinceridad.
La mirada de Verin lo atravesó.
—¿Sabe lo que estamos haciendo?
Por un segundo pensó en mentir, pero Verin sospechaba con muy buen criterio quién era Khirstan en su vida y sabía que el hombre no lo traicionaría.
—Sí, forma parte de ello. Si algún día no puedes decirme algo o necesitas ayuda y yo no estoy, puedes llamarlo. Encontrará la forma de prestarte apoyo.
La sonrisa de Verin se amplió, pero no rebatió sus palabras.
—Una amistad como esa no se ha visto antes —comentó con desenfado.
Levantó la mirada. Khirstan estaba ayudando a una mujer mayor a tensar la cuerda de la pequeña trampa, mientras algunas personas le hacían preguntas.
Eran unos necios si pensaban, aunque fuera por un segundo, que alguien como él pasaría desapercibido. No necesitaba su magia para eso. Khirstan tenía una presencia imposible de ignorar, una seguridad innata que lo hacía destacar incluso en la multitud. Estaba acostumbrado a ser resolutivo, a encargarse de los demás, y tenía una capacidad de liderazgo que lo hacía brillar por sí mismo.
—No es mi amigo —dijo sin quitarle los ojos de encima.
Verin soltó su atronadora risa.
—Cuéntame otro cuento, ese ya me lo sabía.
No replicó. No tenía sentido discutir lo evidente.
Mucho más tarde, esa noche, entre las sábanas, se atrevió a preguntar:
—¿No te da miedo exponerte así? —susurró con la cabeza apoyada en su pecho.
—No. Sé cuidarme si lo necesito. Ellos no. Los que viven en la zona pobre no tienen mucho. Nadie piensa en ellos, y yo sé por experiencia cómo es eso. Puedo ayudar, puedo hacer que sus vidas sean más fáciles. No hacer nada y quedarme mirando es lo mismo que apoyar el abuso al que se les somete. Yo no soy así. ¿Te

gustaría que pasara desapercibido? —inquirió Khirstan, acariciándole la espalda.
—No. Es bueno que ayudes, al menos hasta que encontremos la manera de ofrecerles apoyo —le respondió.
—Eso tardará, y ellos tienen que comer ahora y pasar el invierno.
—Pudiste acudir a mí, hay comida en la reserva —le indicó.
—Se crearían disturbios si el ejército empezara a repartir comida a unos pocos. Necesitamos pensar en algo a largo plazo, algo equitativo y justo. Mientras, yo puedo encargarme de ellos.
Levantó la cabeza y apoyó la barbilla en su pecho para mirarle a los ojos. Llevaba una carga tan pesada que a veces se hundía bajo ella, pero una sola frase suya sirvió para aliviar ese peso.
—Lo haré mejor, lo prometo. Conseguiré que las cosas cambien. —Las palabras salieron con firmeza, aunque la angustia le apretaba la garganta.
Los ojos aguamarina de Khirstan brillaron mientras lo observaba, y una lenta sonrisa se dibujó en su rostro.
—Sé que lo harás, paso a paso. No trates de acelerar, soldado. Asegúrate de que el hielo esté cuajado si quieres atravesar un lago helado, o acabarás hundido bajo el agua —le aconsejó con ternura. Rozó su nariz con el dedo antes de inclinarse para robarle un beso.
—No tengo miedo a hundirme. Sé que tú encontrarías la forma de salvarme.
La sonrisa volvió a su rostro, pero en sus ojos había un brillo que lo dejó momentáneamente sin aliento. Khirstan lo hizo girar sobre la cama, tumbándose sobre él.
—Puedes estar seguro de eso, soldado. No vas a deshacerte de mí.



FUTURO INCIERTO

KELLET

—No sé qué voy a hacer cuando se vaya —admitió Ailysh mientras veían a Khirstan nadar en mar abierto.
Aunque no dijo nada, él también lo pensaba.
Lo vieron sumergirse de nuevo, desapareciendo entre las olas del mar.
—Ya me acostumbré a tenerlo conmigo todo el día —se quejó Ailysh, suspirando—. ¿Puede durar más el invierno?
Sonrió, de nuevo en sintonía con sus pensamientos.
—Puede que Khirstan se quede aquí más tiempo —opinó, mirando con atención el océano, esperando a que Khirstan saliera de nuevo.
—Ojalá, pero no le gusta el puerto. Aunque tengo que reconocer que me sorprende ver lo adaptado que está —comentó Ailysh—. Siempre que iba con él por el puerto, la gente lo evitaba como si fuera la peste. Ahora, son ellos los que se acercan a él. Incluso nuestros hombres lo saludan al pasar.
—Me he dado cuenta —respondió con orgullo.
La cabeza de Khirstan volvió a asomarse entre las olas.

Los dos rieron al ver cómo sacudía la cabeza y volvía a hundirse casi sin parar a tomar aliento.
—¿A qué temperatura puede estar el agua? —inquirió Ailysh.
—Ni los peces se atreven a nadar después de una tormenta de nieve —respondió sacudiendo la cabeza con incredulidad.
—Acabas de hacer una broma. Hermano, estás irreconocible —se burló ella.
—¿De qué hablas? Soy el mismo de siempre.
Ailysh se giró para mirarlo a la cara.
—No lo eres, pero tengo que reconocer que me gusta —le dijo con la sinceridad brillando en sus ojos, que eran completamente diferentes a los suyos—. Estuve muy preocupada por ti, pero ahora estás contento y eso me hace feliz.
No pudo ocultar la sorpresa. Ailysh lo notó y rio mientras entrelazaba su brazo con el suyo.
—Eres mi hermano, Kellet. Quiero que estés bien, y antes no lo estabas.
Suspiró, notando el calor de su brazo contra el suyo.
—Nunca fui feliz —admitió.
Los ojos de su hermana se clavaron en él, pero continuó mirando al océano.
—Me conformé con existir y, supongo que, en algún momento, me hice realmente bueno mintiendo, hasta el punto de creerme mis mentiras.
Los dedos de Ailysh se aferraron a su brazo.
—Pase lo que pase, mañana o dentro de mil años, siempre voy a estar de tu lado. Te seguiré a donde necesites —prometió ella con seriedad.
—Lo sé —le aseguró, dándole un apretón a su mano—. No te preocupes por mí, ahora estoy bien.
—Eso es obvio. Y no sé a qué se debe el cambio, pero es uno de los buenos.
Giró la cabeza y dejó un beso en su frente, como solía hacer cuando era un bebé. Ailysh dejó salir una risa, apoyando su costado en el suyo mientras él le pasaba el brazo por la espalda. Disfrutó del momento, de la quietud de la arena helada bajo ellos, del vaivén del

mar y de la certeza de que, al menos por ahora, mientras Khirstan nadaba a salvo delante de él y Ailysh estaba protegida a su lado. No sabía por cuánto tiempo podría mantenerlos así, pero pensaba aprovecharlo mientras pudiera.



KHIRSTAN

—Me voy a casar.

Dio una palmada a Kellet en la espalda justo cuando este se atragantaba con su vino. El líquido resbaló por la comisura de sus labios antes de que lograra recuperarse.

—¿Otra vez? —inquirió Kellet con hartazgo, limpiándose con el dorso de la mano—. Ya habíamos quedado en que no podía ser.

Ailysh le dedicó una mirada aburrida.

—Con Khirstan no —le dijo ella con un fingido desprecio que lo hizo sonreír.

—¿Quién es él? —preguntó Kellet de mal humor, dejando la copa sobre la mesa con más fuerza de la necesaria.

Ailysh sonrió satisfecha.

—Valien Bendrik —anunció, saboreando cada sílaba.

Kellet tiró el tenedor sobre la mesa. Ailysh se cruzó de brazos, lista para pelear.

—¿Quién es Valien Bendrik? —inquirió, mirando de un hermano al otro.

—Un idiota, que tiene la cabeza más dura que un yunque —masculló Kellet.

Ailysh se puso rígida en la silla.

—Es apropiado como marido —repuso ella—. De buena familia y un buen guerrero.

Kellet apartó el plato, chasqueando la lengua.

—No es un buen guerrero. Es demasiado grande, pesado y lento.

—Y eso lo hace un buen luchador. Aguanta más golpes que nadie y su fuerza bruta es incomparable.

Kellet dejó salir un sonido de burla.

—No me ofendas cuando estamos a la mesa —le reclamó a su hermana.
—¡Pues esperaré a que acabes de comer! —le gritó ella, inclinándose ligeramente hacia él.
—Creo que todos hemos terminado —los interrumpió, sereno—. Maggie, puedes retirar la comida antes de que se lancen los platos a la cabeza.
—Sí, señoría —aceptó ella, haciéndole un gesto a Penny para recoger.
—Hablaros los dos con respeto, sois familia —les recordó a ambos con paciencia—. Ailysh, ¿estás segura de que es el adecuado?
—Sí, quiero casarme con él —le aseguró ella.
—Por encima de mi cadáver —respondió Kellet.
—Basta, dije —advirtió, lanzándole a Kellet una mirada aguda. Un leve cambio en su tono bastó para que él guardara silencio y endureciera la expresión.
—Es un candidato perfecto. Nunca me pedirá que deje el ejército, estará orgulloso de pertenecer a la familia y nos dará honor en la batalla —argumentó Ailysh—. Además, sus padres murieron hace mucho tiempo y su único pariente vive en Auris. No tendríamos que esperar a la primavera para casarnos.
Entrecerró los ojos, recordando su última conversación con ella. Algo no cuadraba.
—Dije que no te casarás con él y no lo harás —ordenó Kellet, su voz cargada de terquedad.
—¿Por qué es algo positivo que puedas casarte antes de la primavera? —preguntó, ignorando a Kellet y centrándose en ella.
Ella abrió y cerró la boca. No dijo nada, pero no hacía falta; ya tenía todas las respuestas.
—Estás encinta —afirmó, seguro de lo que decía. Un silencio absoluto llenó el comedor—. Por eso querías casarte conmigo, necesitas un padre para el niño.
Kellet dejó de protestar. Miró a Ailysh a la cara y luego a su estómago plano.
—Ailysh… —La voz de Kellet subió de volumen mientras se ponía de pie, apoyando las manos sobre la mesa—. Dime que no dejaste que

ese animal mancillara nuestra estirpe.
Puso la mano sobre la suya, obligando a Kellet a dirigirle la mirada. Sus dedos eran firmes, pero la presión no llegó a ser brusca.
—Calma —le ordenó—. No ganas nada comportándote así. Vamos a hablar tranquilos. Si está embarazada, ya no hay nada que hacer.
Kellet se dejó caer en la silla, pero su rostro era una máscara de enfado.
—No tengo nada de qué avergonzarme. Deberías estar contento, traigo un futuro soldado al mundo.
Kellet parecía a punto de estallar.
—Eres una noble, deberías mantenerte pura para tu noche de bodas.
Ailysh lo miró burlona.
—Puedo hacer lo que quiera —dijo ella con calma—. Soy demasiado mayor para seguir virgen. Ya debería llevar años casada.
—Yo soy mayor que tú —reclamó Kellet, enfadado—. Y…
—Soldado —lo interrumpió, elevando la voz.
Kellet lo miró con pánico; había estado a punto de reconocer que fue virgen hasta hace unos meses. Le lanzó una mirada de advertencia, pidiéndole prudencia.
—¿Qué ibas a decir? —preguntó Ailysh, afilando la mirada—. No pretenderás que crea que eres virgen.
—No lo soy —dijo Kellet con dureza—. Aunque lo fuera, no es asunto tuyo.
—Ni tuyo lo que hago con mi cuerpo —le replicó ella, enfadada.
—Basta a los dos —les reclamó—. Kellet, no tiene sentido enfadarse por la pesca recogida, esos peces ya están fuera del mar —aconsejó, manteniendo la calma—. Ailysh, ¿quién es el padre?
Ella se humedeció los labios con nerviosismo.
—No lo voy a decir —contestó en actitud defensiva.
Suspiró, pasándose la mano por la frente, notando cómo la presión en su sien comenzaba a convertirse en un dolor de cabeza persistente.
—¿Es el soldado del pajar? —preguntó, temiendo conocer ya la respuesta.
Ella tragó saliva, pero le dedicó un asentimiento seco.

—¿Qué soldado? ¿En qué pajar? Exijo que venga aquí ahora mismo y dé la cara como un hombre.
—Él es un hombre y ella una mujer, se necesitan los dos para hacer un nuevo ser humano —le recordó burlón—. Deja de rebuznar como un burro y compórtate como el hombre que sé que eres —le dijo con dureza.
Kellet lo miró dolido, pero tomó una respiración profunda y cerró los ojos unos segundos. Se notaba en la tensión de su mandíbula cuánto le costaba contenerse.
Ailysh le dedicó una mirada agradecida.
—¿Quieres tener al bebé? —preguntó Kellet con esfuerzo.
—Sí —contestó Ailysh sin dudar.
Kellet entrelazó las manos sobre la mesa, intentando mantenerse tranquilo.
—¿El padre se haría cargo del niño y de ti? —quiso saber.
—Sí, si se lo contara —admitió Ailysh.
Kellet apretó la mandíbula con fuerza.
—¿El padre no sabe que estás embarazada?
—No, y nunca lo sabrá —contestó ella. Había que admitir que Ailysh tenía valor, porque Kellet parecía estar a punto de arrasar con todo si no le encontraba lógica a esa situación.
—¿Y eso por qué? —la interrogó Kellet con los dientes apretados.
—Es un noble de baja cuna, no es un movimiento político inteligente —respondió Ailysh con calma.
—¿Es bueno para tu cama, pero no para casarte? —demandó saber Kellet.
Ailysh miró la mesa y, por primera vez en toda la conversación, pareció avergonzada.
—Es un buen hombre, un buen soldado —admitió en voz baja.
Kellet suspiró, mirando a su hermana pequeña antes de mirarlo a él. Negó con la cabeza, pidiéndole con un gesto que se calmara.
—Ailysh —la llamó Kellet—. Te dejaron elegir a tu propio marido, si ese hombre es lo que quieres, quédate con él. Nuestro apellido es lo suficientemente importante como para aguantar un matrimonio con un noble de baja cuna.
Ailysh miró su estómago antes de mirarlos de nuevo.

—Esto no estaba en mis planes —aseguró con pesar—. Pero no quiero deshacerme de él. ¿Puedo pensar un poco antes de tomar una decisión sobre el padre?
—¿De cuánto estás? —preguntó a su amiga.
—Casi dos meses —respondió Ailysh.
—Tómate el tiempo que necesites, es una decisión importante —le aconsejó Kellet—. No pienses en la familia, piensa en lo que es mejor para ti, porque vas a tener que vivir con ello. Si ese hombre tiene honor, luchará por ponerse a tu altura y juntos engrandeceréis nuestro apellido.
Ailysh asintió, se levantó con lentitud y fue hasta Kellet, agachándose para darle un beso a su hermano en la mejilla.
—Lo siento —murmuró, dándole un apretón en el hombro.
—¿Por qué? —preguntó Kellet, mirándola—. Tú tienes razón, eres una mujer adulta. Nos parecemos tanto en algunas cosas que a veces olvido que también somos completamente opuestos en otras muchas. Además, no te puedes quejar por la pesca o algo de un pescado en una red… Lo que dijo Khirstan antes —resumió, cansado.
Ailysh rio, andando hasta él para besarlo también. La atrapó en un abrazo, sosteniéndola con firmeza, con el mismo instinto protector de siempre.
—Piénsalo bien. Ven a hablar con nosotros si necesitas consejo o solo quieres quejarte. Estaremos aquí —prometió mirando a los ojos de su amiga.
Ailysh sonrió agradecida, les hizo un gesto con la mano y salió del comedor.
—¿Quién es el del pajar? —preguntó Kellet en cuanto se cerró la puerta.
—Creo que se llama Cley —lo informó.
—¿Cley? —preguntó Kellet, sorprendido—. Bueno… eso no está tan mal.
Se cruzó de brazos, esperando a que continuara hablando, aunque su expresión seguía siendo hosca, sus hombros estaban menos tensos.

—Ailysh tiene razón. Es de baja cuna, pero es un buen soldado. No destaca en nada, pero tampoco se queda atrás. Además, es honrado y honorable. No está mal —repitió Kellet con aire pensativo.
Alzó una ceja, mirándolo con diversión.
Kellet se cruzó de brazos.
—Soy consciente de que no tuve la mejor reacción —dijo con una calma que estaba a años de distancia de cómo se había comportado —. Pero no me esperaba esto y no es un buen momento para tener que preocuparme por una nueva persona —añadió, malhumorado.
No pudo evitar reírse. Puso la mano sobre su brazo, acariciándole el antebrazo.
—La vida siempre encuentra la forma de abrirse paso, soldado. No puedes contener el cauce de un río con la mano —le aseguró con cariño.
—Pero eso no evitará que lo intente —contestó Kellet, obcecado.
Negó con una pequeña sonrisa, dejando que su pulgar dibujara círculos sobre su piel.
—Terco —murmuró—. Las cosas pasan cuando tienen que pasar. No hay un momento adecuado, o pasaríamos toda la vida esperando.
Kellet lo miró, deslizando los dedos entre los suyos, sujetó su mano y la observó en silencio durante un rato.
—A veces merece la pena esperar —dijo Kellet buscando su mirada.
Se inclinó hacia él, rozando su boca en un beso suave, contenido.
—Hubiera seguido esperándote durante siglos. Sabía que llegarías —susurró, acariciando sus labios con los suyos.
Kellet sonrió, sosteniéndolo por la nuca antes de besarlo de nuevo.
—No sé cómo pude llegar a pensar que podría vivir sin ti —murmuró Kellet entre besos.
Se rio, porque era feliz, porque ese exasperante hombre le pertenecía incluso antes de conocerlo, y porque, aunque todavía vivían a oscuras, a lo lejos, los primeros rayos del sol comenzaban a despuntar.



BAJO ATAQUE

KELLET

La intervención de Khirstan al bloquear Nimerik supuso para él una calma como jamás había conocido. Se acostumbró a las noches tranquilas y a una falsa sensación de paz que se hizo añicos cuando, en medio de la noche, sonaron las campanas del puerto.
Abrió los ojos, reconociendo al instante la habitación de Khirstan. Él estaba sentado en la cama, con el ceño fruncido y los músculos en tensión, mirando a todas partes.
—¿Qué es ese sonido? —preguntó Khirstan desconcertado.
—Nos atacan —le dijo, alzando la voz mientras se vestía con rapidez. No había traído sus armas, pero necesitaba saber qué estaba pasando.
—¡Comandante! —escuchó gritar por el pasillo.
Todavía poniéndose las botas, salió al encuentro de la llamada.
—Comandante, hay intrusos en el puerto —anunció Lur, uno de sus hombres de confianza, sin preguntar por qué no salía de su propio cuarto.
—¿Cuántos? —demandó, abriendo la puerta y tomando sus armas.

—Diez, por lo menos. Los hombres de Verin dieron la alarma. Edina está preparando a nuestros soldados para asistirlos.
Khirstan ya estaba fuera, vestido de pies a cabeza, con su rostro completamente cubierto. Lur le dedicó un asentimiento, sin mudar el gesto, aunque era obvio que los dos habían salido del mismo lugar. Hubo un estallido fuera que hizo que la luz se colara por las ventanas del pasillo.
—Pólvora —dijo, asomándose por la ventana para ver qué estaba pasando—. Es el almacén, están atacando el almacén de la cosecha.
Corrió sin esperar a los otros dos, cruzándose con los criados, que corrían de un lado a otro como sombras inquietas.
—¡Maggie, atranca las puertas y quedaos todos juntos! No abras a nadie que no seamos nosotros —escuchó gritar a Khirstan a su espalda.
Salieron al exterior del puerto. Sus soldados ya estaban listos, bajo el mando de Edina, que estaba lista para la batalla. Ailysh estaba alistando a los suyos.
—Llegaron por el mar —dijo Verin, acercándose al trote a caballo. Llevaba su espada en la mano, y el filo estaba manchado de sangre fresca—. Hay dos embarcaciones, como para diez hombres cada una. Tiene que haber más.
—¡Separaos! —gritó, subiendo a su caballo en un ágil salto—. Atrapad a cualquiera que esté en las calles.
—¿Quiénes son? —preguntó a Verin, desenvainando su espada.
—No lo sé, pero son buenos. Sigilosos y rápidos. Cazadores más que saqueadores. El invierno está siendo duro. ¿Crees que vienen a robar? —inquirió Verin.
—De noche y por mar, no. Nadie de aquí usaría las aguas, menos después del aislamiento de Nimerik. Si antes tenían miedo al océano, ahora mucho más —contestó, entornando los ojos para escudriñar las sombras—. Enséñame por dónde entraron.

KHIRSTAN

Dejó a Kellet y a sus soldados, desapareciendo entre las sombras y perdiéndose con rapidez en la oscuridad de la noche. Se escabulló

con facilidad, sabía exactamente a dónde debía ir. Corrió hasta los almacenes de comida que estaban cerca de donde atracaban los barcos. El aire olía a sal y humo, y en el lugar ya había soldados tratando de apagar el fuego con cubos. No lo harían lo suficientemente rápido como para salvar la comida.
Se tiró al agua sin dudar, recibiendo con comodidad la sensación del frío helado que lo empapó. Nadó sin hacer ruido, manteniéndose lo más cerca posible del borde. Se concentró en el oleaje, que esa noche era bastante vivo y turbulento, y lo alimentó como los leños alimentan el fuego. Los gritos de alarma cambiaron; ahora temían las olas, pero no tenían por qué, nadie saldría herido.
Sintió cómo la energía del agua respondía a su llamado, vibrando en su piel. Dejó que las olas chocaran contra el suelo, ya por encima del puerto. Necesitó tres intentos para que alcanzase el almacén. Hizo que el agua subiera por las maderas ardientes, enfocándose para crear lenguas de agua que se ocuparan del fuego, pero no inundaran la comida.
En cuanto el fuego se apagó, el mar se quedó tranquilo y las olas desaparecieron, dejando tras de sí una inquietante calma como huella de su manipulación.
Se sumergió en el agua para alejarse, invocando con el pensamiento a las sirenas. Necesitaba toda la información que pudieran tener. Eran demasiado curiosas para no haberse interesado por barcas cruzando su mar. El eco de su llamado se desvaneció en las profundidades, mientras la superficie se agitaba cuando ellas aparecieron.

KELLET

Vieron la sangre sobre las piedras de la calzada y bajaron sin dudar de los caballos. Verin le hizo un gesto, indicándole que se separara un poco por si era una trampa.
Hizo lo que le pedía y juntos avanzaron siguiendo el rastro que manchaba las piedras. El color oscuro de la sangre contrastaba con el brillo húmedo del suelo, marcando un sendero inquietante. No tardaron en encontrar el cuerpo de un soldado.

Se inclinó sobre él y le tomó el pulso. Su piel estaba helada y no había respiración. Miró a Verin y negó con la cabeza.
Verin alzó la espada y señaló al frente, para avanzar juntos por el callejón. Se movieron en sincronización, buscando algún indicio que apuntara en la dirección correcta.
El callejón daba a otro más estrecho, detrás de la posada. Los dos se giraron al escuchar cómo crujía la contraventana. La madera se movió, mostrando el rostro de la posadera, que les señaló la puerta antes de cerrar de nuevo.
Los dos se miraron sorprendidos y rodearon la casa para ir a la entrada. La puerta se abrió apenas un palmo.
—Vi a dos hombres escondiéndose en las sombras, después a otros cuatro —les dijo en un susurro, mirando detrás de ellos como si esperara que la atacaran. Sus ojos, grandes y asustados, brillaban en la penumbra.
—¿Pudiste ver por dónde se fueron? —la interrogó en el mismo tono.
Ella asintió, pegándose más a la puerta.
—Fueron por el callejón de los herreros —les indicó.
Los dos se giraron para ir en esa dirección. El cerrojo de la puerta sonó a su espalda, rompiendo el silencio con un chasquido seco.
Apenas habían avanzado unos cuantos metros cuando un hombre apareció en la ventana, señalando a la derecha.
Se movieron por el callejón, saliendo a la calle principal de nuevo. Más personas les fueron guiando a través de su búsqueda, ayudándolos a seguir un rastro, y, a pesar de estar en estado de alarma, su corazón se calentó porque, por primera vez, la gente los estaba ayudando a defenderlos. La unidad de su pueblo, nacida del miedo compartido, le daba una fuerza que nunca antes había sentido.

KHIRSTAN

Se descolgó por la ventana, dejando que sus botas crujieran ligeramente contra la grava al tocar el suelo. Tenía un rastro.
—Mi señor —escuchó un susurro a su derecha.

Lur estaba agazapado detrás de un carromato con otros cuatro hombres. Le señaló con la mano hacia adelante. Kellet siguió la dirección de su dedo, atento. Otros cuatro soldados estaban escondidos en la esquina, todos con sus armas desenvainadas, la luz tenue de las antorchas se reflejaba en el metal.
Sacó un cuchillo de su manga y dejó que todos lo vieran antes de moverse. Eran silenciosos, pero no más que él, así que pudo sentirlos moverse a su espalda, el leve roce de sus botas contra el suelo húmedo era audible para un oído entrenado.
Corrió sin detenerse por la calle principal y se desvió por varios callejones hacia la zona más pobre del puerto. Era un cazador experto desde que era un niño y sabía que se acercaba a su presa. El olor metálico de la sangre le golpeó de lleno. Ninguna casa estaba iluminada, no mientras las campanas de la muralla siguieran sonando en medio de la silenciosa noche. Las sombras parecían más sólidas, como si el miedo se hubiera instalado en cada rincón. Sin dudar, fue hasta la tercera casa, sacó otro cuchillo y derribó la puerta de una patada.
El cuerpo de un hombre sobre un charco de sangre lo recibió, pero no le causó ningún impacto. La casa se podía recorrer en un par de pasos, apenas un camastro y una minúscula ventana. El aire era denso, cargado del hierro de la sangre fresca. Se fijó en el desorden; no había ningún mueble más, pero en una esquina había un saco con todo el contenido esparcido por el suelo. Estaban buscando algo.
Se dio la vuelta. Los soldados estaban apilados en la entrada de la casa, esperándolo. Un destello bajo el cadáver llamó su atención. Empujó el cuerpo con el pie; había una moneda debajo. Miró la moneda de oro con sorpresa. Era una moneda de Lisea.
Se la enseñó a Lur. Todos los hombres de confianza de Kellet sabían lo que había pasado bajo la montaña. Guardó la moneda y salió fuera. Miró alrededor. Todo parecía en su lugar, salvo por el sonido. El silencio no era natural. Había un ambiente de tensión que le erizó la piel.
Sabía que había casas desocupadas al final de la calle, pero no eran un buen lugar para esconderse. Eran demasiado pequeñas para

defenderse o huir.
Tomó el camino más largo hacia una de las puertas de la muralla. Había un lugar que era fácil de defender porque permitía ver a cualquiera que se acercara. Algo le decía que estarían ahí.
Kellet le había dicho que si había alguna amenaza, no dejaban a nadie salvo a soldados acceder a lo alto de la muralla. Sin embargo, los guerreros de Verin se hicieron a un lado cuando lo vieron correr hacia ellos, y los que estaban arriba los siguieron sin dudar. Hizo un gesto con la mano, como había visto hacer a Kellet y Ailysh cuando querían pedir silencio.
Se agachó para que no pudieran verlo desde abajo, avanzando despacio para no hacer ruido. Cada paso era una extensión de su respiración controlada, cada músculo en tensión estaba listo para reaccionar. No se levantó hasta llegar a una pequeña construcción donde amontonaban el aceite para las antorchas.
Había seis hombres abajo, con cuchillos y espadas. Estaban en el almacén donde guardaban los sacos de sal, que se extraían de la salina.
Vio cómo sacaban sacos. El símbolo que llevaban fuera indicaba que eran sal, pero el pequeño tintineo que le llegaba incluso desde allí le decía que no lo era. El sonido era inconfundible: el peso del metal deslizándose dentro de la tela.
Se fijó en las botas. Los zapatos de una persona daban más información que el rostro o la ropa. Eran botas caras, demasiado para ser unos ladrones. La forma en que sujetaban las espadas era profesional, cómoda. Soldados.
Otro hombre apareció, sujetando a un pobre incauto inconsciente. Supo lo que iba a pasar incluso antes de ver cómo arrastraba el cuerpo hacia el puerto.
Giró la cabeza. Lur lo estaba esperando a unos pocos metros. Sacó la moneda del bolsillo y señaló abajo. Alzó de nuevo la mano, cerrando el puño. Sabía que esa era la orden de atacar.
Él asintió, con el semblante serio y sin una brizna de miedo en su rostro. Repitió el gesto a los hombres que esperaban y empezaron a retroceder para buscar la escalera más cercana. Sabía que no

fallarían; la disciplina en sus movimientos era casi instintiva. Kellet dedicaba muchas horas al día a prepararlos.
Volvió a asomarse. El soldado ya había llegado al borde del agua, clavó un cuchillo en el corazón del hombre y lo dejó caer al agua. No tenía sentido. En esa zona no había barcos. Solo pequeñas embarcaciones que los más humildes usaban para pescar cerca de la orilla a plena luz del día.
Escuchó un sonido extraño y, al girar la cabeza, comprobó con sorpresa cómo en el horizonte aparecía un barco de tamaño mediano, con las velas recogidas para no llamar la atención. No necesitó ver para saber que en ese momento estarían bajando barcas más pequeñas. Era un buen método de distracción, porque los demás estarían buscando al otro lado del puerto.
Sonrió, sin evitarlo. Fueran quienes fueran, no escaparían esta noche. Cerró los ojos y pidió al mar que encontrara su voz, rogándole para que enviara una criatura que se encargara de que no llegara ninguna barca al puerto y no hubiera supervivientes. El vínculo con el océano era un latido profundo en su pecho, una certeza que no necesitaba palabras. Confió en el océano, que era su principio y su fin. Con esa seguridad, salió de su escondite y lanzó un cuchillo sin dudar contra uno de los hombres que cargaba un gran saco sobre su hombro.
Los soldados bajaron la escalera en tropel, las armas tintineando mientras se lanzaban al ataque. Corrió hasta la escalera, repartiendo algunos golpes para llegar a su objetivo. Ahí estaba, el único hombre que no había cargado nada y se había mantenido oculto bajo una capa con capucha. Sus movimientos eran medidos, y la forma en que observaba la pelea confirmaba lo que sospechaba: ese tenía que ser el que estaba al mando.
Siguió corriendo en su dirección. Él desenvainó la espada, pero no se detuvo; sabía lo que quería. Se lanzó al suelo, tomándolo por sorpresa, placándolo de las rodillas y lanzándolo directamente al suelo. Escuchó el sonido sordo cuando el aire se le escapó del cuerpo por el impacto, un gemido ahogado que se perdió en el caos del combate. Un dolor agudo se clavó en su hombro, como si una barra de hierro ardiente desgarrara su piel.

Se incorporó, ignorando el dolor, y puso el antebrazo en su cuello para paralizarlo. Acercó su cara a la suya y se concentró en el agua que tenía en su cuerpo. Hizo que toda esa agua saliera de su organismo, dejándolo solo con lo necesario para sobrevivir, y como respuesta el encapuchado se desplomó en el suelo sin fuerza.
—Mi señor —escuchó decir a Lur, con la voz cargada de preocupación—. Estáis herido.
—No importa —dijo, poniéndose de pie—. Hay que llevarlo a un lugar seguro. Kellet tiene que interrogarlo, lo necesita con vida. Es importante —dijo, mirando alrededor. El único superviviente era el hombre que él había abatido.
—Lo llevaré personalmente —ofreció Lur.
Miró al suelo con el ceño fruncido. Había cientos de monedas de oro por el suelo, brillando a la luz tenue de las antorchas, como un rastro de traición.
—Necesitamos guardar todo esto y custodiarlo hasta que Kellet y Ailysh puedan verlas —añadió.
—Ya envié a uno de los soldados a buscar a uno de los comandantes —le explicó Lur.
Asintió, mirando alrededor. Uno de los hombres de Verin estaba tirado en el suelo, con una gran herida en el costado.
—Trae agua de mar y haz que alguien se acerque a la casa más cercana para pedir aguja e hilo. No tiene mucho tiempo —ordenó antes de ir hasta el chico.
Se arrodilló en el suelo. El joven no se había puesto la armadura ligera que usaban para patrullar el puerto, probablemente por la prisa en responder a la alarma. El soldado ya no se movía, probablemente se había desmayado por la pérdida de sangre.
Alguien le trajo un pequeño farolillo. Levantó la cabeza y vio que había una anciana delante de él, su silueta encorvada se recortaba contra la luz. Era una de las que había ayudado a hacer trampas para peces algunas semanas atrás.
—Gracias, Aurora —musitó, aceptando el trapo que le tendía.
—Tengo un poco de aguja e hilo —le dijo Aurora, tendiéndole una caja muy pequeña de latón oxidado.

—¿En qué puedo ayudar? —preguntó uno de los soldados de Verin, arrodillándose a su lado.
—Presiona la herida con fuerza, está sangrando demasiado —le indicó.
—Aquí está el agua salada —le dijo Lur, dejando un cubo de madera lleno.
No se detuvo ni un segundo más. Se lavó las manos con un poco de agua salada y empezó a lavar la zona. Aurora le pasó la aguja y él cosió lo más rápido que pudo la herida, asegurándose de no tensar demasiado para que no se le abriese al moverse. El hilo se deslizó entre sus dedos, áspero y firme, mientras sus manos trabajaban con precisión.
Se arrancó unas tiras de su camisa y las mojó de nuevo en agua salada antes de atarlas con firmeza alrededor de su torso.
—Hay que llevarlo al cuartel. La presión ayudará a parar la herida y el agua salada evitará una infección de momento, pero necesita medicinas y ungüentos —les advirtió.
Los soldados asintieron con seriedad y entre cuatro se llevaron su cuerpo en volandas. Recogió la caja y se la devolvió a Aurora, que seguía esperando a pesar del frío y su fino abrigo.
—Vuelve a casa y entra en calor. Las campanas ya no suenan, así que es seguro. ¿Tienes la infusión que te preparé para el frío? —preguntó, acercándose a la mujer, preocupado.
—Sí, mi señor —respondió ella con su voz ajada.
—Gracias por tu ayuda. Pasaré a verte mañana. Ponte a cubierto —le ordenó con suavidad, devolviéndole el farolillo.
Miró a la mujer hasta que se perdió en la esquina. Era muy mayor para estar fuera a esas horas.
—Puedo acercarle un poco de leña. Arriba hay mucha para las hogueras de la muralla —ofreció uno de los soldados de Verin.
—Eso estaría bien, gracias. Su casa tiene un amuleto naranja delante de la puerta —indicó, agradecido.
El soldado se cuadró y subió las escaleras de vuelta a la muralla con rapidez.
—Mi señor, debéis tratar vuestra herida —le apremió Lur—. Estáis sangrando.

Miró al hombre que había abatido. Lur ya lo había maniatado por si se despertaba. No hacía falta; tardaría horas en hacerlo, pero no podía decírselo.
—Cierto —murmuró, distraído—. No es grave, estaré bien.
—Khirstan, ¿por qué estás lleno de sangre? —escuchó la alarmada voz de Ailysh a su espalda.
Cerró los ojos un segundo, intercambiando una mirada apurada con Lur. Sabía que esa batalla sería mucho más difícil de ganar.



THARKIA

KHIRSTAN

—Eres un inconsciente —le siguió riñendo Ailysh mientras Maggie le aplicaba el ungüento que él mismo le había dado. Se había lavado para inspeccionar su herida porque ardía y, al salir, había llamado a Maggie y Penny para que le ayudaran a curarse la espalda.
—Estoy bien, estas cosas pasan —la tranquilizó—. ¿Por qué te preocupas por mí? ¿En tu estado puedes patrullar?
Sabía que las mujeres soldado luchaban hasta el final de su embarazo, pero preferiría que ella no se arriesgase.
—Por supuesto que puedo, soy una capitana del ejército. No trates de distraerme. Tú no eres un soldado. Tendrías que haberme llamado o dejar que los soldados de Kellet y Verin se hicieran cargo.
Puso los ojos en blanco, pero se abstuvo de responder.
—Maggie, no seas tan delicada, asegúrate de presionar el ungüento sobre la herida abierta para evitar una infección —le indicó a la mujer.
—Sí, mi señor —aceptó ella.
—No volveré a dejarte ir a ningún sitio. Haré que uno de mis soldados te siga todo el tiempo —lo amenazó Ailysh.

—Le despistaría en menos de cinco minutos —respondió con una sonrisa burlona.
Ailysh le pegó un golpe seco en el brazo, pero no tuvo tiempo de replicar. Kellet abrió la puerta con tanta fuerza que casi la saca de sus bisagras.
—¿En qué estabas pensando? —demandó furioso, cerrando de un portazo.
—Otro para la colección. Penny, atranca la puerta, puede que venga a gritarme Verin —dijo, lleno de ironía.
—¿Te crees que es una broma? —le gritó Kellet. Sus ojos brillaban en plena tormenta y, solo al verlos así, se dio cuenta de lo asustado que estaba.
—Soldado —intentó calmarlo.
—El hombre al que capturaste es un soldado de Lisea —siseó Kellet, furioso. —¿Sabes cuál es la especialidad de su ejército? Bañan sus armas en veneno, podrías haber muerto en segundos.
—¿Estás seguro de eso? —preguntó Ailysh, alarmada—. Buscaré a un alquimista.
—Tenía veneno —les dijo a los dos—. Un paralizante creado para ralentizar. Me aseguré de elegir un ungüento de los que hago yo mismo que lo contrarreste.
Kellet se acercó al borde de la cama con rápidos pasos para mirar la fina herida que había dejado el filo de la espada. Escuchó el rechinar de sus dientes al apretarlos con furia y vio cómo sus nudillos se volvían blancos al cerrar las manos hasta convertirlas en puños.
Lo agarró de la muñeca para que dejara de mirar y tiró de él hacia abajo. Kellet se dejó arrastrar, poniéndose de rodillas en el suelo para quedar a la misma altura.
—Estoy bien —dijo con seriedad, mirándole a los ojos—. Sabes lo que puedo hacer. No corrí más riesgos de los que tú asumes cuando sales.
Kellet tragó saliva con dificultad; su soldado estaba haciendo todo un ejercicio de contención.
Acarició con su pulgar su muñeca por la parte que no quedaba a la vista.
—Estaré bien en unos días. Lo prometo.

Kellet lo observó durante unos segundos antes de ponerse de pie de nuevo, fulminándolo con la mirada.
—Pondré a uno de mis hombres a seguirte día y noche —lo amenazó Kellet.
Maggie rio a su espalda.
—¿Otro más? Se nota que sois hermanos. —Miró a Ailysh esperando que ella se riese, pero ella los estaba mirando con una expresión de absoluto desconcierto.
Miró al frente para evitar cualquier posible pregunta. Puede que Ailysh se diera cuenta de algunos detalles en los que hasta ahora no había reparado, como que una de las túnicas de Kellet todavía estaba sobre la cama o uno de los registros del puerto sobre la mesilla.
Giró la cabeza en pánico, mirando a Penny, señaló a Ailysh con la cabeza y luego a Kellet.
Ella frunció el ceño, echando un vistazo alrededor, hasta que reconoció la túnica que estaba sobre la cama. Penny enderezó los hombros y se puso a recoger, usando la cesta de la leña, haciendo varias cosas de manera aleatoria hasta que se hizo con las pertenencias que Kellet tenía en la habitación.
—¿Qué vais a hacer con el soldado de Lisea? —preguntó para conseguir la atención de los dos hermanos.
—Lo llevamos a las mazmorras, lo vigilarán cuatro de mis soldados para desgastarlo —le informó Kellet.
—¿No os preocupa que se repita la historia? —inquirió.
—No, mis soldados estarán con él dentro de la celda —contestó Kellet. —Dos días en una habitación a oscuras ayudarán a doblegarle.
—Eso será si se despierta. ¿Conseguisteis que volviera en sí? —preguntó Ailysh a su hermano.
—Todavía no, pero el sanador de Verin dijo que estaba vivo —contestó Kellet, quitándose la espada. Se la pasó a Penny, que la recogió y aprovechó para salir de la habitación.
—Asegúrate de darle agua en cuanto se despierte —le aconsejó a Kellet.
Él asintió sin cuestionarlo.

—Ya es tarde. Aprovechemos para dormir unas horas antes del amanecer —decidió Ailysh.
—Sí, tú vete a descansar —ordenó Kellet a ella—. Verin ya desplegó a todo su batallón para patrullar las calles esta noche. Mañana saca el tuyo para relevarlos. Los míos se encargarán de la noche.
—Bien. ¿Qué vamos a hacer con el barco en el que vinieron? —preguntó Ailysh—. ¿Envío algunos soldados a abordarlo?
—No lo hagas. Confía en mí, es mejor que nadie entre en el barco todavía —les advirtió.
Los dos hermanos lo miraron con preocupación, así que sonrió para que supieran que no había problema, incapaz de compartir más de lo necesario mientras no estuvieran solos.
—Daré una última vuelta y me voy directo a la cama —decidió Kellet —. Vamos, dejemos a Khirstan descansar.
Ailysh asintió, le dio un apretón en el hombro y siguió a su hermano al exterior, dejando tras de sí un silencio denso.
—¿Debo seguir aplicando el ungüento, mi señor?
—Hasta que la piel deje de absorberlo, Maggie. Después coloca sobre la herida un paño humedecido con agua caliente para asegurarnos de que lo absorba en profundidad. Se curará en unos días, no es profunda.
—Por supuesto, mi señor —contestó ella, con diligencia.
En cuanto Penny volvió, Maggie la envió a calentar agua y, entre las dos, terminaron de atenderlo. Ya le estaban vendando la herida cuando Kellet volvió a entrar con la túnica que solía usar para dormir, los pies descalzos amortiguando el sonido de sus pasos sobre el suelo.
—¿Cómo estás? —le preguntó al cerrar la puerta tras de sí.
—Sigo vivo —le aseguró, tratando de calmarlo.
Kellet le frunció el ceño, claramente molesto.
—Ya te dije que estoy bien. Ya casi estamos terminando, apenas es un rasguño.
—¿Seguro que no prefieres que traiga un sanador? —inquirió Kellet con la preocupación marcando cada palabra.
—Como no pares, te tiro de la ventana y te ahogo —le amenazó, intentando arrancarle una sonrisa.

Eso hizo a Kellet sonreír de mala gana.
—¿Y qué te hago yo a ti? —lo interrogó, sentándose a su lado en la cama—. Podéis retiraros las dos, gracias por todo —las despidió Kellet.
—¿Traemos algo de comer para los señores? —ofreció Penny, mirando a ambos con una pequeña sonrisa de complicidad. Con el paso del tiempo, Kellet se había relajado cuando ellas estaban presentes.
Negó con la cabeza, mirando a Kellet a los ojos. Necesitaba un momento a solas, sin interrupciones.
—No será necesario —respondió Kellet.
Se quedaron quietos hasta que la puerta se cerró detrás de ellas. Kellet le acarició la cara despacio, con una suavidad que contrastaba con su habitual dureza. Su pulgar recorrió su mandíbula en un gesto íntimo.
—Sé que estás preocupado, pero soy más que capaz de protegerme solo —le recordó en voz baja.
Kellet dejó salir un sonido de su garganta, demostrando que le estaba escuchando, pero sus dedos siguieron el camino de su mandíbula hasta su cuello. La calidez de su contacto le recorrió la piel como una corriente eléctrica. Levantó la cabeza, dándole un mejor acceso, dejando que se calmase a su manera.
—No sabía que tus soldados iban a seguirme, me los encontré mientras seguía un rastro —continuó explicándole—. Los de Verin se sumaron cuando subimos a la muralla.
Los ojos de Kellet lo dejaron sin palabras. No entendía la pregunta que había en ellos, pero si seguía mirándolo así, cedería a cualquier petición. La luna, el mundo, el universo entero.
—Usé el agua para apagar el incendio y, en caso de haber estado en peligro real, habría usado el mar contra ellos —explicó con rapidez.
De nuevo, Kellet hizo ese sonido con la garganta que hizo que se le erizara la piel.
—Además, ni siquiera fue una pelea. Lo tiré al suelo y lo dejé inconsciente —siguió diciendo—. Así que, si lo piensas, no llegué a estar en riesgo en ningún momento.

Kellet inclinó la cabeza, empujándolo hacia atrás. Se dejó hacer, permitiéndole que lo tumbara. Apenas sintió la herida, demasiado concentrado en lo que quisiera hacer Kellet.
Los labios cálidos de Kellet rozaron los suyos, la lengua presionando con fuerza su labio inferior antes de que sus dientes se apropiaran de él. Un rayo de deseo sacudió su cuerpo, que no esperaba ese asalto. Abrió la boca para él, dejando que profundizase el beso. Por lo general, Kellet no iniciaba sus encuentros, así que la sorpresa de sentir su necesidad lo tomó por sorpresa.
Sus bocas siguieron en una lucha continua de la que, con gusto, se declaraba perdedor. Una de las manos de Kellet bajó por su pecho, acariciándolo con una necesidad que se desprendía de la forma en que sus dedos apretaban su piel fría, haciéndolo entrar en calor. Gimió sobre sus labios sin contenerse, levantando las caderas en su busca. La mano de Kellet cubrió su erección, apenas contenida por el pantalón que se había puesto antes. Jadeó, notando la vibración en lo más profundo de su pecho.
Sus dedos tiraron con eficiencia de sus cordones, liberándolo de su cautiverio. Dejó salir un siseo cuando sus dedos tomaron su erección con una seguridad impropia de él.
No tenía ni idea de qué le pasaba por la cabeza a su soldado, pero, fuera lo que fuera, ya era suyo sin necesidad de pedirlo.
Sus bocas no se habían separado en ningún momento. Estaba satisfecho con tener los brazos rodeando el cuello de Kellet para poder seguir devorando su boca.
Como el militar que era, Kellet se lanzó a una lucha que solo él entendía, pero lo acarició como si estuvieran en una carrera de la que necesitaba ser el vencedor. Meció sus caderas, buscando un orgasmo que ya podía sentir formándose en su interior.
Chupó su lengua con fuerza, al borde del abismo, pero Kellet lo sorprendió retirándose y dejándolo colmado de un calor que solo él conseguía darle.
No le dio tiempo de preguntar. Kellet se arrodilló en la cama y le quitó los pantalones, dejándolo completamente desnudo. Se quitó la túnica, quedándose en igualdad de condiciones.

—¿Te duele la espalda? —preguntó Kellet. La pregunta fue un susurro que contrastó con su mirada ardiente, recorriendo su cuerpo y la erección que se elevaba entre sus muslos.
—Ni la noto —contestó, notando su voz ahogada por la expectación.
Kellet se inclinó sobre él, besando la cicatriz del centro de su pecho, hundiendo su lengua para repasar su relieve. Sus manos ardientes recorrieron de nuevo su pecho, bajando hasta su abdomen. Rodeó de nuevo su erección, dándole un par de tirones que lo hicieron llegar a su límite. De nuevo, Kellet se apartó en cuanto intuyó que iba a terminar. Abrió los ojos y buscó su rostro para quejarse, pero no pudo emitir ni un solo sonido al verlo entre sus piernas.
Kellet alzó la vista, y la fuerza de sus miradas al encontrarse debió sentirse incluso en Nimerik, porque todo su cuerpo empezó a zumbar con una energía que jamás había sentido.
Sin dejar de mirarlo, Kellet lo sostuvo de la base llevándolo a su boca. La sensación de calor cuando sus labios se cerraron alrededor de la punta fue lo más impresionante que había sentido en toda su vida. Un escalofrío le recorrió la columna, como si su cuerpo no pudiera decidir entre el fuego y el hielo.
Llevó las manos hacia atrás, sujetándose al cabecero de la cama mientras sus caderas se movían por sí mismas hacia delante, empujándose en su calidez. Necesitaba algo que lo sostuviera en medio del temporal. La madera fresca contra sus palmas contrastaba con la calidez abrasadora de su boca.
Kellet gimió ante la intrusión, pero no intentó apartarse. La imagen se grabaría en su mente para siempre: esa expresión oscura en sus ojos, ese brillo de avaricia en el gris de su mirada. Era como si Kellet lo estuviera devorando de todas las formas que podía.
Empujó de nuevo y el sonido que Kellet hizo se ahogó por el rugido del mar que acababa de despertar bajo el puerto. El eco de las olas golpeando las murallas acompañaba el ritmo frenético de sus latidos.
Las manos de Kellet lo anclaron a la cama mientras su boca bajaba por su erección, comprobando hasta dónde podía llevarlo. Lo vio cerrar los ojos mientras gemía a su alrededor y, aunque sabía que no debía, luchó contra su agarre, buscando hundirse más en él.

El agarre férreo de Kellet sobre sus caderas no le dejó moverse, pero él subió y bajó varias veces por su extensión, dejándolo ir cada vez un poco más profundo. Cada vez que lo hacía, una llamarada de calor le recorría el cuerpo, dejándolo sin aliento.
Sus ojos se pusieron en blanco al notar cómo chupaba a su alrededor de una forma brusca. Kellet lo dejó salir de sus labios y esta vez no pudo evitar quejarse, moviéndose hacia un lateral para apagar esa necesidad que lo estaba destrozando. Pero ningún movimiento podía aliviar el vacío que le dejaba esa ausencia.
Kellet dejó un beso sobre la punta húmeda de su miembro, pero lo abandonó sin pensarlo para bajar un poco más. Su espalda se levantó del colchón al sentir su lengua sobre sus testículos llenos; sentir sus labios jugando con sus circunferencias fue demasiado para su cuerpo. Volcó toda esa frustración necesitada sobre el mar que lo rodeaba, que golpeó inclemente contra las murallas. El sonido del agua chocando era un reflejo del caos que sentía en su interior.
Abrió más las piernas, ofreciéndose a Kellet en sacrificio sin que él tuviera que pedirlo. Kellet bajó todavía más, lamiendo una zona sensible que lo hizo quejarse de necesidad. Tenía algo en su interior, un vacío que necesitaba ser colmado. Nunca en su vida había sentido una necesidad tan imperiosa. Era un hambre primitiva, imposible de ignorar.
Lo escuchó escupir y su piel se erizó ante el sonido, intuyendo lo que iba a pasar. Dejó salir un gemido largo y necesitado cuando uno de sus dedos presionó contra su entrada. El contraste entre la humedad tibia y la presión era un placer agudo, casi doloroso.
Su cuerpo se relajó al instante, necesitado de ese contacto que hasta ahora había estado prohibido para él. El dedo de Kellet se abrió paso en su interior sin esfuerzo. Su lengua acarició la zona alrededor, mientras su otra mano masajeaba sus testículos, que estaban a punto de desbordarse. Cada caricia era un incendio bajo su piel, cada movimiento lo acercaba al borde.
Obligó a su cuerpo a contenerse, no quería que se detuviera, moriría si no tenía más de eso. Como resultado, apretó su dedo con fuerza y Kellet gimió como si estuviera sufriendo en agonía. Retiró el dedo y su lengua tomó el relevo, tratando de profundizar en su cuerpo.

El grito que abandonó sus labios fue más animal que humano; solo el sonido de los rayos y truenos que sacudían el puerto evitó que despertasen a todos en el cuartel. Cada relámpago parecía sincronizado con el temblor de su cuerpo, como si el mundo entero estuviera al tanto de su rendición.
Kellet se apartó y, sin decir ni una palabra, le dio la vuelta, dejándolo a cuatro patas sobre la cama. Se inclinó sin avergonzarse, pegando el pecho abajo y separando las piernas todo lo que pudo. Kellet escupió de nuevo y la sensación de su saliva bajando por su culo hasta su entrada fue un golpe eléctrico que le erizó la piel.
Mientras los dos dedos de Kellet entraban en su cuerpo, el calor penetró en cada parte de su ser, su necesidad avivada con cada estocada de sus dedos. Seguía sintiendo que no era suficiente, pero no podía moverse porque la sensación de su boca chupando y lamiéndolo era enloquecedora. Cada roce, cada succión, lo hacía arder desde dentro, como si estuviera al borde de un abismo al que estaba deseando lanzarse.
Estiró la mano a ciegas, incapaz de contener sus jadeos necesitados. Sus dedos encontraron el frasco de aceite que usaba para tratar las cicatrices de Kellet. Se lo pasó por encima del hombro, y el maravilloso sonido del corcho al abrirse fue música para sus oídos. El ligero aroma del aceite flotó en el aire, mezclándose con el sudor y la salinidad de la tormenta que golpeaba las ventanas.
—No te preparé lo suficiente —le dijo Kellet con la voz ronca. Su mano tiró de su miembro hacia atrás, acariciándolo con tanta fuerza que estuvo a punto de desmayarse por la intensidad de la sensación. El placer era tan abrumador que cada caricia lo hacía perder el sentido del tiempo y del espacio.
—Estoy cerca, solo te necesito dentro para correrme a tu alrededor, lo necesito —reconoció sin pudor.
Nunca había hecho nada parecido, pero su cuerpo sabía perfectamente lo que necesitaba, y con Kellet no sentía que tuviera que ser cohibido. Con él, la vergüenza no existía; solo quedaba el deseo puro y la necesidad desnuda.
Los dientes de Kellet mordieron su culo con fuerza. Podía escuchar el sonido húmedo que hizo su erección mientras la preparaba con el

aceite. No lo habían hecho así antes, pero llevaba esperando ese momento mucho tiempo. El simple sonido del roce del aceite contra su piel hizo que su cuerpo temblara de anticipación.
Alzó el culo para él, separando sus nalgas para ofrecerse. Kellet jadeó y la cabeza de su erección presionó sobre su entrada. Dejó salir un largo jadeo mientras se concentraba en la intromisión, en la sensación de cómo su cuerpo le dejaba entrar con esfuerzo y cómo sus paredes lo asfixiaban, encerrándolo en su interior. Era un dolor dulce, una invasión que anhelaba más que temía.
Cerró los ojos; el control al que tan férreamente se aferraba desde niño voló por los aires y la tormenta del exterior se recrudeció con tanta violencia que las paredes del cuartel temblaron. Era como si el cielo mismo respondiera a la tormenta que rugía en su interior.
Los brazos de Kellet le rodearon el pecho, haciendo que se pusiera de rodillas en la cama hasta que su pecho y espalda estuvieron juntos.
—Respira, tranquilo —le dijo Kellet al oído.
Se aferró a sus manos fuertes y tomó varias respiraciones profundas, pero la sensación de plenitud era tan intensa que sentir sus cuerpos unidos era demasiado para él. Cada respiración temblorosa era un intento fallido de mantener el control que ya había perdido.
Kellet llenó su cuello de besos, intentando transmitirle una calma que quedaba anulada por la forma en que mecía las caderas, moviendo su miembro dentro de él como si tampoco pudiera controlarse. Era un vaivén constante entre la ternura y una desesperación que los estaba devorando.
Cogió su mano y la llevó a su erección, desesperado por encontrar algún tipo de alivio. Kellet lo entendió y empezó a embestirle. Fue un poco errático al principio, mientras intentaban encontrar un ritmo que funcionara sobre el colchón. Cada movimiento torpe se fue convirtiendo en una danza perfectamente sincronizada, donde el deseo marcaba el compás.
Volvió a apoyarse sobre sus manos para facilitarle los movimientos, y las manos de Kellet se aferraron a sus caderas mientras se empujaba en su interior, ganando velocidad. El sonido de sus

cuerpos chocando se mezclaba con el retumbar de los truenos, creando una sinfonía salvaje.
Gimió sin contenerse; era imposible que nadie escuchara nada con el sonido de la tempestad que los estaba azotando. Kellet gruñó a su espalda, aumentando la velocidad, buscando su placer. Su mano lo rodeó de nuevo, dando un par de tirones al ritmo de sus embestidas, pero dejándolo para que sus dedos bajaran a sus testículos, apretándolos con fuerza mientras su dedo índice bajaba a la zona donde estaban unidos, presionando justo encima. La combinación de sensaciones lo empujó al límite, su mente nublada por un placer insoportable.
El orgasmo explotó por todo su cuerpo como millones de estrellas fugaces. Sintió cómo su cuerpo se vaciaba sobre las sábanas y Kellet lo hacía en su interior. Las lágrimas llenaron sus ojos; eso era lo que llevaba esperando toda la vida. Esa conexión única, esa capacidad de entregar y recibir, ese entendimiento sin palabras para crear juntos un mundo propio.
Kellet se desplomó sobre él, todavía en su interior, pero se puso de lado para no descargar su peso sobre su espalda herida, que no había sentido en absoluto desde que lo tocó por primera vez.
Aunque Kellet acababa de correrse, su miembro todavía estaba firme dentro de su cuerpo, pero ninguno de los dos hizo nada al respecto. Los brazos de Kellet lo rodearon, ignorando el sudor y que necesitaban abrir las ventanas para dejar entrar un poco de aire puro, pero se quedaron en silencio, dentro de su propia burbuja, mientras escuchaban cómo la tormenta se iba alejando del puerto.
El silencio que quedó tras el estruendo de la tormenta era casi sagrado, un susurro compartido entre sus cuerpos exhaustos. Cerró los ojos, con una sensación de satisfacción tan plena que no podía compararla con nada. Ahora sí podía estar seguro. Había encontrado su Tharkia, su hogar.
Tharkia no era un lugar, ni un recuerdo, sino un latido, un susurro en la oscuridad que decía que, finalmente, pertenecía a alguien.



LIBRES

KHIRSTAN

Corrió a toda velocidad por la tierra, saltó una gran formación de piedras sin siquiera pensar. Sus botas se hundieron bajo la arena por el peso, pero siguió avanzando sin detenerse un segundo.
Escuchó una risa a su espalda y, de repente, Kellet lo adelantó. Era mejor saltador que él. Su sombra pasó fugaz sobre la arena antes de que sus pies volvieran a tocar el suelo, levantando una pequeña nube de polvo. Siguieron la carrera, esforzándose por avanzar a pesar de la arena que ralentizaba sus movimientos.
Le adelantó en cuanto llegaron al bosque que conducía a la muralla. Sintió la mano de Kellet rozándole el codo, un contacto eléctrico que le hizo acelerar el paso. En lugar de seguir hacia el puerto, se desvió entre los árboles, adentrándose en las sombras del bosque.
Soltó una carcajada al escuchar lo cerca que estaba, y Kellet aprovechó para abalanzarse sobre él. No opuso resistencia, se dejó agarrar y alzó la cabeza, buscando un beso.
Las manos de Kellet se deslizaron con firmeza hasta rodearle la cintura, presionando su cuerpo contra el tronco de un gran árbol. Se

besaron con pasión, a pesar de que a los dos les faltaba el aliento por la carrera.
Hacía solo unas semanas, sería impensable besarse tan cerca del puerto, pero muchas cosas habían cambiado desde entonces. Las reglas que antes los ataban parecían haberse deshecho entre sus dedos.
Desde que Kellet le había hecho el amor por primera vez, algo en su soldado había cambiado. Ahora parecía más libre, más en sintonía con lo que quería. Lo tocaba más cuando estaban a solas y se mantenía cerca de él todo lo que le era posible sin llamar la atención de los demás. Era como si, con cada gesto, reafirmara su decisión de estar a su lado.
—Gané —declaró satisfecho, mirando sus ojos grises.
Kellet agachó la cabeza para sellar sus labios con un nuevo y fugaz beso.
—No, yo gané —respondió con una sonrisa apenas contenida. Eran las mismas palabras, pero el significado era completamente distinto.
Sonrió sin poder evitarlo. Últimamente sentía que no podía dejar de hacerlo, algo que le resultaba bastante inusual.
—Tengo que volver al cuartel —le dijo Kellet, robándole otro beso.
—Deberías irte entonces, soldado —contestó, acariciándole el cuello con los dedos.
—Ya me voy —murmuró él, rozando su boca con la suya en un susurro que lo hizo estremecerse.
Suspiró, separando los labios, incapaz de resistirse. ¿Cómo era posible que hubieran tenido relaciones antes y ahora todo fuera tan distinto? Se sentía más cerca de Kellet de lo que se había sentido nunca de cualquier otro ser humano. Era como si cada roce, cada mirada, ensamblara una pieza perdida dentro de él.
Kellet descendió hasta su boca de nuevo, atrapándolo en un beso profundo, mientras su mano se deslizaba bajo su ropa, colándose bajo ella.
Sintió el calor de su piel y supo que, si no hacía algo, ninguno de los dos se iría.
Le dio un empujón para separarlo y empezó a correr, gritando por encima del hombro:

—¡Te están esperando!
Kellet se carcajeó a su espalda, pero escuchó sus pisadas mientras reemprendía la persecución. No dejaron de correr hasta que llegaron cerca de la muralla.
—¿Quién ganó la carrera? —preguntó el comandante Verin, que estaba montado en su caballo delante de la puerta.
—El comandante, por supuesto —contestó Khirstan con seriedad.
Verin dejó escapar una poderosa carcajada.
—Lo dudo mucho —respondió, mientras apartaba su caballo para dejarlos pasar.
—¿Hay algún cambio? —preguntó Kellet a Verin.
—Empieza a romperse, tendremos noticias pronto —le prometió Verin.
—Bien, hazme saber si hay algún cambio —contestó Kellet.
—Acabo de ir a comprobar el reparto de víveres a los más vulnerables. Seguimos sin incidentes —informó Verin con satisfacción.
Sonrió de lado, cubriéndose la cabeza con la capucha. Kellet había aprovechado la lucha en el puerto para "premiar" a los desfavorecidos por la ayuda que habían brindado a los soldados. Usó el dinero incautado con inteligencia, comprando material que su propio batallón entregó para reparar las casas en peor estado. También se aseguró de comprar comida y proporcionarles semillas para que pudiesen plantar cuando llegase el momento.
No eran simples gestos de buena voluntad. Kellet no solo se preocupaba por su pueblo, sino que lo defendía con hechos.
Lo había llenado de orgullo comprobar que Kellet seguía inmerso en mejorar las condiciones del puerto y en tratar de ser más justo con todos sus habitantes. Esperaban protestas, que los más pudientes alzaran la voz contra unas medidas que claramente favorecían a los que menos tenían, pero después de los incidentes que sucedieron en Bashel durante meses y el último ataque, los convencieron de que las decisiones del comandante de Nimerik serían las correctas para todos. Si alguno tenía dudas, el barco que todavía estaba parado a pocas millas del puerto les recordaba que, una vez más, el ejército los había salvado.

Se despidió de Kellet con un gesto de la mano y emprendió el camino entre las callejuelas. Sabía a dónde quería ir, pero se detuvo al notar que alguien lo seguía.
—Lur, ¿por qué me estás siguiendo?
El hombre salió de su escondite con una expresión culpable.
—Perdón, mi señor —murmuró el hombre, con evidente vergüenza.
—¿Kellet te pidió que me siguieras? —preguntó con paciencia.
—No, mi señor —contestó con rapidez, negando con la cabeza de forma enérgica.
—¿Necesitas algo? —interrogó, desconcertado, cuando el silencio se extendió demasiado tiempo.
—Me preguntaba si… —guardó silencio, desviando la mirada a sus pies. Tragó saliva y levantó la cabeza con valentía—. Mi madre está enferma. Gasté todo mi sueldo en sanadores y médicos, pero solo le dan leche de amapola para entumecer el dolor, pero no mejora. Dicen que ya le llegó la hora de morir, pero…
—Puedo ir a verla ahora —aceptó sin vacilar. Entendía perfectamente el dolor de perder a un ser querido.
La cara de Lur se iluminó al escucharlo.
—Por aquí, mi señor. —Lo guio por varias calles hasta uno de los barrios humildes. La casa era pequeña, pero estaba limpia y ordenada, con una austeridad que hablaba de esfuerzo y constancia.
—Madre, vengo con ayuda —anunció, acercándose a una puerta.
Lo siguió sin dudar. Una mujer menuda estaba tumbada en la cama, cubierta por mantas. No parecía muy mayor, lo que significaba que habría tenido a su hijo muy joven. El aire de la habitación estaba cargado, como si el tiempo se hubiera detenido entre aquellas paredes.
—Deja de gastar el dinero en mí —protestó la mujer con voz débil—. Tienes que ahorrar para casarte y ofrecerle una buena vida a tu esposa.
Lur ignoró a su madre y lo miró con una disculpa en los ojos.
—Le duele cuando respira y sufre desvanecimientos —le explicó, con el ceño fruncido de preocupación.
Sonrió al hombre, fijándose en cómo recolocaba las mantas de su madre. No había señales de nadie más en la casa, por lo que supuso

que era el propio Lur quien mantenía todo en buen estado y se ocupaba de ella. Había algo en sus movimientos cuidadosos, automáticos, que dejaba en claro cuánto tiempo llevaba haciéndolo.
—Veamos en qué puedo ayudar —le respondió.
Reconoció la enfermedad en cuanto vio las marcas en sus brazos.
—¿Esta es su casa habitual? —preguntó, apartando con suavidad el camisón de su pecho para ver si las marcas se extendían.
—No, era de mi hermana. Murió el año pasado al dar a luz a su primer hijo. Me la quedé y traté de que mi madre se mudara, pero no lo hizo hasta hace un mes, cuando ya había empeorado bastante.
—Ya veo —murmuró, volviendo a cubrirla—. La buena noticia es que se puede tratar, la mala es que llevará un tiempo y puede que no se recupere del todo.
—¿De verdad? —preguntó Lur, esperanzado.
—Sí, es una enfermedad generada por el moho. Sucede cuando se respira durante mucho tiempo humedad y esporas —le explicó—. Necesito recolectar algunas plantas y algas para prepararle los remedios. Deberías acompañarme, así podrás hacerlas tú mismo.
Lur lo miró sorprendido, pero lleno de esperanza. Se despidió de la mujer con un pequeño asentimiento y salió al exterior para esperar a que Lur saliera. No quería interponerse en su conversación. El aire fresco del barrio, a pesar de su pobreza, resultó un alivio tras la quietud opresiva de la habitación. Lur salió con su propio zurrón, listo para aprender.
Les llevó buena parte de la mañana recopilarlo todo y enseñarle a prepararlo de la forma adecuada. Era ya mediodía, pero decidió no ir a la comida; tenía algo más importante que hacer.
—¿Terminaste? —le preguntó Kellet al salir de la casa.
—¿Cómo sabías que estaba aquí? —inquirió, sorprendido.
—Lur le contó a Edina que iba a pedirte ayuda. Al no saber de ti, supuse que seguías aquí. ¿Va a mejorar? —preguntó, observando la puerta entreabierta.
—Creo que sí. Tendrá secuelas, pero por lo menos podrá levantarse de la cama. Con suerte, la recuperación será bastante significativa —respondió. Estaba bastante seguro de que mejoraría; había visto casos peores que el suyo.

—Eso es bueno. Vamos a comer, es tarde.
—Ve tú, voy a ir a por el barco de Lisea.
—Dijiste que no era seguro —le recordó Kellet con rapidez.
—Y era cierto, pero ya se han retirado. Puedo subir al barco —intentó tranquilizarlo.
—Iré contigo —se ofreció Kellet enseguida—. Podríamos traerlo al puerto para investigarlo. El cuaderno de abordo puede darnos mucha información.
—Probablemente —aceptó—. Había pensado en hacer que el mar lo acercara, pero creí que podría cundir el pánico si la gente se levantaba por la mañana y lo veía atracado en el puerto —admitió mientras se alejaba de la casa.
—Bien hecho. ¿Vas a necesitar tus habilidades para subir al barco? —inquirió Kellet.
—No, solo fuerza y resistencia. Tengo un plan.
Kellet lo observó con desconfianza.
—¿Por qué siento escalofríos al escucharte decir eso?
Dejó salir una carcajada al escucharlo.
—Tranquilo, soldado, sé lo que hago —prometió.
—Vamos, avisaremos a los soldados de guardia para que sepan lo que vamos a hacer. De esta forma, no causaremos preocupación en nadie —decidió Kellet, acercándose a la muralla.
En cuanto Kellet informó a sus hombres de que iba a zambullirse en el mar, se formó una discusión entre los soldados, que se ofrecieron a acompañarlos. Kellet se impuso y advirtió a los soldados que debían hacer correr la voz para que nadie pensara que los estaban atacando de nuevo. El peso de su autoridad era incuestionable; en cuestión de minutos, los murmullos se disiparon y solo quedó el rumor del mar, esperando.
Cuando saltaron al agua, los rodeaban los soldados del puerto, quienes parecieron contener el aliento hasta que Kellet sacó la cabeza y empezó a nadar. A él le encantaba la sensación del frío quemándole la piel, una punzada helada que lo mantenía alerta, pero usó sus habilidades sobre Kellet para no ponerlo en riesgo por el frío. Mientras avanzaban entre las olas, advirtió a las sirenas de

que no debían salir a la superficie; estaba seguro de que habría decenas de personas mirando en su dirección.
Cuando llegaron al barco, sintió la presencia de varias criaturas y se encargó de darles el mismo mensaje. El mar seguía meciéndolos con fuerza cuando encontraron la cuerda del ancla y empezaron a trepar. Los dos estaban en muy buena forma física, por lo que no les supuso ningún problema subir.
Escucharon los vítores desde la muralla en cuanto estuvieron de pie. Alzó una ceja mirando a Kellet, que le devolvió la mirada con una sonrisa socarrona mientras se quitaba el agua del pelo.
Miraron alrededor: no había nada, ninguna señal de que hubiera algún problema.
—¿Crees que estén abajo? ¿Pudo quedar con vida alguien?
—No, me aseguré de ello. Solo estamos nosotros —respondió, dirigiéndose a la puerta de la cámara del capitán, ya que en los barcos de carga todos los marineros dormían en las bodegas, entre las mercancías.
De todas formas, Kellet se adelantó con un cuchillo en la mano. Lo dejó hacer, observando con paciencia cómo evaluaba cada rincón antes de entrar.
La cámara estaba igual de intacta que todo lo demás. Era un espacio sobrio, casi espartano, con un fuerte olor a sal y madera vieja. Una gran mesa ocupaba el centro, rodeada de estanterías repletas de cartas de navegación. Un libro abierto descansaba sobre la mesa, las páginas curvadas por la humedad del ambiente.
Kellet se sentó en la silla para mirarlo con atención.
—Vayamos abajo —dijo de repente, con dureza.
—¿Qué pasa? ¿Qué pone?
No insistió al ver su cara. Los músculos de su mandíbula se tensaron en una línea firme y, sin responder, se dio la vuelta y fueron directos a las bodegas.
No tuvieron ni que bajar las escaleras para notarlo: sacos de sal de las diferentes islas se apilaban en la bodega, todos llenos de monedas de oro y plata.
Más al fondo, entre las sombras mal iluminadas, encontraron tejidos de alto valor y otros materiales ricos, como joyas de oro, armas e

instrumentos musicales.
—Hay que llevar el barco al puerto y custodiarlo —dijo Kellet, con frialdad.
Lo observó con atención: la forma en que sus labios estaban apretados, cómo su mandíbula se tensaba hasta marcar los huesos. Sus manos eran dos puños cerrados y su espalda estaba completamente recta.
No le preguntó nada; no hacía falta. Sabía que Kellet había estado listo para confrontar a su padre y su tío, pero había una gran diferencia entre sospechar que estaban traicionando a su propio pueblo y confirmarlo con sus propios ojos. Ya no había escapatoria. No había justificación posible. Debía enfrentarse a ellos y, según las leyes de Nimerik, la traición se pagaba con muerte.



NUEVAS NOTICIAS

KHIRSTAN

Kellet se pasó los siguientes días casi encerrado en su despacho. Apenas dormía cuando llegaba a la cama y casi no pronunciaba palabra.

Le dio espacio, no podía ser de otra forma. Sabía que presionarlo no serviría de nada. Kellet estaba pasando por un proceso difícil, y lo mejor que podía hacer por él en ese momento era darle el tiempo que obviamente necesitaba.

—¿Hoy tampoco nos acompaña? —preguntó Ailysh, decaída al ver que solo él estaba sentado a la mesa.

—Me temo que no —se lamentó, dejando la cuchara sobre el plato.

—Maggie, puedes servir la comida —le indicó Ailysh mientras tomaba asiento.

Maggie lo miró, esperando una confirmación. Asintió, y la mujer se apresuró a traer los platos, mientras Ailysh dejaba sus armas sobre una de las sillas vacías. Su postura era más tensa que de costumbre.

—Quería hablar con él, con los dos en realidad —admitió ella.

—¿Sobre qué? ¿Tu embarazo? —inquirió, sorprendido.

—Sí, voy a casarme con Cley —anunció, decidida.

—¿Estás segura de eso? —quiso saber.
—Sí —aceptó Ailysh, apoyando la espalda en el respaldo—. Es lo que quiero.
—¿Y el bebé? ¿Quieres tenerlo? —preguntó, observándola con atención. Le mataría saber que lo hacía por obligación, justo cuando estaban tan cerca de que llegara un gran cambio.
—Sí, también lo quiero —le aseguró.
—Deberías esperar, no tomar una decisión precipitada. Todo está a punto de romperse, quizá deberías aguardar a ver cómo se desarrollan los acontecimientos.
Ailysh lo miró con el ceño fruncido.
—¿Tú también crees que vamos a ir a la guerra con la isla? —preguntó Ailysh en voz baja.
—¿Quién piensa eso? —la interrogó.
—Verin. Está preocupado por lo que pasará si nos enfrentamos a Nimerik directamente. Gran parte del ejército sigue allí. Nuestros soldados son mejores que los suyos, en su mayoría, siguen en entrenamiento, pero aun así… las posibilidades de victoria no son muy altas —contestó Ailysh con sinceridad.
Sabía que ella tenía razón, y que ese era el motivo por el que Kellet estaba sufriendo. Se sentía responsable de las vidas de Puerto Bashel y debía estar sopesando cada posibilidad para poner a salvo a tantos como pudiera.
—Tened cuidado con vuestras palabras cuando estéis en público. Es mejor no disparar la alarma —la advirtió.
Ailysh asintió y sonrió a Maggie cuando ella les sirvió la sopa.
—¿Debería llevarle un plato a su señoría? —le preguntó Maggie.
Suspiró, mirando la puerta cerrada.
—Mejor no. Sírvele un caldo que pueda beber fácilmente, me aseguraré de que coma algo más tarde —respondió.
Maggie asintió y salió de la habitación para buscarle la comida a Kellet.
Durante unos segundos, solo se escuchó el sonido de la sopa siendo removida en los platos.
—¿Qué está pasando con vosotros? —preguntó Ailysh sin tocar su comida.

La miró, fingiendo que no entendía la pregunta.
—No sé a qué te refieres —respondió con calma.
—He estado muy centrada en mí misma, pero me he dado cuenta de algunas cosas raras —continuó ella, girando la cuchara entre los dedos.
—No sé de qué me hablas —le aseguró.
Ailysh entrecerró los ojos, observándolo fijamente.
—¿Seguro que no quieres contarme nada? —insistió ella, sin romper el contacto visual.
Los dos se miraron a los ojos, evaluándose. Las palabras se le atascaban en la garganta. Le encantaría hablarle de Kellet, de lo que había significado encontrarlo y sentirse amado por él. Pero todavía no sabía cómo se sentiría Kellet si su hermana descubría lo que pasaba entre ellos. Debía tomar su propia decisión.
—Francamente… es un poco insultante que penséis que no lo sé —dijo ella.
Se quedó petrificado. Era imposible que…
—Sé que estáis juntos —dijo Ailysh con sencillez.
—Creo que has confundido la situación —le aseguró, pero su tono sonó menos firme de lo que habría querido.
Ailysh sonrió, divertida.
—¿De verdad no vas a reconocerlo? —preguntó ella, con incredulidad.
Cruzó los brazos, intentando ganar tiempo para pensar.
—¿Por dónde empezar? —murmuró ella, pensativa—. ¿Por el hecho de que nuestro servicio privado te pregunte a ti en vez de a mí? ¿Porque los soldados te siguen a la lucha, aunque no tengas rango alguno? ¿Porque, en teoría, dormías en el despacho de Kellet, pero cuando vine a hacerte compañía no estabas?
Ailysh hizo una pausa, dejando que cada detalle calara en él antes de soltar el golpe final.
—Quizá debería empezar porque os vi besándoos hace unos días en la playa.
Un escalofrío extraño y pesado se le expandió por la piel.
—No se lo digas a tu hermano —pidió en voz baja.

Ailysh sonrió, con los ojos llenos de un cariño silencioso, casi cómplice.
—Así fue como me di cuenta de lo que pasaba entre vosotros. Cuando estáis juntos, hay una energía extraña. Lo noté por primera vez cuando os fuisteis juntos a caballo, noté algo raro, pero no fui capaz de entenderlo del todo. Mi hermano nunca haría eso con nadie, y mucho menos dejaría que alguien viviera en nuestra zona del cuartel —le dijo, inclinando ligeramente la cabeza, como si el recuerdo la divirtiera. Lo enfadado que estaba con la idea de que me casara contigo.
—¿Y por qué no dijiste nada antes? —quiso saber.
La sonrisa de Ailysh se hizo todavía más amplia.
—Os he estado presionando a los dos, pero sois dos témpanos de hielo. No sé por qué estáis tan empeñados en negarlo cuando luego sois tan obvios.
—No lo somos —se defendió sin pensar.
Ailysh dejó salir una risita.
—Tienes razón, sois discretos, pero cuando estáis juntos… no lo sé. Kellet cambió después de conocerte, aunque dudo que él mismo se haya dado cuenta. Un día empecé a notar que cuando él hablaba, te escuchaba a ti, y que cuando tú lo hacías, eran sus palabras las que oía. Es un tipo de intimidad que solo puede haber en una pareja —admitió ella.
—Entonces, ¿te parece bien? —inquirió, con más inquietud de la que esperaba poder sentir.
Ailysh cubrió su mano con la suya.
—Tengo que reconocer que me sorprendí al principio, nunca imaginé que mi hermano pudiera estar con un hombre. Tú le haces feliz, y eso es todo lo que me importa.
—¿Ahora me entiendes cuando te digo que deberías pensarte lo de casarte? Nosotros también queremos que tú seas feliz.
—Lo sé —contestó ella con sencillez—. Por eso elegí a Cley. Puede que no sea la mejor opción políticamente hablando, pero es lo que quiero.
Sonrió tanto que le dolía la cara. Los dos hermanos eran muy tercos, pero al menos estaban encontrando su propio camino.

—¿Y él ya lo sabe? —preguntó, adivinando la respuesta sin dificultad.
—No —admitió Ailysh, satisfecha—. Pero se lo diré hoy. Por eso quería hablar contigo, bueno, con los dos. Voy a contarle lo vuestro. Si va a formar parte de la familia, debería saberlo.
—Deberías preguntárselo a tu hermano —opinó.
Ailysh chasqueó la lengua con impaciencia.
—Cley ya lo sabe. Todos lo saben, pero tienen el buen juicio de no hablar de ello. Solo lo voy a hacer oficial. Guardará el secreto, no te preocupes —le aseguró.
—¿Qué secreto? —preguntó Kellet al abrir la puerta.
—¿Comes con nosotros? —preguntó Ailysh, esperanzada.
—Sí, me vendrá bien un cambio de aires —aceptó Kellet, dejando la espada y sentándose en su lugar en la cabecera de la mesa, entre los dos.
—Buena idea. Necesitas descansar, hermano —le dijo Ailysh, preocupada.
Kellet frunció el ceño, pero no respondió, solo esperó mientras Maggie le servía la comida.
—¿Qué dicen los registros del barco? —preguntó Ailysh cuando volvieron a quedarse los tres solos.
Kellet se quedó en silencio tanto tiempo que por un instante pensó que no iba a responder.
—Están robando a la gente. Cada luna llena, llega un barco de Lisea que recoge una gran parte del dinero de impuestos, escondido en sacos de sal. Los llevan a la isla, donde los cambian por mercancías y lingotes que después vuelven a Nimerik para formar parte del dinero de nuestra familia —admitió con evidente malestar.
Ailysh miró a su hermano con el ceño fruncido, el desconcierto en su cara le daba un aspecto más joven.
—¿El tío está robando al pueblo? —le interrogó.
Kellet desvió la vista, buscando algo en la mesa que le permitiera retrasar la respuesta.
—Tenías razón, es un sistema abusivo. El dinero que cobran no es el que mandan las leyes de Auris. Lo triplicaron para quedarse con la diferencia y llenar nuestras arcas familiares —admitió mirándole a él.

Puso la mano sobre su brazo. Siempre supo que tenía razón. La mala gestión y el abuso al que Nimerik sometía a Puerto Bashel era obvio para él, pero también entendía que para Kellet decir en voz alta esas palabras era lo mismo que reconocer que todo su esfuerzo y sacrificio estaba manchado.
Kellet cubrió su mano con la suya, intercambiando una mirada cargada de arrepentimiento y algo más profundo. «Soldado necio». No tenía nada por lo que disculparse. La realidad de una persona está condicionada por las circunstancias que la rodean y la educación que recibe. Kellet llevaba mucho tiempo luchando con todas sus fuerzas por cambiar lo que ahora sabía que estaba mal.
—¿Qué vamos a hacer? —preguntó Ailysh, interrumpiendo el silencioso intercambio.
—Luchar —contestó Kellet sin dudar, dirigiendo la atención a su hermana—. Cuando el agua se retire, convocaré un consejo de guerra por alta traición. El capitán que Khirstan atrapó ha confesado. Con eso y el libro, tenemos pruebas suficientes para ir a Auris y crear un caso mientras Nimerik sigue sitiada.
Ailysh frunció el ceño, sus dedos se crisparon sobre el borde de la mesa, apretando con fuerza la madera, como si necesitara sujetarse a algo.
—Es nuestro padre —le recordó a su hermano, pero su voz no tenía la convicción de otras veces, como si la certeza de lo que eso significaba estuviera resquebrajándose dentro de ella.
—Es un traidor —respondió Kellet con dureza, mirándola con una intensidad que dejaba claro que ya había tomado una decisión de la que no pensaba retractarse—. Están sacrificando gente para robar, echando a personas del puerto por no poder pagar, y en realidad no necesitaban ese dinero. No es justo. Nadie devolverá las vidas que ya se han perdido, pero podemos evitar que sigan muriendo más.
—Quizá tengan un motivo que… —La voz de Ailysh se apagó, pero la vacilación en su mirada la delataba. No quería creerlo, pero en el fondo ya sabía la verdad.
—Si no puedes con ello, lo entiendo. No te obligaré a luchar contra nuestro padre. —La voz de Kellet era firme, tan afilada como el filo

de una espada recién templada—, pero no te interpongas en mi camino.
Ailysh lo miró con una expresión tensa, atrapada entre la lealtad y la justicia, entre el deber y el vínculo de sangre.
—¿Y qué va a pasar con madre? —insistió, su voz más baja esta vez.
Kellet apretó la mandíbula, su mirada endureciéndose como si hubiera estado esperando esa pregunta, como si ya supiera la respuesta desde hacía mucho.
—Ailysh —la cortó Kellet—. Si la situación fuera al contrario, ya nos habrían matado. Hay partidas del dinero robado que van directamente a nuestra madre, es imposible que no lo sepa. Además, hay pedidos que hizo ella misma, su firma está en el libro —declaró con dureza.
—Ya lo sé… —murmuró. Sus hombros se hundieron levemente, y en su expresión se mezclaban la rabia y el dolor—. Pero es que… son nuestros padres y sé lo que dice la ley sobre la traición, conozco los crímenes que han cometido. Sé que se lo merecen…
No dijo más, pero Kellet no necesitó escuchar el resto. Vio el conflicto en sus ojos, en la tensión de sus labios, en la forma en que parecía contener la respiración, atrapada en el peso de sus propias emociones.
Kellet apoyó el brazo en la mesa y tomó la mano de Ailysh entre las suyas en un gesto de apoyo y entendimiento.
Observó a los dos hermanos que tenía enfrente, a las dos personas que más le importaban en este mundo. Y el océano que siempre rugía dentro de él bramó embravecido. Ellos no merecían vivir con la muerte de su propia sangre manchando sus manos.
La tormenta dentro de él desapareció tan rápido como había llegado. No. No lo hizo. Estaba en el centro de un ciclón devastador, en la calma entre oleadas, pero ahora podía verlo todo con claridad. Sabía lo que debía hacer.



DESPEDIDA

KHIRSTAN

Miró el suave oleaje con el cariño de quien contempla a un familiar cercano, un sentimiento de amor y devoción que solo nace al ver con orgullo a alguien de tu propia sangre. Las aguas, en su incesante vaivén, parecían responderle, reflejando en su movimiento un lenguaje ancestral que solo él podía entender. Pequeños pedazos de hielo chocaban contra la muralla, creando una extraña música, un eco que se perdía en la soledad de la noche.

Alzó la vista al cielo. La luna, era apenas un resplandor entre las nubes, dejaba que la oscuridad se sumiera en una quietud tensa, como si el mundo mismo presintiera que todo estaba a punto de cambiar. El aire estaba cargado de un frío cortante que oprimía el ambiente con la promesa de lo que ya era inevitable.

Se alejó del balcón. Había convencido a Kellet de volver a la cama y se había quedado dormido en cuanto se hizo el silencio. Se quedó viéndolo dormir mientras la noche avanzaba sobre Puerto Bashel, con la cabeza pegada a su corazón, escuchando su latido, sintiendo cómo reverberaba en su propio pecho, profundo y constante. Por primera vez en su vida, se sentía anclado a la tierra y no al agua.

Prometió a su abuela que no se mezclaría con militares, que controlaría su poder para no dañar a nadie, pero también juró que no dejaría sufrir a ninguna criatura si podía evitarlo. Esa promesa pesaba sobre él, tensando cada fibra de su ser, pero… ¿De qué servía una promesa si al cumplirla dejaba sufrir a lo que más amaba? Sin duda, proteger a Kellet, a su amor, a su amigo, a su familia, era una elección digna de forzar esa promesa. No era venganza. No era odio. Era la certeza de que Kellet y Ailysh no merecían llevar el peso de una herida irreparable. Había vivido en carne propia cuánto daño le había hecho a Kellet los prejuicios con los que su familia lo crio, la presión que la sociedad ejercía sobre él. No lo dejaría pasar de nuevo. No esta vez.

Por él, haría cualquier cosa, sin importar las promesas que tuviera que romper, mientras fuera fiel a su corazón, ese que había cantado para Kellet desde el primer día.

Cogió una fina daga de la mesilla e hizo un suave corte en la mano de Kellet, dejando que la sangre bajara por sus dedos y la recogió en un pequeño frasco. La sangre, tibia contra su piel, cayó con parsimonia, tiñendo el cristal. Aplicó un pequeño emplasto en la herida para sellarla. Miró su cara por última vez. Incluso en la penumbra, podía ver cada línea de su rostro, el ligero fruncimiento de su ceño al dormir, la sombra del cansancio bajo sus ojos. Cada vez que lo miraba, sentía tantas emociones dentro que todo se volvía confuso, pero una sobresalía sobre todas. Amor. Imparable, inconmensurable, abrumador. Kellet.

Sonrió mientras sacaba del bolsillo un nudo de cordón que había creado con sus propias manos. Un lazo de protección, una promesa tejida entre hilos. Serviría para que Kellet estuviera a salvo cuando todo empezara.

Salió sigilosamente de la habitación, recorriendo el largo pasillo hasta la habitación de Ailysh. Alzó las cejas con sorpresa al ver que no estaba sola. Cley estaba detrás de ella, abrazándola de forma protectora, con sus manos cubriendo su vientre. El gesto no pasó desapercibido para él. Era instintivo, un escudo silencioso sobre algo más valioso que sus propias vidas, estaban protegiendo a su futuro

hijo. Sacó dos nuevos nudos y los colocó bajo la cama. No necesitaba uno para Cley, solo para Ailysh y el bebé.

Volvió fuera, moviéndose sinuosamente entre las sombras para bajar al puerto. Las calles estaban vacías, adormecidas bajo la luz mortecina de las antorchas, pero la ciudad nunca dormía del todo. Siempre había ojos en la oscuridad. Se deslizó sin esfuerzo hasta la casa que necesitaba, se coló dentro y abrió la trampilla para bajar a las cuevas. El aire en aquel lugar era denso, cargado con el olor a sal y humedad añeja. Allí había dejado todo lo que necesitaba. Recogió el zurrón que había dejado y añadió el frasco de sangre antes de salir.

Las sirenas estaban esperándole en la playa. Sus siluetas, apenas visibles en la penumbra, se agitaban con expectación. Adoraban el caos. No le sorprendía que estuvieran allí. Nada de lo que pasaba en su mar era ajeno a ellas.

Sonrió y ellas se movieron ansiosas. Metió la mano en el agua mezclada con pedazos de hielo, cerró los ojos y dejó que su mar se derramara en ella. Cuando los abrió de nuevo, una niebla espesa avanzaba a gran velocidad desde lo profundo del océano, y junto a ella, el hielo.

Observó cómo la capa gélida se solidificaba en la orilla con un suave y armonioso sonido. Bajo sus pies, las olas atrapadas en la transparencia del cristal helado parecían contener la respiración del mar. Extendió la capa de hielo a su voluntad, esperó a que la niebla lo rodeara y siguiera avanzando hasta llegar al bosque antes de pisar la superficie congelada.

El hielo no crujió bajo su peso, lo aceptó como si él formara parte de su esencia. Avanzó con paso firme hacia su destino, mientras, debajo de la fina capa helada, las sirenas nadaban, siguiéndolo silenciosas en su periplo.

Cuando finalmente se detuvo, tomó el frasco y el pequeño muñeco de paja y ramas. Vertió un poco de sangre sobre él, esperando sentir la energía que empezó a fluir. El aire a su alrededor se tensó, cargado de una expectación latente. Las sirenas desaparecieron en las profundidades del mar, preparadas para traerle lo que necesitaba.

Se alejó un poco del lugar y esperó pacientemente. Sabía que había tejido una trampa perfecta. Deshacerla llevaría tiempo, incluso para ellas.

El hielo se resquebrajó, formando un círculo perfecto y profundo.

La Ostántiga permanecía inmutable, siempre acechante y lista para actuar. Aunque sabía que no podían ser destruidos debido a su inmortalidad, usó el mar para atraparlos, consciente de que, si los liberaba, regresarían tras Kellet. Los seres inmortales jamás olvidaban un rastro de sangre, y él no podía permitirse arriesgar la vida de quien quería.

El primer miembro del cortejo llevaba un largo hueso en la mano, pero sabía que no se encendería hasta que tuvieran a su presa.

Les dio la espalda y se puso en marcha, sabiendo que lo seguirían mientras tuviera la sangre de Kellet en sus manos.

Las sirenas clavaron sus largas uñas sobre el hielo, deslizándose sobre él como gigantescos reptiles. La cacería había comenzado.

Avanzaron igual que una extraña y tétrica comitiva fantasmal sobre el mar. La niebla, densa como un velo de sombras, los envolvía en un silencio antinatural, aislándolos del mundo. Bordeó las murallas de Nimerik, la niebla era tan espesa que ni siquiera se veían las antorchas sobre la muralla. No las necesitaba, las llamas eran inútiles cuando el propio aire devoraba la luz. Usó el pequeño puerto para entrar directamente al corazón de la isla.

Las sirenas reptaron por los pasillos sin detenerse, arrastrando sus gigantescos cuerpos con facilidad, siseando mientras lo observaban todo con ojos líquidos y voraces. El eco de sus escamas deslizándose sobre la piedra era un murmullo inquietante, la respiración de algo antiguo despertando de un sueño profundo. Su curiosidad venció a la necesidad del agua que requerían para vivir, aunque podían soportar estar fuera durante breves períodos. Sus cuerpos húmedos dejaban rastros brillantes en el suelo de piedra, un testimonio efímero de su presencia, como si el mar reclamara cada uno de sus movimientos incluso en la tierra.

Las sirenas se detuvieron en una puerta, se tensaron como depredadores al acecho, y supo que había encontrado lo que buscaban. Abrió la puerta lo suficiente y deslizó el muñeco dentro.

La tela áspera rozó la madera, cayendo con un sonido hueco que pareció resonar demasiado en el pasillo vacío.

Se alejó de la puerta, con las sirenas creando una barrera entre él y la Ostántiga, que ya había perdido todo el interés en él al notar el nuevo rastro, uno que llevaban meses anticipando. La sangre de Kellet sirvió de señuelo para traerlos hasta allí, y ahora las criaturas recogerían su deuda con la paciencia implacable de quienes han esperado demasiado tiempo.

No se quedó a esperar a que reclamaran sus almas, volvió por donde había venido.

Las sirenas lanzaron un chillido, rompiendo el hielo con sus propias manos antes de sumergirse en el agua. Las fisuras se extendieron igual que si fueran venas negras, ramificándose con rapidez antes de ceder con un crujido agudo. Esta vez aceleró el paso, sabía que cuando volviera a la playa, el hielo cedería de nuevo al mar, tragándose toda huella de su paso.

Cuando entró de nuevo a Puerto Bashel, todo seguía tranquilo. La gente dormía completamente ajena a todo lo que pasaba a su alrededor. En su habitación, Kellet seguía igual de dormido, respirando de forma pausada. Se quitó la ropa y comprobó el corte bajo su emplasto. Ya no sangraba y, aunque lo hiciera, ya no había nada que temer.

La Ostántiga no odiaba, no tenía conciencia, no guardaba rencor. Vagaban por el mundo en un círculo sin fin y Kellet se había puesto en su camino, por lo que debían cobrar la deuda. Ahora que la deuda de sangre estaba saldada, seguirían errantes, sin memoria, sin descanso, hasta que otra víctima quedara atrapada en su red invisible.

Se acercó al fuego, que había perdido fuerza, añadió un leño y dejó que las llamas lamieran su cuerpo desnudo, templándolo antes de volver a colarse en la cama.

La piel de Kellet era deliciosamente cálida contra la suya, era su refugio secreto en medio del invierno. Posó su mano sobre su corazón, sonriendo con satisfacción al notar su latido fuerte bajo sus dedos. Aquel ritmo era la única prueba que necesitaba para saber que había hecho lo correcto. Tal vez Kellet se enfadara cuando

supiera lo que había hecho, pero no se arrepentiría, pasara lo que pasara. No le dejaría cargar con la muerte de su familia.

Kellet entreabrió los ojos, poniendo su mano sobre la suya.

—No estabas —murmuró dormido.

Sonrió, inclinándose sobre él para dejar un beso suave sobre sus labios. Kellet nunca sería consciente de lo mucho que lo amaba y él no conocía palabras que pudieran explicarle la inmensidad de ese sentimiento.

—Ya estoy contigo, descansa.

Kellet se quedó mirándolo, más dormido que despierto.

—Descansa —insistió, volviendo a besarlo—. Haría cualquier cosa por ti. ¿Lo sabes? —le susurró, acariciándole los labios con el pulgar.

—Y yo por ti —le aseguró Kellet sin dudar—. Sé que todo es un caos y, aunque te daría cualquier cosa que me pidieras, la verdad es que no te puedo hacer promesas. Ni siquiera sé si llegaré vivo al verano —admitió.

—Vivirás muchos años, soldado —le aseguró. Se encargaría de ello, aunque tuviera que torcer el destino con sus propias manos.

—Nadie puede saber eso. Nunca había tenido miedo a morir. De algún modo, siempre pensé que la muerte podría darme un descanso. —Sus ojos de tormenta lo observaron con intensidad—. Ahora daría lo que fuera para burlarla.

—¿Tienes miedo a morir? —le preguntó con curiosidad.

—Tengo miedo a perderte —reconoció Kellet—. Por fin tengo lo que siempre he querido, tengo sueños, quiero… tantas cosas. Nunca había tenido ilusiones propias. Pero, sobre todo, te tengo a ti y haría lo que fuera por tener, un instante más contigo.

—Si tú quieres, tendrás mucho más que eso —le prometió.

—¿Y tú qué quieres? —quiso saber Kellet.

Suspiró, apoyando la barbilla en su pecho, mirándolo a los ojos.

—Nadar —contestó con sinceridad. Sonrió al ver cómo alzaba una ceja, desconcertado por su respuesta—. Cuidar a la gente que me rodea, ver el tiempo pasar…

Kellet dejó salir un sonido indignado y lo hizo girar en la cama, poniéndose encima.

—¿Y qué hay de mí? —preguntó.

Dejó salir una carcajada, metiendo las manos entre su pelo para acercar su cara a la suya.

—Mi soldado, mi niño perdido —murmuró, besándolo en los labios—. ¿Es posible que aún dudes de lo que siento por ti?

Kellet le devolvió el beso, fundiéndose contra su cuerpo, relajándose con él.

—No, claro que no. Sé que me quieres, pero no sé si soy digno de ti —reconoció Kellet, con la voz cargada de una inseguridad que pocas veces dejaba ver.

—Estoy tan orgulloso de ti —le susurró, acercándose más. Había verdad en cada palabra, en cada latido que lo pronunciaba—. Has luchado tanto para ser quién eres, para crear un cambio real a tu alrededor.

Le acarició el cuello con ternura, deslizando los dedos por la piel caliente.

—Lo hice por ti, por nosotros. No sé si ganaré esta guerra, pero te prometo que voy a luchar hasta dejarme la vida por volver contigo —le aseguró Kellet con solemnidad, con la misma fiereza con la que blandía una espada.

—Imagina que ganas. ¿Qué te gustaría que pasara después?

Kellet respondió sin pensar, como si ya lo hubiera imaginado tantas veces que la respuesta viviera en él.

—Si ganara esta guerra y todos estuvieran en paz, podríamos ampliar el puerto, proteger mejor a todos, enseñarles a llevar una buena vida. Ailysh tendría al bebé y se casaría con Cley, ellos seguirían nuestro apellido, y nosotros… podríamos retirarnos a Tharkia algún día, cuando yo no fuera necesario.

Su voz se llenó de algo que no era solo deseo, sino la esperanza de un hombre que por fin podía soñar con algo más que la guerra.

—Todavía hay muchas cosas ahí fuera, esta gente va a necesitarte mucho tiempo —contestó con sinceridad.

Kellet bajó un poco la mirada, mirándolo como un náufrago buscando tierra firme.

—¿Y tú? ¿Me esperarías? —quiso saber Kellet—. Me iría contigo si no quisieras vivir aquí. Lo entendería, solo necesito que me des algo de tiempo para dejarlo todo solucionado.

Sonrió de nuevo, con una certeza tranquila de que nunca tuvo oportunidad de frenar lo que sentía por Kellet.

—Viviré donde tú vivas —lo tranquilizó, dejando las palabras fluir con la misma naturalidad con la que respiraba—. Te esperaría hasta mi último aliento. Ya lo hice, ¿recuerdas?

Kellet bajó la mirada a su pecho, donde tenía una marca idéntica a la que él llevaba en la mano. Su pulgar acarició la piel sobre ella, con una ternura que contrastaba con la fuerza de sus manos curtidas por la espada.

—Volviste conmigo —murmuró Kellet con una sonrisa que bailaba entre la incredulidad y la devoción. Bajó la cabeza y dejó un beso sobre la marca que compartían.

—Ya era tuyo, siempre lo fui —le recordó.

La emoción se arremolinó en sus ojos grises, oscureciéndolos como un mar a punto de estallar en tormenta.

—Y yo tuyo —confesó Kellet, dejando escapar una risa breve, amarga, cargada de una resignación que ya no dolía—. Aunque me resistiera, aunque lo negara, aunque tratara de huir. No fue por ti. Intentaba escapar de mí mismo, porque sabía lo que significabas y no quería aceptarlo.

—Ya lo sé, soldado. Hace mucho que aprendí cómo funciona tu cabeza —le aseguró.

Kellet lo miró como si fuera algo único, como si aún no terminara de comprender cómo alguien como él podía existir en su vida. Y en su propia expresión encontró un reflejo de ese mismo asombro.

—Te quiero —le dijo Kellet con sentimiento, su voz impregnada de algo crudo y verdadero, tan intenso que dolía—. No puedo explicarte cuánto te amo. Cometeré errores, diré tonterías, pero nunca dudes de que lo hago. Siempre voy a quererte, hasta mi último aliento y después de él —admitió, con la voz rota por la emoción.

Las palabras se clavaron en él como un ancla, firmes, inquebrantables. La emoción lo embargó como una piedra golpeada por las olas, avasallándolo, inundándolo por completo.

—Te quiero —le devolvió, conteniendo las lágrimas y ese océano suyo, que quería salir de él para llegar a Kellet—. Te querré incluso aunque las mareas mueran y los mares se sequen.

La emoción inundó los ojos de Kellet antes de inclinarse para besarlo de nuevo, con la desesperación de quien teme que la falta de tiempo se lo arrebatase todo.

—Aférrate a mí, Khirstan —le pidió Kellet sobre sus labios, su aliento temblando entre ellos—. Aférrate a mí, mi amor. Porque yo ya no concibo un mundo en el que no estemos juntos.

Se besaron despacio, mucho más allá de lo que el mismo gesto significaba. No era solo un roce de labios; era una promesa tejida con el peso de sus heridas, con la certeza de que su historia estaba grabada en algo más profundo que la piel. Se hicieron ofrendas sin palabras, esas siempre fueron las más importantes, y sin duda, las que ambos escucharon en la oscuridad de su propia cama, en la intimidad de lo que significaban el uno para el otro. En un idioma que solo ellos podían entender, porque habían nacido el uno para el otro y en su destino siempre estuvo escrito que un día se encontrarían.



LEGADO

EPÍLOGO I
KHIRSTAN

Diez años después…

Forzó su cuerpo, nadando entre las sirenas que lo rodeaban con sus movimientos gráciles. Sus brazadas eran poderosas, los músculos de sus piernas estaban acostumbrados a su elemento y, aun así, ese maldito soldado…

Estiró la mano y agarró el tobillo de Kellet. El mejor nadador de Nimerik había mejorado mucho con los años y se había ganado por méritos propios ser el mejor nadador de Tharkia.

Kellet luchó contra su agarre, pero por muy bien que nadara, seguía siendo normal mientras que él estaba en su elemento natural. Subió por su cuerpo, deslizándose con la facilidad con la que una corriente marina enredaba un navío, y sin darle tiempo a reaccionar, lo besó de forma descuidada, robándole el aire en un asalto inesperado antes de alejarse de él.

Kellet tuvo que salir a la superficie, tosiendo y riendo al mismo tiempo.

—Eres un tramposo —lo acusó, con el cabello empapado pegado a la frente y el agua resbalando por su rostro.
—¡Qué vergüenza! —gritó, fingiendo indignación—. Un soldado. No, el comandante de Nimerik en persona justificando que ha perdido una batalla. ¿Dónde quedó tu honor de soldado? Hay que asumir con dignidad la derrota y aprender para ser un mejor guerrero. ¿Qué diría el ejército? —lo pinchó mientras flotaba boca arriba, con la despreocupación de quien sabe que la victoria le pertenece.
Los ojos de Kellet se entrecerraron con malicia.
—No dirían nada, ya saben el marido que tengo —contestó con una sonrisa ladina, antes de girarse hacia las sirenas—. ¿Hizo trampa o no?
Las criaturas marinas lo rodearon con sus colas ondulantes, observándolo un momento antes de sumergirse de nuevo en el agua, alejándose sin responder.
—Traidoras —las acusó Kellet, enfurruñado—. Se supone que sabéis todo lo que pasa en el mar.
La risa lo sacudió sin poder evitarlo, burbujeando en su garganta antes de explotar en carcajadas. Se hundió por la falta de aire, incapaz de contener la diversión al verlo tan molesto.
—Y tú deja de reírte —le recriminó Kellet cuando volvió a sacar la cabeza del agua, aunque su expresión ya no era de verdadero enfado.
Nadó hasta él con determinación, deslizándose con la precisión de un guerrero en el campo de batalla, y al llegar, pasó las manos por su cuello, rodeando sus caderas con sus piernas.
El enfado de Kellet se evaporó en cuanto su piel entró en contacto con la suya. Sus manos, fuertes y seguras, le rodearon la cintura mientras alzaba el rostro en busca de un beso. Y él se lo concedió sin restricciones, tomándolo con la misma avidez con la que el mar devoraba la orilla en una tormenta.
Sabía que cualquiera podría verlos, pero también que no lo harían. Durante las pocas semanas de verano, Kellet y él se retiraban a Tharkia, alejándose de las exigencias de Nimerik. Ese era su santuario, un lugar donde no eran comandante y estratega, sino simplemente ellos mismos.

El pequeño pueblo seguía deshabitado y la gente de Ascande hacía mucho que había regresado a Puerto Bashel, que no había dejado de crecer desde que Kellet se hiciera cargo de todo. Ahora el puerto era tres veces más grande que antes, y la gente podía vivir en paz dentro de sus murallas. Había problemas, claro, como en cualquier lugar, pero ninguno que no pudieran solucionar.
La principal fuente de ingresos seguía siendo el ejército, que continuaba expandiéndose por las demás islas, pero ahora tenían una ganadería fuerte y habían aprendido a aprovechar otros recursos naturales para fabricar medicinas que exportaban fuera de Nimerik.
Nimerik era más próspera y fuerte que nunca, aunque los cambios habían tenido un coste. Algunas vidas se perdieron, algunos soldados decidieron marcharse a otros puertos y muchos nobles los siguieron cuando quedó claro que Kellet no seguiría el ejemplo de su tío y su padre. Las luchas internas fueron inevitables, las intervenciones de Auris para esclarecer la muerte de los Stormich también lo fueron. Pero ningún médico encontró pruebas. Su muerte había sido natural, o al menos eso era lo único que podían demostrar. Solo Kellet y Ailysh supieron la causa real de su muerte y todavía podía recordar el alivio en sus ojos cuando reconoció lo que había pasado.
Sin nada con que acusarlo y como único descendiente, Kellet terminó por convertirse en el dueño de todo Nimerik.
Fue un proceso lento, en ocasiones tanto que parecía que por cada paso que daban, retrocedían dos. Pero el paso de las estaciones les dio la razón. Los cambios fueron lo mejor para todos. El ejército salió reforzado después de deshacerse de quienes no servían.
Kellet ajustó la edad de reclutación de los niños, estableciendo que no fueran admitidos hasta llegar a la adolescencia. Permitió que recibieran entrenamiento a partir de los diez años, aunque a regañadientes. Si de él dependiera, ni siquiera eso habría sido permitido, pero no todas las batallas podían ganarse. Esa era una que estaba destinada a perder.
No le gustó la solución de Kellet a ese problema, pero lo entendía.

Se conformó con impulsar el fondo para necesitados que Kellet puso en sus manos, creando talleres para enseñar oficios, proporcionando cuidados básicos y asegurándose de que quienes podían trabajar encontraran un lugar en la sociedad. Para los que ya no podían hacerlo, construyeron refugios.
El mar fue su mayor aliado para conseguir los fondos que necesitaban. Enseñó a los pescadores los símbolos y amuletos que debían llevar en sus barcos para garantizar viajes seguros. Ampliaron las salinas, triplicando la producción de pescado, aceite y sal.
Fueron diez años frenéticos. Diez años en los que nunca estuvieron quietos, en los que siempre hubo una batalla que pelear, un nuevo obstáculo que superar.
Pero no los cambiaría por nada.
Cada uno de esos días los había pasado al lado de Kellet. No todos fueron fáciles, pero cada uno de ellos valió la pena.
No solo Nimerik había cambiado. Kellet ya no era el mismo. Seguía siendo el soldado implacable que siempre había sido, pero había aprendido a elegir sus batallas. Rechazó combates en otras islas que su tío habría aceptado sin dudarlo.
Bajo su mando, Nimerik se mantuvo neutral en los conflictos que no lo afectaban directamente. Ofrecían soldados, pero nunca enviaban al ejército entero a la guerra por cualquier disputa. Las decisiones que tomaban ya no estaban guiadas por la gloria o la ambición, sino por la responsabilidad.
Y eso, más que cualquier otra cosa, demostraba cuánto había avanzado.
Su carácter se había enfriado, ahora era más calmado y reflexivo que antes, algo que sin duda lo ayudaba a dirigir la isla. A veces le sorprendía ver cómo el mar se había abierto camino en el cuerpo de Kellet, marcando su piel con la sal y la brisa, volviéndolo tan parte del océano como las propias corrientes. Quizá se debía a todo el tiempo que Kellet pasaba en el océano con él. Durante aquellos años, le reveló cada secreto, cada rincón oculto en las profundidades de esas aguas. Kellet los absorbió con avidez, como si hubiera estado destinado a conocerlos, sintiendo que el mar lo deseaba

tanto como él a él. Parecía que, de alguna manera, Kellet también le perteneciera.
No fue Kellet el único que había cambiado en esa década, él tampoco era el mismo de antes. Su frío se había vuelto templado, como si el contacto directo con Kellet lo hubiera mermado, pero no se sentía mal, todo lo contrario. La dureza de su piel parecía haberse suavizado bajo el roce constante de unas manos que siempre supieron sostenerlo, sin importar la tormenta. Se sentía mejor que nunca, más feliz, más completo.
—¿En qué estás pensando? —le preguntó Kellet, irrumpiendo en sus pensamientos.
—En ti, como siempre —admitió sin culpa.
Kellet le dedicó esa sonrisa que solo tenía para él. Esa que le pertenecía por completo desde la primera vez que se la regaló.
—Eso es bueno, así yo no parezco tan idiota —le respondió, mientras los mantenía a ambos a flote, con la facilidad de quien lleva toda la vida desafiando la marea—. Tenemos que volver al cuartel, Ailysh dará a luz pronto.
Dejó salir un sonido de disconformidad, besando su cuello mojado.
—Es el quinto bebé, ¿quiere formar su propio ejército? —bromeó.
Tenían cuatro sobrinos hasta ahora. Dos niños y dos niñas que perseguían a Kellet a todas horas como si fueran renacuajos, siempre flotando a su alrededor.
—¿Crees que será niño o niña? —preguntó Kellet, con los ojos brillando de emoción.
—No te lo diré —se negó—. Se lo prometí a Ailysh.
Volvió a besarle el cuello, mientras acariciaba su pecho, tratando de distraerlo.
—No vas a conseguir nada —lo amenazó Kellet—. Además, no me importa tanto, lo querré igual si es niño o niña. Solo quiero que nazca y que los dos estén bien.
Le besó en los labios, acariciando sus mejillas. Estaba tan orgulloso de que Kellet pudiera decir esas palabras en voz alta, sin reservas. Para los demás seguía siendo frío, pero con su familia había aprendido a no escatimar el amor, a demostrarles día a día lo importantes que eran para él.

—Es toda una experta, estarán los dos bien —lo tranquilizó.
—Tú te quedarás con ella, sé que los mantendrás a salvo —afirmó Kellet.
—Lo haré —le aseguró—. Pero no será necesario, porque todo irá bien.
Kellet volvió a sonreír, dejando un beso sobre su hombro.
—Tenemos una gran familia. Cuidaremos todos de todos —le dijo, acariciándole los hombros mientras llegaban a la orilla.
La arena los acogió mientras las pequeñas olas lamían sus cuerpos. El sol, ya estaba bajando en el horizonte, teñía el agua de reflejos dorados que se deslizaban sobre sus pieles como caricias líquidas.
Kellet miró al cielo, entrelazando sus dedos con los suyos.
—Tú y yo —murmuró Kellet, señalando al cielo que se perdía en el horizonte y se fundía con un mar que luchaba entre el verde y el azul.
Sonrió, girándose para apoyar la cabeza en su hombro, apretando sus dedos entre los suyos.
—Tú y yo. Siempre.



SIEMPRE

EPÍLOGO II

KASSIUS

Se enamoró de Casiopea durante una visita a Auris durante el baile de verano. Intercambiaron cartas durante un año, hasta que su padre consintió en darle su mano y por fin viajó a Nimerik para casarse.

Mañana sería un hombre felizmente casado y no podía estar más emocionado.

—¿Kassius? —preguntó la voz de su prometida a su espalda—. ¿No puedes dormir?

Sonrió, girándose para mirarla, tendiéndole la mano para invitarla a su lado.

—Estaba pidiendo su bendición para nuestra boda —le explicó.

Ella miró con curiosidad las dos estatuas que tenía delante. Eran imponentes incluso bajo la luz tenue de la luna, talladas en mármol blanco, erosionadas por el tiempo, pero aún majestuosas. Dos hombres sentados en dos tronos iguales, mirándose el uno al otro en vez de mirar al frente. Uno de ellos llevaba la armadura de un comandante, mientras que el otro vestía unos sencillos ropajes. El

único adorno en ambos era idéntico: dos colgantes en forma de caracola que colgaban sobre el centro de sus pechos.
—Es como el collar que me regalaste a mí —dijo Casiopea, sorprendida, llevando los dedos instintivamente a la pequeña caracola que colgaba de su cuello.
—Todos los Stormich llevamos uno y, cuando nos casamos, regalamos otro a nuestras esposas o esposos. Ellos empezaron la tradición y la llevamos en su honor, pidiendo un matrimonio tan largo y feliz como el suyo.
—¿Quiénes son? —preguntó Casiopea con curiosidad.
—Mis antepasados —respondió sin molestarse en ocultar el orgullo —. Kellet y Khirstan Stormich, vivieron hace mil años. Ellos trajeron la paz a Nimerik, nos sacaron de una época muy oscura que había perdurado siglos. Hicieron crecer Puerto Bashel y salvaron las vidas de miles de personas cuando la isla de Nimerik se hundió bajo el mar.
—Escuché esa historia en Auris. Decían que antes éramos seis islas, pero que una de ellas se hundió en un gran maremoto.
—No fue un maremoto, fue gradual. Primero vinieron los temblores, leves al principio, luego más intensos, más constantes. Durante dos estaciones, la tierra se resquebrajó, el agua se filtró en sus grietas hasta que todo Nimerik quedó sumergido bajo el agua. Por suerte, pudieron poner a salvo a todos y no hubo que lamentar muertes. En los días despejados de verano, desde la parte este de la muralla, puedes ver los restos del castillo que una vez se alzaba en la isla —le explicó.
—Parece que tenemos mucho que aprender de ellos —opinó Casiopea.
—Sí que lo tenemos. Los Stormich estudiamos su historia, no solo para honrar su memoria, sino para recordar lo que pasa cuando el ejército se corrompe y a dónde podemos llegar si olvidamos nuestra labor como dirigentes. Juntos fueron uno solo, gobernaron unidos en igualdad de condiciones, luchando mano a mano para mejorar Nimerik.
—No es común que un comandante se case con un hombre —señaló Casiopea sin maldad—. Ahora entiendo por qué tu hermano mayor

eligió a un hombre, no tenéis ese prejuicio.
Sonrió satisfecho. Su hermano mayor, Klenton, era el actual heredero de la familia, aunque no el comandante de Nimerik. Ese puesto recaía en su hermana mediana, Alandre, una guerrera innata cuya destreza superaba con creces a la de cualquier soldado.
—No, aquí no tenemos prejuicios. Nunca los hemos tenido. No tiene importancia a quién elija amar una persona; lo único que importa es que sea un amor sincero.
Ella le dedicó una sonrisa radiante, apretando su mano contra su brazo.
—¿Cómo murieron? —quiso saber Casiopea.
Miró de nuevo las estatuas de sus antepasados, deteniéndose en el amor de su mirada, en la forma en que sus rostros parecían alzarse el uno hacia el otro, ni siquiera el tiempo había podido borrar el vínculo que los unía.
—No murieron —respondió con calma—. Volvieron al mar, al que ambos pertenecían. Siguen juntos en las profundidades del océano, velando por su estirpe, esperando por si un día necesitamos que regresen.
—Es una leyenda preciosa —suspiró Casiopea, encantada.
Kassius la guio de vuelta al interior del castillo, sintiendo el peso de la historia en sus hombros, pero también el orgullo de llevar su sangre. Escondió una sonrisa que solo los Stormich entendían.
Kellet y Khirstan jamás desaparecerían, nunca serían solo un recuerdo. Seguían allí, entre el agua y el hielo. Juntos, esperando por toda la eternidad.

FIN

AGRADECIMIENTOS

Mi primer agradecimiento siempre es para mi consorte, el amor de mi vida, que soporta mis desvaríos y agobios sin cansarse, y que confía en mí incluso cuando, créeme, habría mucho por lo que quejarse.

A mis betas, por su fuerza incansable y por los ríos de mensajes llenos de aliento y sugerencias.

A mi familia y amigos, que son mi fuente de alegría y desconexión.

A mis lectores, que me siguen libro a libro y viven cada estreno como si fuera suyo. Gracias a todos.

A todos los que algún día se sintieron perdidos y tuvieron que deshacerlo todo para crear un mundo nuevo.

SOBRE LA AUTORA

Aislin Leinfill ha cautivado a miles de lectores a lo largo de sus 10 años publicando en plataformas de lectura, recopilando más de 5 millones de visitas en Wattpad, la plataforma narrativa más famosa en el mundo.
Lectora ávida de casi todos los géneros, tiene debilidad por las historias de romance clásico y los mundos fantásticos.
Apasionada por todo tipo de arte, mitología y música. Sus estaciones favoritas son el otoño y el invierno. No hay nada mejor que el sonido de la lluvia y la brisa fresca en la cara mientras escribes una buena historia.

Puedes seguirla en sus Redes Sociales y estar al día de las novedades y próximos lanzamientos en su web

https://aislinleinfill.com

X: @aislinleinfill
Instagram: @asilinleinfill

OTRAS NOVELAS DE LA AUTORA

Serie Escala de Grises

Gris Ceniza

La vida de Jackson Cadwell cambió en un solo segundo el día que conoció a Dominic Hellbort. Tardó años en encontrar la forma de lidiar con él y tratarle como uno más. Renunció a él porque no tenía esperanza, porque era algo imposible.
Quizá lo hizo demasiado pronto…

Gris Titanio

Matt Anderson tiene una vida tranquila, medida, ordenada. Le gusta vivir sin sobresaltos, hasta que conoce al piloto de NASCAR Kane De Luca.
Kane vive la vida igual que conduce, quemando kilómetros y devorando las curvas. Ahora está dispuesto a ganarle a él también.

Gris Humo

La gente cree que la vida son los grandes momentos, él también lo creía, pero ahora sabe la verdad. Un instante puede cambiarlo todo, una mirada basta para destrozar tu mundo entero y hacer que te replantees cada pequeña parte de tu vida y de ti mismo.
Solo hay dos cosas que se pueden hacer en esa situación, ignorarlo y tratar de seguir adelante o luchar arriesgándote a perderlo todo.

Gris Plata

En una agencia de publicidad, Adrien, un secretario talentoso pero reservado, quería una vida sin sobresaltos para sentirse seguro. Su tranquilidad se ve perturbada cuando se encuentra involucrado en un proyecto con el CEO de la empresa, Alexander, un exitoso empresario que hace de su trabajo su estilo de vida.

El día que se conocieron se odiaron, pero a medida que la colaboración avanza, las líneas entre lo profesional y lo personal se difuminan, desencadenando un torbellino de revelaciones y desafíos inesperados para ambos.
¿Lucharán por dejar el pasado atrás y formar un futuro juntos?

Gris Siena

Después de años de esfuerzo para alcanzar el puesto de sus sueños, por fin apareció la oportunidad perfecta. Sin embargo, había un pequeño problema: sus jefes creían que ser un abogado soltero lo hacía menos adecuado para el cargo. Así fue como terminó con un prometido que no conocía en absoluto y una familia política ficticia que estaban deseando conocerlo.

Serie Escala de Matices

Illinois

En las calles de Illinois, Cruz y Nate se ven envueltos en un torbellino de emociones y desafíos. Cruz, vive en los bajos fondos, lucha por encontrar su lugar en el mundo tras años de adversidades, mientras que Nate, un hombre reservado, experimenta un cambio profundo al cruzarse con él.
A medida que su relación avanza, enfrentan desafíos que ponen a prueba su determinación y sus sentimientos. Cruz lucha por dejar atrás los traumas del pasado, mientras Nate busca su identidad en un mundo lleno de ideas preconcebidas. En medio de la incertidumbre, descubren una conexión única que los impulsa a luchar por un futuro juntos.

Independientes

Adagio, Canción de medianoche

Empezó a cantar antes de hablar, su mente tatuaba las melodías en su interior, las hacía parte de él. Nadie entendía lo que significaba la música en su vida, hasta que conoció a Paris. Ellos compartían un

mundo en el que solo ellos tenían cabida, lo comprendía y llegaba a él de una forma que no acababa de entender. Tantos años juntos, abriéndose camino, liderando las listas de ventas y teniéndolo a su lado, le dieron una falsa sensación de seguridad. Creyó que era suyo, a pesar de que lo que había entre ellos no tenía nombre, ni espacio en el mundo en el que vivían.

Serie Wolf World

Imposible de olvidar

Fue a primera vista, como una enfermedad extraña, como el más peligroso de los venenos, fue adueñándose poco a poco de él, milímetro a milímetro, pedazo a pedazo.
Tendría que haberse dado cuenta antes pero no supo ver los síntomas. Hasta aquel fatídico día en que su mundo fue sacudido y por fin los engranajes giraron de repente y todo encajó.

Por siempre jamás

La vida de Wess cambiará por completo cuando se descubra un terrible secreto del pasado, su vida no podrá ser la misma, por suerte tiene a su manada y a dos nuevos amigos para ayudarle a crear una nueva. Incluso Knox que nunca ha reconocido su existencia parece dispuesto a estar a su lado, lamentablemente su corazón ya parece ocupado.

Un destino perdido

Las primeras impresiones pueden ser engañosas, las apariencias en ocasiones no son más que sombras llenas de mentiras y medias verdades. Por suerte, Deklan tiene un buen instinto y no se deja engañar con facilidad. Por desgracia, Rhys está decidido a ponérselo difícil.
Hay almas que nacen para estar juntas. Da igual el tiempo que transcurra, no importa quién se interponga. Su destino está escrito en las estrellas y pase lo que pase… encontrarán el camino.

Perdido en la niebla

Desde que era niño se sentía incómodo en su propia piel, irrelevante en el mejor de los casos, raro como norma. Su vida era una repetición calcada del día anterior. Y cuando por fin le pasó algo que prometía un gran cambio, todo se volvió mucho peor de lo que había sido hasta el momento.
No estaba preparado para las repercusiones que tuvo aceptar esa invitación, tampoco lo que supondría entrar a una realidad muy distinta a la que conocía.

Sangreal, Las obligaciones del rey

El momento más poderoso del año es la noche de Litha. Las barreras entre el mundo de los vivos y los muertos cae para dejar que la energía de ambos se una. Solo durante esa noche, los límites se desdibujan y lo imposible podría volverse posible bajo las condiciones adecuadas.

Julian eligió a Atik como el rey de su tablero sin saber, que esa decisión lo cambiaría todo.

Manadas desaparecidas por completo sin dejar rastro, brujos sin escrúpulos y la unión de los alfas frente a un enemigo en común.

Spin off de Wolf World

El libro de los condenados

Spin-off de la saga Wolf World, este libro parte del quinto libro de la saga. Sangreal, Las obligaciones del rey.

En un mundo donde la magia es una fuerza tangible que fluye en cada rincón, Ares y Reyx, dos almas destinadas, descubren el poder de su conexión mágica. Su amor desata algo único. Sin embargo, esta conexión no pasa desapercibida, y ambos se encontrarán en medio de un conflicto ancestral entre aquellos que buscan controlar su poder.

Mientras luchan por mantener su amor y libertad, se enfrentan a desafíos que amenazan con separarlos. A medida que su magia se intensifica, también lo hace la amenaza que representa para aquellos que buscan utilizarla con fines oscuros. Ares y Reyx deberán superar barreras místicas y desafiar las expectativas de un mundo que teme lo que no comprende.